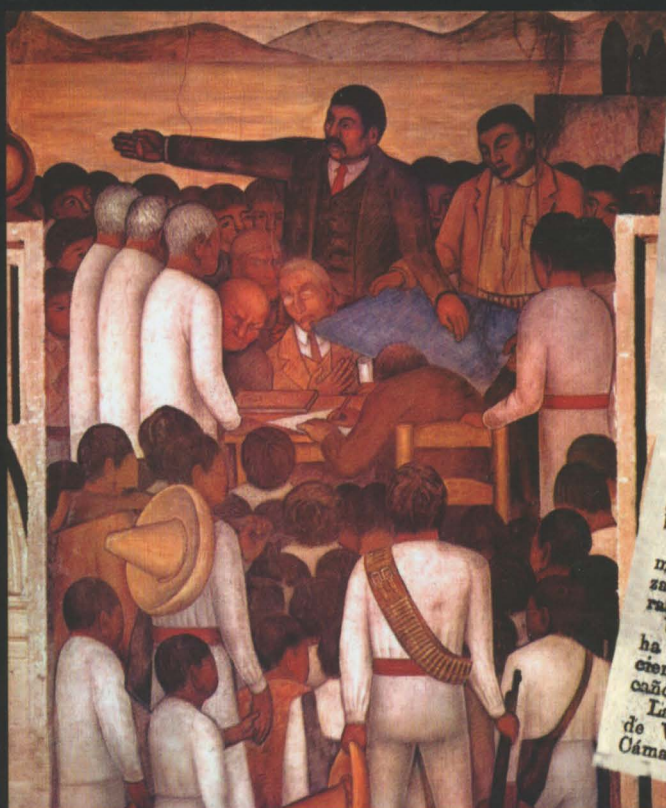


ROSARIO SEVILLA SOLER

# LA REVOLUCIÓN MEXICANA Y LA OPINIÓN PÚBLICA ESPAÑOLA

LA PRENSA SEVILLANA FRENTE AL PROCESO  
DE INSURRECCIÓN



En la frontera del norte.—Ocupación de Baco por los yanquis.—Mensaje de Huerta a Villa y Carranza.

Un cablegrama expedido en Baco, población mejicana próxima a la frontera norte, dice que una patrulla de caballería yanqui, formada por quince hombres, a las órdenes de un sargento, atravesó la frontera, dirigiéndose hacia aquella población.

Los rebeldes los aprisionaron.

Inmediatamente, un Cuerpo de tropas yanqui, constituido de las tres Armas, atravesó la frontera, continuando la población.

Sanctaria y puertos mej.

El principio de las operaciones militares en Méjico

Nueva York 22.  
Wilson ha anunciado a los embajadores, incluso al de España, el comienzo de las operaciones, habiendo embarcado en Galveston una brigada con destino a Veracruz. De Filadelfia ha salido un regimiento de infantería. En el acorazado «Missipi» han salido para Veracruz cuatro aviones y aparatos. Un buque alemán, cuya descarga ha impedido el bloqueo, llevaba doscientas ametralladoras y algunas cañones.

La propuesta de la intervención de Wilson, se ha aprobado en la Cámara por 387 votos contra 27.

BIBLIOTECA DE HISTORIA DE AMÉRICA

Consejo Superior de Investigaciones Científicas



ROSARIO SEVILLA SOLER

LA REVOLUCIÓN MEXICANA  
Y LA OPINIÓN PÚBLICA ESPAÑOLA  
LA PRENSA SEVILLANA FRENTE AL PROCESO  
DE INSURRECCIÓN

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS  
MADRID, 2005

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y su distribución.



MINISTERIO  
DE EDUCACIÓN  
Y CIENCIA



CONSEJO SUPERIOR  
DE INVESTIGACIONES  
CIENTÍFICAS

© CSIC

© Rosario Sevilla Soler

NIPO: 653-05-102-2

ISBN: 84-00-08341-5

Depósito Legal: M. 47.916-2005

Realización: DiScript Preimpresión, S. L.

Impreso en España. *Printed in Spain*

*A mi familia*



## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	13
Una cuestión polémica.....	13
 CAPÍTULO I	
UNA APROXIMACIÓN A LAS FUENTES.....	23
La prensa española de la época.....	23
La transición en la prensa sevillana.....	26
Los diarios de «información». ....	28
 CAPÍTULO II	
EL CAMINO A LA INSURRECCIÓN.....	37
De Porfirio a Madero .....	37
La visión española del porfiriato .....	43
La preocupación por la colonia española .....	48
El fin del régimen .....	56
 CAPÍTULO III	
LA IMAGEN DEL MADERISMO .....	61
Reacciones al triunfo maderista.....	61
Las relaciones con España .....	68
Madero y los Estados Unidos .....	76
El fin de un sueño .....	81

## CAPÍTULO IV

## LA GUERRA CIVIL ..... 89

El triunfo de la conspiración..... 89

El conflicto bélico ..... 97

Las «persecuciones» villistas ..... 101

El viraje estadounidense ..... 106

La manipulación electoral..... 112

## CAPÍTULO V

## EL COLAPSO DEL HUERTISMO ..... 119

Las dificultades políticas..... 119

Los problemas económicos..... 124

El deterioro de las relaciones con Europa ..... 129

El enfrentamiento con los Estados Unidos ..... 135

El apoyo norteamericano al carrancismo..... 139

El desembarco «yanqui» ..... 143

## CAPÍTULO VI

## EL TRIUNFO CONSTITUCIONALISTA ..... 149

Las conferencias de Niágara ..... 149

La Convención de Aguas Calientes ..... 155

Las resistencias internas..... 159

Los problemas de la colonia española ..... 164

El frente internacional..... 170

La expedición Pershing..... 175

## CAPÍTULO VII:

## LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL RÉGIMEN ..... 183

El primer gobierno constitucionalista..... 183

Las difíciles relaciones internacionales ..... 192

El lento camino a la normalidad ..... 200

La ruptura sonoreense..... 204



CAPÍTULO VIII	
EL FIN DEL CARRANCISMO .....	209
El triunfo obregonista .....	209
La «normalización» en el ámbito internacional .....	216
Las relaciones con España. El fin de las tensiones.....	222
CONCLUSIONES .....	233
BIBLIOGRAFÍA .....	243



## INTRODUCCIÓN

### Una cuestión polémica

La Revolución mexicana es una problemática sobre la que se ha producido mucha y muy variada literatura. El interés por ella por parte de los investigadores sociales ha sido tan extraordinario que, a pesar del tiempo transcurrido, sigue produciendo fuertes controversias. Esto es así hasta el punto de que ochenta años después de su inicio, el Comité Mexicano de Ciencias Sociales, a la hora de organizar un Simposio de Historiografía Americanista, dedicaba uno de sus apartados a debatir esta cuestión, con la participación de cuatro destacados especialistas: Alan Knight, Alicia Hernández Chávez, Gloria Villegas y Javier Garcíadiego<sup>1</sup>.

Un proceso tan largo<sup>2</sup> y complejo, con tantos frentes e implicaciones en distintos campos (desde el político al social pasando por la problemática religiosa, el agrarismo o las relaciones internacionales, entre otros), no podía sino dar lugar a una profusión de obras tal, que resulta casi imposible llegar al conocimiento de todas ellas. Pero es que, además, la Revolución mexicana es uno de esos procesos históricos que, desbordando con creces el mundo de las ciencias sociales que les es propio, consiguen, de una u otra forma, llegar al ámbito popular y permanecer en la memoria colectiva despertando tal interés en amplios sectores de la sociedad, que han sido abordados también con profusión en géneros como la narrativa o el cine. A través de estos medios esos procesos alcanzan aún mayor eco; aunque, eso sí, debido también a ellos, en muchas ocasiones han llegado a la sociedad que no los vivió desfigurados y convertidos casi en leyenda. Esto ha ocurrido, desde luego, con la Revolución mexicana que, en el paso del campo científico al popular, ha sido muchas veces falseada y bastante mitificada

---

<sup>1</sup> El Simposio se celebró en octubre de 1988 y el citado debate fue publicado en *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*. Comité Mexicano de Ciencias Históricas-Gobierno del Estado de Morelos-Instituto de Investigaciones Históricas. UNAM, México, 1990.

<sup>2</sup> Uno de los problemas que todavía hoy se debaten es el del periodo que abarca.

Pero lo cierto es que su mitificación no se ha debido sólo a esos medios, ya que parte de la bibliografía considerada científica sobre la cuestión estuvo marcada, desde el principio, por el claro partidismo de muchos de sus autores. La historiografía sobre la Revolución ha experimentado importantes variaciones en cuanto a su enfoque y tratamiento a lo largo de los años; Alan Knight<sup>3</sup> ha llegado a hablar, en este sentido, de verdaderas generaciones historiográficas. Se esté de acuerdo o no con esa afirmación, hay algo que parece evidente: el carácter de la bibliografía existente está determinado, en gran parte, por el hecho de que sus autores la vivieran o no.

En el caso de la producida en México, en una primera etapa, entre las décadas de 1920 y 1960, se centró, esencialmente, en las cuestiones políticas en torno a la caída del presidente Porfirio Díaz y al inicio de la sublevación en 1910; ambos aspectos fueron tratados, sin embargo, desde perspectivas muy diferentes. La mayor parte de los libros editados en esos años se debieron a autores que vivieron directamente la Revolución y que, en consecuencia, estuvieron comprometidos, de una u otra forma, con ella o, por el contrario, con el porfiriato; su implicación ideológica impidió a unos y a otros ser objetivos en el tratamiento de la problemática.

Dos ejemplos claros de esta etapa pueden ser las obras de Francisco Bulnes *El verdadero Díaz y la Revolución*<sup>4</sup> o, en el campo contrario, la *Historia Política de la Revolución Mexicana* de Miguel Alessio Robles<sup>5</sup>. A ellas habría que añadir un número importante de publicaciones, debidas a una serie de figuras que habían tomado parte en los acontecimientos como protagonistas directos. Entre ellos podríamos citar a José de Vasconcelos<sup>6</sup>, que fue ministro de educación, Federico González Garza<sup>7</sup>, presidente provisional, o Álvaro Obregón<sup>8</sup>, uno de los mejores generales de la Revolución y más tarde presidente de la república.

Escritas por los protagonistas del proceso, ninguna de las obras de esa época se acercan a lo que hoy consideramos una historia científica de la Revolución<sup>9</sup>. El problema es que la falta de objetividad no sólo afectó a la historiografía mexicana sino también a la internacional; los más tempranos estudios norteamericanos, los segundos en cuanto a número en abordar la problemática, fueron algo más críticos a la hora de repudiar la violencia generada por el proceso insurreccional; pero casi todos se acercaron a él im-

---

<sup>3</sup> «Interpretaciones recientes de la Revolución Mexicana». En *Memorias del Simposio...*, págs. 193-210.

<sup>4</sup> Ed. Gómez de la Puente, México, 1920.

<sup>5</sup> Ediciones Botas, México, 1938.

<sup>6</sup> *Ulises Criollo: la vida del autor escrita por él mismo*. Ed. Botas, México, 1935.

<sup>7</sup> *La Revolución Mexicana. Mi contribución política y literaria*. Bosque Impresor, México DF., 1936.

<sup>8</sup> *Ocho mil kilómetros en campaña*. Ed. La Vda. de C. Bouret, Paris-México, 1917.

<sup>9</sup> POTASH, Robert A.: «Historiografía del México independiente». En *Historia Mexicana*, Vol. X, n.º 3, Enero-Marzo de 1961, pág. 398.

buidos de la misma imagen que tenía un sector importante de los mexicanos: la de un extraordinario movimiento popular y campesino que se revuelve contra un régimen injusto. Es el caso de autores como John Kenneth Turner<sup>10</sup> y, algo más tarde, de Ernest Gruening<sup>11</sup> o Frank Tannebaum<sup>12</sup>.

En la década de 1960 aparecieron, a uno y otro lado de la frontera, una serie de libros de autores que no habían vivido la Revolución y que pretendieron acercarse a ella con mayor rigor y objetividad; pero no sólo no lo lograron por completo sino que contribuyeron a la mitificación y a la transmisión de la imagen aportada por los primeros autores, la de una revolución popular, agrarista y básicamente campesina que, durante muchos años, será la oficial del proceso; una imagen que implicaba su defensa y la crítica al régimen porfiriano<sup>13</sup>.

Habría que esperar a la década de 1970 para que la producción historiográfica sobre la Revolución comenzara realmente a observar el proceso con cierto rigor y espíritu crítico. Desde entonces se han publicado multitud de estudios que han ido profundizando en los diversos aspectos de la problemática y que, al menos en teoría, pueden ayudarnos a conocer, cada vez mejor, lo que fue realmente el movimiento revolucionario y, lo que es quizás más importante, lo que ha significado para la historia mexicana posterior.

No obstante, la existencia de esos estudios no sólo no ha acabado con las polémicas sino que podría decirse, incluso, que las ha agudizado, comenzando ya a la hora de definir el propio carácter del fenómeno; todavía hoy los científicos sociales discuten cuestiones tan esenciales como, por ejemplo, si se trató de una revolución esencialmente agrarista o fundamentalmente política. Como afirma Alan Knight en el trabajo ya citado, «hoy sabemos mucho más acerca de la Revolución que hace veinte años. Pero nuestro entendimiento de la Revolución en su totalidad no ha mejorado en proporción»; según este autor, hoy sigue siendo válida, en gran parte, la imagen que muchos de los autores antiguos nos transmitieron: la de «una revolución agraria y popular, que derrocó a un antiguo régimen carente de legitimidad y que fomentó cambios decisivos en la sociedad mexicana»<sup>14</sup>.

En este sentido el caso español no sería muy diferente; si examinamos la bibliografía peninsular del primer cuarto del siglo XX, veremos que tampoco en la antigua metrópoli el proceso fue observado con objetividad; las interpretaciones que de él se hicieron se vieron afectadas por los mismos en-

---

<sup>10</sup> Ver en este sentido TURNER, John Kenneth: *Barbarous Mexico*. C. H. Kew & Company, Chicago, 1911.

<sup>11</sup> *Mexico and its heritage*. The Century co., Nueva York y Londres, 1928.

<sup>12</sup> Ver, por ejemplo, *The Mexican Agrarian Revolution*, by TANNENBAUM, Frank. The Brooking Institution. Washington DC., 1930, o *Peace and Revolution. An interpretation of Mexico Drawings* by COVARRUBIAS, Miguel. Columbia University Press, 1933.

<sup>13</sup> KNIGHT: «Interpretaciones recientes de.....», pág. 193.

<sup>14</sup> *Ibidem*, pág. 205.

frentamientos ideológicos que las de los propios mexicanos, aunque implicaran a sectores más reducidos de la sociedad y el tono de los debates al respecto, como es lógico, alcanzara menos virulencia. Así, si en 1886 Ramón Elices Montes, en su obra *Cuatro años en Méjico. Memorias íntimas de un periodista español*<sup>15</sup>, elogiaba, a veces sin medida, a Porfirio Díaz y a su régimen «de paz y progreso», una vez iniciado el levantamiento la mayor parte de los intelectuales que escribieron sobre aquel país lo hicieron desde una postura ideológica radicalmente diferente.

Desde el inicio del movimiento revolucionario hasta 1920 los intelectuales españoles y latinoamericanos sólo expresaron sus opiniones sobre aquél a través de la prensa. Pero en la década de 1920 comenzaron a publicar una serie de obras que no pretendían, en absoluto, ser científicas, en las que ofrecieron su visión sobre México y su Revolución. Casi todos esos autores rechazaban abiertamente, como habían hecho los norteamericanos, algunas de sus múltiples facetas: «el fanatismo» antirreligioso de parte de sus líderes o la violencia «gratuita» ejercida por algunos de los que se llamaban revolucionarios. Pese a ello, en su mayor parte defendieron la Revolución en su conjunto; y, desde luego, la unanimidad fue casi total a la hora de juzgar el papel jugado por los Estados Unidos a lo largo de todo el conflicto.

En este caso se encontraban, por ejemplo, José María Albiñana<sup>16</sup> o los hermanos Blanco Fombona<sup>17</sup>; pero sería el periodista anarquista Luis Araquistain<sup>18</sup> el que, entre ellos, haría la mejor defensa de la Revolución y de su iniciador, Francisco Madero. Una perspectiva muy diferente, no obstante, era la que ofrecía Vicente Blasco Ibáñez<sup>19</sup> en una serie de artículos publicados en distintos periódicos estadounidenses y editados en un volumen en 1920; el destacado escritor no sólo se apartó de esa línea sino que en sus artículos hacía detallada relación de todos los «males» que, según él, había traído la Revolución. Entre ellos destacaba, especialmente, el militarismo que la lucha armada había engendrado en la sociedad mexicana y el caos económico ocasionado por la larga contienda, males a los que, a su juicio, los sucesivos dirigentes no habían sabido hacer frente.

Al igual que ocurría con los mexicanos, ninguno de estos autores puede considerarse como un «observador imparcial», capaz de darnos una vi-

---

<sup>15</sup> Imp. Viuda de J. M. Pérez, Madrid 1885.

<sup>16</sup> *Bajo el cielo mejicano*. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, Madrid, 1930.

<sup>17</sup> Ver, por ejemplo, BLANCO-FOMBONA, Horacio: *Crímenes del imperialismo norteamericano*. Ed. Churubusco, México, 1929, o *Panoramas mejicanos*. Ed. Renacimiento, Madrid, 1929. Ver también BLANCO-FOMBONA, Rufino: prólogo a *El crimen de Woodrow Wilson: su contubernio con Villa: sus atentados en Santo Domingo: su régimen corruptor en Nicaragua: los dos polos de la diplomacia yanqui: la hipocresía y el miedo*, de PEREYRA, Carlos. Ed. América, Madrid, 1917.

<sup>18</sup> *La Revolución Mejicana. Sus orígenes. Sus hombres. Su obra*. Ed. Blass S.A., Madrid, 1929.

<sup>19</sup> *El militarismo mejicano: Estudios publicados en los principales diarios de los Estados Unidos*. Ed. Prometeo Valencia, 1920.



sión aséptica como han pretendido hacer los científicos sociales en los últimos 30 años. Son sólo una muestra de cómo los intelectuales hispanos, con su carga ideológica, vieron la Revolución. Si su visión fue o no compartida por sectores más amplios de la población es el objetivo esencial de este trabajo, ya que determinados procesos históricos trascienden más por la percepción que se tiene de ellos y el impacto que producen en las conciencias colectivas que por su propia realidad.

El interés por conocer esa percepción acerca de determinados procesos históricos que logran calar en sectores más o menos populares de la sociedad, me llevó, hace tiempo, a utilizar la prensa periódica como fuente para el estudio de la historia. Comencé a hacerlo, hace ya años, precisamente con un breve estudio sobre la Revolución mexicana, para pasar después a otras cuestiones como la relativa a la pérdida de las últimas colonias americanas por parte de España. Y a medida que me fui adentrando en este tipo de investigación fue mayor mi convencimiento de que, aunque puedan existir serias discrepancias entre la realidad de un determinado proceso histórico y la percepción que sus coetáneos tuvieron de él, este último aspecto resulta esencial para la conformación de la mentalidad —o mentalidades— colectivas y que, por lo tanto, no puede ser ignorado por el simple hecho de que no responda de manera exacta a esa realidad.

En este caso concreto, además, en el de la Revolución mexicana, me resultaba especialmente interesante esta visión tanto por el deseo de conocer hasta qué punto el país se interesaba por una parte del mundo al que tan ligado estuvo en otro tiempo, como por la repetición de la intervención norteamericana en una antigua colonia española. Al margen de su expansión territorial a costa de México, todos sabemos que el inicio de la política intervencionista de los Estados Unidos en América Latina había tenido lugar con una guerra con España, la guerra de Cuba. Esa intervención abrió graves heridas en el «orgullo nacional» y provocó duras críticas en los periódicos españoles de la época, en cuyas páginas quedó reflejada, de manera patente, la incompreensión con que desde aquí se vivió el proceso<sup>20</sup>. Tras estudiar esas reacciones en el caso de Cuba, me parecía del mayor interés conocer si, al tratarse de una situación diferente, de un territorio perdido para España hacía ya mucho tiempo, las reacciones a la nueva intromisión estadounidense eran o no diferentes.

Este trabajo, por tanto, no pretende analizar la Revolución mexicana en sí misma, sus causas o consecuencias, algo que, por otra parte, y como hemos visto, ha dado lugar a amplias y variadas corrientes historiográficas; tampoco viene a aclarar cuestiones sobre ella que hoy siguen en discusión. Propone, por el contrario, una vuelta atrás, un retroceso a la etapa en que el

---

<sup>20</sup> Ver sobre ello SEVILLA SOLER, Rosario: «La intervención norteamericana en Cuba y la Opinión pública andaluza» En *Anuario de Estudios Americanos*, XLIII, Págs. 469-506. Sevilla, 1986.

proceso era visto de forma totalmente subjetiva; aunque eso sí, desde un punto de vista diferente al de los propios mexicanos. Se trataría, en este caso, de observar la Revolución tal y como se vivió desde España, algunos de cuyos ciudadanos también se vieron implicados directamente en ella; y más concretamente desde una zona de la península tan ligada en otro tiempo a América como Andalucía. Su objetivo sería, por tanto, intentar conocer cómo la sociedad española, y en concreto la sevillana, vio y sintió aquel proceso; y la documentación esencial para ello es, desde luego, la prensa periódica.

Su utilización como fuente para el estudio de la historia ha sido, con frecuencia, despreciada por un amplio sector de historiadores que, por una parte, la han considerado incompleta y, por otra, poco veraz y objetiva. La primera de estas críticas es, desde luego, indiscutible, sobre todo porque los periódicos no siempre prestan la atención que los investigadores pensamos que merecen ciertas problemáticas. Esto sucede, claramente, en este caso, cuando parecían más interesados no sólo en los problemas de la política nacional, que eran muchos, sino incluso en otros internacionales que consideraban que afectaban más directamente al país. El resultado es que las informaciones sobre la Revolución mexicana fueron, en conjunto, bastantes escasas. Pero también es cierto que ocurre lo mismo, aunque sea en menor grado, con otro tipo de fuentes.

Por lo que se refiere a la segunda crítica su veracidad es, también, indudable. Si hoy día es frecuente observar en las páginas de los distintos diarios formas muy diferentes de presentar los mismos hechos en función de la ideología o los intereses que sustentan a cada uno de ellos, el problema se agrava cuando la problemática a analizar corresponde a épocas en las que los medios estaban sometidos a censura, o a aquellas otras en que predominaba la prensa doctrinal y en las que las dificultades en las comunicaciones ocasionaban, por sí solas, una serie de deformaciones ajenas a la voluntad de los periodistas o de las propias «empresas» periodísticas.

Es evidente, y esto es algo conocido por todos, que a la hora de utilizar la prensa como fuente para la investigación histórica hay que tener en cuenta la ideología política de cada periódico, muchas veces decisiva para la versión que presenta sobre cuestiones con las que se siente más o menos comprometido. En este aspecto un sector de la prensa tiende a reflejar en sus páginas la política que su gobierno sigue ante algunos procesos. Como ejemplo de esto, Jaime Delgado<sup>21</sup> señala que dos de los periódicos que utilizó para su estudio sobre la independencia americana en la prensa española, *El Observador* de Cádiz y *La Gaceta* de Madrid, reproducían fielmente la actitud de la administración española ante el problema de la independencia de los territorios ultramarinos.

---

<sup>21</sup> DELGADO, Jaime: *La Independencia de América en la Prensa Española*. Cuadernos Monográficos, Madrid, 1944.



Por el contrario, el director del periódico podía tener una ideología política distinta a la de su gobierno e, incluso, estar comprometido abiertamente con ella, por lo que, si existía libertad de imprenta, su pensamiento se dejaría sentir de manera clara en las páginas de su publicación, criticando, a veces con palabras muy duras, la posición oficial de las autoridades frente a una problemática concreta y reflejando, a su vez, los sentimientos de un sector del público respecto a la política del gobierno de su país. Este es el caso, por ejemplo, de *El Español* y *El Conciso*, utilizados también por Delgado en la obra mencionada. Lo mismo ocurre con *El Despertador Americano*, *El Diario Político y Militar Mexicano*, y otros rotativos utilizados por Miquel i Vergés en su estudio sobre la prensa insurgente mexicana<sup>22</sup>.

Por otra parte, en ocasiones —pasa también hoy— la prensa recoge simples rumores que nunca se confirman. Incluso en la actualidad, cuando las comunicaciones son tan fáciles, el deseo de ofrecer las noticias al público antes que los posibles competidores lleva a algunos periódicos a publicarlas sin tiempo para comprobar si son ciertas o no. Esto, desde luego, no tendría que ser un problema si al comprobarse que esos rumores son falsos o al no confirmarse la noticia en cuestión, se rectificara en los días posteriores; pero todos sabemos que a veces se «olvidan» de hacerlo, confundiendo a los que pretenden seguir una problemática concreta. En el caso de la Revolución mexicana, por ejemplo, en los diarios de todo el mundo se habló varias veces de supuestos asesinatos de Francisco Villa totalmente carentes de fundamento, y que no siempre se desmintieron.

Con todo ello, parece claro que el valor de la prensa como fuente para el estudio de la historia es siempre relativo; pero lo cierto es que esto ocurre también en muchos casos —como sucede, como ya hemos dicho, en el que nos ocupa—, con la historiografía supuestamente científica. Además, el hecho de que nos ofrezca sólo versiones incompletas y sesgadas de los procesos no anula, por completo, su valor para la investigación histórica<sup>23</sup>, ya que la historia es algo más que la estricta reconstrucción de los «hechos». En es-

---

<sup>22</sup> MIQUEL I VERGÉS, J. M.: *La Independencia Mexicana y la Prensa Insurgente*. El Colegio de México, México, 1941.

<sup>23</sup> Muestra de ello son una serie de trabajos importantes que tratan temas históricos a través de prensa, entre los que podrían citarse *La Opinión Pública española y la Independencia Hispano Americana*, de ENCISO, Miguel (Valladolid, 1967); *Les Idées sur L'Amérique Latine dans la presse espagnole entour de 1900*, de Guy-Alain DUGAST (Lille, 1971); *Románticos y Socialistas. Prensa Española del siglo XIX*, de ZAVALA, Iris M. (Madrid, 1972); ELORZA, Antonio: «Con la marcha de Cádiz: imágenes españolas de la guerra de la independencia cubana», *Estudios de Historia Social*, 44-47, 1988, págs. 327-386; HILTON, Sylvia L.: «The Spanish-American war of 1898: Queries into the relationship between the press, public opinion and politics», *REDEN, Revista Española de Estudios Norteamericanos*, n.º 7, Madrid, 1994, págs. 70-87; RUIZ ACOSTA, M.ª José: *Hispanoamérica en la Prensa sevillana. El reflejo público de una crisis. 1898-1914*. Área de Cultura del Ayuntamiento de Sevilla, Sevilla, 1997, o LAZO, Alfonso: *La iglesia, la falange y el fascismo: Un estudio sobre la prensa española de posguerra*. Universidad de Sevilla, 1998.

te sentido, en palabras de Alfonso Braojos, «la prensa alcanzó hace tiempo la condición de fuente documental —de imprescindible consulta— (ya sea fruto de la imparcialidad más ecuánime, ya del subjetivismo más intencionado, en el plano político, o incluso en el de la creación literaria) en función de lo necesario de acudir tanto a informaciones de primera mano como a determinar las corrientes de opinión exteriorizadas en cada instante...»<sup>24</sup>.

Este valor es aún mayor en las épocas en que se disfruta de libertad de imprenta, pues si bien mientras que existe la censura sólo puede observarse en las publicaciones periódicas la versión oficial de los gobiernos respectivos, sea o no cierta, cuando desaparecen las trabas legales las opiniones reflejadas en la prensa se multiplican de acuerdo con las ideas reales de sectores más o menos amplios de la sociedad. Como afirma Antonio Espina, «el periódico diario constituye su espejo. Anota los hechos, registra las ideas, explica las cosas, informa, recoge y condensa tendencias colectivas. En suma, se crea el orden natural de una fuerza común incontrastable: la opinión pública. Era lógico que, una vez descubierto el valor extraordinario de la prensa, todos los representantes de los grandes intereses espirituales y materiales trataran de aprovecharla en su servicio. Pero llegó el momento en que el instrumento se hizo superior a sus manipulaciones. Entonces el gran diario acaba absorbiendo al individuo y a toda clase de designios singulares, para instalar en plena vida y al aire libre su función plural y adquirir su máximo desarrollo»<sup>25</sup>.

A través de la prensa podemos ver, como ocurre con la obra de Miquel i Vergés, por ejemplo, las ideas de determinado grupo —en su caso de los independentistas mexicanos— y los medios de propaganda que empleaba para atraer prosélitos a su causa; en ese aspecto la prensa resulta fundamental a la hora de estudiar los mecanismos de dominación ideológica utilizados por determinadas élites económicas o sociales.

Por otra parte, también a través de los periódicos podemos observar las distintas opiniones que existían sobre una problemática determinada en función de la ideología de cada periódico, opiniones que, en ocasiones, como ocurre con *El Observador* y *El Español* utilizados en su estudio por Jaime Delgado, parecen llevar los problemas relativos a la independencia iberoamericana al campo de los enfrentamientos políticos personales. Al mismo tiempo, a veces podemos analizar, como lo intenta Delgado en esa obra, el impacto que un determinado fenómeno produce entre la población, o en un sector más o menos limitado de la misma, y la evolución, los cambios sufridos por esa impresión al pasar el tiempo.

---

<sup>24</sup> «Catalogación, informatización y análisis de la prensa iberoamericana en España. Objetivo y balance de una investigación». *Revista de Extremadura*, n.º 10, Enero-Abril 1993, págs. 33-42. Cit. por RUIZ ACOSTA, Mª JOSÉ en *Sevilla e Hispanoamérica. Prensa y Opinión Pública tras el desastre del 98*. EEHA-CSIC, Sevilla, 1996, págs. 16-17.

<sup>25</sup> ESPINA, Antonio: *El Cuarto Poder*. Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1993, pág. 123.

Por último, la prensa puede servirnos también para, al margen de ideologías políticas, estudiar los hechos no ya como ocurrieron, pues las publicaciones periódicas en este punto se alejan con frecuencia de la verdad por falta de fuentes fidedignas, sino tal y como se presentaron y fueron percibidos por un sector de la población determinado, en este caso los lectores sevillanos, cuya única fuente para conocer los sucesos que se estaban desarrollando en México fue la prensa diaria; y también, en definitiva, el mayor o menor interés de este sector por la problemática en cuestión.

Si, como ya hemos señalado, después de tantos años la supuesta literatura científica nos da puntos de vista tan dispares del proceso y la imagen que seguimos teniendo de él es la que nos dieron los primeros autores, no tenemos más remedio que concluir que no podemos menospreciar la visión de los contemporáneos por mucho que hoy las corrientes historiográficas pretendan hacerlo; sobre todo porque el fenómeno, tal y como nos fue transmitido por aquéllos, ha trascendido más allá del campo de los especialistas, popularizado a través de medios como la novela, el cine o la música popular; en este sentido la prensa es un medio más, como la novela, el cine o las publicaciones de los contemporáneos, para observar el proceso no como se desarrolló en su momento, sus causas o consecuencias, sino como lo vieron determinados grupos sociales; y también para evaluar en qué forma pasó, si es que lo hizo, a formar parte de la memoria colectiva.

Las obras de los intelectuales españoles contemporáneos del movimiento revolucionario de que ya hemos hablado pueden ser una ayuda considerable al realizar un trabajo de este tipo, en cuanto que reflejan la visión que una parte concreta de la sociedad tuvo del México de la época; pero se trataría sólo de la de un grupo muy reducido, en función de la limitada influencia que el libro como tal podía tener en la España de aquellos años. Por otro lado, la mayoría de sus publicaciones no aparecieron hasta la década de 1920, cuando ya sectores más amplios de la población habían recibido la imagen que desde 1910 les había transmitido la prensa periódica que, en consecuencia, tiene que convertirse en la fuente primaria esencial para intentar comprender cómo la sociedad andaluza vio y vivió los sucesos que se estaban desarrollando en México.

Sólo a través de ella —con sus aciertos, sus errores y sus lagunas— podemos llegar a conocer lo que se transmitió a los sevillanos en aquellos años en relación con el proceso revolucionario mexicano y, en consecuencia, las opiniones que éstos pudieron formarse al respecto; gracias a ella podemos ver, también, si en la España del primer cuarto de siglo XX hubo una o varias visiones del proceso en función de los condicionamientos ideológicos y, en definitiva, si hubo o no intentos por parte de determinados dirigentes políticos y sociales por crear opinión sobre él y hasta qué punto lo consiguieron.

Siendo la prensa el único medio que se ocupó desde el principio de la Revolución, es también ella, con sus defectos y virtudes, la única fuente capaz de indicarnos, aunque sólo sea en parte, el estado de la opinión pública

a lo largo del tiempo en que se produce aquélla. Al margen de los errores históricos que pueda presentar en relación con los documentos oficiales o con los múltiples estudios científicos de los últimos años, las publicaciones periódicas resultan fundamentales para intentar captar la imagen que la sociedad española recibió de los sucesos mexicanos a medida que se iban produciendo.

Por eso, y aunque se han utilizado otras fuentes imprescindibles para cubrir algunas lagunas, entre ellas algunos diarios de la capital que llegaban a Andalucía por suscripción, la investigación se ha centrado esencialmente en la prensa sevillana, una muestra limitada comparada con la de otras ciudades españolas —como Madrid o Barcelona—, pero considerablemente amplia en relación con la de la mayor parte de ellas.

## CAPÍTULO I

### UNA APROXIMACIÓN A LAS FUENTES

#### La prensa española de la época

La Prensa española del primer cuarto del siglo XX se encontraba inmersa en un profundo proceso de transformación en el que, partiendo de las concepciones que habían triunfado en la centuria anterior, terminaría desarrollando una serie de productos mucho más parecidos a los que hoy en día son considerados rotativos de calidad. En el siglo XIX las publicaciones periódicas habían adquirido importancia en este país como tribuna de la burguesía, como representantes de esta clase y de la intelectualidad de la época. En ellas se reflejaban las diferentes opiniones de diversos sectores ideológicos de la sociedad sobre determinados problemas, logrando crear opinión y a veces, aunque no siempre, llegar a las masas. La relativa libertad de imprenta imperante ofrecía una oportunidad única a la opinión pública —o al menos a una parte de ella— para expresarse a través de diarios y revistas; en sus páginas tuvo lugar una toma de posición de distintos grupos sociales, políticos y económicos frente a ciertas problemáticas que, de una u otra forma pretendieron hacer llegar al gran público.

Era una época en la que triunfaba el «periodismo de partido», con unos periódicos «sin medios ni fuerza social....., órganos de expresión de un líder, de un grupo parlamentario o de una ideología más o menos definida, de unos intereses, de todo aquello, en fin, que se concentra en torno a un grupo político»<sup>1</sup>. Los rotativos estaban al servicio casi exclusivo de las ideas políticas o religiosas; su objetivo primordial era la «formación» de la opinión pública mediante la difusión del pensamiento que cada uno de ellos representaba. Esta prensa llegó a su momento de máximo apogeo con el triunfo de la Revolución Liberal de 1868. Entre esa fecha y 1875 aparecieron en España 596

---

<sup>1</sup> ÁLVAREZ, Jesús Timoteo: «Decadencia del sistema y movimientos regeneracionistas», en ÁLVAREZ, Jesús Timoteo y otros: *Historia de los medios de comunicación en España. Periodismo, Imagen y Publicidad (1900-1990)*. Ariel Comunicación, Barcelona, 1989, pág. 15.



periódicos, aunque algunos de ellos de vida tan breve que dejaron de editarse tras la publicación del primer número<sup>2</sup>. Esa tendencia se mantendría con la instauración, al menos en teoría, de la «libertad de prensa» representada por la «Ley de Policía e Imprenta» de 1883, que eliminaba la censura previa.

Paradójicamente esa misma libertad de imprenta sería decisiva, según algunos autores, para la desaparición de muchos diarios, al propiciar que grupos financieros ajenos hasta entonces a los medios escritos, empezaran a interesarse por la inversión en ese campo<sup>3</sup>. Con ello, el concepto del periódico de partido comenzó a ser puesto en cuestión y superado, con el tiempo, por un nuevo tipo de prensa sostenida por una serie de empresas que, sin dejar de defender, como todavía ocurre hoy, determinadas ideas o intereses, pretendieron convertirse en «suministradoras» de información y crear productos capaces de llegar a sectores más amplios de la población. Era una idea distinta de la prensa, que la consideraba una «empresa» más que debía luchar por incrementar el número de sus clientes; pero no como lo habían hecho los periódicos decimonónicos clásicos para extender una ideología concreta sino, en lo que sería un claro antecedente de los rotativos actuales, para hacer rentable el producto tanto a través del crecimiento en las ventas como por medio de los ingresos procedentes de los anunciantes<sup>4</sup>.

En su esfuerzo por aumentar las tiradas, las empresas periodísticas intentaron, cada una en la medida de sus posibilidades, incorporar los avances técnicos propios de la época. Alguno de ellos, como el telégrafo, aceleraron extraordinariamente la transmisión de las noticias; otros, los producidos en el campo de la impresión, mejoraron, en general, el aspecto del producto que pretendían vender y permitieron la aparición de diarios como el *ABC* de Madrid, con un alto contenido gráfico. Para hacerlos más atractivos a los potenciales lectores, los cambios se extendieron, además, al propio formato de los periódicos. En ellos comenzaron a aparecer distintas secciones claramente diferenciadas, se incrementó la paginación, se amplió con nuevos contenidos el espectro de la información y se recurrió a las agencias de noticias aunque todo ello supusiera un coste adicional.

No obstante esas mejoras, habría que esperar a los últimos años del siglo XIX y primeros del XX para que este «nuevo periodismo», que se venía imponiendo en otras partes del mundo, comenzara a ser predominante en España<sup>5</sup>. Problemas como el alto grado de analfabetismo o la propia realidad económica del país —pocos eran los que podían permitirse el lujo de comprar un diario y no demasiados los capitales dispuestos a invertir en el sec-

---

<sup>2</sup> ESPINA: *El cuarto poder...*, pág. 122.

<sup>3</sup> Ver sobre ello RUIZ ACOSTA: *Sevilla e Hispanoamérica...*, págs. 52-53.

<sup>4</sup> Ver sobre esta transformación ÁLVAREZ: «Decadencia del sistema...», págs. 17 a 20.

<sup>5</sup> GÓMEZ MOMPOT, J. L.: «¿Existió en España prensa de masas? La Prensa en torno a 1900», en ÁLVAREZ y otros: *Historia de los medios...*, págs. 28-40.

tor—, iban a representar un obstáculo serio para su desarrollo. La evolución del «viejo» al «nuevo» periodismo fue, pues, lenta, y en ella pueden distinguirse varias etapas marcadas, por una parte, por los gustos del público y, por otra, por la situación política y económica del país. Ambos factores hicieron que los dos tipos de periódicos convivieran y se mezclaran durante bastante tiempo.

La primera de esas etapas, entre 1900 y 1913, es, lógicamente, la de mayor convivencia entre ellos. Al principio de esta fase hubo un fuerte descenso tanto en el número de publicaciones como en las tiradas de cada una de ellas, ocasionado por la pérdida de confianza de los lectores en la prensa por su comportamiento en relación con el desastre cubano<sup>6</sup>. Pero muy pronto, pasados los primeros momentos, la recuperación fue espectacular. Por una parte, la fragmentación política española primaba el periodismo tradicional que seguía creando, todavía, multitud de pequeños periódicos, a pesar de que la «Ley de Jurisdicciones» de 1906, que limitaba la libertad de imprenta, pusiera en verdaderos aprietos a más de uno de ellos. Por otra, la crisis en las tiradas que se había producido en los años iniciales del siglo y las consiguientes pérdidas económicas, favorecieron las fusiones que darían lugar a grupos periodísticos con una mayor capacidad de resistencia.

En la segunda, entre 1914 y 1920, el incremento en el número de rotativos continuó, y las tiradas, especialmente las de los considerados más «modernos», crecieron también extraordinariamente<sup>7</sup>. Es posible que el interés por la guerra europea tuviera mucho que ver con este fenómeno; de hecho, el debate germanófilos-aliadófilos se desarrolló ampliamente en la prensa española. Pero, al mismo tiempo, el encarecimiento de los precios del papel provocado, en gran parte, por la propia guerra, impidió recoger los beneficios que la mayor difusión reportaba, de manera que los pequeños periódicos comenzaron a tener serias dificultades<sup>8</sup>.

La tercera etapa, en la década de 1920, coincidiría con la dictadura de Primo de Rivera. En ella, las dificultades que venían arrastrando los pequeños, unidas a las derivadas de la existencia de un sistema dictatorial, entre otras el restablecimiento de la censura, llevaron a la desaparición de numerosos diarios y a una mayor concentración en las empresas. Paralelamente, sin embargo, y precisamente como reacción a la dictadura y a las limitaciones en la libertad de imprenta, parece producirse un paso atrás en la, al menos en apariencia, «despolitización» de la prensa. Intentando por todos los

---

<sup>6</sup> GÓMEZ APARICIO, Pedro: *Historia del periodismo español*. Editora Nacional, Madrid, 1974, Vol. III, pág. 73.

<sup>7</sup> Ver DESVOIS, Jean: *La prensa en España (1900.-1931)*, Madrid, Siglo XXI, 1977. Págs. 5-6 y 42-45.

<sup>8</sup> SÁIZ, M. Dolores y SEOANE, M. Cruz: *Historia del periodismo en España*. Alianza Universidad Textos, Madrid, 1983, págs. 3 y 211. Los problemas del papel están tratados con detalle tanto por DESVOIS: *La prensa en...*, págs. 46-48 como por GÓMEZ APARICIO: *Historia del periodismo...*, Vol. III, págs. 547-549.

medios salvar la censura, esas publicaciones que habían pretendido alejarse del campo doctrinal iban a servir, por el contrario, de campo de batalla para dirimir las disputas ideológicas.

## La transición en la prensa sevillana

Dentro de ese panorama la prensa sevillana de las décadas iniciales del siglo pasado no siguió un camino muy diferente a la del resto del país. Inmersa en el mismo proceso de transición, convivían dentro de ella periódicos de corte decimonónico, pequeños, de partido, formadores de opinión y mero instrumento en las disputas políticas, cuyo fundador y propietario era también, generalmente, el director, y en el que primaba la vertiente ideológica, con aquellos que, con un concepto de empresa radicalmente distinto, que los llevaba a querer ser realmente «vendedores» de información para un público cada vez más amplio, se llamaban a sí mismos «independientes» —aunque no por ello estuvieran libres de una fuerte carga ideológica— y contaban con un respaldo económico inconcebible para los primeros.

Todavía aquéllos, algunos de los cuales eran simples órganos de propaganda de un grupo político, superaban en número a los nuevos; pero se encontraban en franca decadencia superados por ese tipo de rotativos que, concebidos como empresas modernas, pretendían, sobre todo, suministrar información, crear un buen producto capaz de interesar a amplios sectores de la población y, en consecuencia, también de captar anunciantes dispuestos a financiarlos. Para conseguirlo, y al igual que sus homólogos del resto de España, se declaraban independientes de los partidos, incrementaban sus páginas y contenidos, creaban diferentes secciones en función de éstos y recurrían al servicio de agencias y corresponsales<sup>9</sup>.

Fueron éstos los que, además, contaron con un mayor respaldo financiero, a veces procedente de otros sectores de la economía; en consecuencia, aun siendo menos, lograron imponerse y ocupar los primeros lugares en cuanto a difusión. Los que no pudieron contar con ese apoyo o, en su defecto, con un partido político o una institución —el caso de la iglesia— lo suficientemente poderosa que los sostuviera, terminarían por desaparecer; de hecho, algunos de ellos lo harían al poco tiempo de su fundación. Según María José Ruiz Acosta en 1900 se editaban en Sevilla treinta y seis publicaciones periódicas, las mismas que veinte años antes. Una década más tarde serían ya, en cambio, cincuenta y dos, aunque sólo unas 18 se editaban con regularidad<sup>10</sup>. Se trataba, desde luego, de publicaciones de muy distinto carácter (políticas, religiosas, científicas,

---

<sup>9</sup> El paso de la prensa sevillana del siglo XIX al XX está tratado detalladamente por RUIZ ACOSTA, María José en *Sevilla e Hispanoamérica...*, págs. 45 a 73.

<sup>10</sup> *Ibidem*, pág. 55.



literarias, etc.) y periodicidad (diarias, semanales, quincenales y mensuales)<sup>11</sup>.

Por una parte estaban las mensuales, que eran, en su mayoría, revistas culturales que, como en el resto de España, tenían una vida efímera en función de lo reducido de sus lectores. Ejemplo de este tipo de prensa, cuya naturaleza era muy variada, pueden ser la *Andalucía*, revista de turismo con información sobre los principales monumentos de la ciudad, fiestas, etc., o *Archivo Hispalense*, cabecera que, tras una interrupción en la primera mitad del siglo XX, se mantiene hasta hoy. Dedicada a temas científicos, esta última tenía un cierto matiz progresista, especialmente para aquella época. No obstante también hubo alguna de carácter político como *La Verdad*, de claro sesgo maurista aunque se declarara «popular independiente», dedicada, esencialmente, a la edición de artículos y noticias sobre temas locales y, sobre todo, nacionales.

En cuanto a las quincenales las había también con un carácter tan diverso como *De Agricultura*, publicación progresista dedicada a lo que consideraba los intereses agrícolas de la nación: una explotación racional del suelo, o *La Unión Gremial*, portavoz de los gremios de la ciudad, cuyo interés radicaba en las noticias industriales y comerciales que recogía en sus páginas, pasando por *El Obrero* que, pese a lo que podría pensarse por su título, era monárquica, católica y extremadamente conservadora; en sus propias palabras, su fin era «instruir al pueblo moralizándolo», y recogía, sobre todo, noticias religiosas.

La mayoría de los semanarios, en cambio, tenían ya un marcado sesgo político; eran, en general, típicos representantes del viejo periodismo de partido, sin recursos económicos y con tiradas muy limitadas. Entre ellos podríamos destacar *El Pueblo*, radical y anticlerical, que contenía, casi exclusivamente, propaganda del Partido Republicano, y *El Defensor*, órgano del Partido de la Unión, que se definía como «anticlerical, democrático y liberal». Dentro de este grupo merece una mención especial, por su carácter satírico, *La Fusta*, que ilustraba con numerosas caricaturas los asuntos municipales o la actualidad política nacional. Presumía de «liberal» y «democrática»; y lo cierto es que, a pesar de ser claramente católica, se mostraba progresista en asuntos religiosos, atacando con frecuencia a determinadas asociaciones confesionales y a aquéllos que consideraba más papistas que el Papa.

En cuanto a los diarios había por entonces una quincena, representantes también, la mayor parte de ellos, de los partidos políticos o, incluso, de determinados líderes o tendencias dentro de los grandes partidos; no eran, en

---

<sup>11</sup> Sobre la prensa sevillana de finales del siglo XIX y principios de XX, ver también CHECA GODOY, Antonio, «La prensa en Andalucía. Crónica de una decadencia», en DRAIN, Michel *et al.*: *Los Andaluces*. Ed. Istmo, Madrid, 1980, págs. 509-534, así como BRAOJOS, Alfonso: *Guía de la Hemeroteca Municipal de Sevilla*, Vol. I. Ayuntamiento de Sevilla, 1985.

definitiva, sino abogados de una causa concreta. Entre ellos estaban *El Heraldillo Sevillano*, que se decía portavoz del Partido Liberal Democrático, el *Diario de Sevilla*, carlista, cuya cabecera ha sido recuperada recientemente por otro rotativo de esta ciudad, *El Español* y *El Universal*, canovistas, *El Cronista*, órgano del grupo de Romero Robledo, *El Orden*, silvelista, *La Andalucía* y *El Progreso*, de los liberales de Sagasta, *El Posibilista*, de Castellar, el republicano *El Baluarte*, y otros como *El Eco de Andalucía*, *La Andalucía Moderna* o el *Sevilla* que, aunque no afirmaran de forma expresa su adhesión partidista, reflejaban en sus páginas su carácter ideológico: católicos, monárquicos y, sobre todo en el caso del último de los citados, ferozmente antisocialista<sup>12</sup>.

La mayoría de estos diarios, sin embargo, especialmente los que se limitaban a ser «voceros» de partidos o grupos débiles, estaban en franca decadencia; llevaban una existencia difícil y muchos de ellos estaban condenados a una desaparición casi inmediata. En esos años se fundaron periódicos constantemente; pero los únicos que sobrevivieron fueron aquellos que, aunque todavía no podían identificarse plenamente con el «nuevo periodismo» de masas al que se encaminaba la prensa europea en esos años, respondían ya, al menos en parte, al prototipo de «empresa» periodística moderna, con un respaldo económico muy superior al que hasta entonces habían tenido las publicaciones periódicas.

## Los diarios de «información»

Los periódicos de mayor tirada en las primeras décadas del siglo XX en Sevilla eran los diarios llamados «de información» que no se declaraban ni se consideraban portavoces de partido alguno, aunque su contenido fuera, esencialmente político, y a pesar de que, como ocurre con la mayoría de los grandes rotativos de hoy, tanto por el sesgo de las noticias que transmitían a sus lectores como por los artículos de opinión, dejaran traslucir en sus páginas la ideología que los alumbraba o los intereses del capital que los financiaba. La concepción empresarial del grupo que estaba detrás de ellos los llevaba a intentar crear productos menos dogmáticos en cuanto a las ideologías y adhesiones políticas y a tener como fin principal la «información». En consecuencia, junto a los artículos de opinión ofrecían notas de agencia e, incluso, y con todos los matices ideológicos que se quiera, crónicas de corresponsales; y buscaban, como complemento para su financiación, la captación de anunciantes.

De entre ellos hay que destacar el que en aquellos momentos era el decano de la prensa sevillana, *El Porvenir* que, en realidad, se encontraba a

---

<sup>12</sup> GÓMEZ APARICIO: *Historia del periodismo...*, Vol. I, págs. 672-673; CHAVES REY, M.: *Historia y Bibliografía de la prensa sevillana*. Clásicos Sevillanos, Ayuntamiento de Sevilla, 1995. pág. XXXIX, y CHECA GODOY: «La prensa en Andalucía...», pág. 518.

medio camino entre ambos tipos de rotativos. Este diario había experimentado una importante transformación desde su creación en 1848<sup>13</sup>; no obstante mantenía, en mayor grado que los demás encuadrados en este grupo, los rasgos típicos de los medios de comunicación predominantes hasta entonces. Probablemente por eso fue el primero en desaparecer.

En principio se definía como «Diario Político Independiente», a pesar de ser claramente conservador, y los temas aparecían en sus páginas sin la diferenciación en secciones propia de un periódico moderno. En los últimos años del siglo XIX, quizás en un vano intento de sobrevivir adaptándose a los nuevos tiempos, comenzó a distribuir sus páginas en función del tipo de información, pasó a definirse como «Diario de Avisos y Noticias» y su empresa editora se convirtió en Sociedad Anónima. Desde su fundación venía ejerciendo una influencia notable sobre amplios sectores conservadores de la ciudad e, incluso, de la región; y es probable que esa influencia fuera todavía considerable a comienzos del siglo XX. Pero los cambios realizados no le bastaron para hacer frente a la concentración periodística iniciada en esos años y el triunfo paulatino del «nuevo periodismo» lo llevó a desaparecer en 1909<sup>14</sup>. Por eso, a pesar del predominio que había tenido en los años anteriores, no ha sido posible su utilización en este estudio.

Un caso particular en este grupo de diarios lo constituye *El Correo de Andalucía*<sup>15</sup>, que siendo un claro ejemplo del arquetipo de prensa decimonónica en cuanto a su objetivo, la difusión de una determinada ideología, supo marchar con su tiempo. Actual decano de la prensa hispalense y el tercero en antigüedad en cuanto a los importantes de aquella época, *El Correo de Andalucía* fue creado en 1899 por el cardenal Marcelo de Spínola, con el apoyo de destacadas personalidades de la derecha sevillana. Siguiendo las consignas de León XIII, partidario de hacer frente con sus mismas armas a «la ola anticlerical» que, a su juicio, se había desatado en gran parte de la prensa de la época, a finales del siglo XIX la iglesia española pretendió elevar la cantidad y, sobre todo, la calidad de las publicaciones católicas, con el fin de unir ideológicamente a sus fieles con independencia del partido político al que pertenecieran.

Los pasos iniciales en este sentido se dieron en 1898, con la creación de la «Asociación Española de la Buena Prensa» y la celebración en Sevilla de la Primera Asamblea Nacional de la Prensa Católica. El siguiente fue la fundación de *El Correo de Andalucía*, el primero de los diarios importantes en surgir al amparo de esas doctrinas y, también, el que tendría una vida más

---

<sup>13</sup> CHECA GODOY: «La prensa en Andalucía....» pág. 511.

<sup>14</sup> CHAVES REY: *Historia y Bibliografía...*, págs. XXXIII-XXXIV, y RUIZ ACOSTA: *Sevilla e Hispanoamérica...*, págs. 63-65.

<sup>15</sup> Tanto las motivaciones que llevaron a su creación y a la de la Asociación de la Buena Prensa como las características del diario, han sido ampliamente tratadas por GÓMEZ APARICIO: *Historia del periodismo...*, Vol. II, págs. 672-674, y Vol. III, págs. 154-163. Ver también RUIZ ACOSTA: *Sevilla e Hispanoamérica...*, págs. 68-70.

larga, manteniéndose bajo el control de la Iglesia hasta la última parte del siglo XX y sobreviviendo hasta hoy, aunque con un carácter muy diferente. Definiéndose como «Diario Católico de Noticias», era, como *El Porvenir*, monárquico y conservador; pero, a diferencia de aquél, fue una muestra evidente de que la prensa ideológica, aquella en la que predominaba la doctrina sobre la información, podía sobrevivir si sabía adaptarse a las transformaciones propias de la época. En principio, siguiendo su objetivo de unir a los católicos por encima de los partidos, se manifestó al margen de éstos; no obstante, en una segunda etapa, en la década de 1920, se convirtió en uno de los principales apoyos del Partido Social Popular hasta la desaparición de éste en 1925, con el fin de conseguir «la unión de las derechas» en torno a esa formación política.

Pero si en cuanto a su objetivo respondía a ese tipo de periodismo ideológico que decaía, no ocurría lo mismo en cuanto a su forma. Con su creación Spínola quería apartarse de la idea que hasta entonces había regido la prensa católica, basada en la mera propaganda, para crear «un buen periódico», ameno y bien informado. Para contrarrestar eficazmente la popularidad que en aquellos años alcanzaron los diarios llamados «liberales», tenía que ser capaz de despertar el interés de un amplio espectro de la sociedad; y es que, a su juicio, la prensa católica fracasaba no por falta de lectores simpatizantes de la iglesia, sino por su deficiente calidad que alejaba a muchos de éstos.

El resultado de su idea se vio coronado por el éxito, alcanzando tiradas de diez mil ejemplares, muy superiores a las de cualquier otro diario doctrinal. Por otra parte, a juzgar por el volumen de publicidad que insertaba en sus páginas, y que contribuía a su mantenimiento, su influencia sobre los católicos de la ciudad debió ser considerable. No obstante, como una confirmación de que en la primera parte del siglo XX el periodismo cambiaba y de que no era el mejor momento para una prensa predominantemente ideológica, esas tiradas eran muy inferiores a las de las publicaciones con las que pretendía competir.

Los otros dos diarios importantes de la época, los de mayor tirada, respondían a un concepto informativo y empresarial distinto, más acorde con las tendencias del periodismo mundial de aquellos momentos. Uno de ellos, *El Noticiero Sevillano*, entonces el segundo en antigüedad entre los de la ciudad, fue el primer representante del nuevo tipo de periódico que surgía entonces. Creado en marzo de 1893 por Peris Mencheta<sup>16</sup>, sus orígenes fueron similares a los de muchos de los periódicos típicos del siglo XIX creados por una sola persona que, generalmente, era también su director o, como mucho, por un grupo familiar. Pero no ocurría lo mismo con su concepción.

Definido por Azorín como «Mencheta, o la noticia»<sup>17</sup>, su fundador tenía una idea de lo que debía ser un diario muy diferente a la de los viejos edito-

---

<sup>16</sup> DESVOIS: *La prensa en ...*, pág. 28 y CHECA GODOY: «La prensa en Andalucía ....», pág. 519.

<sup>17</sup> GÓMEZ APARICIO: *Historia del periodismo...*, Vol. II, pág. 647.



res. De acuerdo con esa concepción, *El Noticiero Sevillano* se mostró, desde el principio, como un pionero en la capital andaluza de esa forma de periodismo cuyo fin esencial era el suministro de información, aunque no olvidara, desde luego, la defensa de los intereses de un sector de la sociedad muy concreto, los de la «gran burguesía». Y también era distinto en su vertiente empresarial, siendo, al mismo tiempo, el primer ejemplo en la ciudad de que las cadenas periodísticas, aunque en este caso fuera pequeña y perteneciera a una empresa familiar, representaban el futuro.

Periodista en *Las Provincias* de Valencia y en *La Correspondencia de España* de Madrid<sup>18</sup>, Mencheta creó antes la agencia de noticias que llevaba su nombre<sup>19</sup> y, posteriormente, en 1888, *El Noticiero Universal* de Barcelona. Este diario alcanzó pronto un éxito notable que su creador pretendió extender a Andalucía con la aparición de *El Noticiero Sevillano*<sup>20</sup>; y, efectivamente, lo consiguió; desde sus comienzos, y durante las décadas iniciales del siglo XX, fue el segundo de la capital andaluza en cuanto a difusión.

Dirigido en sus comienzos por su fundador, se denominaba a sí mismo como «Diario Independiente de Noticias, Avisos y Denuncias»; pero, de acuerdo con los intereses que defendía, se mostraba en todo momento como conservador, católico y monárquico. En cuanto a los aspectos formales, sus páginas estaban ya organizadas en función del carácter de las noticias e incluían tanto informaciones locales como de España y del exterior, con los «últimos telegramas y noticias de Madrid, provincias y extranjero». Sus artículos y editoriales, algunos de ellos recogidos de otras publicaciones periódicas nacionales e internacionales, eran de índole variada; por último, ofrecía también a sus lectores los «folletines» que tanto favor alcanzaron en su momento en la prensa y, por supuesto, contaba con esa publicidad que ayudaría a financiar desde entonces los medios de comunicación. Todos estos factores hicieron que su éxito fuera casi inmediato y que, con una tirada media de veinticinco mil ejemplares, se mantuviera como el segundo diario en difusión de la ciudad hasta su desaparición en 1933<sup>21</sup>.

No obstante, el mejor ejemplo sevillano de la transformación que la prensa estaba experimentando en aquellos años sería *El Liberal*, el último de los señalados en cuanto a su aparición, pero el primero en difusión entre 1900 y 1936. Fundado en 1901 por Miguel Moya<sup>22</sup>, uno de los creadores del

<sup>18</sup> SÁIZ y SEOANE: *Historia del periodismo...*, págs. 2 y 314.

<sup>19</sup> Respecto a la fundación de ésta hay discrepancias entre los distintos autores. Según GÓMEZ APARICIO (*Historia del periodismo...*, Vol. II, pág. 648) fue en 1876, mientras que ESPINA (*El Cuarto Poder...*, pág. 163) dice que fue en 1871.

<sup>20</sup> GÓMEZ APARICIO: *Historia del periodismo...*, Vol. II, págs. 646-649, y DESVOIS: *La prensa en.....*, pág. 28.

<sup>21</sup> RUIZ ACOSTA: *Sevilla e Hispanoamérica...*, págs. 66-68.

<sup>22</sup> DESVOIS: *La prensa en.....*, pág. 14; ESPINA: *El Cuarto Poder...*, pág. 193; CHECA GODOY: «La prensa en Andalucía...», pág. 519, y RUIZ ACOSTA: *Sevilla e Hispanoamérica...*, pág. 71.

diario madrileño del mismo nombre y también, al principio, su director, este rotativo fue la muestra más clara en la capital andaluza de que había llegado el momento de las verdaderas empresas periodísticas y del triunfo de sus productos por encima del periódico personal o de partido.

La iniciativa que culminaría con la creación de esa empresa correspondió a un grupo de periodistas ya consagrados, entre los que se encontraba Miguel Moya. Escindidos de *El Imparcial* de Madrid por cuestiones ideológicas, decidieron crear un rotativo marcadamente republicano, mientras que aquél se mantenía dentro de la tendencia monárquica. No obstante su adscripción política, los promotores de *El Liberal* madrileño fueron conscientes de que había que buscar nuevas fórmulas, impulsando publicaciones más abiertas y con una menor carga ideológica. El creciente éxito del *ABC* de aquella ciudad, que incrementaba constantemente el número de sus lectores entre aquellos que pretendían alejarse de una prensa tradicionalmente partidista, no hizo sino confirmar esta idea<sup>23</sup>.

Por otra parte, el descrédito en que había caído la prensa tras su actuación con motivo del desastre cubano había llevado, como dijimos, a una disminución considerable de las tiradas lo que, unido al encarecimiento del papel, hacía insoportables, en muchos casos, las cargas financieras. Ante tal situación era lógico, pues, pensar en la creación de una cadena de publicaciones, a semejanza de las que ya existían en lugares como Inglaterra o Estados Unidos, de manera que, a través de compras conjuntas de material y de la contratación de servicios comunes (corresponsales, agencias, etc.), se abarataran considerablemente los costos.

Con esta idea, el grupo editor de *El Liberal* de Madrid crearía, el mismo año que el de Sevilla, otros dos diarios con el mismo nombre en Barcelona y Bilbao. Pero no se quedó ahí, sino que continuó la ampliación con otras adquisiciones; un año más tarde compraría *Las Provincias de Levante* para convertirlo en *El Liberal* de Murcia, y en 1907 *El Defensor de Granada*. Paralelamente, en 1906 creaba, junto a la familia Ortega y Gasset, propietaria de *El Imparcial* de Madrid, La Sociedad Editorial de España, conocida poco después como el «Trust»<sup>24</sup> por su extensión e influencia.

Su empresa se vio pronto coronada por el éxito; en 1913 las publicaciones periódicas de la sociedad conseguían tiradas superiores a los doscientos cincuenta mil ejemplares, algo impensable para cualquier otro grupo español de la época; y aunque aquélla se disolvió en 1916, nada más cumplirse el plazo mínimo establecido en el momento de su formación, sería sustituida más tarde por la Sociedad Editora Universal, con un grupo de periódicos más claramente republicanos tras la separación de *El Imparcial*<sup>25</sup>.

<sup>23</sup> ESPINA: *El Cuarto Poder*..., págs. 192-193, y DESVOIS: *La prensa en.....*, pág. 14.

<sup>24</sup> Sobre esta cuestión ver también ESPINA: *El Cuarto poder*... pág. 238; DESVOIS: *La prensa en.....*, págs. 21-22, y GÓMEZ APARICIO: *Historia del periodismo*..., Vol. III, págs. 243-244.

<sup>25</sup> GÓMEZ APARICIO: *Historia del periodismo*..., Vol. III, págs. 253, 274 y 678.

A ese espíritu republicano respondía también *El Liberal* de Sevilla, que se editaba con el subtítulo de «Diario Liberal de Información General». En su primer editorial exponía sus principios fundacionales, declarando, como había hecho su antecesor madrileño, su «independencia absoluta» respecto a cualquier partido o grupo de presión. No obstante, y como señalan algunos autores, este periódico era un claro ejemplo de una tendencia bastante extendida en la prensa de aquellos años, y que continúa hasta hoy, que en no pocas ocasiones confunde «la proximidad de las empresas periodísticas a grupos sociales de presión o a intereses económicos, con la defensa de posturas críticas independientes»<sup>26</sup>. Sin embargo, también lo fue de esa forma de periodismo en el que, al menos formalmente, y aunque no se prescindiera de la ideología, primaba la información sobre aquélla, lo que lo llevaría a convertirse muy pronto en el diario más importante de la ciudad.

Al igual que ocurrió con los periódicos de su cadena en otros lugares de la península, *El Liberal* de Sevilla fue el diario más completo y mejor estructurado; su información local no era tan amplia como la ofrecida por algunos de sus competidores, pero superaba a éstos con creces en cuanto a la nacional e internacional. Su éxito fue tal, que no sólo era el periódico de mayor difusión de la capital andaluza, con cerca de treinta mil ejemplares<sup>27</sup>, sino de toda la región, manteniendo esa posición y publicándose sin interrupciones hasta su desaparición, en julio de 1936, cuando la guerra primero y la dictadura después, cerrarían el camino a una parte importante de los grandes periódicos de la época<sup>28</sup>.

En definitiva, la prensa sevillana de las tres primeras décadas del siglo XX sufría las mismas limitaciones que señala Jean Desvois para la española en general; las propias de un país «económicamente subdesarrollado, en el que la democracia no había sido más que una fórmula antes de desaparecer por completo de 1923 a 1931»<sup>29</sup>. Pero, aunque caminara con retraso respecto a la de otras ciudades europeas, también supo transformarse y modernizarse, llegando a ocupar una posición destacada dentro del panorama general de los medios de comunicación españoles.

Es cierto que Sevilla no estuvo entre las capitales peninsulares que contaba con un mayor número de publicaciones periódicas por habitante. Éstas fueron Madrid, Barcelona, Palma de Mallorca, Álava y Cádiz. Muchas de ellas, además, eran excesivamente localistas, limitándose a recoger una cuantas noticias de agencias en lo que se refería a las informaciones nacionales y, especialmente, a las internacionales, sobre las cuales nunca publicaban artículos de opinión. Pero también lo es que algunos de sus rotativos lograron un grado de calidad que los llevó a estar entre los realmente importantes del país.

---

<sup>26</sup> RUIZ ACOSTA: *Sevilla e Hispanoamérica...*, págs. 52 y 71.

<sup>27</sup> CHECA GODOY: «La prensa en Andalucía....», pág. 532.

<sup>28</sup> RUIZ ACOSTA: *Sevilla e Hispanoamérica...*, págs. 58 y 70-73.

<sup>29</sup> DESVOIS: *La prensa en....*, pág. 75.

Este fue el caso de *El Noticiero Sevillano* y *El Liberal*, que alcanzaron, además, una difusión considerable, siendo superados en este aspecto sólo por periódicos de cuatro ciudades españolas, Madrid, Barcelona, Valencia y Cádiz, todas, salvo esta última, con mayor población que Sevilla. De acuerdo con su calidad y difusión, las citadas publicaciones, junto con *El Correo de Andalucía*, la única de la vieja escuela «impartidora de doctrina» que no sólo logró mantenerse sino que sobrevivió con creces a las anteriores, tuvieron que jugar un papel fundamental como «formadores de opinión» y, al mismo tiempo, como «reflejo» de la sociedad sevillana de la época, en los convulsos momentos históricos que el país atravesaba en aquellos años.

Estos tres últimos periódicos, por distintos motivos, situaron a la prensa sevillana en un lugar destacado dentro del «nuevo periodismo» español. Uno de ellos, *El Correo de Andalucía*, respondía, en parte, a las características del viejo periodismo; pero fue pionero en su campo y ejemplo de lo que tenía que hacer la prensa doctrinal si quería sobrevivir. Los otros dos respondían más al prototipo de «empresa» periodística moderna; diarios «de información» que se declaraban «independientes» de los partidos políticos. Esto no significa que lo fueran realmente o que permanecieran al margen del debate ideológico; ya hemos dicho que uno y otro, como ocurre, por otra parte, con la mayoría de los rotativos españoles de hoy, dejaban traslucir en sus páginas la ideología o intereses que los alumbraba; pero, eso sí, los dos supieron alejarse del dogmatismo militante de sus antecesores.

De hecho, gran parte de su éxito se debió a que, obviando la excesiva fragmentación de la prensa partidista, se repartieron el mercado en función de las grandes corrientes ideológicas. Mientras *El Liberal* se dirigía a una población esencialmente republicana o liberal, *El Noticiero Sevillano* lo hacía a ese sector conservador, monárquico y católico, que debía ser mayoritario entre los lectores de periódicos, pero por el que tenía que competir con *El Correo de Andalucía*. Y todos ellos, de una u otra forma, participaron en la lucha política al llegar momentos especialmente conflictivos, olvidando, como todavía ocurre hoy, que su primer objetivo era informar y no tratar de imponer sus tesis intentando que la «opinión publicada» suplantara a la «opinión pública».

Por eso, y aunque en la Sevilla de aquellos años llegaron a editarse hasta seis o siete diarios, el estudio se ha centrado en estos tres; el resto, por su excesivo localismo y la falta de interés por las noticias internacionales no resultan demasiado útiles para el objetivo propuesto. Entre ellos, es esencialmente *El Liberal* el que más documentación ha aportado; no sólo es el que dio una mayor cobertura a la problemática mexicana, sino también el único del que se conservan todos los ejemplares entre 1910 y 1921, los años tratados en este libro. En el caso de *El Noticiero Sevillano*, sin embargo, nos encontramos con una importante laguna informativa, ya que faltan los ejemplares relativos a la última parte de 1918 y todos los de 1919 y 1920; y lo mismo ocurre, aunque en menor grado, con *El Correo de Andalucía*, del que



tampoco se conservan los ejemplares de la segunda mitad de 1920, entre otros.

Esto no quiere decir que los años en que las colecciones están completas la información sobre México fuera exhaustiva; por el contrario, hay momentos en que, a juzgar por lo aparecido en sus páginas, no parecía estar sucediendo nada noticiable en aquel país, especialmente en los comienzos del movimiento revolucionario; hay vacíos importantes e incomprensibles que dificultan extraordinariamente el objetivo de este estudio. No obstante esas lagunas, a través de estos tres diarios y, en ocasiones, con el apoyo de algunos madrileños, que también llegaban a Sevilla mediante suscripciones, voy a intentar plasmar aquí la imagen que la prensa ofreció a los lectores sevillanos sobre la Revolución, desde los inicios del levantamiento contra Porfirio Díaz hasta la etapa presidencial de Álvaro Obregón, cuando ya el nuevo régimen parecía asentado. Trataré, en definitiva, de presentar esa visión, con sus especiales implicaciones en el campo de las relaciones hispano-mexicanas, y, al mismo tiempo, cuáles fueron las corrientes de opinión, si es que las hubo, que sobre este proceso histórico tuvieron reflejo en sus páginas.



## CAPÍTULO II

### EL CAMINO A LA INSURRECCIÓN

#### De Porfirio a Madero

El porfiriato representó para México, al menos en apariencia, una etapa de estabilidad, paz y prosperidad sin precedentes en su historia como país independiente. Sin embargo, y como afirman algunos autores, muchos de los cuales califican el citado régimen político de «ficción democrática», se trataba de una prosperidad y «una paz imperfecta que se basaba tanto en la represión recurrente como en el consenso popular». Ese difícil equilibrio, que le permitiría mantener el poder más de treinta años, lo lograría apoyándose «sobre una imponente pirámide de clientelas típicas de la sociedad antigua en la que el jefe de Estado actúa como la unión o la articulación entre las dos sociedades antagónicas», la «moderna», representada por la élite en el poder, y la tradicional, integrada por la mayor parte del país<sup>1</sup>.

Siguiendo las directrices de la parte «moderna» de la sociedad, el sistema profundizó en una política de crecimiento económico fundamentado en las exportaciones, que venía llevándose a cabo desde la etapa anterior. Para favorecerla, comenzaron a transformarse las infraestructuras de transporte —ampliando, por ejemplo, los kilómetros de ferrocarril—, y se suprimieron los aranceles internos; con ello mejoró considerablemente la comercialización de la agricultura avanzándose, al mismo tiempo, en la integración del territorio. Otras medidas tomadas con el mismo fin fueron el fomento de la inmigración europea y de la inversión extranjera. En este último aspecto, con los científicos en el poder y Limantour al frente de la economía, se reformó el sistema financiero y la estructura bancaria, y en 1905 se terminó por adoptar el patrón oro. Todo ello, tal y como esperaba el gobierno dirigido por aquéllos, trajo consigo un extraordinario incremento de la inversión ex-

---

<sup>1</sup> CHEVALIER, F.: «Prefacio» a *México, del Antiguo Régimen a la Revolución*, de GUERRA, F. X. Fondo de Cultura Económica, México, 1988, Vol. I, pág. 10, y KNIGHT, Alan: *La Revolución Mexicana. Del Porfiriato al Nuevo Régimen Constitucional*. Ed. Grijalbo, México, 1996, Vol. I, págs. 40-41.

tranjera que contribuyó, como es lógico, al crecimiento económico que se pretendía<sup>2</sup>.

El resultado de sus políticas parecía en aquel momento bastante satisfactorio. La población aumentaba con un ritmo del 1,4% anual, pasando de 9,5 millones de habitantes en 1876 a 15 en 1910; mientras, la producción lo hacía al 2,7% y las exportaciones se multiplicaban por seis. Además, también con Limantour en el ministerio de Hacienda, se logró, por primera vez desde los comienzos de la república, el equilibrio presupuestario; ese equilibrio permitió, a su vez, nuevas inversiones en una serie de infraestructuras —puertos, ferrocarriles, etc.— que contribuyeron decisivamente a la modernización económica, y permitió llegar a 1910 con un exceso de reservas de 60 millones de pesos<sup>3</sup>. No obstante las apariencias de éxito, el propio sistema encerraba en sí mismo una serie de contradicciones que estallarían apenas cambiara la coyuntura internacional que había llevado a su auge; el éxito del modelo dependía demasiado de dichas coyunturas internacionales y hacia 1907 su debilidad se hizo patente.

La crisis del capitalismo mundial iniciada ese año tendría importantes repercusiones en la economía mexicana, al quebrar la tendencia de crecimiento anterior. Para comenzar, cortó radicalmente las remesas de capital extranjero; la disminución de efectivo fue tal, que los bancos no pudieron hacer frente a la demanda de créditos y la producción comenzó a disminuir en casi todos los sectores; al mismo tiempo lo hacían también los precios internacionales de las exportaciones, afectando no sólo a la balanza de pagos sino también a la capacidad económica de los productores.

Paralelamente bajaba la demanda de productos para el consumo interno. La adopción del patrón oro, tan beneficiosa a la hora de atraer capital extranjero, había tenido importantes costes sociales, especialmente entre los menos favorecidos; al llegar la crisis, tanto los campesinos de las haciendas como los asalariados de las fábricas, se vieron imposibilitados para hacer frente a la carestía a que dio lugar. En peor situación se encontraron aún los desempleados, que aumentaron considerablemente por el descenso en la producción ya señalado y que, junto a los trabajadores mexicanos en los Estados Unidos, que habían vuelto de allí expulsados por la misma crisis, hicieron sentir su presión sobre las haciendas<sup>4</sup>.

Desde el punto de vista político, por otra parte, la aparente paz que dominaba el porfiriato tampoco implicaba la carencia de problemas en este

---

<sup>2</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana*..., Vol. I, pág. 34, y OÑATE, Abdiel: «La crisis de 1907-1908 y el sistema bancario mexicano». En LUDLOW, L. y MARICHAL, Carlos, coords: *La Banca en México, 1820-1920*. Instituto Mora. El Colegio de Michoacán. México, 1998, pág. 181.

<sup>3</sup> BRADING, D. A.: «La política Nacional y la Tradición populista», en BRADING: *Caudillos y Campesinos en La Revolución Mexicana*. Fondo de Cultura Económica, México, 1985, págs. 14-15, y KNIGHT: *La Revolución Mexicana*..., Vol. I, pág. 42.

<sup>4</sup> GUERRA: *México, del Antiguo*..., Vol. I, págs. 235-236. Ver también AGUILAR MORA, M.: «Estado y Revolución en el proceso mexicano». En GILLY, A y otros: *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*. UNAM, Editorial Nueva Imagen, México, 1979, pág. 125.

campo; existieron realmente a lo largo de todo el periodo y, por varios motivos, entre ellos la crisis económica de que hablamos, se harían más patentes en los comienzos del siglo XX. De hecho, la propia prosperidad de que el régimen presumía ocasionó, por sí misma, una serie de tensiones sociales que se fueron agudizando en la primera década de esa centuria, convirtiéndose, para muchos autores, en el punto de partida de la Revolución<sup>5</sup>.

Esas tensiones no se limitaban a un sector social determinado; eran de naturaleza muy diversa y fueron numerosos los grupos sociales que se vieron afectados por ellas. Por eso, al iniciarse la insurrección aparecieron unidos en la lucha una serie de sectores rurales y urbanos con intereses muy distintos y con reclamaciones muy diferentes, lo que contribuye a complicar el debate historiográfico de que hemos hablado sobre el carácter y naturaleza de la Revolución. Mientras que para algunos autores fue, esencialmente, un movimiento agrario, para otros ese fenómeno no hubiera tenido lugar —y de ser así no con las características y las consecuencias que tuvo—, de no ser por las clases urbanas.

En el campo, los afectados por la expansión de la gran propiedad en aras de la «modernización» de la agricultura que demandaba el mercado mundial habían sido muchos. Esa expansión había comenzado antes de la llegada de Porfirio Díaz al poder; tanto la ley Lerdo de desamortización (1856) como la Constitución de 1857, en sus intentos por incorporar nuevas tierras al mercado, llevaron a una verdadera usurpación de las utilizadas por las comunidades y a la pérdida de gran parte de las funciones sociales de éstas<sup>6</sup>. La ocupación se acentuó durante el porfiriato y dio lugar a una serie de movimientos de rebeldía que, aunque no lograran superar los ámbitos locales en los que se habían originado, fueron constantes durante todo el periodo.

En la ciudad, entre tanto, la modernización había ido acompañada de un importante crecimiento de la población ligada al sector servicios, que no sólo aumentaba en número sino también en importancia. Los grupos medios urbanos, funcionarios, comerciantes, tenderos, maestros, médicos, abogados, etc., especialmente los más acomodados, aquéllos que iban a los colegios y a las universidades, que leían periódicos, y que no tenían que luchar día a día por su subsistencia, antes o después tenían que reclamar su participación política y sus parcelas de poder<sup>7</sup>.

Por si todo eso no fuera suficiente, en un régimen en el que el poder se concentraba en el presidente, a estos descontentos rurales y urbanos vendría

---

<sup>5</sup> MEYER, Jean: *La Revolución Mexicana. 1910-1940*. Dopesa, Barcelona, 1973, págs. 15-27.

<sup>6</sup> Ver sobre ello GUERRA: *México, del Antiguo....*, Vol. I, págs. 283-285, o GILLY, A: «La guerra de clases en la Revolución Mexicana. (Revolución permanente y auto-organización de las masas)», en GUILLY y otros: *Interpretaciones de la...*, págs. 25-26.

<sup>7</sup> KNIGHT: *La Revolución mexicana....*, Vol. I, pág. 69, y JACOBS, Ian: «Rancheros de Guerrero: los hermanos Figueroa y la Revolución», en BRADING: *Caudillos y campesinos...*, pág. 107, o GUERRA: *México, del Antiguo....*, Vol. I, págs. 355-356.

a unirse el de determinados estados en los que, pese a la existencia de una democracia formal, siempre resultaban elegidos los gobernadores designados por Díaz que, en muchas ocasiones, procedían de otros territorios y se mantenían ajenos a las problemáticas de aquel del que se hacían cargo. Este descontento no se limitaba a un grupo social concreto; a lo largo de todo el porfiriato había ocasionado una serie de levantamientos que, en algunos casos, habían logrado aglutinar tanto a las clases medias rurales como a las urbanas. No fueron movimientos revolucionarios ni su objetivo era, desde luego, acabar con el régimen; se produjeron, en gran parte, contra el centralismo y sólo pretendían reformar el sistema en favor de una mayor autonomía municipal y estatal. Pero unidos a las tensiones antes citadas, resultarían decisivos cuando estallara la sublevación.

Esta mezcla de intereses y de clases sociales hace que el carácter de la Revolución resulte bastante complejo, como hemos dicho, y no es objeto de este trabajo entrar en el debate sobre su verdadera naturaleza; sólo señalar que eran muchos los sectores descontentos y varios los movimientos previos a la rebelión a que dieron lugar, aunque no llegaron a adquirir forma definitiva hasta que aquélla se iniciara. La única oposición organizada contra el porfiriato de que se puede hablar hasta entonces surgió de los grupos medios urbanos a comienzos del siglo XX, con el ataque al régimen que representaron los acuerdos del Primer Congreso Liberal, reunido en 1901 en San Luis de Potosí, y la proliferación de los clubes liberales<sup>8</sup>.

Esta primera oposición organizada duraría, no obstante, muy poco. La represión fue inmediata y contundente, y dos años después sus miembros más destacados se encontraban exilados en los Estados Unidos. Allí, en contacto con los núcleos anarquistas norteamericanos, una parte importante del Partido Liberal Mexicano (PLM), que se aglutinaba en torno a los hermanos Flores Magón, experimentó un proceso de radicalización que lo llevaría a elaborar, en 1906, el «Programa y Manifiesto del Partido Liberal Mexicano» y a tomar parte activa en los movimientos y huelgas que tendrían lugar al llegar la crisis económica<sup>9</sup>.

A pesar de que, como ya se ha dicho, el grupo de los llamados «científicos», que llegaron al poder con la reelección de Díaz en 1892, no sólo había logrado el equilibrio presupuestario estatal sino, incluso, un superávit fiscal, las consecuencias sociales de la aplicación del patrón oro y, sobre todo, la crisis comercial norteamericana de la primera década del siglo XX habían dejado patente la debilidad del sistema y la inoperancia de la política económica de aquéllos frente a situaciones de este tipo. Los pequeños pro-

---

<sup>8</sup> Sobre estas cuestiones ver KNIGHT, A: «Caudillos y campesinos en el México Revolucionario, 1910-1917», en BRADING: *Caudillos y campesinos...*, págs. 47-48, y GUERRA: *México, del Antiguo...*, Vol. II, págs. 9-10.

<sup>9</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...* Vol. I, pág. 70, y GUERRA: *México, del Antiguo...*, Vol. II, págs. 36 a 50, donde se trata ampliamente la formación del grupo magonista.



pietarios de tierra, por ejemplo, se veían incapaces de seguir adelante al tener que enfrentarse, simultáneamente, al descenso en los precios de sus productos y a las restricciones bancarias; una situación similar se vivió en otros sectores, como el minero o el de las manufacturas, que no sólo no podían hacer frente a las inversiones que necesitaban para crecer, sino que se vieron obligados a reducir la producción y, por tanto, el empleo y los salarios. Con todo ello, a lo largo de 1906 y 1907 las huelgas y las insurrecciones rurales fueron casi continuas<sup>10</sup>.

En todas ellas intentó intervenir el magonismo, pretendiendo utilizarlas para llegar a la sublevación general; pero en una sociedad como la mexicana, en la que la protesta obrera no se planteaba todavía un cambio de régimen sino, simplemente, la mejora de las condiciones sociales y económicas de los trabajadores, el levantamiento magonista estaba condenado al fracaso<sup>11</sup>. A pesar de ello, y de que su radicalización apartó del movimiento a los más moderados —incluido el futuro presidente Francisco Madero—, la actividad política contra el régimen no cesaría; sólo tomaría otros rumbos que adquirirían forma en el movimiento antirreeleccionista encabezado por Madero que, con ese lema, conseguiría aglutinar a grupos muy diversos entre los descontentos.

Aunque Díaz se había levantado en 1876 contra Lerdo de Tejada enarbolando el principio de la no reelección presidencial, desde entonces se había hecho reelegir continuamente sin problemas. Sólo a finales de la década de 1890 surgieron los primeros movimientos a favor de un cambio entre los mismos porfiristas. La búsqueda de un sucesor inició la primera división de la élite entre el grupo de «científicos», representado por Limantour, que se consideraban los artífices del México moderno, y el de los porfiristas de los estados, que se aglutinaron en torno al general Bernardo Reyes. El conflicto amenazaba con llegar a la ruptura y, al final, como modo de evitarla, se obvió el problema de la sucesión presentándose una vez más la candidatura de Díaz para las elecciones de 1904; además, se alargó el periodo presidencial a seis años, postergando así la cuestión hasta 1910. Pero, dada la edad de Porfirio Díaz, era sólo eso, un aplazamiento; el problema se mantuvo latente durante todo su mandato y se vio agudizado por la actitud del propio presidente que, receloso de Reyes, quizás el único aparte de él capaz de conseguir en aquellos momentos una base de poder independiente, pareció acercarse cada vez más a los científicos.

Por eso, al llegar la crisis económica estos últimos fueron presentados por muchos ante la opinión pública como los causantes de todos los males del país. Y cuando en 1909 Díaz anunció que se presentaría a la presidencia

---

<sup>10</sup> BRADING: «La política Nacional....», págs. 18-19; KNIGHT: «Caudillos y campesinos.....», págs.33-34, JACOBS: «Rancheros de Guerrero....», pág. 106, o GUERRA: *México, del Antiguo....*, Vol. II, págs. 242-245.

<sup>11</sup> GILLY: «La guerra de.....», pág. 28.

al año siguiente y que lo acompañaría como vicepresidente Ramón Corral, ligado al citado grupo, quien, por la edad del presidente, era probable que llegara a ocupar su puesto, la lucha entre las dos facciones estalló. Paralelamente, en 1908 se creaba en la capital el Partido Democrático (PD); y al año siguiente Francisco Madero publicaba su famoso libro *La Sucesión Presidencial* y preparaba la fundación de un nuevo partido, el Nacional Antirreeleccionista. Esta formación política pretendía ser, sin embargo, algo más que un partido, «una unión nacional contra la dictadura», un movimiento capaz de aglutinar todos los descontentos contra el poder porfirista<sup>12</sup>, en unos momentos en que éste mostraba signos de división.

En un principio tanto el libro de Madero como la creación del primer club antirreeleccionista pasaron prácticamente desapercibidos salvo para algunos miembros moderados del PLM que, como el mismo Madero, habían roto con el magonismo tras el fracasado levantamiento de 1906. Pero no transcurriría demasiado tiempo antes de despertar la atención de otros sectores de la sociedad mexicana. Los descontentos dentro del propio sistema porfirista, es decir, los contrarios a los científicos, preconizaban la candidatura de Bernardo Reyes para la vicepresidencia y, con ese fin, crearon por todo el país numerosos clubes reyistas, que se verían apoyados por el Partido Democrático. Pero ante la negativa de Reyes a actuar contra la designación de Ramón Corral por Díaz para acompañarlo como vicepresidente, fueron muchos los que volvieron sus ojos a Madero<sup>13</sup>.

Éste inició, además, una serie de giras por todo el territorio de la república que harían que el número de sus seguidores se fuera incrementando no sólo entre las formaciones políticas ya más o menos organizadas, desanimadas ante lo que consideraban abandonismo de Reyes, sino también entre los estudiantes y las fuerzas sociales emergentes. El resultado quedó patente en abril de 1910, cuando se reunió la Convención Nacional Antirreeleccionista; para entonces la situación del nuevo partido no tenía nada que ver con la de un par de meses antes ya que, como se propuso su líder, había logrado aglutinar a numerosos grupos contrarios al sistema. En ella, Madero fue elegido candidato a la presidencia de la república, acompañado en la candidatura para la vicepresidencia por un destacado reyista, Emilio Vázquez Gómez, lo que vendría a facilitar la incorporación de éstos y del Partido Democrático a la nueva formación. Además, en un intento por ensanchar las bases sociales del antirreeleccionismo, ambos candidatos presentaron un programa en el que se incluyeron las principales medidas sociales demandadas tanto por el PLM como por el PD<sup>14</sup>, logrando atraer así no sólo a la mayoría de los nuevos grupos sociales urbanos, sino a una parte relativamente importante del mundo rural.

---

<sup>12</sup> GUERRA: *México, del Antiguo....*, Vol. II, pág. 135.

<sup>13</sup> ALESSIO ROBLES: *Historia política de....*, pág. 11.

<sup>14</sup> GUERRA: *México, del Antiguo....*, Vol. II, págs. 190-201, y ALESSIO ROBLES: *Historia política de....*, pág. 15.



Un factor esencial para la expansión del Partido Antirreeleccionista fue, desde luego, la adhesión de un número considerable de miembros de la pequeña burguesía que el crecimiento económico del porfiriato había incrementado notablemente en las ciudades. Esa burguesía había huido del radicalismo magonista y en ningún momento pretendió la subversión del orden establecido cambiando el régimen de propiedad, como entre otras cosas pretendía el magonismo; pero sí pedía una mayor participación política a la que se creía con derecho<sup>15</sup>. Las clases medias, especialmente la de las ciudades, aunque no sólo allí, buscaban, en definitiva, un sistema más democrático que abriera cauces a su participación.

En teoría sus intereses nada tenían que ver con los que buscaban las protestas proletarias o las movilizaciones campesinas. Pero lo cierto es que unas y otras, especialmente estas últimas —entre otras cosas por su extremado localismo—, no hubieran tenido el papel que desempeñaron en la Revolución si los sectores medios no hubieran logrado articular la oposición al porfiriato. De hecho, gran parte del triunfo de la Revolución estuvo, para muchos autores, en la habilidad de las clases medias para incorporar a su programa parte de las reivindicaciones campesinas, especialmente tras la muerte de Madero<sup>16</sup>.

Sin embargo, el porfiriato no parecía ser consciente del todo esto y, aun conociendo la intensa actividad de los antirreeleccionistas, considerando que representaban un peligro menor no actuó contra ellos como hacía con otros grupos opositores. Sólo a medida que fueron ganando adeptos y, sobre todo, tras la Convención Nacional Antirreeleccionista que dejó patente su crecimiento, la situación cambió; el seis de junio de 1910 Madero era arrestado en Monterrey<sup>17</sup>.

## La visión española del porfiriato

La detención de Madero era indicativa de que algo se estaba moviendo en México; pero en el exterior se ignoraba su existencia. La eficacia del régimen tanto en la vigilancia de los distintos grupos opositores como en la represión de éstos y de la prensa, hizo que la mayor parte de los movimientos de descontento pasaran prácticamente desapercibidos fuera del país. Por eso, al producirse el estallido revolucionario la sorpresa en el contexto internacional, que en un primer momento no le dio demasiada importancia, fue casi general.

El caso de España, por supuesto, no fue una excepción en este sentido; pero si al desconocimiento de la realidad mexicana unimos el escaso interés

---

<sup>15</sup> GILLY: «La guerra de.....», pág. 29.

<sup>16</sup> CÓRDOVA, A.: «México: Revolución burguesa y política de masas», en GILLY y otros: *Interpretaciones de la....*, págs. 67-70.

<sup>17</sup> ALESSIO ROBLES: *Historia política de...*, pág. 15, y GUERRA: *México, del Antiguo....*, Vol. II, pág. 206.

que en aquellos momentos parecía sentir la prensa española por las distintas repúblicas surgidas del antiguo imperio, enfrascada como estaba en la complicada situación política peninsular, es fácil entender la ausencia de informaciones sobre la problemática política mexicana antes de que se iniciara la insurrección e, incluso, en los primeros momentos de aquélla, a pesar de que los vínculos entre los dos países se habían estrechado considerablemente desde la década de 1890.

A raíz de la emancipación mexicana las relaciones entre México y España no habían sido precisamente cordiales; inexistentes al comienzo, sólo a finales de 1836 el gobierno español reconocía por fin al antiguo virreinato como nación independiente. A partir de esa fecha se establecieron contactos diplomáticos entre ambos estados; pero el intercambio de ministros no implicó que las relaciones fueran óptimas ni, por supuesto, la ausencia de tensiones entre los sucesivos gobiernos, algunas de las cuales venían arrastrándose desde el mismo momento de la independencia.

Por una parte, España reclamaba a México fuertes indemnizaciones como compensación a las pérdidas sufridas por el Estado español y sus ciudadanos durante la Guerra de Independencia; por otra, las dificultades financieras de las administraciones mexicanas a lo largo de todo el siglo XIX, las llevaron a imponer una serie de «préstamos» forzosos de los que los peninsulares residentes en aquel país no se vieron excluidos; las protestas del gabinete de Madrid ante tales imposiciones, respondiendo a las demandas de apoyo por parte de aquéllos, enturbiaban también las relaciones. Sin embargo, estos problemas se fueron resolviendo en el último cuarto del siglo XIX, especialmente desde la llegada al poder de Porfirio Díaz; y en 1894 parecía que habían quedado definitivamente zanjados<sup>18</sup>.

En esa época, y sobre todo desde 1898, España se replanteaba sus conexiones con las antiguas colonias. El «desastre» del 98 no sólo había dejado patente que no era una gran potencia, sino que despertó serios temores sobre la política expansionista de los Estados Unidos, a los que desde entonces se mira como «el gran enemigo» de la cultura hispana, para cuya defensa frente al impulso anglosajón debían reunirse todos los pueblos que la integraban. Ese cambio de rumbo era apoyado por amplios sectores de la clase dirigente y la prensa, que estaban en desacuerdo con una política plagada de recelos mutuos, cuyo único resultado había sido el alejamiento de países que consideraban «hermanos» y, todavía en parte, como una prolongación de la propia península. En este sentido es perceptible en los medios

---

<sup>18</sup> Sobre estas relaciones y sus problemas ver ILLADES, Carlos, (compilación e introducción): *México y España durante la Revolución Mexicana*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985, pág. 22; LIDA, Clara E. Compiladora: «Prólogo» a *Una Inmigración Privilegiada. Comerciantes, Empresarios y Profesionales Españoles en México en los Siglos XIX y XX*, Alianza Editorial Madrid, 1994, págs. 13-14, y MAC GREGOR, Josefina: *México y España: del Porfiriato a la Revolución*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1992, pág. 37.

informativos sevillanos, y en general en los españoles, un mal disimulado complejo de superioridad, un afán «protector», que los llevó a considerar a las repúblicas hispanoamericanas como hijos que se han emancipado del hogar familiar antes de tiempo por desacuerdos con los padres, pero a los que hay que comprender y perdonar<sup>19</sup>.

En el marco de esa nueva orientación de la política exterior México fue, desde la década de 1890, uno de los países del área que establecieron acuerdos más estrechos con la antigua metrópoli y «uno de los más activos centros del hispanoamericanismo»<sup>20</sup>. La organización de actividades como el Congreso Panamericano o la Exposición Española de Artes e Industrias Decorativas, fueron muestras evidentes de los intentos de ambos gobiernos por intensificar los contactos bilaterales, que en el caso de España respondían, en parte, a los esfuerzos por crear un gran área de influencia hispánica en contraposición a la anglosajona; pero también tuvo mucho que ver en ello la labor de la colonia española en México, no excesivamente numerosa pero sí influyente, que veía en el acercamiento comercial y diplomático el mejor modo de defender sus intereses.

De acuerdo con ellos, las publicaciones españolas de principios del siglo XX insistían, una y otra vez, en la necesidad de incrementar el comercio entre los dos países como un nexo más de unión. Para conseguirlo proponían, entre otras medidas, el establecimiento de nuevas líneas de navegación y la celebración de exposiciones comerciales de los productos de cada uno de ellos en el otro, «haciendo que nos sirvan..... para indemnizarnos de las pérdidas de los mercados antillanos»<sup>21</sup>.

Los peninsulares, que en el México colonial habían dominado los sectores comercial y financiero, a lo largo del siglo XIX extendieron sus actividades a otros campos de la economía —esencialmente el agrícola—, consolidando su poder económico y social y su grado de influencia en el ámbito político. Según Leonor Ludlow, en la lista de donantes y prestamistas que financiaron la revuelta de Tuxtepec que en 1876 llevaría a Díaz a la presidencia, había un importante grupo de españoles que, como es lógico, cobraron después el favor de una u otra forma. El resultado fue que durante el porfiriato vivieron una época de esplendor desconocida desde la colonia, interviniendo tanto en la agricultura como en la minería, el comercio, la industria o las finanzas<sup>22</sup>.

---

<sup>19</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 14 de Noviembre de 1913.

<sup>20</sup> RUIZ ACOSTA: *Hispanoamérica en la....*, págs. 156-157.

<sup>21</sup> *El Liberal* de Sevilla, Jueves 24 de Abril de 1902. Cit. por RUIZ ACOSTA: *Hispanoamérica en la....*, pág. 161.

<sup>22</sup> LUDLOW, Leonor: «Empresarios y banqueros entre el porfiriato y la Revolución»; en Lida: *Una Inmigración Privilegiada....*, pág. 150. Ver también GONZÁLEZ LOSCERTALES, Vicente: «Bases para el análisis socioeconómico de la colonia española de México en 1910». *Revista de Indias*, Enero-diciembre de 1979, n.º 155-158, págs. 267-295, donde se analiza ampliamente esa intervención.

Su evidente prosperidad fue un factor determinante para que la imagen de México, y la de su presidente, en la España de la última parte del siglo XIX y la primera década del XX, resultara mucho más favorable que la que había predominado hasta entonces. Esa imagen, a la que contribuyeron con sus escritos algunos destacados periodistas, era la de un país «tranquilo y sosegado, que al entrar de lleno en la vida de la civilización y del progreso, ha comenzado... por dar las más sólidas garantías a los intereses públicos y privados»; un país próspero en el que «la industria y los adelantos sociales.... han progresado tanto y tan rápidamente en los últimos años...., que ha sabido colocarse a envidiable altura», y en el que «la paz y el orden están.... asegurados por un genio coronado con la aureola de la gloria en los campos de batalla y rodeado de prestigio popular.....» que ha llevado a cabo «con una rapidez vertiginosa, una porción de colosales reformas que levantaron la nación mejicana de la postración en que yacía»<sup>23</sup>.

No todos en España compartían, por supuesto, semejante criterio. Anarquistas, socialistas y reformistas veían en el porfiriato un régimen opresor, en el que la censura y el temor impedían el desarrollo de cualquier disidencia y con el que el capitalismo extranjero especulaba en perjuicio de los nacionales; un régimen que mantenía en el poder a un dictador que venía violando sistemáticamente la Constitución, ya que ésta no autorizaba la reelección. Y en eso coincidían periódicos de ideología tan diferente como *El Sol* o *El Socialista*<sup>24</sup>.

No obstante la opinión contraria era mayoritaria. La exaltación de la figura del dirigente mexicano fue algo casi general a la hora de hablar de aquel país en la prensa española. La sevillana, por ejemplo, al menos la de mayor tirada, fue casi unánime en cuanto al concepto que parecía tener de aquél. Hasta *El Liberal*, en contra de lo que podría pensarse por sus principios fundacionales, fue partícipe de esa corriente al publicar algunos fragmentos de la obra de Tolstoi *Naturalezas Fuertes*, en los que Díaz aparecía como «un guerrero cabalgando como el héroe de la leyenda cosaca, en caballo ensangrentado y con espada reluciente....», que «se abre paso en lo recio de la pelea...., y de las ruinas de una república anárquica construye un vasto y floreciente imperio.....» Y aunque el citado periódico declaraba ser consciente de la falta de libertades que existía en México bajo el régimen porfirista, no parecía demasiado preocupado por la cuestión ya que, siguiendo al autor citado, señalaba que «tampoco sería conveniente que las tuviera..... La naturaleza es enemiga de las bruscas transiciones y un pueblo que saliera repenti-

<sup>23</sup> ELICES MONTES: *Cuatro años en....* págs. 175, 177, 180, 255-260 y 382.

<sup>24</sup> Ver sobre ello los artículos de GARCÍA, V. o SARATOGA, M. en *Tierra y Libertad* del Miércoles 3 y 17 de Agosto de 1910. Cits. por DELGADO LARIOS, A.: *La Revolución Mexicana en la España de Alfonso XIII (1910-1931)*. Junta de Castilla y León, Valladolid, 1993, págs. 18-20, así como lo afirmado por esa autora en las págs. 23 y 24 de la misma obra y los escritos de Edmundo GONZÁLEZ BLANCO que cita.



namente de las tinieblas a la luz, retrocedería deslumbrado. En esto consiste precisamente el genio del estadista mexicano, en la graduación metódica que cuenta las pulsaciones de la nueva existencia nacional. Otro.... hubiera hecho de su pueblo bien un montón de demagogos sin Dios ni ley, bien una agrupación de tiranuelos y esclavos, más Díaz supo evitar los extremos creando un gobierno único en los anales de su historia política»<sup>25</sup>.

Aunque los contactos diplomáticos y comerciales entre México y España se hubieran afianzado durante el mandato de Porfirio Díaz, este hecho no justifica los desmedidos elogios que le dedicó un importante sector de la prensa peninsular. Para entenderlos hay que tener en cuenta el papel desempeñado en ese asunto por la comunidad española en México, la principal beneficiada por el estrechamiento de las relaciones entre ambos países, e interesada, por tanto, en despejar los recelos con que desde ciertos sectores sociales y políticos se miraba al régimen. En este sentido, los residentes peninsulares trataron de influir, por todos los medios a su alcance, sobre la opinión pública y, a través de ella, sobre el gobierno español, con el fin de acabar con la imagen de «dictador» que existía de Díaz; y a juzgar por la forma en que los asuntos mexicanos eran tratados en las publicaciones periódicas peninsulares, es evidente que, al menos en parte, lo lograron.

La prensa anarquista, quizás por intereses políticos, fue, probablemente, la más interesada en los sucesos que estaban teniendo lugar en México antes de 1910. En ocasiones los rotativos de esa tendencia se hacían eco de algunos de los movimientos de protesta que tenían lugar allí, resaltando su legitimidad al producirse contra un régimen que consideran «inhumano», y que abortaba «con fuego» cualquier tipo de manifestación contra él. Una muestra de esto sería, para ellos, la sangrienta represión que se llevó a cabo en Río Blanco en 1907, con motivo de la dura huelga textil que tuvo allí su centro. Así mismo, fueron también ellos los que más se ocuparon de los descontentos campesinos, que utilizaron políticamente, comparando la situación del campo mexicano con la del andaluz y el sistema porfirista con el zarismo<sup>26</sup>.

Entre los diarios mayoritarios sólo el *ABC* de Madrid, que solía reflejar en sus páginas informaciones sobre las actividades de la colonia española en aquel país, parecía interesarse por las cuestiones mexicanas antes de las elecciones de 1910; y fue también el primero de ellos en hablar de las muestras de descontento que existían, ignoradas entonces por la mayoría de la prensa española. No obstante, en las escasas ocasiones en que hacía referencia a las revueltas locales que se producían en distintas zonas de la república, no ha-

---

<sup>25</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 9 de Diciembre de 1903. Cit. por RUIZ ACOSTA: *Hispanoamérica en la....*, págs. 159-160.

<sup>26</sup> GARCÍA, V.: «Esas repúblicas...», y «El Nerón mejicano. Tres páginas negras de su dictadura», en *Tierra y Libertad*, Barcelona, Miércoles 3 y 17 de Agosto de 1910. Cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana....*, pág. 18.

cía sino quitarles importancia y calificarlas como hechos aislados sin trascendencia alguna<sup>27</sup>.

La prensa sevillana, por su parte, dio todavía menos importancia a esas muestras de protesta. Incluso cuando en las elecciones celebradas el 26 de junio de 1910 Porfirio Díaz fue elegido presidente, los diarios de la ciudad liquidaron el asunto en unas pocas líneas. Haciéndose eco del comunicado oficial facilitado por el ministro de México en España, que según él había recibido telegráficamente de su gobierno, tan sólo se daba cuenta de su reelección; aunque señalando, eso sí, que era la séptima vez consecutiva que Díaz conseguía la jefatura del Estado, y que el nombre del vicepresidente era Ramón Corral<sup>28</sup>.

La dura lucha electoral que tuvo lugar por todo el territorio de la república entre porfiristas y antirreeleccionistas o el arresto de Madero no tuvieron eco alguno en los medios de la capital andaluza. Sólo cuando más adelante empezaron a llegar noticias de que, a juicio de muchos, el proceso había sido fraudulento, y de que como consecuencia de ello se habían producido movimientos de protestas por todo el país, el interés de los periódicos hispalenses por los sucesos mexicanos comenzó a despertar; y esto ocurrió, curiosamente, con motivo de una medida aparentemente intrascendente desde el punto de vista político tomada por el ejecutivo: la suspensión de las corridas de toros.

## La preocupación por la colonia española

A pesar de la ausencia de noticias en el exterior, en el interior era evidente que algo estaba pasando; al descontento social se unía la agitación política producida por el desarrollo de los comicios y, aunque el porfirismo no parecía ser del todo consciente de la gravedad de la situación, una vez que se vio el poder que iba alcanzando el antirreeleccionismo la represión desatada contra él fue considerable. Después de las elecciones, sin embargo, pensando que habían acabado con Madero lo dejaron en libertad; no obstante se equivocarían en sus cálculos, porque nada más salir de la cárcel el futuro presidente huyó a los Estados Unidos, desde donde dio a conocer su proyecto, el Plan de San Luis Potosí, que se convertiría en referente del movimiento antirreeleccionista y marcaría el inicio de la Revolución.

Este documento, que, entre otras medidas importantes, contemplaba la restitución a los pueblos de las tierras de que se les había despojado, declaraba ilegítimas a las autoridades salidas de unas votaciones que sus autores consideraban fraudulentas. Con ello se pretendía dar «legitimidad a la re-

---

<sup>27</sup> Ver, por ejemplo, el *ABC* de Madrid del Viernes 24 de Junio de 1910, Cit. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana...*, pág. 5.

<sup>28</sup> *El Noticiero Sevillano*, Martes 28 de Junio de 1910.



vuelta del pueblo» que se estaba preparando, tras cuyo triunfo se encargaba a Francisco Madero la presidencia provisional de la república<sup>29</sup>.

A raíz de la publicación del Plan de San Luis, parece que el panorama mexicano comenzó a preocupar, por primera vez, en el exterior. Sin embargo, no fue hasta el mes siguiente cuando la prensa sevillana comenzó a hacerse eco de algunas de las manifestaciones de protesta populares y de su represión, aunque todavía no tuviera claro lo que estaba pasando. Es lo que ocurrió con la revuelta de Puebla, una de las ciudades claves para el levantamiento proyectado por Madero siguiendo el citado plan, algo que pasó desapercibido para los periódicos de la capital andaluza. Evidenciando, una vez más, la ignorancia de la antigua metrópoli sobre la realidad mexicana, para ellos esa revuelta no fue sino una manifestación más de descontento sin aparente organización; y si informaron de ella en sus páginas fue sólo por la particularidad de que ésta, a diferencia de otras, había tenido un saldo de 18 muertos.

Hasta cierto punto era lógico que se ignoraran las implicaciones reales de los sucesos de Puebla ya que, en esos primeros momentos del levantamiento maderista, los rotativos hispalenses se limitaban, en general, probablemente por la falta de alternativas, a recoger los comunicados oficiales y algunos rumores que no hacían sino sembrar la confusión. La ignorancia sobre lo que realmente estaba sucediendo era tal que las noticias que aparecían en los diarios resultaban no sólo muy pobres sino, con frecuencia, también contradictorias. Los mismos hechos, además, podían ser observados por los lectores de los distintos periódicos de manera muy diferente, sin que en ello hubiera una intencionalidad política concreta o algún tipo de intereses ocultos por parte de las correspondientes empresas periodísticas o de sus redactores.

Al hacerse eco de lo sucedido en Puebla, *El Noticiero Sevillano* y *El Liberal* de Sevilla coincidieron sólo a la hora de afirmar que el motivo de las muertes había sido que los manifestantes habían lanzado una bomba contra las fuerzas de seguridad, evidenciando con ello la parcialidad de sus fuentes. Pero mientras que para *El Noticiero*, algo mejor informado en este caso, el origen de todo fue la asistencia de un considerable número de personas «a un mitin para protestar contra la elección de Porfirio Díaz como presidente de la república»<sup>30</sup>, que creían fraudulenta, para *El Liberal* se había «celebrado un motín de protesta» por un motivo mucho más trivial: «la disposición del señor Díaz de suspender las corridas de toros»<sup>31</sup>, algo que sólo era una consecuencia de los desórdenes que se estaban produciendo y no su causa. Ni uno ni otro estaban, desde luego, en lo cierto. Lo que en realidad había ocurrido era que la policía había atacado la casa del líder antirreeleccionista en esa ciudad, Aquiles Serdán, donde, al parecer, encontraron resistencia; y

---

<sup>29</sup> GUERRA: *México, del Antiguo....*, Vol. II, pág. 270, y KRAUZE, E.: *Biografía del poder. Caudillos de la Revolución Mexicana. (1910-1940)*. Tusquets Editores, Barcelona, 1997, pág. 44.

<sup>30</sup> *El Noticiero Sevillano*, Domingo 20 de Noviembre de 1910.

<sup>31</sup> *El Liberal* de Sevilla, Domingo 20 de Noviembre de 1910.

tras un fuerte tiroteo en el que murió el jefe de policía, los sitiados se rindieron y Serdán fue asesinado. El resultado fue que el levantamiento maderista, previsto en principio para el día 20 de aquel mes, se precipitó.

Tampoco coincidieron estos dos diarios en sus apreciaciones sobre los participantes en aquellos hechos; mientras uno de ellos citaba a la policía como represora de la revuelta, el otro dio a entender que también el ejército participó en la disolución de la «manifestación», al indicar que la bomba de que se hablaba fue arrojada «contra la policía y la tropa». En cuanto al número de víctimas también encontramos contradicciones en la narración que ofrecieron los dos rotativos. *El Noticiero Sevillano* decía que el citado artefacto mató a «muchos agentes de policía» sin atreverse a dar cifras; *El Liberal*, por el contrario, sí las daba, aunque contradictorias; al principio de la noticia señalaba que la explosión «terminó con la vida de cien agentes, entre ellos el primer jefe»; sin embargo, al finalizarla recogía «un despacho oficial», según el cual «sólo ascienden los muertos a 18»<sup>32</sup>.

Estas contradicciones y confusiones eran normales en unos momentos en que ni siquiera las publicaciones de tirada nacional —mucho menos las locales o provinciales— tenían corresponsales en aquel país. La mayor parte de las noticias mexicanas que recogían en aquellos meses los diarios españoles procedían, como ya se ha dicho, de fuentes oficiales; algunas lo hacían también de círculos supuestamente bien informados de Nueva York, Londres o Berlín y, además de tarde, con frecuencia llegaban deformadas. De hecho, el mismo día en que la prensa sevillana nos ofrecía esas dos versiones diferentes sobre los sucesos de Puebla, Madero, siguiendo el Plan de San Luis Potosí, entraba en México desde los Estados Unidos y estallaba la Revolución.

Es cierto que al principio todo pareció fracasar; el propio Madero, desconociendo los movimientos que estaban teniendo lugar en distintos estados a favor de la causa antirreeleccionista, regresaba a los Estados Unidos con el convencimiento de haber sido derrotado. Pero también lo es que, si bien la mayor parte de los levantamientos fracasaron, en el oeste de Chihuahua los sublevados lograron mantenerse en armas; desde allí la rebelión se fue extendiendo por la Sierra Madre Occidental hacia el resto de Chihuahua, Sonora, Durango y Sinaloa, precisamente una zona con la que Madero, en principio, no parecía contar demasiado<sup>33</sup>.

Y si el propio líder desconocía todavía el éxito de la insurrección en la zona occidental de Chihuahua, es lógico pensar que el desconocimiento en España era total. Llegaban, desde luego, algunos rumores de que el descontento en México se hacía cada vez más patente y la prensa de la capital andaluza comenzó a hacerse eco con mayor frecuencia de las noticias de aquel país; pero lo hacía sin saber muy bien lo que pasaba y, generalmente, con in-

---

<sup>32</sup> *El Noticiero Sevillano* y *El Liberal* de Sevilla del Domingo 20 de Noviembre de 1910.

<sup>33</sup> GUERRA: *México, del Antiguo....*, Vol. II, pág. 275.

formaciones de dudosa procedencia. Además, la colonia española en México o, al menos, un sector de ella, contribuyó al mantenimiento de la ignorancia y, en parte, de la confusión. Esa comunidad, en un claro acto de menosprecio, pretendió, en principio, quitar importancia al movimiento antirreeleccionista encabezado por Madero. Para ello contaron con la inestimable ayuda del ministro español en aquel país, Bernardo Cólogan.

Una muestra de esto fue la nota que el representante español remitió a su gobierno cuando, al conocerse en la península las primeras noticias del levantamiento, éste, preocupado según decía por la «vida y propiedades» de sus ciudadanos en aquel país, le pidió que lo pusiera de inmediato al corriente de lo que estaba pasando. Identificado plenamente con los intereses de sus compatriotas residentes en México, su respuesta pretendió ser tranquilizadora y totalmente optimista sobre las posibilidades de Díaz de controlar la situación. Para él, los telegramas recogidos por «cierta» prensa habían exagerado considerablemente la naturaleza y extensión de la intentona revolucionaria, sobre todo porque, a su juicio, carecía de «un jefe prestigioso, mientras que el general Díaz.... inspira completa confianza»<sup>34</sup>.

Todavía a comienzos del año siguiente Cólogan seguía expresándose en el mismo sentido. En un informe que remitió a la península sobre la cuestión, que pretendía ser más preciso que los anteriores y que fue recogido por numerosos periódicos, hacía hincapié en las exageraciones de «cierta prensa» sensacionalista sobre lo que sucedía en México. Para él sólo se trataba de un grupo de descontentos que no contaban con un líder capaz de llevar adelante con éxito ninguna rebelión, ya que estaban dirigidos por «el nieto iluso de un cacique» que no podía ser tomado en serio por nadie sensato<sup>35</sup>.

Con todo ello, a la hora de hablar sobre los primeros momentos de la Revolución la confusión fue la tónica dominante en la prensa sevillana. En ocasiones algunos diarios parecían ser conscientes de que algo grave estaba pasando y decían que «la revolución se había desatado», cosa que era cierta; pero, al mismo tiempo, contaban también numerosas noticias falsas. Como ejemplo de esto, una de ellas, llegada de Alemania, señalaba que Porfirio Díaz había sido apresado por los rebeldes y que Madero, al que, por otra parte, titulaban de «coronel», había sido nombrado presidente por los insurrectos. Esa información era desmentida, sin embargo, el mismo día de su publicación por nuevas partes que se recibían en las redacciones, que manifestaban, aunque eso tampoco resultara ser cierto, que el que había sido hecho prisionero no era Díaz, sino Madero, en este caso por las tropas gubernamentales. Paralelamente publicaban también que el gobierno mexicano había comuni-

---

<sup>34</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 26 de Noviembre de 1910.

<sup>35</sup> Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Política, 2556, Despacho 1 del 4 de Enero de 1911. Cit. por GONZÁLEZ LOSCERTALES, Vicente: «La colonia española en México durante la Revolución maderista, 1911-1913». *Revista de la Universidad Complutense*, Madrid, enero-marzo de 1977, V. 26, n.º 107, págs. 342-343.

cado, oficialmente, que había conseguido sofocar por completo la sublevación y que el Congreso había aprobado una ley otorgando la confianza a Porfirio Díaz<sup>36</sup>.

Ese desconocimiento y esas contradicciones afectaban, desde luego, no sólo a la prensa sevillana, sino a toda la nacional. *ABC* de Madrid, por ejemplo, haciéndose eco de los comunicados de la administración de aquella república, negaba la existencia de la propia Revolución; pero, al mismo tiempo, hablaba de «combates» y de la gravedad de «la situación mexicana», ofreciendo, incluso, fotografías sobre la represión gubernamental<sup>37</sup>. Y es que la realidad no hacía sino desmentir las afirmaciones oficiales; cada vez eran más las noticias que se recibían fuera de México que confirmaban la existencia de «graves agitaciones» en aquel país, especialmente en el norte, donde la población parecía apoyar a los insurgentes proporcionándoles «albergue y comida». Esas mismas informaciones indicaban que el ejecutivo parecía incapaz de contener los desórdenes y que apenas las tropas federales abandonaban una población, en apariencia dominada, ésta se levantaba de nuevo<sup>38</sup>.

A pesar de ello, entre finales de noviembre de 1910 y mayo de 1911 apenas aparecen referencias a la Revolución en los periódicos hispalenses, aunque en aquellos meses estaban teniendo lugar hechos decisivos. Madero había vuelto a México y se había instalado en Chihuahua en el mes de febrero, poniéndose de nuevo a la cabeza de la insurrección; y al mes siguiente la lucha se extendía ya por gran parte del territorio nacional. La situación era tan grave que el gobierno se vio obligado a iniciar conversaciones con los maderistas, ofreciendo la democratización del régimen a cambio de que abandonaran las armas. Y aunque en esos momentos era ya demasiado tarde para llegar a un acuerdo en tal sentido, a mediados del mes de abril Porfirio Díaz, en un intento desesperado por acabar con la rebelión, comenzó a hacer una serie de concesiones, prometiendo reformas «agrarias y democráticas»<sup>39</sup>.

Pero todo ello pasaba desapercibido para la prensa andaluza, a diferencia de lo que ocurría con la madrileña. En esta última, aunque la problemática mexicana no ocupara demasiadas páginas, comenzaban ya a aparecer las primeras tomas de posición frente a la Revolución que, sorprendentemente, serían favorables a la misma en dos diarios tan alejados ideológicamente como el anticlerical *El Heraldo* y el católico *El Debate*. Ambas publicaciones llegaron, incluso, a entrar en una cierta pugna sobre quién encarnaba esa defensa; en un aparente contrasentido con su conservadurismo, la segunda de ellas, aun desconociendo, todavía, la verdadera naturaleza del proceso, jus-

---

<sup>36</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 25 de Noviembre de 1910.

<sup>37</sup> DELGADO LARIOS: *La Revolución mexicana*..., págs. 72-73. Ver el *ABC* del Domingo 12 de Marzo de 1911, citado por esta autora en esas páginas.

<sup>38</sup> De todo lo ocurrido en estos meses, la prensa sevillana no informa sino una línea de vez en cuando; generalmente, y como ya se ha dicho, con información recibida a través de otros países. Ver los periódicos de finales de 1910 y comienzos del año siguiente.

<sup>39</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana*..., Vol. I, págs. 242-243.



tificaba la sublevación maderista en función de la represión ejercida por el porfiriato contra cualquier tipo de oposición y de los abusos que venían cometiendo las oligarquías mexicanas; y, al mismo tiempo, entraba en polémica con la primera, que se vanagloriaba de ser el único rotativo europeo que, con los artículos publicados desde el mes de enero de 1911 por Luis Bonafoux en sus páginas, defendía la Revolución<sup>40</sup>.

La realidad es que en aquellos primeros meses de 1911 sólo los medios considerados izquierdistas identificaban el movimiento con una revolución social, cuyo origen situaban, en gran parte, en la situación del campo mexicano. Entre ellos, sin embargo, había opiniones muy distintas sobre su carácter y «bondad»; si bien los socialistas lo apoyaron claramente desde el principio, los anarquistas, por el contrario, lo despreciaron, considerando que se trataba de una rebelión burguesa contra la que también había que luchar<sup>41</sup>.

Mientras en la prensa madrileña se producía esa polémica, en la sevillana no se encontraban todavía artículos o comentarios que puedan hacernos ver la opinión que se tenía en los distintos sectores políticos acerca de lo que estaba ocurriendo en México. Lo cierto es que, al margen de las confusiones lógicas por los motivos antes señalados, el modo en que los diarios de la capital andaluza informaban sobre los sucesos mexicanos hace pensar, sobre todo, en que la influencia de la colonia española era determinante a la hora de afrontar la cuestión. Aunque en algunos momentos, como los ya indicados, parecían ser conscientes de la gravedad de la situación<sup>42</sup>, la sensación general que se transmite de su lectura es la de que todo se limitaba a una revuelta sin importancia que sería dominada por Díaz sin excesivos problemas.

Además, confirmando la influencia de la comunidad española, no se atrevían, todavía, a condenar a Díaz, como hacían algunos de sus colegas madrileños, entre otras cosas, porque sus informaciones parecían coincidir con los despachos enviados por el ministro Bernardo de Cógolan sobre las escasas posibilidades de triunfo de los revolucionarios. Ante ese panorama, los periódicos hispalenses, como, por otra parte, ocurriría con la mayoría de los que se publicaban en otras ciudades del país, centraban su preocupación, casi exclusivamente, en las posibles consecuencias que las acciones de los revoltosos pudieran tener para los españoles residentes en aquella república.

Ya antes del levantamiento maderista, en plena agitación antirreeleccionista, algunos rotativos peninsulares —como *ABC* de Madrid— habían ha-

---

<sup>40</sup> Artículos de SÁNCHEZ ENCISO, Mariano en *El Debate* del Domingo 12 y Jueves 30 de Marzo de 1911 y el del Martes 16 de Mayo del mismo año, respondiendo a unas declaraciones de BONAFoux en ese sentido. Cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana*..., págs. 25-26.

<sup>41</sup> Ver, por ejemplo, *El Socialista* de Madrid del Viernes 9 de Junio de 1911, o *Tierra y Libertad*, Barcelona, Miércoles 1 de Marzo de 1911. Cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana*..., págs. 118-119, así como otros ejemplares de que la misma autora habla en las páginas 129-130.

<sup>42</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 25 de Noviembre de 1910.

blado en sus páginas del peligro que podía correr la colonia española con semejantes disturbios, conscientes, quizás, de que su privilegiada situación económica podía colocarla en el punto de mira de cualquiera que pretendiera derrocar al régimen<sup>43</sup>. Esto, desde luego, era así, especialmente fuera de las grandes ciudades, las únicas en que la insurrección había sido dominada casi de inmediato. El propio Bernardo de Cólogan recibió varios escritos de algunos españoles que residían en zonas periféricas, en los que, pintando una situación mucho menos optimista que la transmitida por él, se reflejaba su temor por lo que estaba sucediendo en aquel país<sup>44</sup>.

Y aunque en esos primeros momentos la posibilidad de que existiera peligro para los peninsulares residentes en México no parecía ser contemplada todavía por el representante del gabinete de Madrid, la suerte que pudieran correr aquéllos y sus propiedades se convertiría muy pronto en un motivo constante de preocupación, tanto para la prensa como para el gobierno, que se mantendría a lo largo de todo el proceso revolucionario. De ahí el interés despertado en ambos a medida que el tiempo pasaba y las autoridades mexicanas parecían incapaces de acabar con los «desórdenes»; de ahí, también, la inquietud que evidenció la prensa cuando, en abril de 1911, Cólogan remitió a sus superiores una serie de informes sobre el levantamiento, redactados en un tono muy distinto al empleado en los que había enviado hasta entonces y en los que el optimismo de sus primeras observaciones había cambiado por completo.

Al comprobar los diarios sevillanos por esos escritos —o al menos por la parte de ellos que se hacía pública—, que los posibles peligros para los españoles no sólo eran los derivados del descontrol popular, que veían lógico en cualquier revuelta política, esa inquietud se hizo más evidente. Simultáneamente, en el mismo mes de abril comenzaron a llegar una serie de noticias, a través de Nueva York, que hablaban del triunfo «de los revolucionarios en San Antonio y algunas otras poblaciones» y de que habían conseguido sitiar Ciudad Juárez, que se encontraba «asediada por unos mil revolucionarios»<sup>45</sup>.

Pero no eran los sucesos bélicos propiamente dichos los que parecían preocupar a los periódicos andaluces al hacerse eco de las nuevas informaciones que, por una u otra vía, comenzaban a llegar a España. Las «gravísimas noticias sobre la revolución» de que hablaban los rotativos sevillanos entonces se referían, casi exclusivamente, a que «los rebeldes cometen toda clase de barbaridades y atropellos con cuantos españoles», según decían, encontraban a su paso. Como prueba de ello contaban que una partida de re-

---

<sup>43</sup> *ABC* de Madrid, Viernes 24 de Junio de 1910. Cit. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana...*, pág. 72.

<sup>44</sup> Ver escrito anónimo de 26 de Diciembre de 1910, dirigido a CÓLOGAN, y citado por GONZÁLEZ LOSCERTALES: «La colonia española...», págs. 346-347.

<sup>45</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 29 de Abril de 1911.



volucionarios saqueó una hacienda propiedad de peninsulares, «cometiendo toda clase de desmanes e hiriendo a cuatro personas». Este suceso había obligado al ministro español a recabar «todas las garantías posibles para asegurar los intereses de los españoles»<sup>46</sup>. Sin embargo, y como esos mismos periódicos señalaban haciéndose eco de las quejas de otro sector de la colonia española, era poco lo que su representante hacía para ayudar a sus conciudadanos en apuros<sup>47</sup>.

En este aspecto, tanto el gobierno español como la prensa tenían razones suficientes para temer por los intereses de sus compatriotas en México; desde el momento en que una parte considerable de las actividades económicas más lucrativas estaban en manos de extranjeros, los roces entre éstos —fueran españoles, estadounidenses o de cualquier otra nacionalidad— y las fuerzas revolucionarias tenían, necesariamente, que producirse. Y aunque en esas fechas la población española residente en aquel país apenas sumaba las treinta o cuarenta mil personas<sup>48</sup>, constituía la comunidad extranjera más numerosa —47,26% del total y 67,57% de los europeos<sup>49</sup>— y, por lo tanto, una de las más afectadas por esos roces. Su situación se vería agravada, además, por otras cuestiones: los celos que existían contra ella por parte de determinados grupos sociales, latentes desde la época colonial, y sus supuestas vinculaciones con el régimen de Porfirio Díaz.

Por lo que se refiere al primer punto, la presencia de los españoles representaba para muchos el recuerdo de la etapa colonial y, en definitiva, de los antiguos señores, aunque ya, en general, no lo fueran. Por otra parte, según algunos contemporáneos como Luis Araquistain<sup>50</sup>, muchos peninsulares parecían despreciar al indígena y al criollo, en general, aunque ellos no pertenecieran precisamente a las clases privilegiadas. De hecho ese desprecio se observaba más que entre los poderosos, que prácticamente se relacionaban sólo con sus iguales mexicanos, entre aquellos grupos intermedios que, por su actividad, convivían con los sectores desfavorecidos.

Es significativo en este sentido que, salvo excepciones como alguna que veremos más adelante, los mayores problemas los tuvieron los que pertenecían a las clases medias rurales, especialmente administradores y mayordomos de hacienda, y los dedicados al pequeño comercio, alimentación y «abarrotes», prácticamente en manos de españoles. El primero de estos grupos fue acusado con frecuencia de maltratar al campesino mexicano, y se convirtió en uno de los más odiado y perseguido por las bandas revolucionarias

---

<sup>46</sup> *Ibidem*.

<sup>47</sup> GONZÁLEZ LOSCERTALES: «La colonia española....», págs. 357-358.

<sup>48</sup> ILLADES, Carlos: «Los propietarios españoles y la Revolución Mexicana», en LIDA: *Una Inmigración Privilegiada....*, pág. 172. Illades habla de 30.000, pero GONZÁLEZ LOSCERTALES, basándose en el recuento del cónsul Emilio Moreno Rosales de 1910, habla de 40.000. GONZÁLEZ LOSCERTALES: «Bases para el...», pág. 268.

<sup>49</sup> MAC GREGOR: *México y España....*, pág. 54.

<sup>50</sup> ARAQUISTAIN: *La Revolución Mexicana....*, págs. 307-310.

campesinas. El otro fue acusado, a su vez, de fijar precios abusivos en más de una ocasión; y sufrió también, a menudo, la violencia insurgente<sup>51</sup>.

Por lo que se refiere al segundo punto indicado, las conexiones con el gobierno de Porfirio Díaz resultaban mucho más imaginarias que reales; tales relaciones no parecían existir en el caso de la mayor parte de los residentes españoles. En este aspecto resulta ilustrativa la actitud de los peninsulares en Tlapa, que, alegando que no querían intervenir en los asuntos internos mexicanos, negaron a las autoridades porfiristas la ayuda que éstas solicitaban para hacer frente a la revuelta. Esta posición era la que, al parecer, mantuvo la mayor parte de la comunidad española<sup>52</sup>; sólo un sector minoritario apoyaría claramente a Porfirio Díaz. Lo que ocurre es que era el integrado por los más poderosos; por aquellos que por su posición social y su poder económico difícilmente podían pasar desapercibidos. Era, también, el que podía defenderse mejor y, al mismo tiempo, ejercer mayor presión sobre la opinión pública y el gobierno español para que se inclinaran por uno u otro de los bandos en conflicto.

No toda la prensa peninsular, desde luego, les siguió el juego. *El Debate*, como se ha dicho, apoyó en un principio la sublevación maderista, que justificaba como la lucha del país por liberarse de la tiranía. Pero el gobierno español no pareció estar de acuerdo con los que se expresaban así y estuvo mucho más cerca de los que, como *La Unión Iberoamericana* o *ABC*, siguiendo la tendencia marcada por ese último sector de la colonia española, elogiaban a Porfirio Díaz<sup>53</sup>. De hecho, el gabinete de Madrid se mostró, desde el principio, y en parte por la influencia de aquél, en contra de la revuelta maderista y a favor de Porfirio Díaz, manteniendo esa actitud incluso después de la marcha de éste como veremos más adelante.

## El fin del régimen

A pesar de los esfuerzos de la comunidad española en México por desprestigiar la revuelta, y por mucho que las informaciones predominantes en la prensa peninsular abundaran en la idea de quitar importancia al movimiento antirreeleccionista, la realidad terminaría por imponerse. La situación de Díaz, en contra de lo que afirmaban por entonces las publicaciones de la capital andaluza, era cada vez más débil. El levantamiento no sólo se extendía a nuevos lugares, sino que los rebeldes iban consiguiendo algunos triunfos importantes.

Sintiéndose cada día más fuertes, los sublevados llegaron a plantear un ultimátum a Porfirio Díaz, exigiéndole su salida del país. Al mismo tiempo,

---

<sup>51</sup> GONZÁLEZ LOSCERTALES: «Bases para el....», págs. 276 y 285-287.

<sup>52</sup> *Idem*: «La colonia española....», pág. 356.

<sup>53</sup> *El Debate*, Domingo 12 y Jueves 30 de Marzo de 1911, Cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana....*, págs. 25-27.

proponían el nombramiento de «un ministro de su gabinete» como presidente interino, mientras se organizaban unas elecciones realmente libres. Intentando ganar tiempo y negociar un acuerdo más favorable para él, Díaz actuó con habilidad y logró que los insurrectos aceptaran declarar un armisticio para negociar esas peticiones en Chihuahua. El armisticio, al que se accedió por parte de los rebeldes sólo tras fuertes discusiones internas, se limitó, sin embargo, a la citada población; en el resto del país los insurgentes continuaron la lucha mientras, teóricamente, sus líderes estaban negociando con el régimen<sup>54</sup>.

En tales circunstancias, cualquier intento de negociación estaba condenado al fracaso desde el principio. Desde el momento en que para tratar cualquier otro asunto los sublevados exigían la inmediata renuncia de Díaz, mientras que el gobierno no estaba dispuesto a plantearse siquiera esa posibilidad, la situación no parecía tener salida alguna. En su pretensión de ganar tiempo Porfirio Díaz publicó un manifiesto, del que se hizo eco la prensa española, «asegurando al pueblo que presentará su dimisión tan pronto como quede restablecida la paz»; al mismo tiempo, con el objetivo, probablemente, de desprestigiar al líder antirreeleccionista, el presidente comunicaba a los medios nacionales e internacionales que Francisco Madero había aceptado sus condiciones y que se había comprometido a acabar con el levantamiento a cambio del cargo de «consejero de presidente provincial»<sup>55</sup>.

Contradiendo el contenido de las declaraciones presidenciales, los insurrectos continuaron su avance y tomaron Ciudad Juárez el 10 de mayo, precisamente al día siguiente de que las anteriores declaraciones de Porfirio Díaz aparecieran en los rotativos españoles. La caída de aquella población, donde Madero estableció su gobierno provisional, fue un duro golpe para el porfirismo. Las tropas federales fueron incapaces, desde el principio, de dominar las zonas rurales de la revuelta; pero hasta entonces habían logrado mantener en su poder todas las ciudades importantes. El triunfo rebelde allí era el anuncio de que lo mismo podía suceder en otros lugares y la negociación se impuso. Las conversaciones fueron entonces más fáciles y el 21 de mayo se firmaban los acuerdos de Ciudad Juárez; según ellos, Díaz aceptaba dimitir y ceder la presidencia a su ministro de Exteriores, Francisco León de la Barra, que la ocuparía interinamente con el mandato de proceder, tal y como habían pedido los sublevados, a la inmediata convocatoria de elecciones<sup>56</sup>.

Éstos, sin embargo, no dominaban aún la situación; vastas zonas del país, incluyendo la capital, permanecían todavía en manos de los federales. En

---

<sup>54</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana*..... Vol. I, pág 243.

<sup>55</sup> *El Liberal* de Sevilla, Martes 9 de Mayo de 1911.

<sup>56</sup> ALESSIO ROBLES: *Historia política de...*, pág. 16; GUERRA: *México, del Antiguo*..., Vol. II, pág. 315; KNIGHT: *La Revolución Mexicana*..., Vol. I, pág 244, y KRAUZE: *Biografía del poder*..., págs. 49-50.

ella, Díaz seguía a cargo del gobierno y actuaba como si nada hubiera pasado. La población, sin embargo, no parecía dispuesta a permitir semejante estado de cosas y a esperar la llegada de los revolucionarios para apartarlo del poder, y se lanzó a la calle en una serie de manifestaciones multitudinarias que, como si efectivamente nada hubiera cambiado, fueron duramente reprimidas. De esos acontecimientos se hizo eco la prensa sevillana que, en general, culpó de los «alborotos» que tenían lugar en aquella ciudad al viejo mandatario. «Ha causado gran disgusto entre la muchedumbre», decían los periódicos, «la resistencia que oponen el presidente y el vicepresidente de la república a dejar el poder. En la capital ha habido con tal motivo manifestaciones importantes. Una de ellas se dirigió a la residencia del presidente. La policía, para disolverla, hizo varios disparos, matando a 18 personas e hiriendo a otras muchas»<sup>57</sup>.

Según los diarios de la capital andaluza, Díaz se estaba resistiendo a abandonar el poder tal y como se había estipulado en Ciudad Juárez y como él mismo, ya antes de la firma de los acuerdos, se había comprometido a hacer si se restablecía la paz, condición que, para muchos, quedaba ya cumplida con la firma. Una prueba de esa resistencia estaba, afirmaban algunos periódicos sevillanos, en que según la mayor parte de las versiones que llegaban a la península sobre los sucesos que se producían aquellos días en la ciudad de México, las manifestaciones contrarias al régimen eran disueltas a tiros por la policía como se había hecho siempre<sup>58</sup>. Pero la represión no parecía tener ya el mismo efecto que antes; por el contrario, la reacción popular fue tal, que Díaz se vio obligado a presentar la dimisión el 25 de mayo, varios días antes, incluso, de lo que estaba previsto en el acuerdo. De inmediato embarcó hacia Europa y León de la Barra se hizo cargo entonces de la presidencia interina, con el mandato de proceder al licenciamiento de las tropas revolucionarias y a la preparación de las elecciones presidenciales.

Con Díaz fuera del poder las posiciones de los rotativos sevillanos respecto a la Revolución se harían más claras, ya que la prudencia impuesta por la defensa de los intereses de la colonia española ya no parecía exigir sus consideraciones con el ex mandatario. *El Liberal*, el de mayor tirada de la ciudad y el que en los primeros tiempos de la Revolución ofrecía más noticias sobre ella, había comenzado a expresar sus simpatías por el movimiento antirreeleccionista y por su líder casi desde el principio, aunque con una cierta cautela. Pero cuando el triunfo de éste parecía ya evidente lo hizo sin disimulos; y tampoco se recató a la hora de apoyar a los manifestantes que en la capital mexicana exigían la renuncia del presidente, ante lo que para sus articulistas no era, como hemos visto, sino la evidente «resistencia de Díaz» a abandonar el poder<sup>59</sup>. Esa resistencia era también indudable para otros

---

<sup>57</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 26 de Mayo de 1911.

<sup>58</sup> *Ibidem*.

<sup>59</sup> Ver los ejemplares de *El Liberal* de Sevilla del Viernes 26 de Mayo de 1911 en adelante.



diarios españoles, como *El Debate* de Madrid, que no dudó, además, en afirmar, que el triunfo de Madero había sido el de todos aquellos que luchaban contra la «tiranía» y contra «la más odiosa oligarquía»<sup>60</sup>.

Otras publicaciones más tibias ante el proceso, como *La Unión Iberoamericana* de Madrid, justificaban la sublevación por la falta de libertad imperante en la etapa porfirista, haciendo hincapié en la necesidad de respetar las libertades; pero se quedaban sólo en ese punto, sin avanzar en otros aspectos que pudieran desembocar en cambios en la estructura social. Para otras, sin embargo, Díaz había sido un gran estadista y lo había demostrado hasta el final, cuando, según ellas, había «renunciado» voluntariamente a la presidencia para evitar derramamientos de sangre ante el levantamiento maderista. Es el caso de *El Correo de Andalucía*, más cercano a diarios como *ABC* de Madrid, que consideraba que lo que realmente había ocurrido en México había sido un simple enfrentamiento por el poder, originado por la rebelión de Madero contra el dominio de los científicos. Nada hablaban estas publicaciones de las reivindicaciones del jefe antirreeleccionista ni de lo sucedido en las elecciones; y en todo momento calificaban a los sublevados de «revoltosos», resaltando siempre los «asesinatos» y «saqueos» que la insurrección estaba produciendo<sup>61</sup>.

La misma actitud adoptó el gobierno español, manteniéndola, incluso, bastante tiempo después de haberse producido el triunfo maderista, en un gesto que, a la larga, no iba a resultar excesivamente práctico. Prueba de ello fue el trato que el gabinete de Madrid dio al mandatario mexicano cuando, en junio de 1911, tras abandonar el poder, pasó por España camino del exilio. Según *El Liberal* de Sevilla, Díaz había llegado a Vigo en el vapor alemán «Piranga» [sic], con «un séquito de veinte personas, entre ellas el hijo del gobernador de Méjico». El día anterior se habían repartido por toda la ciudad una serie de panfletos, «excitando al pueblo a repulsar al dictador de Méjico». Intentando evitar cualquier manifestación que pudiera alterar la estancia del visitante, en el puerto se tomaron severas medidas policiales. «Por temor a que se hicieran manifestaciones de desagrado», se trasladaron al buque dos lanchas con «gente armada» para recoger al ex mandatario; y una vez en el muelle fue cumplimentado por las autoridades, que habían acudido a recibirlo junto con el cónsul de México en aquella ciudad<sup>62</sup>.

Dos días más tarde, tanto ese periódico como *El Correo de Andalucía* contaban a sus lectores que en Santander, la siguiente escala del barco en el

---

<sup>60</sup> SÁNCHEZ ENCISO, M: «Crónica. El fin del imperio», *El Debate*, Madrid, Domingo 4 de Junio de 1911, pág. 1. Cit. por Delgado Larios: *La Revolución Mexicana...*, pág. 26.

<sup>61</sup> Ver, por ejemplo, *La Unión Iberoamericana*, Madrid, Miércoles 31 de Mayo y Lunes 31 de Julio de 1911, así como el *ABC* de la misma ciudad del Domingo 12 de Marzo y Sábado 17 de Junio del mismo año. Cits. por Delgado Larios: *La Revolución Mexicana...*, págs. 26 y 73-75.

<sup>62</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 17 de Junio de 1911.

que viajaba, el ex presidente había recibido honores de jefe de Estado, siendo agasajado por las más altas personalidades del gobierno y recibido, incluso, por el rey. Según el último de estos diarios había sido, también, aclamado por el pueblo<sup>63</sup>.

En este buen trato a Porfirio Díaz el gobierno no estuvo solo; la influencia de la comunidad española se dejó sentir, también, en gran parte de la prensa, parca, en general, en ataques al dictador. Un sector de ella, esencialmente el más conservador, parecía seguir añorando a Porfirio Díaz bastante después de que abandonara el poder, y contrastaba su etapa de gobierno con la de los dirigentes que lo habían sucedido. Los nuevos líderes, decían algunos diarios, habían acabado con una etapa de prosperidad para llevar a México a la anarquía. Con ese pretexto, las exageradas alabanzas al viejo mandatario volvían a sus páginas; en esa línea, *El Correo de Andalucía* afirmaba que su figura se había «agigantado en estos últimos tiempos, al verse que luego de su caída la lucha de caciques ambiciosos, los estragos de la revolución, las cobardías de unos y los funestos personalismos de otros, han llevado a la desgraciada república de Méjico a la ruina y a la intervención»<sup>64</sup>.

---

<sup>63</sup> *El Liberal* de Sevilla y *El Correo de Andalucía*, Lunes 19 de Junio de 1911.

<sup>64</sup> *El Correo de Andalucía*, Jueves 26 de Enero de 1914.



## **CAPÍTULO III**

### **LA IMAGEN DEL MADERISMO**

#### **Reacciones al triunfo maderista**

De la lectura de informaciones como las que figuran al final del capítulo anterior, parece deducirse que eran muchos los recelos de los españoles residentes en México y de la prensa peninsular ante las autoridades que acababan de hacerse cargo de aquel país; sin embargo, su desconfianza no estaba del todo justificada. Por lo que se refiere a la colonia española, pronto se vio que, a pesar de todo lo que se había rumoreado sobre la cuestión, el nuevo régimen no representaba ningún obstáculo para sus actividades económicas y la mayor parte de sus integrantes se quedó allí y continuó con sus negocios.

Aunque sólo fuera, como afirman algunos, para frenar el peligro de una intervención por parte de Los Estados Unidos destinada a proteger los intereses de sus ciudadanos, que algunos analistas daban como segura, Francisco Madero había intentado, desde el principio, tranquilizar en ese sentido a los distintos gobiernos con intereses en México. Antes, incluso, del triunfo de su levantamiento, se había comprometido a que cuando los antirreeleccionistas llegaran al poder, indemnizarían a los extranjeros cuyas propiedades se hubieran visto afectadas a causa de la violencia revolucionaria.

El 15 de febrero de 1911, Francisco Madero comunicaba a los diplomáticos destinados en su país que su propósito no era sustituir, sin más, a Díaz y que, tras su victoria, se formaría un gobierno provisional cuya misión sería la convocatoria y la celebración de unas elecciones realmente libres. Al mismo tiempo, consciente de la importancia de no enfrentarse a las potencias internacionales, les decía también que ese ejecutivo, a pesar de su interinidad, comenzaría a responder desde su constitución «por los daños directos y materiales que la guerra ocasione» a los súbditos de las naciones que lo reconozcan. Y aunque la realidad haría inviable el pago de las reparaciones, lo cierto es que nada más abandonar Díaz la capital, dos meses después de adquirir el citado compromiso, el presidente interino, Francisco León de la Barra, expedía un decreto por el que se creaba una Comisión

Consultiva de Indemnizaciones. Tranquilizada por la iniciativa, la comunidad española no sólo continuó con sus inversiones —en esa etapa se fundaron, por ejemplo, el Banco Español Refaccionario y el Banco Comercial Español—, sino que algunos de sus miembros contribuyeron a la financiación de la campaña presidencial del líder antirreeleccionista Francisco Madero<sup>1</sup>.

En cuanto a la actitud de la prensa peninsular, a pesar de la aparición en sus páginas de informaciones y artículos claramente favorables a Porfirio Díaz como los ya indicados, en general no sólo se mostró cauta ante la nueva situación sino que un sector relativamente importante de ella vio con especial agrado la victoria de la insurrección maderista. Este fue el caso de los periódicos anarquistas y socialistas; pero no fueron los únicos. Lo cierto es que tras la caída de Díaz la mayor parte de las publicaciones españolas, incluidas las conservadoras, temiendo quizás una mayor radicalización del país sin Madero, parecieron inclinarse por su bando; y si leemos los rotativos sevillanos de aquellos días, la impresión que tenemos es que tras el triunfo del levantamiento la situación política iba mejorando y que, como declaraba el nuevo gobierno mexicano, el poder ejecutivo se iba afianzando «con el apoyo de la opinión pública»<sup>2</sup>.

No obstante la realidad era algo menos tranquilizadora de lo que se deducía de la lectura de las publicaciones periódicas. Por una parte, existían fuertes tensiones entre los antirreeleccionistas y el presidente interino, procedente, al fin y al cabo, del antiguo régimen y que, además, tenía sus propias ambiciones. Madero era el héroe que había logrado acabar con el dictador; sin embargo, León de la Barra era el jefe del ejecutivo y, a pesar de la influencia moral que podía tener aquél, era éste el que manejaba los resortes del poder; y lo hacía en su propio beneficio. Desde el principio supo jugar sus cartas logrando, para sorpresa y disgusto de muchos revolucionarios, que algunos conservadores fueran incluidos en el gobierno provisional. Al mismo tiempo, desde las posibilidades que le daba el dominio de la administración, León de la Barra ponía todos los obstáculos que estaban a su alcance para evitar el acuerdo a que Madero pretendía llegar con Zapata para que abandonara la lucha; y consiguió su objetivo: el alejamiento del caudillo de Morelos de la revolución maderista primero, y la ruptura definitiva después<sup>3</sup>.

Por otra parte, muy pronto iban a producirse importantes discrepancias dentro del propio bando revolucionario que, en definitiva, no era sino un conglomerado de grupos muy distintos. La transición, por supuesto, no iba a resultar fácil; tras la firma de los acuerdos de Ciudad Juárez y ante la evidencia de que el levantamiento había incrementado el bandidaje en muchas

---

<sup>1</sup> SÁENZ, Aarón: *La Política Internacional de la Revolución*. Fondo de Cultura Económica, México, 1961, pág. 74. Ver también LUDLOW: «Empresarios y banqueros...», págs. 158-162.

<sup>2</sup> *El Liberal* de Sevilla, Domingo 13 de Agosto de 1911.

<sup>3</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. I, pág. 300; KRAUZE: *Biografía del poder...*, págs. 54-58, y MEYER: *La Revolución Mexicana...*, págs. 36-37.

zonas del país y ocasionado algunas revueltas campesinas difíciles de encauzar, en el ala más moderada del antirreeleccionismo se impuso la idea de que la primera obligación de los nuevos líderes era la de contribuir al restablecimiento de la normalidad. En este sentido la actuación de Madero estuvo encaminada a garantizar el orden y el derecho de propiedad, controlando al ejército revolucionario y frenando los ataques a las haciendas. Se trataba, en definitiva, de alcanzar un mínimo de estabilidad a partir del cual se pudiera proceder a la celebración de elecciones para poner en marcha las reformas que había prometido. Esto implicaba un retraso considerable en el cambio político que muchos deseaban y que algunos no estaban dispuestos a esperar<sup>4</sup>.

No todo, desde luego, seguía igual; hubo sustituciones de autoridades en gran parte de la república, aunque en la mayoría de los casos los puestos no fueron ocupados por jefes realmente populares. Para empezar, la renuncia de Porfirio Díaz y su salida del país no habían traído consigo el alejamiento de los porfiristas de la administración. Es cierto que los gobernadores de ese origen, muchos de los cuales habían sido una de las principales causas de los descontentos, fueron destituidos. No obstante, un número relativamente importante de porfiristas permanecían en las legislaturas de los estados, que siguieron siendo, en general, conservadoras. Además, los puestos que se ocuparon con maderistas lo fueron, con bastante frecuencia, no con los que habían participado en la sublevación y contribuido, por tanto, a arrojar a Díaz del poder. Para gestionar esa supuesta estabilidad Madero prefirió siempre utilizar civiles, algunos de los cuales no resultaron ser sino maderistas oportunistas de última hora, conservadores que supieron aprovecharse de la confusión política del momento. El resultado fue la generación de una serie de frustraciones y resentimientos entre los que habían tomado parte en la lucha armada y que, a la larga, atentarían contra la estabilidad política que perseguía Madero<sup>5</sup>.

Algunos de los que estuvieron con él desde el principio del levantamiento, como los hermanos Vázquez Gómez, por ejemplo, no tardarían en mostrar su desacuerdo con lo que consideraban concesiones excesivas del líder antirreeleccionista y comenzaron por resistirse a la desmovilización del ejército revolucionario, a pesar de las claras instrucciones dadas por Madero en ese sentido. El malestar de estos grupos se acentuó, además, por la decisión de Madero de disolver el Partido Nacional Antirreeleccionista, que era el que lo había propuesto como jefe del ejecutivo e iniciado la sublevación, para crear uno nuevo, el Partido Constitucional Progresista<sup>6</sup>. Para colmo, la convención de la recién nacida formación política designó a Madero y a Pi-

---

<sup>4</sup> BLANCO MOHENO, Roberto: *Crónica de la Revolución Mexicana*. Ed. Libro Mexicano, México, 1959, págs. 52 a 63, y KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. I, págs. 267-270.

<sup>5</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. I, pág. 315.

<sup>6</sup> ALESSIO: *Historia política de...*, pág. 19; BLANCO MOHENO: *Crónica de la...*, págs. 51-52, y KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. I., págs. 301-302.

no Suárez, otro civil, para optar a la presidencia y vicepresidencia en las elecciones que, en principio, debían celebrarse en el mes de octubre de 1911. La candidatura de Madero era, desde luego, indiscutible; pero no ocurría lo mismo con la de Pino Suárez, que venía a postergar a algunos militares que se consideraban con ciertos derechos derivados de su contribución a la guerra contra Díaz. De hecho, los dos conflictos más duros a que tendría que enfrentarse el futuro presidente antes de la reacción conservadora que terminaría con su muerte, vendrían de dos caudillos que habían luchado en el bando revolucionario, Emiliano Zapata y Pascual Orozco.

El primero en estallar fue el de Zapata, que no esperó a ver a Madero en la presidencia para romper con él. Al firmarse el tratado de Ciudad Juárez, el estado de Morelos se encontraba, prácticamente, en manos de los zapatistas. Éstos no estaban dispuestos a dar marcha atrás en los avances que habían hecho en cuanto a la restitución de las tierras arrebatadas a las comunidades, para, como pretendía Francisco Madero, intentar conseguir sus fines en orden y dentro de un marco legal. En consecuencia, se negaron a la desmovilización y continuaron dando satisfacción a las demandas agrarias por las que se había levantado gran parte de la población del estado. La reacción de los hacendados no se hizo esperar y contó con la colaboración tanto del presidente interino, Francisco León de la Barra, como con la del gobernador provisional del estado, J. N. Carrión, al parecer, uno de esos que, procedentes del grupo de los «científicos», se habían sumado al movimiento maderista a última hora.

Con su apoyo, los hacendados iniciaron una política de desprestigio del zapatismo y de su líder, a los que presentaban poco menos que como salvajes, que no sólo caló en la opinión nacional —Zapata era calificado por la prensa de la capital mexicana como un «moderno Atila»— sino en la internacional. Los intentos de conciliación de Madero con el caudillo de Morelos parecieron tener éxito en principio, llegando a conseguir de él la promesa de que se retiraría de la política y desmovilizaría a sus hombres a cambio de algunas condiciones que no resultaban imposibles de aceptar.

Pero el presidente León de la Barra y los hacendados del estado, ignorando las conversaciones entre aquéllos, continuaron con su política de acoso al zapatismo con el claro propósito de terminar con cualquier aspiración agrarista contraria a sus intereses. Con ese fin, el presidente interino envió a Morelos al luego tristemente famoso Victoriano Huerta, con la orden de abortar cualquier conato de subversión. Madero intentó detener el enfrentamiento de nuevo; pero León de la Barra, desoyendo sus opiniones, no sólo no paró el avance de Huerta sino que llegó a dar la orden de capturar a Zapata al precio que fuera. Incapaz de hacer frente a las tropas federales, Zapata se vio obligado a refugiarse en las montañas para reorganizar a sus hombres<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Sobre los problemas con el zapatismo ver WOMACK, J.: *Zapata y la Revolución Mexicana*. Siglo XXI, México, 1969, págs. 100-120; ver también KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. I, págs. 312-313.

El problema de Morelos quedaba así pendiente y sería uno de los más importantes a los que Madero tendría que hacer frente desde el ejecutivo. Para llegar a él, y a pesar de las constantes desautorizaciones que había sufrido por parte del gobierno provisional, no tuvo realmente contrincante en las elecciones celebradas en el mes de octubre. Aparte de él sólo había un posible aspirante con suficiente prestigio para hacerle frente, Bernardo Reyes. En principio Reyes presentó su candidatura con el apoyo de gran parte de sus antiguos partidarios y de amplios sectores conservadores, que lo vieron como el «hombre fuerte» que podía sustituir a Díaz. E incluso logró atraer a su campo a ciertos grupos moderados del antirreeleccionismo, asustados, en unos casos, por el radicalismo de algunos revolucionarios y, en otros, por la aparente debilidad de Madero ante el levantamiento zapatista.

Consciente de la imposibilidad de triunfar y esperando ganar tiempo para que se fuera deteriorando la imagen de Madero, Reyes solicitó un retraso en la celebración de los comicios. Al negarse el Congreso, rehusó participar en ellos y se marchó a los Estados Unidos, dejando abandonados, por segunda vez, a sus partidarios. Con su retirada de la lucha electoral el único contrincante de Madero que podía contar era el presidente interino, Francisco León de la Barra, en cuya candidatura se volcaron todos los sectores conservadores y católicos<sup>8</sup>; pero nada podía hacer frente la popularidad de que gozaba entonces Francisco Madero, a pesar de que él controlara, en aquellos momentos, los resortes del poder.

Sobre esta agitación política que precedió a las elecciones no encontramos referencias en la prensa sevillana, para la que, una vez más, México había dejado de contar. Sólo al conocerse el resultado de aquéllas, en las que la victoria de Madero resultó contundente, los periódicos de la capital andaluza parecieron acordarse de nuevo de aquel país; eso sí, dedicándole muy poco espacio y por un tiempo muy breve. El 3 de octubre se recibieron en París las primeras noticias al respecto y los rotativos hispalenses se limitaron a recogerlas señalando, escuetamente, que Francisco Madero y Pino Suárez habían sido elegidos presidente y vicepresidente respectivamente<sup>9</sup>. Ni siquiera se decía quiénes habían sido los otros contrincantes o el porcentaje de votos obtenidos por la candidatura ganadora.

Después, otra vez el silencio. Con la nueva situación política pareció darse por sentado que la calma volvería al país; y con ella, la falta de interés por sus asuntos por parte de las publicaciones peninsulares. No obstante, y aunque la contundente victoria electoral de Francisco Madero hacía pensar que contaba con amplios apoyos, esa aparente calma iba a durar poco. El 6 de noviembre tomaba posesión de su cargo como presidente y apenas un mes después la prensa española se hacía eco del descubrimiento de una supuesta conspiración para atentar contra su vida. Según las informaciones recibidas

---

<sup>8</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. I, págs. 304-305.

<sup>9</sup> *El Liberal* de Sevilla, Martes 3 de Octubre de 1911.



en España esa conspiración, dirigida por los «generales Aguilar y Hurtado», planeaba eliminar a Madero y sublevar la guarnición de la capital para, con su apoyo, colocar en la presidencia al «ex ministro de la guerra» de la etapa anterior, el «general» Reyes<sup>10</sup>. Como había ocurrido hasta entonces con todo lo relativo a la Revolución, tampoco en este caso los medios de comunicación tenían muy claro quién era quién en el panorama político mexicano y, en consecuencia, quién luchaba contra quién. Es cierto que Bernardo Reyes había regresado al país por aquellas fechas, el 14 de diciembre, pensando, equivocadamente, que sería seguido en su rebelión por sus antiguos seguidores. Teniendo en cuenta que ya los había abandonado dos veces es fácil entender lo que sucedió; prácticamente nadie secundó su intentona y terminó por rendirse, casi de inmediato, a las tropas gubernamentales<sup>11</sup>.

No sería, por tanto Bernardo Reyes quien pondría en peligro al gobierno maderista en los primeros meses de su constitución sino, como ya se ha dicho, dos líderes que habían luchado en el bando revolucionario: Zapata y Orozco. Una vez en la presidencia y sin las constantes interferencias de León de la Barra, Madero intentó que Zapata depusiera las armas y que todas las reclamaciones de tierras se llevaran a cabo ante los tribunales; pero ya era demasiado tarde para el entendimiento entre ambos. El líder agrarista se consideraba traicionado por el nuevo mandatario, aunque éste no hubiera tenido nada que ver en los manejos de Francisco León de la Barra; Madero, a su vez, se había dejado influir, al menos en parte, por la campaña de desprestigio del zapatismo que los hacendados de Morelos y la prensa habían llevado a cabo.

Para empeorar la situación, el presidente encargó el gobierno de ese estado a Ambrosio Figueroa que, aunque procedente del bando revolucionario, era uno de los mayores enemigos de Zapata; y como tal se comportó. No sólo se mostró partidario de mantener el despliegue de las tropas federales en su jurisdicción, sino que, a su amparo, éstas siguieron maniobrando contra los zapatistas mientras se llevaban a cabo conversaciones con ellos. El resultado fue que la negociación terminó por romperse y que la guerra continuó. No había pasado siquiera un mes desde la toma de posesión de Francisco Madero como jefe del ejecutivo cuando Zapata hizo público su Plan de Ayala (28-11-1911) que, a pesar de la trascendencia que alcanzaría, no tuvo ningún reflejo en la prensa sevillana. En ese plan no sólo se disponía que los pueblos que tuvieran título de propiedad podrían tomar posesión inmediata de las fincas de que hubieran sido desposeídos; se autorizaba, además, la distribución de nuevas tierras comunales y ejidos a los pueblos que no los tuvieran, ordenando, con este fin, la expropiación de una parte de todos los latifundios de la zona.

---

<sup>10</sup> Tanto *El Liberal* de Sevilla como *El Noticiero Sevillano* ofrecieron noticias vagas y sin confirmación sobre esa conspiración a finales de 1911.

<sup>11</sup> ALESSIO: *Historia política de...*, pág. 18; BLANCO MOHENO: *Crónica de la.....*, pág. 20, y KRAUZE: *Biografía del poder....*, pág. 62.



Con ese llamamiento a lo que no era sino una inmediata reforma agraria el zapatismo se negaba a reconocer la autoridad de Madero, al que desde ese bando se calificaba de traidor. Los zapatistas parecían tener ya muy claro que las demandas campesinas que los habían llevado a la lucha no podían ser satisfechas por una revolución como la maderista; y no esperaron a ver el resultado de las reformas que prometía el nuevo mandatario. Al contrario que éstas, que pasaban por remitir a los tribunales las reclamaciones de tierras de los campesinos y pueblos, el Plan de Ayala permitía su ocupación inmediata; serían los hacendados o las compañías afectadas —no los campesinos— los que, en este caso, tendrían que demostrar en los tribunales sus derechos sobre aquéllas<sup>12</sup>.

Con el zapatismo en pie de guerra en Morelos, y ante el apoyo popular del que gozaba en el medio rural, el gobierno se mostró incapaz de controlar la situación fuera de las ciudades. El clima de guerra, más o menos activa, se mantuvo y a comienzos de 1912 la situación era caótica. Nadie parecía tener muy claro lo que estaba sucediendo allí y, tanto en el país como en la prensa internacional, los rumores sobre posibles victorias o derrotas de los insurgentes eran la tónica general. Uno de ellos, que corrió por la capital mexicana y que fue recogido por la prensa sevillana, afirmaba que los sublevados se estaban acercando a la ciudad y que en su avance habían librado violentos combates con los federales en las cercanías de aquélla.

Los rumores eran tan fuertes que, según los periódicos sevillanos, gran parte de los extranjeros residentes en la capital la habían abandonado, por temor a la violencia que se podía desatar con la inminente llegada de los rebeldes<sup>13</sup>. Aunque no parece que la ciudad de México corriera ese inminente peligro de que se hablaba en la prensa, es cierto que la actividad de los zapatistas ponía en serios aprietos al gobierno, que optó por el endurecimiento en la represión. Se declaró la ley marcial y se inició una verdadera guerra sucia; se quemaron poblaciones en las que supuestamente los zapatistas encontraban apoyo e, incluso, se llegó a capturar como rehenes a familiares de algunos de sus líderes<sup>14</sup>.

Ahora bien, el estado de guerra no se limitaba a ese territorio. En el norte, los que habían llevado a cabo el peso de la lucha contra Porfirio Díaz no se mostraron siempre dispuestos a ceder a los civiles el poder que habían logrado, sobre todo cuando muchos de éstos eran conservadores sobradamente conocidos en sus territorios, que se habían acercado al maderismo, como dijimos, a última hora, cuando ya parecía claro el triunfo del movimiento.

---

<sup>12</sup> Sobre estas cuestiones ver CHEVALIER: «Un factor decisivo en la revolución agraria en México; el levantamiento de Zapata». Separata de *Cuadernos Americanos* sin fecha, págs. 165-187; KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. I, págs. 313-314 y 352, y GILLY: «La guerra de.....», págs. 33-34.

<sup>13</sup> *El Liberal* de Sevilla, Jueves 21 de Marzo de 1912.

<sup>14</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. I, págs. 354-369.

Esos descontentos cristalizaron en una serie de revueltas que, aunque en muchos casos fueran locales, el gobierno parecía incapaz de aplacar, y de las que la reacción conservadora supo sacar partido. Una de ellas, iniciada por las tropas de Ciudad Juárez en desacuerdo con la orden de desmovilización, desembocaría a comienzos de 1912 en un verdadero levantamiento contra el gobierno, que sería apoyado de inmediato por elementos conservadores. Al frente de ese movimiento, sin embargo, figuró un líder revolucionario, Pascual Orozco, cuyas tropas invadieron Coahuila; a continuación entró en contacto con el zapatismo y logró ser aceptado por éste como líder nacional de la Revolución<sup>15</sup>.

Este reconocimiento llevaría con frecuencia a la prensa sevillana, y en general a la española, a no distinguir con claridad entre uno y otro movimiento a pesar de las evidentes diferencias entre ambos. La alianza, más nominal que real, entre ellos, llevaría a los periódicos a constantes confusiones sobre los objetivos y la naturaleza de cada una de estas sublevaciones. Y es que, no obstante sus diferencias, ambas tenían un objetivo común: acabar con el gobierno de Madero, cuya posición se haría, con todo ello, cada vez más difícil e inestable. Además de tener que hacer frente a la reacción conservadora y a los zapatistas, tuvo que hacerlo también a la sublevación de Orozco, que con el prestigio adquirido por sus acciones durante la revolución maderista había logrado atraer a sectores importantes de la población que, por una u otra causa, estaban decepcionados con aquélla.

## Las relaciones con España

El permanente estado de guerra en que vivía México no hizo sino incrementar los recelos que ya existían en el exterior en relación con el nuevo régimen. En este sentido hay que señalar que aunque los países más interesados por las consecuencias del movimiento revolucionario fueran España y, sobre todo, los Estados Unidos, por ser los que tenían allí un mayor número de ciudadanos —en el primer caso— y más inversiones —en el segundo—, no eran los únicos preocupados por lo que estaba sucediendo. Otras naciones, especialmente europeas, tenían también importantes intereses en México y desde el primer momento mostraron especial atención al proceso que se desarrollaba en aquella república.

Uno de los primeros en manifestar su inquietud por los sucesos mexicanos había sido el gobierno francés, que ya en noviembre de 1910 pidió a su representante en México noticias reales de lo que estaba pasando. Éste, desde una posición muy diferente a la mantenida por su colega español en

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, págs. 339-341; ver también RICHMOND, D. W.: *La lucha nacionalista de Venustiano Carranza 1893-1920*. Fondo de Cultura Económica, México, 1986, págs. 66-67, y WOMACK: *Zapata y la.....*, pág. 128.

aquellos primeros momentos, remitió a sus superiores una serie de informes no demasiado optimistas. De ellos se hizo eco, en parte, la prensa española, al recoger en sus páginas unas declaraciones realizadas por el jefe de la legación francesa en Madrid; en ellas, el diplomático afirmaba haber recibido «noticias de Méjico confirmándole la gravedad del movimiento» y que, en consecuencia, su administración se encontraba bastante preocupada por la situación<sup>16</sup>.

En la medida en que con la llegada de Madero a la presidencia los disturbios, al contrario de lo que muchos esperaban, no cesaron, la inquietud en el ámbito internacional se extendía, al tiempo que lo hacía también entre gran parte de los extranjeros residentes en aquella república. En este sentido, con el movimiento orozquista en plena efervescencia, los rotativos peninsulares daban cuenta de que los extranjeros, «asustados y temerosos de los desórdenes de los xenófobos», habían decidido buscar lugares seguros para su mayor protección; según esas mismas informaciones, alemanes y españoles tenían preparado ya un refugio para trasladar a «las mujeres y los niños en caso de Peligro»<sup>17</sup>. Fueran o no fundados sus temores, las nuevas revueltas no harían sino complicar las relaciones internacionales del régimen maderista, al que desde el exterior se comenzó a ver como un gobierno débil, incapaz de acabar con los desórdenes.

En el caso concreto de España, a pesar de que como ya se ha dicho la mayor parte de los residentes de este origen permanecieron en aquel país con sus negocios y de que la prensa, en general, pareció recibir con cierto alivio la victoria revolucionaria, las relaciones entre los dos gobiernos no fueron demasiado buenas en la etapa maderista. Por una parte, como se ha visto, los vínculos entre ambos se habían estrechado considerablemente en la época porfirista; influido por este hecho, y ante el temor a un cambio en esa situación, el gabinete de Madrid se había mostrado demasiado reticente ante el movimiento antirreeleccionista. Por otra, un sector destacado de la colonia española, que ya se había manifestado contra la insurrección antes de la caída de Díaz, agudizó su oposición tras el triunfo de aquélla. No sólo presionaron al gobierno español para que actuara diplomáticamente contra el nuevo régimen sino que algunos de ellos, como Iñigo Noriega, ayudaron en la financiación de la campaña del que, en principio, se pretendía que fuera el opositor a Francisco Madero en las elecciones presidenciales, Bernardo Reyes, haciendo aparecer como antirrevolucionaria y antimaderista a toda la comunidad española<sup>18</sup>.

Eso contribuyó a que, a pesar de las declaraciones bien intencionadas de Madero antes y después de su triunfo electoral, los peninsulares no se vieran

---

<sup>16</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 25 de Noviembre de 1910.

<sup>17</sup> *Ibidem*, Sábado 9 de Marzo de 1912.

<sup>18</sup> Sobre esa actitud ver GONZÁLEZ LOSCERTALES: «La colonia española....», pág. 359; MAC GREGOR: *México y España....*, págs. 101-102, o ILLADES: *México y España....*, pág. 23.

libres de la violencia insurgente, especialmente, aunque no sólo, en las zonas dominadas por los zapatistas. En Puebla, por ejemplo, fueron atacadas varias fábricas textiles cuyos propietarios o gerentes eran españoles, así como algunas haciendas; según los informes remitidos por el cónsul de aquella ciudad sobre estos sucesos, en uno de esos asaltos, en Atenacingo, fueron fusilados «los diez españoles empleados de la hacienda»<sup>19</sup>.

Las quejas de los residentes peninsulares en este sentido fueron frecuentes ya durante la presidencia provisional de León de la Barra, y se convirtieron después en motivo de constantes reclamaciones diplomáticas durante toda la etapa maderista. Las cartas de españoles que llegaban a las redacciones repetían, una y otra vez, que los indios, término despectivo que empleaban casi siempre para hablar de los zapatistas, aprovechando la anarquía reinante cometían toda clase de atrocidades contra ellos. La violencia era, desde luego, general; pero de acuerdo con algunos testimonios, los ataques de las bandas rebeldes eran especialmente duros cuando se dirigían contra peninsulares, sobre todo si eran propietarios o capataces de hacienda. Según los periódicos sevillanos que recogían el contenido de esas cartas, «los indios, creyéndose dueños del país, atropellan bárbaramente a los españoles saqueándoles las haciendas y matándolos. La situación se hace insostenible, precisándose que se haga por el gobierno de España, una enérgica reclamación diplomática que garantice la vida de los españoles, que se hallan a merced de la barbarie india»<sup>20</sup>.

La labor del ministro de Madrid en México en este sentido no iba a resultar fácil. A pesar de su inicial desaprobación del movimiento maderista, Bernardo Cólogan, fuera por convencimiento o por pragmatismo, mostró claras simpatías por el nuevo régimen después de su victoria. Sin embargo, su trabajo se iba a ver dificultado, además de por la incapacidad del gobierno mexicano para evitar los asaltos, por la propia actuación de un sector de la colonia española. Por una parte, y como ya se ha dicho, algunos de sus miembros fueron realmente militantes a favor de Porfirio Díaz primero y de Bernardo Reyes después; por otra, unos cuantos periodistas españoles que escribían en publicaciones mexicanas atacaban sin piedad a las nuevas autoridades<sup>21</sup>, con lo que no sólo se obstaculizaba la tarea del diplomático, sino que la idea del antimaderismo de los peninsulares iba extendiéndose a sectores de población cada vez más amplios.

Al mismo tiempo, una parte importante de la prensa española se dejaba influir por las cartas de sus compatriotas que iban llegando desde México, y muchos de los que habían justificado en algún momento la Revolución, como *El Debate* de Madrid, comenzaron a manifestarse contrarios a un régi-

---

<sup>19</sup> Ver despacho 74 de 11 de Mayo de 1911, e informe del cónsul de Puebla de 10 de Abril del mismo año. Cits. por GONZÁLEZ LOSCERTALES: «La colonia española....» págs. 350-352.

<sup>20</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 18 de Agosto de 1911.

<sup>21</sup> MAC GREGOR: *México y España....*, págs. 117-119.



men que, en contra de lo que esperaban, no había logrado la autoridad necesaria para terminar con la anarquía del país. Apenas Madero había tomado posesión de su cargo como presidente cuando ya comenzaron a aparecer en algunos periódicos de este lado del océano duras críticas contra él<sup>22</sup>.

Uno de los primeros aspectos de la política maderista que despertó la repulsa de los comentaristas españoles fue el económico. Para muchos autores posteriores, hasta la llegada de Huerta al poder y a pesar de los conflictos armados que trajo consigo la Revolución, las finanzas estatales parecían todavía sólidas. La mayor parte de los expertos señalan que el daño producido por la guerra era todavía limitado y reparable, y que la economía de la etapa maderista no sólo no tuvo nada que ver con la del periodo que va de 1914 a 1918, sino que no parecía ser muy diferente a la del porfirismo. Con Madero no se dio ni la inflación, ni el caos fiscal, el desempleo, el hambre o la pobreza que caracterizarían los años siguientes; en consecuencia, para ellos los problemas financieros nada tendrían que ver con la caída del presidente<sup>23</sup>. No obstante las publicaciones españolas, alarmadas probablemente por parte de sus conciudadanos residentes en México, no parecían verlo de ese modo.

A pesar de que son pocos los datos que sobre la realidad económica mexicana nos ofrece la prensa sevillana entre 1910 y 1913 —en realidad sus noticias se reducen a alguna alusión al mal momento financiero que atravesaba el Estado, o a la concesión o negación de algún empréstito—, el supuesto caos económico fue utilizado a menudo en sus páginas para atacar la labor de la nueva administración. Aunque no lo hicieran con demasiada frecuencia, cuando los diarios hispalenses hablaban de las finanzas mexicanas era para hacerse eco no sólo de los supuestos problemas del gobierno en este ámbito, sino de los de la población en general. Para algunos rotativos sevillanos, probablemente mediatizados por los residentes españoles en México, la situación económica del país era «horriblemente mala, sufriendose por todos las lamentables consecuencias de una guerra civil»<sup>24</sup> que no parecía haber terminado a pesar de la elección de Madero.

Con todo, el pretexto más utilizado por las publicaciones españolas para desprestigiar al presidente mexicano era la falta de autoridad que parecía indicar la supervivencia del zapatismo. Pese al evidente localismo su movimiento, los zapatistas eran, para un importante sector del prensa, «una banda formidable que recorre el país»; gran parte de los desórdenes que se producían en México, especialmente cuando se trataba de ataques a propiedades privadas o asaltos a trenes, eran adjudicados, sin prueba alguna, a las «bandas zapatistas», que fueron retratadas en las páginas de los distintos diarios como hordas de asesinos sanguinarios.

---

<sup>22</sup> *El Debate* de Madrid, Jueves 16 de Noviembre de 1911. Cit. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana...*, págs. 75-76.

<sup>23</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. I, pág. 505.

<sup>24</sup> *El Liberal* de Sevilla, Domingo 26 de Mayo de 1912.



Sólo la prensa anarquista se alejó de esa imagen, para ofrecer a sus lectores otra muy diferente; según ésta, Zapata no era sino el verdadero defensor del campesinado frente a la opresión capitalista y al que, precisamente por eso, se pretendía desprestigiar. Para el resto de las publicaciones periódicas, en línea con las informaciones que aparecían en la propia prensa mexicana, Zapata era un personaje muy distinto; un caudillo que, aunque en principio pudiera haber sido un revolucionario, tenía mucho de bandido y como, según ellas, había venido a demostrar su alianza con los rebeldes del norte, de reaccionario<sup>25</sup>.

Es probable que algunos de los que lo mostraban así no lo hicieran de mala fe, sino por un simple desconocimiento de la realidad que los llevaba a asumir la visión que un sector de la colonia española y, por supuesto, el gobierno mexicano, querían transmitir del zapatismo. Lo cierto es que, de buena o mala fe, una parte importante de la prensa peninsular exageraba considerablemente los supuestos «desmanes» de las tropas zapatistas, que fueron utilizados constantemente en sus páginas para descalificar a Madero con el argumento de que presidía un gobierno débil e incapaz de dominar la situación.

La legación de México en España intentaba dar una imagen distinta de la que parecía predominar en aquellos momentos en los medios informativos; con este fin, remitía a los periodistas una serie de comunicados oficiales en los que se afirmaba, una y otra vez, que los «bandidos zapatistas» habían sido duramente castigados, que la situación estaba controlada en casi todo el territorio de la república y que la tranquilidad era la tónica general. De acuerdo con la versión de las autoridades mexicanas, sólo quedaban unos pequeños focos de rebelión; y estando ya más libre en el frente de Morelos, el gobierno «proseguiría su tarea de pacificación con una enérgica campaña en el norte, contando con el apoyo unánime de la opinión pública»<sup>26</sup>.

Es cierto que, aunque la insurrección zapatista no había terminado, la actividad guerrillera remitió con la llegada de las lluvias. Pero también lo es que en el norte continuaban los combates y que el levantamiento en esa zona representaba una seria amenaza para la estabilidad del gobierno de Madero, sobre todo porque, desde que en el mes de marzo Orozco se puso al frente de él, las victorias de los rebeldes no hacían sino sucederse. En el mes de mayo, sin embargo, con Victoriano Huerta al mando de las tropas federales, la situación cambió radicalmente. Huerta, apoyado por Villa, infringía una seria derrota a los orozquistas en Rellano, que se convertiría en definitiva tras el triunfo del ejército federal en Bachimba<sup>27</sup>.

---

<sup>25</sup> Ver, para el primer caso, *El Debate* de Madrid del Jueves 16 de Noviembre de 1911, o más tarde el del Miércoles 5 de Febrero de 1913; y para el segundo, *Tierra y Libertad*, Barcelona, Martes 28 de Noviembre y Lunes 11 de Diciembre de 1911. Cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana...*, págs. 75-76 y 132.

<sup>26</sup> Algunos de esos comunicados eran recogidos en parte por la prensa; ver, por ejemplo, el que aparece en *El Liberal* de Sevilla del Lunes 1 de Abril de 1912.

<sup>27</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. I, pág. 362, y ALESSIO: *Historia política de...*, pág. 21.

Con esa victoria de las tropas gubernamentales se pondría fin a la sublevación de Orozco, aunque la tranquilidad y el dominio de los territorios del norte no quedaran garantizados por ella. Ya fuera por recuperar las tierras arrebatadas por las haciendas o las empresas, o por mantener las autonomías locales, las revueltas continuaban por todo el país; por su falta de unidad no representaron en ningún momento el peligro de la de Orozco, pero creaban un estado de inestabilidad que hacía que el régimen maderista fuera cada vez menos popular entre algunos sectores de las clases medias altas que antes habían estado con él.

Además, los seguidores de Zapata no tardaron en reanudar sus actividades al finalizar la época de las lluvias, contribuyendo a crear una sensación de inseguridad que se transmitió también al exterior. Los asaltos a trenes y haciendas, supuestos o reales, seguían, según decían los rotativos peninsulares, sembrando el terror entre mexicanos y extranjeros. De sucesos como esos se hacía eco la prensa sevillana, en la que se observa un rotundo rechazo al movimiento zapatista aunque desconociera realmente su naturaleza. Influida tanto por las ideas de algunos miembros de la colonia española como por las de los propios periódicos mexicanos, que no dudaban en manipular la información exagerando siempre las «atrocidades» de los zapatistas<sup>28</sup>, las publicaciones andaluzas los calificaban siempre de «bandidos» y, a menudo, narraban esos supuestos sucesos, aunque muchos de ellos fueran inventados.

En este aspecto es significativo el hecho de que, con demasiada frecuencia, desconozcamos el origen de las noticias sobre México que se publicaban en España. Así, en el mes de julio, sin citar las fuentes, *El Liberal* de Sevilla contaba que «unos quinientos partidarios de Zapata volaron con dinamita el tren de Cuernavaca, muriendo 30 soldados federales y nueve viajeros. Después, los rebeldes incendiaron el tren, pereciendo carbonizados los viajeros que se habían salvado»<sup>29</sup>. En ocasiones los periódicos indicaban la procedencia de las informaciones que recogían; pero lo hicieran o no, la mayoría de las que aparecieron en sus páginas a lo largo de 1912 resultaron bastante confusas y, a veces, contradictorias, además de por el caos reinante en México, por el carácter de las fuentes que utilizaban que, la mayor parte de las veces, las condicionaban.

En muchos casos no eran ni siquiera de segunda, sino de tercera o cuarta mano. Un ejemplo de esto lo encontramos cuando en el mes de septiembre los periódicos sevillanos daban a conocer una serie de noticias, según decían enviadas a Washington por el corresponsal del *Daily Chronicle* en México, sobre el sitio a que tenían sometidos los rebeldes —sin especificar quiénes eran esos rebeldes— a «una población» —sin aclarar cuál— en la que se encontraban unos doscientos federales, «siendo inminente», según lo afirmado por aquel periodista, «su captura y muerte»<sup>30</sup>.

---

<sup>28</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...* Vol. I, pág. 422.

<sup>29</sup> *El Liberal* de Sevilla, Martes 23 de Julio de 1912.

<sup>30</sup> Ver en los diarios sevillanos de esos meses la abundancia de noticias contradictorias.

De toda esta confusión no dejaron de aprovecharse los partidarios del antiguo presidente, incluidos los que pertenecían a la colonia española que, siempre que pudieron, contribuyeron a difundir en el interior y en el exterior la imagen de inseguridad e inestabilidad que les interesaba transmitir. En este aspecto, la libertad de prensa que estableció el nuevo régimen mexicano se volvió contra él, al permitir a los opositores a Madero llevar a cabo una hábil labor de propaganda. Si por una parte se exageraban las «atrocidades» de los «bandidos» zapatistas, por otra, pudiendo actuar, por primera vez en mucho tiempo, libremente, la prensa heredada del porfiriato se mostraba cada vez más agresiva con el nuevo mandatario<sup>31</sup>. Con motivo o sin él, desde las páginas de muchos diarios mexicanos se atacaba constantemente a Madero, contra el que se desató una verdadera campaña de descrédito destinada a justificar acciones como el levantamiento de Félix Díaz en Veracruz, del que, en lo que no sería sino una estrategia de intoxicación, se dio una versión falseada.

Esto lo vemos con claridad, por ejemplo, al observar las informaciones que sobre la citada asonada ofreció a sus lectores un diario como *El Liberal* de Sevilla, en las que se exageraba considerablemente la extensión y posibilidades de triunfo de Félix Díaz. Decía este periódico que, según los telegramas recibidos de México, las tropas de Veracruz, «de acuerdo con los insurrectos, apoyados por numerosos elementos y cuantos tienen algo que perder con la desaparición del gobierno de Porfirio Díaz», se habían sublevado contra el gobierno federal. Dando a entender que el descontento en el país era tan fuerte que Madero se había quedado prácticamente solo, las noticias que llegaban de México afirmaban que los rebeldes habían ocupado «las oficinas públicas» sin encontrar la más mínima oposición, y que habían nombrado «presidente a Félix Díaz, sobrino del antiguo dictador», al que se había hecho en aquella ciudad «un recibimiento efusivo y entusiástico». En esta ocasión, no obstante, los rotativos dejaron constancia de que todo lo anterior carecía de confirmación oficial<sup>32</sup>.

Cuando llegó por fin dicha confirmación, dejó clara la exageración, interesada o no, con que desde México se transmitían ciertas noticias. Al día siguiente de su aparición, los mismos periódicos que las habían publicado recogían una interpretación muy distinta de los sucesos. Se trataba, en este caso, de la ofrecida por las fuentes gubernamentales que, aunque reconocían la existencia del levantamiento, le quitaban importancia y aseguraban que sería dominado con rapidez, «ya que la reacción de las tropas federales, que habían rodeado la ciudad, había sido inmediata»<sup>33</sup>. Esta versión estaba más cerca a la realidad que la primera pues, efectivamente, el ejército fede-

---

<sup>31</sup> BLANCO MOHENO: *Crónica de la revolución...*, pág. 46.

<sup>32</sup> El telegrama que dio pie a esta información fue recogido por *El Liberal* de Sevilla del Viernes 18 de Octubre de 1912.

<sup>33</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 19 de Octubre de 1912.

ral no se había sumado a la revuelta como se había indicado en aquélla. Al igual que en el caso de la rebelión orozquista, Victoriano Huerta fue el encargado de hacer frente a ésta; sitió la ciudad y aunque, según la prensa, tuvo que hacer frente a una fuerte resistencia, lo cierto es que logró tomarla casi de inmediato y capturar a Félix Díaz, que fue sometido a consejo de guerra y condenado a muerte. La pena, sin embargo, no llegó a cumplirse; Díaz apeló a la Corte Suprema, el asunto se fue dilatando, y se le trasladó a la capital.

En cuanto a la posición oficial española ante este nuevo movimiento, toda la actuación de su representante allí parecía inclinada a favor del gobierno de Madero; entre lo que el propio Cologan denominaba «el más desenfrenado y devastador salvajismo» de Zapata y la dictadura que parecían querer algunos para acabar con ese salvajismo, el representante de Madrid pensaba que la única vía posible era lo que él consideraba la legalidad maderista; y para velar por los intereses de los españoles residentes en aquel país abogaba, en contra en este caso, aunque no por mucho tiempo, de los elementos más influyentes de la comunidad peninsular, por ejercer las oportunas reclamaciones diplomáticas ante el ejecutivo por los «desmanes» de los revolucionarios<sup>34</sup>.

Pero, incapaces de acabar con la rebeldía de Zapata, poco podían hacer al respecto las autoridades mexicanas por muchas quejas que recibieran. Además, en ciertos lugares los españoles ni siquiera podían recurrir a la supuesta defensa de su representación, porque ésta ni siquiera existía. Era el caso de Sonora donde, ante su indefensión, un grupo de ellos llegó a pedir a su gobierno que les permitiera acogerse a la protección norteamericana<sup>35</sup>. Por otra parte, la reacción antiespañola llegó a estar mucho más extendida de lo que la administración quería admitir. No se trataba sólo de atentados de bandas rebeldes más o menos incontroladas, sino de sentimientos populares que, en algunos casos, encontraban justificación en la propia actuación de algunos peninsulares.

Fue el caso del ya mencionado Iñigo Noriega, claro ejemplo de ese sector de la colonia española que, al parecer, siempre actuó contra la Revolución. Estrechamente relacionado con Porfirio Díaz, en 1911 fue acusado de inmiscuirse en los asuntos internos mexicanos por apoyar la candidatura presidencial de Bernardo Reyes en las elecciones de aquel año; y también lo fue de arrebatar tierras a varias comunidades indígenas cercanas a una de sus haciendas. La reacción popular no se hizo esperar, llegándose a organizar una manifestación para presionar al gobierno por su expulsión, junto con la de otros compatriotas de los que se decía que actuaban de manera semejante.

---

<sup>34</sup> AHMAE H-2, 557 de 8 de Febrero de 1912, Cit. por MAC GREGOR: *México y España...*, págs.123-124.

<sup>35</sup> Despacho de 18 de Mayo de 1911, Cit, por GONZÁLEZ LOSCERTALES: «La colonia española...», pág. 355.



No se llegó a ese extremo; pero desde entonces su situación se fue haciendo cada vez más difícil y tres años después, tras el triunfo constitucionalista que parecía poner fin a su sueño de una posible vuelta al régimen anterior, Noriega abandonó el país por voluntad propia<sup>36</sup>.

Iñigo Noriega fue el caso más notorio; pero no era el único español en oponerse al régimen maderista. Por eso cuando a comienzos de 1913 el segundo levantamiento de Félix Díaz debilitó aún más la posición de Madero, el sector de la colonia española que aquél representaba no dudó en utilizar toda su influencia sobre las autoridades peninsulares para que, alegando la incapacidad del presidente para dominar a los rebeldes y acabar con la anarquía, ayudaran a su derrocamiento mediante la presión diplomática como, al menos en apariencia, hacían los Estados Unidos, cuya intervención sería esencial en el desarrollo del proceso revolucionario mexicano.

## Madero y los Estados Unidos

En 1898, con la guerra hispano-cubana-norteamericana, los Estados Unidos habían comenzado una política en relación con América Latina que los llevaría a múltiples intervenciones en distintos países del área (Panamá, la República Dominicana o Nicaragua), diplomáticas en unos casos y armadas en otras, algunas de ellas todavía muy cercanas en el tiempo. La primera de las militares los enfrentaría precisamente a España en una contienda, la de Cuba; quizás por eso, y por mucho que desde la prensa se repudiara la situación de «anarquía» en que según la mayor parte de los periódicos españoles se vivía en México, desde la península no se podían ver con simpatía las constantes intromisiones norteamericanas en los asuntos mexicanos. Esas intromisiones se habían iniciado en los comienzos del levantamiento maderista y, en un intento por hacer llegar al poder a hombres que resultaran útiles para la defensa de sus intereses en aquel país, continuó, en varios aspectos, hasta bien finalizada la etapa de lucha armada.

Uno de ellos sería la intervención político-diplomática, que tendría, además, dos facetas diferentes: el apoyo abierto a uno u otro caudillo de los que en distintos momentos optaron a la presidencia de la república, por una parte, y el suministro o el embargo de armamento, por otra. Fueron los norteamericanos los que, a lo largo de todo el proceso, controlaron la mayor parte del material bélico que llegaba a uno u otro de los bandos en conflicto. Es cierto que el intenso comercio de armas que se desarrolló entre los dos países durante los años de la Revolución no era fácil de controlar, dada la extensión de la frontera común, y que en muchos casos se llevó a cabo de espaldas a las autoridades estadounidenses. Pero también lo es que por parte

---

<sup>36</sup> GONZÁLEZ LOSCERTALES: «La colonia española....», págs. 360-361; ILLADES: «Los propietarios españoles...», pág. 183, y MAC GREGOR: *México y España....*, págs. 113-114.



de la administración norteamericana no se prestó la debida atención a esta cuestión cuando no le convino hacerlo y que, por el contrario, en función del bando o líder que mereciera su aprobación o rechazo, en otras ocasiones la utilizó abiertamente como modo de presión.

Otra forma de ingerencia utilizada por los Estados Unidos fue la propaganda; a lo largo de todo el proceso revolucionario los norteamericanos llevaron a cabo una intensa labor en este campo sobre sus actuaciones en México que, al igual que había sucedido en la guerra de Cuba, y sigue ocurriendo actualmente en casos como el de Irak, no hizo sino intentar disfrazar ante la opinión pública nacional e internacional, bajo supuestos pretextos humanitarios, los verdaderos motivos de su actuación.

Por último, los Estados Unidos recurrirían a la intervención militar directa en el conflicto; esa intervención no se limitó a la entrada de las tropas norteamericanas en el norte de México, algo que, hasta cierto punto, podía haberse visto justificado por las incursiones que algunas bandas rebeldes hacían al otro lado de la frontera, sino que llegaría, como sabemos, a la ocupación de parte del territorio mexicano, en una clara violación, como siguen haciendo hoy, de todas las normas internacionales.

El primer paso dado por los Estados Unidos para intentar controlar el proceso revolucionario fue la presión política. La administración norteamericana de William H. Taft estaba convencida, por lo menos hasta finales de 1910, de que a pesar de las huelgas organizadas en los años anteriores y del proyecto de sublevación magonista, los opositores no iban a terminar con el porfiriato. Por otra parte, ni su gobierno ni los de sus antecesores habían puesto objeción alguna a un régimen con el que las inversiones estadounidenses en México habían pasado por una época de esplendor, y no tenían la menor intención de acabar con él. Pero molesto, según algunos autores, por la negativa de Porfirio Díaz a renovar los contratos de arrendamiento de la base de la Magdalena, el gobierno estadounidense no dudó en utilizar a los descontentos como modo de presión; en consecuencia, dejaron «libertad de acción total a los maderistas en el exilio»<sup>37</sup>, con el consiguiente disgusto de la administración mexicana. Es significativo en este sentido, que cuando Francisco Madero fue puesto en libertad después de las elecciones de 1910, encontrara rápido refugio en los Estados Unidos y publicara allí su Plan de San Luis Potosí.

Nada más iniciarse el movimiento antirreeleccionista, el presidente norteamericano advirtió al gobierno de Porfirio Díaz que no toleraría ningún combate en la zona fronteriza con los Estados Unidos. Pero este aviso no implicaba un rechazo a su régimen; sólo cuando la rebelión se fue extendiendo y Díaz se mostró incapaz de dominar la situación, especialmente en el nor-

---

<sup>37</sup> ULLOA, Berta: *La revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos (1910-1914)*. El Colegio de México, México, 1971, págs. 12-13; GONZÁLEZ LOSCERTALES: «La colonia española....», pág. 347.

te, la actitud del gabinete Taft comenzó a cambiar. Desde entonces, y hasta bastante después de finalizar la etapa bélica de la Revolución, las relaciones entre ambos países pasarían por distintas fases; pero independientemente de quien estuviera en el poder en cada una de ellas, siempre resultarían extremadamente tensas.

No obstante, las primeras noticias sobre las dificultades que atravesaban esas relaciones no aparecieron en la prensa sevillana hasta el mes de abril de 1911, a raíz de unas duras declaraciones del vicepresidente mexicano acusando a los Estados Unidos de tener ambiciones imperialistas. Ramón Corral, de viaje por Europa, declaró a los periodistas españoles en Santander «que el movimiento revolucionario de su país es fomentado por los norteamericanos con miras de conquista, y molestados por los dictados del gobierno de alejar a los yanquis de los negocios del país». Según él, sus vecinos pretendían aprovechar las luchas internas mexicanas para sus propósitos, sin darse cuenta de que «si intervinieran los norteamericanos los revolucionarios se unirían al gobierno frente al enemigo común»<sup>38</sup>.

De la misma opinión sería pronto un sector de la prensa española, que no dudaría en afirmar que, ya desde la última etapa de gobierno de Porfirio Díaz, tenía claro que los verdaderos culpables de la Revolución eran los Estados Unidos; no sólo daban asilo a los insurrectos mexicanos sino que les proporcionaban las armas que necesitaban para su sublevación. Para los que se manifestaban así la verdadera intención de los estadounidenses era, siguiendo los dictados de los «jingoistas», intervenir militarmente en México para extender su territorio como, por otra parte, ya habían hecho antes. Estableciendo un claro paralelismo con el caso de Cuba, afirmaban que lo que estaba haciendo la administración norteamericana a favor de los disidentes mexicanos no era sino «una maniobra política» para atraer a «las masas populacheras, lo mismo que sucedió cuando la campaña de Cuba»<sup>39</sup>.

El gabinete Taft negaba tanto ese apoyo a los insurgentes como sus supuestas intenciones de expansión territorial. Lo único que admitían las autoridades para justificar su actitud era la preocupación que despertaba en ellas lo que estaba ocurriendo al otro lado de la frontera y su profunda inquietud «por la vida de los súbditos norteamericanos residentes en México, especialmente en las cercanías de Acapulco». En este sentido, su embajador en esa república se quejó ante el «ministro de negocios [mexicano] diciéndole que la situación era intolerable» para sus compatriotas residentes en aquella ciudad. Pero en su queja, dando argumentos a los que hablaban de una posible intervención militar, dejaba la puerta abierta a la llegada de tropas norte-

---

<sup>38</sup> *El Liberal* de Sevilla del Jueves 27 de Abril de 1911 recogía estas declaraciones, que fueron hechas por el vicepresidente mexicano en Santander, donde había hecho escala el barco en el que viajaba.

<sup>39</sup> *ABC* de Madrid, Domingo 12 de Noviembre de 1911. Cit. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana...*, pág. 279.

americanas al afirmar, también, que su gobierno no descartaba enviar una escuadra a aquel puerto para protegerlos<sup>40</sup>.

Si en esa afirmación se encontraba o no implícita una amenaza de intervención armada es, desde luego, discutible. Pero para algunos autores, en el hecho de que Porfirio Díaz entrara en conversaciones con los rebeldes cuando su situación no parecía excesivamente desesperada, fue decisivo el temor a una invasión. Sea esto cierto o no, el caso es que las tensiones entre ambos países parecieron disminuir en mayo de 1911, tras la firma de los acuerdos de Ciudad Juárez. Por una parte, es probable que los estadounidenses pensarán que tras la caída de Díaz la lucha armada iría remitiendo y que, con ello, los desórdenes por los que la población extranjera parecía tan preocupada desaparecieran también. Por otra, el nombramiento del conservador Francisco León de la Barra como presidente provisional, los tranquilizó en cuanto a la seguridad de sus inversiones. A pesar de ello, como pronto se vio que aunque Madero había ordenado la disolución del ejército rebelde el fin de la lucha estaba todavía muy lejos, los problemas se hicieron nuevamente patentes.

Además de las constantes fricciones entre militares de ambos países en las zonas fronterizas, México protestaba ante Washington por la actividad de los porfiristas exilados, entre ellos Bernardo Reyes, que actuaban desde allí contra el gobierno provisional. Los Estados Unidos, por su parte, lo hacían por la desprotección en que, según ellos, se encontraban los intereses —e incluso la vida— de sus ciudadanos en aquel país ante la violencia de la guerra civil. Intentando mantener las buenas relaciones con el nuevo ejecutivo, los norteamericanos parecieron actuar, en principio, con prudencia. Ante las protestas mexicanas decidieron tomar medidas contra el exilio; acusaron a Bernardo Reyes de «infringir las leyes de neutralidad» y, con ese argumento, limitaron la acción de sus partidarios en su territorio. En cuanto a sus propias quejas, olvidaron momentáneamente las amenazas y ordenaron al embajador en México, Henry Lane Wilson, que, con la debida «moderación» para no herir susceptibilidades, solicitara del gobierno provisional protección para sus compatriotas residentes en aquella república<sup>41</sup>.

Ahora bien, si la administración norteamericana parecía querer entenderse con las autoridades mexicanas, no ocurría lo mismo con su representante en México que, al margen de las órdenes que recibía de sus superiores, actuó con la mayor dureza ante aquéllas, provocando numerosos roces entre ambos gobiernos. De esos roces no dudaron en aprovecharse los porfiristas, que desde la prensa de su país pretendieron hacer valer su presunto nacionalismo frente al intervencionismo estadounidense, acusando, una vez más, a los Estados Unidos, de haber propiciado la caída de Díaz al negarse éste a sus pretensiones económicas.

---

<sup>40</sup> Estas afirmaciones eran oficiales, según la prensa, ya que el gobierno las hizo a través de su embajador en México. *El Liberal* de Sevilla, Domingo 7 de Mayo de 1911.

<sup>41</sup> Sobre estas tormentosas relaciones ver ULLOA: *La revolución intervenida...*, págs. 16-24.

De ellos también hizo uso, casi en el mismo sentido que los porfiristas, un sector de la prensa española, esencialmente la conservadora. Para algunos periódicos peninsulares los gobernantes mexicanos no tenían motivos para quejarse por las intromisiones estadounidenses; según ellos, «la intervención norteamericana y la sumisión del país a Washington» había comenzado, con el beneplácito de los triunfadores del levantamiento, «el día que Taft y Nox derrocaron un gobierno mejicano para poner otro que les convenía». Para esos diarios la rebelión había triunfado sólo porque aquéllos habían proporcionado a Madero las armas que necesitaba para acabar con Díaz, y fomentando «con dinero una revolución, con la esperanza de obtener mejores concesiones» para sus negocios que las que tenían con el viejo mandatario<sup>42</sup>.

Las relaciones bilaterales parecieron mejorar otra vez cuando, en el mes de noviembre de 1911, Madero ganó las elecciones presidenciales. El nuevo mandatario había prometido hacer todo lo posible por proteger a los ciudadanos norteamericanos; y los primeros informes del embajador estadounidense fueron más optimistas en cuanto a la situación de los extranjeros en aquel país<sup>43</sup>. Su optimismo, sin embargo, duraría poco; a medida que la situación interna se iba complicando, lo iban haciendo también las relaciones con los Estados Unidos. Zapata, como se ha dicho, lanzaba su Plan de Ayala y seguía en armas contra el gobierno central; además, a su rebeldía vino a unirse pronto la de Orozco. Y aunque sus movimientos fueran muy diferentes, sus consecuencias, vistas desde el exterior, eran las mismas: la ausencia del «orden» y la «tranquilidad» que tanto parecían preocupar a sus vecinos.

En este sentido, aunque la prensa sevillana de aquellos días aporta muy poco en cuanto a la naturaleza de las relaciones entre los dos países y sobre lo que realmente estaba sucediendo en este campo, sí señalaba claramente que tal estado de cosas, esos desórdenes y, en definitiva, esa anarquía, era lo que menos deseaban los Estados Unidos en cuanto que afectaban negativamente al desarrollo de sus inversiones en México. Todos los periódicos coincidían en afirmar que la actividad bélica desplegada por Zapata y Orozco enturbiaba las relaciones bilaterales<sup>44</sup>. Esto, desde luego era así; y aunque en principio el presidente Taft no pareció demasiado hostil con el régimen maderista, no dudó en utilizar la coacción para conseguir la defensa de los intereses y los ciudadanos estadounidenses.

En agosto de 1912 los rotativos de la capital andaluza comenzaron a informar sobre las medidas tomadas por el mandatario norteamericano para lo-

---

<sup>42</sup> «México y su revolución», *La Unión Iberoamericana* de Madrid, Lunes 31 de Julio de 1911, recogiendo un artículo de Agustín de Aragón publicado en la *Revista Positiva*, de México. Cit. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana*..., pág. 281.

<sup>43</sup> ULLOA: *La revolución intervenida*..., pág. 25.

<sup>44</sup> Para la prensa sevillana de aquellos días no había diferencias entre las sublevaciones de Zapata y Orozco; para ellos se trataba de una misma revuelta que atentaba contra los intereses extranjeros. Ver sobre ello cualquiera de los periódicos sevillanos de comienzos de 1912.



grar sus propósitos. La primera de ellas, según decían, era favorable a Madero: el bloqueo del tráfico de armas con destino a los sublevados contra aquél; la segunda fue, en cambio, una dura advertencia al presidente, al que comunicó que en el caso de que no pudiera acabar con los ataques «a los súbditos yanquis», él se ocuparía de pararlos<sup>45</sup>. Esos avisos no parecían simples amenazas; ya entonces se iniciaron una serie de preparativos bélicos en los Estados Unidos que, aunque según su administración tenían como único objeto la protección de sus ciudadanos, parecían incluir la posibilidad de una intervención militar en el país vecino.

Los escritos remitidos a sus superiores por el embajador norteamericano habían abandonado muy pronto el optimismo inicial ante el gobierno de Francisco Madero, para iniciar una escalada de ataques, cada vez más virulentos, contra aquél; y lo hizo hasta tal punto que, al contrario de lo que opinaban la mayoría de los cónsules de su país en varias ciudades mexicanas, llegó a abogar, claramente, por una intervención armada. El departamento de Estado comenzó a dudar de la veracidad de sus comunicados, dada su contradicción con los remitidos por las distintas oficinas consulares; pero Henry Lane Wilson debía ser bastante convincente porque, inmediatamente después de que realizara sendos viajes a Washington, en los meses de junio y octubre, el gobierno de los Estados Unidos decidía enviar algunos navíos a aguas mexicanas. También como consecuencia de sus relatos, en los que Madero era cada vez peor tratado, se creó una subcomisión del Senado para investigar la situación mexicana y poder actuar en consecuencia. En dicha comisión, controlada por los que pensaban como el embajador, se presentaron abundantes testimonios sobre la «anarquía» que reinaba en aquel país y la incapacidad del nuevo presidente para restaurar la normalidad. Los asesores jurídicos del departamento de Estado señalaron que casi todo lo que se había declarado en ella era falso; pero no tuvieron mucho éxito en sus intentos por neutralizar la acción del diplomático. Para aplacar a los que clamaban por una intervención y a una gran parte de la prensa que los apoyaba, Taft ordenó la movilización de barcos y tropas, al tiempo que remitía una serie de notas de protesta al gabinete de Madero, que al ser conocidas, al menos en parte, en México, no harían sino incrementar las antipatías populares contra los norteamericanos<sup>46</sup>.

## El fin de un sueño

En medio de tales tensiones diplomáticas, en febrero de 1913 se producía el segundo intento de derrocar a Madero por parte de Félix Díaz que,

---

<sup>45</sup> *El Liberal* de Sevilla, Jueves 1 de Agosto de 1912.

<sup>46</sup> ÁLVAREZ FUENTES, Jorge: *De cara al mundo: imágenes de la Revolución Mexicana*. Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1995, pág. 13. Ver también ULLOA: *La revolución intervenida....*, págs. 40-47.



contando con mayores apoyos que el primero, tendría graves consecuencias no sólo para el propio presidente sino también para las relaciones entre México y los Estados Unidos. El gobierno, cada vez más aislado, tenía que hacer frente al mismo tiempo a las revueltas serranas y agrarias, que no cesaban, y a las conspiraciones de los partidarios del antiguo régimen; una de estas últimas acabaría con él. Dominado el primer levantamiento encabezado por Félix Díaz en Veracruz, la reacción conservadora, aprovechando la constante confusión en que vivía el país, continuó su actividad. Después del traslado de aquél a la capital, algunos de sus partidarios consiguieron liberar tanto a éste como a Bernardo Reyes para ponerlos al frente de una nueva sublevación con la que, aunque ninguno de los dos supuestos líderes conseguiría la jefatura del Estado, los antirrevolucionarios darían el golpe definitivo al régimen maderista; y lo hicieron con la bendición de los Estados Unidos, cuya intervención sería esencial en el desarrollo del proceso revolucionario.

Según nos cuenta la bibliografía posterior, el iniciador de la conjura había sido el general Manuel Mondragón, que había comenzado a reclutar adeptos ya en octubre del año anterior; el 9 de febrero de aquel año, contando con la connivencia de ciertas autoridades militares, los implicados consiguieron liberar a Bernardo Reyes y a Félix Díaz, presos en Tlatelolco y México respectivamente, atacando después el palacio presidencial<sup>47</sup>. Sin embargo nada de eso tuvo reflejo en la prensa española. Después de iniciada la rebelión, los periódicos sevillanos afirmaron que «hacía tiempo que se venía observando en México gran agitación», pero sin señalar en qué consistía esa agitación, y que los rumores de conspiración venían circulando insistentemente por la capital desde comienzos de aquel año. A pesar de ello, señalaban, «un movimiento tan rápido» había «sorprendido al gobierno sin poder reprimirlo»<sup>48</sup>. Aunque las informaciones de los rotativos peninsulares indicaban ya que la insurrección era «general, dominando el terror», en esos primeros momentos la confusión, dentro y fuera de México, era general y pocos sabían lo que realmente estaba sucediendo. En medio de toda una serie de noticias contradictorias, algunas parecían adquirir mayor verosimilitud que otras; pero las publicaciones españolas no tenían medios para contrastarlas de inmediato.

En principio se hablaba de que los rebeldes habían liberado a Félix Díaz, sin indicar, en ningún momento, que habían hecho lo mismo con Bernardo Reyes y que habían puesto a aquél al frente de su movimiento. Se contaba también que, tras esa liberación, las tropas amotinadas lograron hacerse con la capital y dirigirse más tarde a tomar el palacio nacional. Allí, decían los periódicos, «un destacamento se adelantó deteniendo al presiden-

---

<sup>47</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. I, pág. 537 y KRAUZE: *Biografía del poder...*, pág. 68.

<sup>48</sup> *El Noticiero Sevillano*, Martes 11 de Febrero de 1913.

te Madero», cuyo paradero era en aquellos momentos ignorado por todos, mientras el resto del gobierno huía de la ciudad. Para terminar, las informaciones periodísticas de ese día señalaban que se había «proclamado la ley marcial» y que «entre los vecinos pacíficos» reinaba un «gran pánico»<sup>49</sup>.

Al día siguiente, por el contrario, algunos diarios daban cuenta de que las fuerzas federales habían logrado reaccionar, «venciendo la revolución». La mayor parte de los periódicos españoles comunicaron a sus lectores que «los generales Huerta, Blanquet y Ángeles», al frente de varios millares de hombres y llevando algunos cañones, habían «tomado la ofensiva barriendo las calles céntricas a cañonazos». Todo parecía indicar, decían también, que «el general Madero ocupa de nuevo el palacio»; añadían que las calles de la capital habían tenido que ser tomadas prácticamente «una a una a cañonazos» hasta que los rebeldes, con Félix Díaz, se refugiaron en la ciudadela; pero que pese a esa retirada la lucha no había terminado por completo<sup>50</sup>. Nada hablaban, en cambio, de Bernardo Reyes, que había muerto en el fracasado intento de los sublevados por tomar el palacio presidencial.

Con Félix Díaz y sus seguidores replegados por el momento, aunque no vencidos, y en medio del caos reinante en la capital mexicana, la prensa española destacaba la alarma de los extranjeros, entre los cuales «el pánico» era «extraordinario», temerosos por la suerte que pudieran correr sus vidas en medio de tales tumultos. Algunos se habían refugiado en sus respectivas embajadas, de las que en muchos casos tuvieron después que huir porque, según afirmaban los rotativos, los combatientes no respetaban siquiera los edificios diplomáticos. Ese fue el caso de cubanos y belgas que, después de haberse reunido en «sus legaciones» demandando protección, habían tenido «que buscar un lugar más seguro». Los gobiernos de los distintos países destacados en México no se limitaron entonces a presentar «enérgicas protestas» ante el mexicano por los daños sufridos por sus compatriotas, sino que comenzaron a tomar otras medidas.

Algunos decidieron enviar navíos a aguas mexicanas para proceder a la evacuación de sus respectivos ciudadanos si se hacía necesario. Fue lo que hicieron, por ejemplo, los cubanos que, con este fin, despacharon a México al crucero *Cuba*; ese navío llevaba «fuerzas de artillería e infantería, para defenderse en caso de que sufriera algún atentado». Paralelamente, los representantes diplomáticos en México preparaban trenes especiales a Veracruz para llevar a cabo la evacuación<sup>51</sup>. Para muchas de las administraciones representadas por ellos, los revolucionarios, a pesar de sus constantes disputas internas, parecían estar de acuerdo en un punto: su odio a los extranjeros. Los atentados contra ellos, si creemos el contenido de las constantes reclamaciones de los ministros de las distintas naciones ante el gabinete mexica-

---

<sup>49</sup> *Ibidem*.

<sup>50</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 12 de Febrero de 1913.

<sup>51</sup> *Ibidem*, Sábado 15 de Febrero de 1913.

no, se sucedían cada día; y el más exigente en esta cuestión era el gobierno de los Estados Unidos; sus reclamaciones, y el tono en el que las presentaba su embajador en México, hacían pensar a muchos en la proximidad de una intervención armada.

Entre los que parecían considerar inevitable tal intervención estaba la prensa española, que en aquellos momentos parecía más preocupada por la situación de las relaciones entre México y los Estados Unidos que por las consecuencias que el levantamiento podría tener para la evolución de aquel país. Así, mientras como ya se ha dicho, los periódicos sevillanos ni siquiera citaban a Bernardo Reyes entre los sublevados, a pesar de que por su cargo de ministro de la Guerra con Porfirio Díaz era ya conocido por ellos, sí contaban detalladamente que en Veracruz, donde se había hecho fuerte un grupo de seguidores de Félix Díaz, el consulado norteamericano se vio duramente afectado por los enfrentamientos entre éstos y las tropas gubernamentales que trataban de desalojarlos de la ciudad; y que, como consecuencia de esa agresión, todo el personal del edificio tuvo que abandonarlo y refugiarse en la residencia personal del cónsul.

También daban cuenta las publicaciones de la capital andaluza de la inmediata reacción norteamericana ante este hecho. Según contaba *El Liberal* de Sevilla, el embajador estadounidense se dirigió entonces «al palacio del gobierno y protestó enérgicamente contra el hecho de que las bombas de artillería cayeran sobre el consulado». La respuesta que obtuvo del presidente Madero, decía el citado diario, fue hacer recaer la responsabilidad por lo ocurrido en Félix Díaz, por haberse levantado «en armas contra un gobierno legítimo». Es difícil determinar si tales afirmaciones las hacían los periódicos españoles por iniciativa propia o a causa de las intoxicaciones norteamericanas; según la bibliografía posterior la respuesta de Madero fue muy distinta a la reflejada por los rotativos peninsulares, ya que prometió hacer todo lo posible para atender las demandas que se le presentaban<sup>52</sup>.

Lo que ocurre es que era poco lo que realmente podía hacer Madero al respecto, con algunas ciudades, como Veracruz o la capital, convertidas en verdaderos campos de batalla. La situación en esta última, prácticamente aislada del resto del país, era bastante confusa; nadie parecía tener claro quiénes estaban a favor o en contra del gobierno; mientras, los enfrentamientos continuaban y los víveres se hacían cada vez más escasos. En medio de la confusión, pronto comenzarían a circular una serie de rumores que apuntaban a la inmediata dimisión de Madero, y que él mismo se ocupó de desmentir. Según decían los periódicos hispalenses, que se hicieron eco tanto de ellos como del desmentido posterior, el presidente había afirmado que sólo dimitiría si se lo solicitaba el Congreso, pero nunca por la presión de los

---

<sup>52</sup> La relación detallada de esos sucesos apareció en *El Liberal* de Sevilla del Sábado 15 de Febrero de 1913; para contrastar lo que ese diario contaba sobre la entrevista de H. L. Wilson con Madero ver MAC GREGOR: *México y España...*, pág. 146.

rebeldes. Sin embargo no consiguió acallarlos; no sólo continuaron sino que se hicieron cada vez más precisos, llegando a dar el nombre de su posible sustituto, el «general de la Barra», que había ocupado ya la presidencia provisional antes de la elección de Madero. Otros afirmaban, por el contrario, que el mandatario mexicano no corría peligro; que no era cierto «que haya dimitido el general Madero y que de la Barra sea presidente provisional», y que en la capital se esperaba la inminente llegada de diez mil partidarios del ejecutivo con los que se podría controlar fácilmente la situación<sup>53</sup>.

Los mismos periódicos reflejaban en sus páginas todas esas noticias, por muy contradictorias que fueran, ante su incapacidad para contrastarlas con fuentes fiables; eso sí, tras recogerlas, la mayor parte de ellos terminaban diciendo que en México todo el mundo parecía creer que el presidente no hacía sino ir perdiendo partidarios. Basaban su afirmación en que su incapacidad para controlar la situación lo hacía aparecer como débil ante el ejército; y que éste, en consecuencia, se mostraba cada vez más proclive a Félix Díaz. Una prueba de ello sería el escaso interés que, decían, parecían tener las tropas supuestamente leales por tomar la ciudadela ocupada por los rebeldes. Además, el problema no se reducía a la capital y a Veracruz; en varios estados estallaba, paralelamente, la guerra civil y, aprovechándose del caos, las «bandas» revolucionarias cometían toda clase de atropellos.

Según la prensa española, las partidas rebeldes causaban el pánico de gran parte de la población; incendiaban y destruían todo lo que encontraban a su paso sin que nadie pareciera capaz de hacerles frente. La confusión se veía agravada por estar cortadas todas las comunicaciones con la capital y por la falta de noticias fiables procedentes de allí a causa de la rigurosa censura impuesta por el gobierno. En consecuencia, las especulaciones sobre la dimisión del presidente seguían difundiéndose, al tiempo que surgían otras nuevas, a cual más inquietante, como las relativas a una supuesta «marcha» de los zapatistas sobre la capital<sup>54</sup> aprovechando la debilidad gubernamental.

En medio de ese desorden, la prensa española informaba también de los supuestos e infructuosos intentos de los norteamericanos por interceder entre Díaz y Madero. Según los periódicos sevillanos el gabinete de Washington, interesado sobre todo en que la tranquilidad volviera al país, se ofreció como mediador entre la administración maderista y los sublevados; pero si eso era cierto, su representante en México parecía actuar al margen de sus superiores; no sólo entorpecía con su actuación cualquier tipo de negociación entre los bandos en conflicto sino que dificultaba las relaciones entre ambos países. El periodista y escritor mexicano Roberto Blanco Moheno afirmaba en este sentido, que no tenía duda alguna de que el embajador estadounidense, que consideraba a México un país de «tercera clase....., usó y abusó de su posición oficial sin estar autorizado en absoluto». En coincidencia con él, otros observadores de la

---

<sup>53</sup> *El Noticiero Sevillano*, Domingo 16 de Febrero de 1913.

<sup>54</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 14 de Febrero de 1913.



época señalaron que el diplomático estadounidense, tomando como pretexto los daños causados por los combates a los ciudadanos de su país, llegó a enviar al gobierno mexicano algunas notas de protesta, que para muchos no fueron sino «modelo de arrogancia intervencionista»<sup>55</sup>.

Por otra parte, los informes que Henry Lane Wilson remitía a las autoridades de su país sobre la situación mexicana parecían, en realidad, artículos sacados de la prensa más sensacionalista. La parcialidad y la hostilidad del embajador de Washington hacia Madero eran tan manifiestas, que no podían pasar desapercibidas para nadie que tratara el asunto con él. Su colega cubano, Manuel Márquez Sterling, afirmaba que desde que, nada más llegar al país, tuvo con él varias conversaciones sobre la situación mexicana, fue consciente de la antipatía y el desprecio que Wilson sentía por el mandatario mexicano<sup>56</sup>. Sin embargo hay algo también evidente en toda esta cuestión; aunque en ciertos momentos aquél actuara al margen de las órdenes de su gobierno, éste no lo desaprobó oficialmente hasta mucho más tarde, cuando, ya cesada la administración Taft, Henry Lane Wilson llegó a amenazar a Madero con un desembarco. Entre tanto, más bien parece que la postura de Washington fue la de mantenerse a la espera de los acontecimientos, tolerando las intrigas de su embajador; y que éste, amparándose en esa tolerancia, no cesó en ningún momento en sus amenazas a Madero ni en sus exigencias para que su gobierno actuara con mayor dureza contra él<sup>57</sup>.

Confirmando la posición del estadounidense, el ministro cubano en México nos cuenta como nada más producirse el levantamiento de Bernardo Reyes y Félix Díaz, y antes de que se conociera su verdadera dimensión, Henry Lane Wilson había convocado al cuerpo diplomático extranjero destacado en la capital para hablarles de la «gravedad de la situación»; que en esa reunión Wilson les planteó la inutilidad de dirigir cualquier protesta al gobierno mexicano por lo que sucedía con los extranjeros porque, según él, ese gobierno no existía. También narra Márquez Sterling que, para terminar, les presentó a un «extraño personaje», partidario de Félix Díaz, que se encontraba allí con el encargo de éste de convencerlos de la necesidad de que presionaran a Madero para obtener su renuncia. Como, en palabras del propio ministro cubano, la mayor parte de los presentes se negaron a ello, el diplomático estadounidense prosiguió «sus intrigas» sólo con aquellos que parecieron dispuestos a seguir su política<sup>58</sup>.

Sus maniobras eran desconocidas, desde luego, por la prensa peninsular; pero no ocurría lo mismo con los preparativos bélicos que estaba haciendo su gobierno. A comienzos de 1913 algunos diarios españoles recogían

---

<sup>55</sup> BLANCO MOHENO: *Crónica de la.....*, págs. 146-147. Ver también GONZÁLEZ RAMÍREZ, Manuel: «Prólogo» a Sáenz: *La Política Internacional...*, pág. XIII.

<sup>56</sup> MÁRQUEZ STERLING, Manuel: *Los últimos días del presidente Madero. (Mi gestión diplomática en México)*. Ed. Porrúa, México, 1958, págs. 182-183.

<sup>57</sup> ULLOA: *La revolución intervenida.....*, págs. 48-49.

<sup>58</sup> MÁRQUEZ STERLING: *Los últimos días.....*, págs. 194-200.



en sus páginas la versión oficial de la administración norteamericana sobre tales preparativos. *El Noticiero Sevillano* indicaba, en este sentido, que como la posición de Madero se hacía cada vez más difícil y carecía de la autoridad necesaria para atender las protestas del gabinete de Washington sobre el peligro que corrían los extranjeros en México, éste había iniciado una serie de preparativos para una posible intervención militar<sup>59</sup>. La partida de seis acorazados desde los Estados Unidos con destino a aguas mexicanas fue vista por *El Liberal* de Sevilla como parte de esos preparativos, aunque los estadounidenses afirmaran que su misión no era una supuesta ocupación militar sino sólo la protección de «los súbditos yanquis contra la revolución»<sup>60</sup>.

Esa fue la versión que en todo momento dio la administración norteamericana sobre sus movimientos militares; desde México y desde el exterior las cosas se veían, sin embargo, de forma muy diferente. En este punto la visión de la prensa española fue casi unánime; la mayor parte de ella no tardó en señalar que, como había ocurrido en 1898, en los Estados Unidos se había iniciado una campaña propagandística destinada a justificar una intervención militar en aquel país, con el pretexto de acabar con una situación que calificaban de insostenible. Algunos diarios, en general los más conservadores, coincidían, en parte, con la valoración que en esa supuesta campaña se hacía de la realidad mexicana, aprovechando la ocasión para dejar constancia de la necesidad de colocar al frente de la república a un hombre fuerte que pudiera acabar con tal estado de cosas. Los sectores más progresistas, sin embargo, no sólo deploraban la utilización de la supuesta debilidad de Madero por parte de los Estados Unidos, sino que rechazaban de plano la imagen de caos que se estaba dando de México<sup>61</sup>.

No obstante esas divergencias, en cuanto a la opinión que les merecían los supuestos preparativos bélicos norteamericanos la coincidencia entre los distintos medios, fuera cual fuera su ideología, era total. La prensa sevillana no dudaba en afirmar que el presidente Taft estaba plenamente decidido a enviar tropas, al margen de que fuera o no real la situación que se estaba pintando de México, y que ya tenía todo dispuesto para invadir el país. Según *El Noticiero Sevillano* «Taft había reunido al Consejo de Ministros para tratar la cuestión mejicana»; este diario continuaba diciendo, que en el consejo celebrado con ese motivo se había decidido la marcha de los seis buques ya citados, cuyo verdadero objetivo no sería, como afirmaba Washington, la protección de sus ciudadanos residentes en México, sino servir de escolta a otros tres navíos de transporte que llevarían «seis mil soldados» a Veracruz;

---

<sup>59</sup> *El Noticiero Sevillano*, Sábado 15 de Febrero de 1913.

<sup>60</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 14 de Febrero de 1913.

<sup>61</sup> En el primer caso se encontraban el *ABC* o *El Debate* de Madrid. Ver, en este sentido, los ejemplares del primero del Lunes 10 de Febrero de 1913 o del segundo del Lunes 17 del mismo mes y año. Cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana*..., págs. 296-299. En el segundo se alineaban periodistas como Luis Araquistain.

afirmaba también la citada publicación, que simultáneamente se habían cursado órdenes a la compañía de los ferrocarriles del Pacífico, con el fin de «preparar el material necesario» para transportar el grueso de las tropas que se pretendía enviar a México<sup>62</sup>.

El conflicto armado entre ambos países parecía entonces inevitable para casi todos; como muestra de ello *El Liberal* de Sevilla recogía unas informaciones aparecidas en *The Morning Post* de Londres, según la cuales aunque el presidente Taft estaba esperando «todavía a tomar una resolución, está preparado para cualquier eventualidad»; lo único que lo detenía para poner en marcha la operación, decía el rotativo sevillano, era «la consideración de que una guerra con Méjico sería larga y penosa, y originaría muchos gastos en hombres y dinero»<sup>63</sup>.

Es dudoso que los Estados Unidos estuvieran pensando en aquellos momentos en una intervención armada, cuando apenas quedaban unos días para que Woodrow Wilson sustituyera a Taft en la presidencia; pero las amenazas del embajador en este sentido eran constantes<sup>64</sup>, de manera que la invasión no sólo parecía inminente para los mexicanos sino también para gran parte de los diplomáticos destacados en aquel país. Algunos de ellos, como el ya indicado Márquez Sterling o el propio representante español, llegaron a ver con claridad, y así lo transmitieron a sus respectivos gobiernos, que, al margen de cualquier consideración sobre los posible daños sufridos por los norteamericanos, el deseo más inminente de Henry Lane Wilson era lograr la dimisión de Madero<sup>65</sup>.

Por otra parte, también parecían creer en la inminencia de la intervención los dos bandos que en aquellos momentos se enfrentaban en México; y, cada uno a su manera, hacían lo posible por conjurarla. Mientras Félix Díaz intentaba sin éxito ser reconocido como presidente por los Estados Unidos, Madero, en contra de la actitud que según el embajador Wilson mantenía ante sus reclamaciones, telegrafiaba «al presidente de los Estados Unidos Mister Taft», o al menos eso era lo que contaba la prensa sevillana, «manifestándole que el gobierno mexicano acepta las responsabilidades que pudieran alcanzar a su administración por los daños padecidos por los extranjeros. Le ruega además que no ordene desembarcar las tropas, en atención a las gravísimas consecuencias que esto acarrearía»<sup>66</sup>. La respuesta de Taft no fue muy amistosa, aunque le aseguró, en contra de lo que diariamente amenazaba su embajador, que no desembarcaría tropas en México<sup>67</sup>.

---

<sup>62</sup> *El Noticiero Sevillano*, Viernes 14 de Febrero de 1913.

<sup>63</sup> *El Liberal* de Sevilla del Lunes 17 de Febrero de 1913, se hacía eco de ese artículo del *Morning Post* de Londres.

<sup>64</sup> MÁRQUEZ STERLING: *Los últimos días...*, pág. 236.

<sup>65</sup> AHMAEH-2558 de 13 de Febrero de 1913. Cit. por MAC GREGOR: *México y España...*, págs. 148-149.

<sup>66</sup> *El Correo de Andalucía*, Martes 18 de Febrero de 1913.

<sup>67</sup> ULLOA: *La revolución intervenida...*, págs. 49-50.

## CAPÍTULO IV LA GUERRA CIVIL

### El triunfo de la conspiración

En medio de las especulaciones sobre una posible intervención norteamericana, las iniciativas diplomáticas lograron que los contendientes acordaran un cese de las hostilidades de veinticuatro horas para que los extranjeros pudieran salir de la capital. Según todas las informaciones recibidas en España, la tregua no fue respetada por ninguno de ellos, aunque ambos se acusaron mutuamente de la ruptura. El gobierno afirmaba que los rebeldes la habían aprovechado para mejorar sus posiciones; éstos, por su parte, acusaban a las tropas federales de haber continuado la ofensiva, y justificaban su actuación diciendo que lo único que habían hecho ellos era defenderse.

A los pocos días llegaba a la península el rumor de que Francisco Madero había sido depuesto de la presidencia y detenido por los sublevados, especificándose que el autor del apresamiento había sido el «general Blanquet». La noticia fue acogida en principio con bastantes prevenciones, ya que se pensaba que dicho militar se encontraba con las tropas leales al presidente. No obstante el rumor no tardó en confirmarse; algunas publicaciones españolas indicaban que el general Victoriano Huerta, que dirigía las fuerzas gubernamentales, había decidido pasarse al bando de los rebeldes junto con uno de sus subordinados, el general Blanquet. Los periódicos seguían diciendo que los hombres de este último «asaltaron el palacio presidencial, que estaba defendido por el general Francisco Madero y su hermano, a los que logró hacer prisioneros, nombrándose inmediatamente un gobierno provisional, al frente del cual se puso Huerta».

Curiosamente, y en clara contradicción con lo anterior, en la misma información se desmentía, líneas más abajo, que tal «asalto» hubiera existido; se confirmaba la detención de Madero, pero no como resultado de un ataque de los insurrectos al palacio presidencial, sino por haber sido arrestado por los soldados que estaban en él. En este sentido se decía, que «el término de la lucha se sabe que ha sido una traición del general Huerta, en el que tenía

toda la confianza el presidente derrotado. Dicho general envió un recado a Madero, esperándolo en el salón de embajadores. Cuando Madero fue al salón los centinelas le pusieron la bayoneta en el pecho, siendo encerrado en el mismo despacho»<sup>1</sup>.

Ningún rotativo escapó, en aquellos momentos, a las contradicciones. *El Liberal* de Sevilla, por ejemplo, que se había mostrado favorable a Madero y que sería el que en la capital andaluza trataría con mayor dureza a Huerta, mediatizado, probablemente, por los informes proporcionados por los partidarios del triunfador de la revuelta, en un primer momento no exculpó por completo al presidente por lo sucedido. Sin quitar con ello hierro a la traición de Huerta, el citado diario afirmaba que cuando la causa del líder antirreeleccionista estaba ya perdida, se le propuso que dimitiera para ser sustituido por Francisco León de la Barra, que ocuparía así otra vez la jefatura del ejecutivo mientras se celebraban nuevas elecciones; pero que «la mala fe de aquél [Madero], aferrado al poder con desesperada tenacidad, anuló esta combinación conciliadora. No sólo no entregó el cargo a De la Barra, sino que lo hizo perseguir acusándolo de estar de acuerdo con el caudillo de la revolución»<sup>2</sup>.

Al margen de cualquier contradicción propia de la confusión imperante entonces sobre si se había asaltado o no el palacio presidencial, o acerca de lo acertado o erróneo de la actitud de Madero, todos los periódicos españoles coincidieron en que el hecho definitivo para la caída de éste había sido la incorporación de Victoriano Huerta a la insurrección. Algunos como *El Correo de Andalucía*, *El Liberal* de Sevilla o *El Debate* de Madrid, tan alejados ideológicamente entre sí, hablaban claramente de «traición», mientras otros, como el *ABC* de la capital española, se limitaban a dar cuenta de la victoria de Huerta sin entrar a calificar la actuación del jefe de las tropas<sup>3</sup>.

La mayor parte de las informaciones que por aquellos días llegaban a la península indicaban que Huerta no formaba parte de la primitiva conspiración, pero que, con la intervención del representante diplomático norteamericano, no tardó en ponerse de acuerdo con Díaz y sus partidarios. El embajador Henry Lane Wilson, ante lo que consideraba «tibieza» de su departamento de Estado, no dudó en autoerigirse en árbitro de la situación ayudando a conseguir el poder a Victoriano Huerta, al que tenía por el hombre fuerte capaz de sustituir al que, al parecer, era su primera opción: el fallecido Bernardo Reyes. Ya desde los primeros momentos del levantamiento comenzó, como se ha dicho, a intervenir a favor de los rebeldes en lugar de, como pretendía su gobierno, servir de mediador para poner fin a aquella situación. Justificando su actitud tras la barrera de la defensa de las propieda-

---

<sup>1</sup> *El Correo de Andalucía*, Jueves 20 de Febrero de 1913.

<sup>2</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 22 de Febrero de 1913.

<sup>3</sup> Ver *El Debate* y el *ABC* de Madrid correspondientes a esos días. Cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana*..., pág. 77.

des y, sobre todo, de la vida de los extranjeros residentes en México, y sin esperar las órdenes de su administración, decidió reunir a los ministros británico, alemán y español para, con el pretexto del peligro que corrían los extranjeros en medio de los enfrentamientos, incitarlos a una acción conjunta<sup>4</sup> que pudiera disimular sus manipulaciones.

No le sería fácil, sin embargo, ocultar su papel en la conjura. Hasta los diarios sevillanos se harían eco, entonces, de sus iniciativas, haciendo saber a sus lectores que a invitación suya se habían «reunido los ministros y encargados de negocios de varias potencias, acordando protestar con energía por la anarquía reinante». El resultado de ese encuentro, seguían diciendo los periódicos, fue que todos los participantes decidieron entrevistarse con Félix Díaz en el Arsenal, donde se había hecho fuerte, «intentando hacerle entrar en razón» para que negociara con Madero una salida pacífica al conflicto; pero, terminaban indicando, salieron «desesperanzados de la entrevista», en la que Díaz no se mostró demasiado dispuesto a acceder a sus demandas<sup>5</sup>.

El siguiente paso de los diplomáticos convocados por el representante de Washington fue protestar ante el gobierno mexicano, en nombre de sus respectivos países, por la «la anarquía que reina en la capital» y la inseguridad que esto representaba para los extranjeros; pero en este caso decidieron no ir todos como a la entrevista con Díaz, sino delegar la misión en el ministro español<sup>6</sup>. En principio, y según contaban las publicaciones españolas, podría pensarse que se trataba sólo de una labor de mediación de los diplomáticos extranjeros; pero si era así, ¿por qué se delegó en uno solo de ellos?; y ¿por qué precisamente en el español? El propio Cologan nos daría más tarde la respuesta: la delegación se hizo a instancias del embajador norteamericano.

Según su relato, en la citada reunión Henry Lane Wilson repitió un discurso que ya venía siendo habitual en él: «Madero es un loco» que debería ser incapacitado. En ese momento, además, avanzó ya la participación de Victoriano Huerta en la conspiración, al afirmar que la caída del presidente sólo dependía de un acuerdo que se estaba negociando entre Félix Díaz y Huerta, con los que, confesó, estaba en conversaciones. Siguiendo la narración de Cologan, la situación planteada por aquél era clara: Madero estaba perdido y, en consecuencia, ya no se trataba de protestar más o menos por la falta de seguridad de los extranjeros, sino de convencerlo para que abandonara el poder y evitar, así, un mayor derramamiento de sangre. Como la misión era delicada, el encargado de llevarla adelante en nombre del cuerpo diplomático debía ser, «atendiendo a los vínculos de raza», el ministro español. El por qué Cologan aceptó tal cometido, cuando antes había expresado sus

---

<sup>4</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. I, pág. 542.

<sup>5</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 15 de Febrero de 1913.

<sup>6</sup> *El Noticiero Sevillano*, Sábado 15 de Febrero de 1913.



simpatías por Madero, es difícil de entender; si atendemos a sus explicaciones lo hizo exclusivamente por una «cuestión de humanidad»<sup>7</sup>. Pero fuera cual fuera la causa, lo cierto es que asumió un encargo que, a todas luces, iba más allá de una simple mediación; y que a raíz de ello fueron muchos los que acusaron después a la comunidad peninsular, y a su ministro en México, de haber participado en la conspiración que terminó con la vida de Madero, algo que el aludido siempre negó.

Sin embargo, la propia prensa hispalense dio pie a tal interpretación, especialmente por lo que se refiere al papel jugado en este aspecto por el representante del gabinete de Madrid en México, al informar a sus lectores sobre los supuestos intentos de mediación de los diplomáticos, y concretamente de la visita realizada por el ministro español a Madero en cumplimiento de los acuerdos tomados por aquéllos. Aunque para *El Noticiero Sevillano* el motivo de la misma era protestar por la inseguridad en que se encontraban los extranjeros<sup>8</sup>, otros diarios afirmaron sin tapujos que su verdadero fin consistía en «presionar» al presidente mexicano no ya para que negociara con el sobrino de Porfirio Díaz, sino para que se retirara del poder. De acuerdo con las noticias que sobre esta cuestión ofreció un sector de la prensa sevillana, que coincidirían con lo que luego escribió el propio Cólogan, después de entrevistarse con Félix Díaz «se reunieron los embajadores yanqui, inglés, alemán, francés y español; el primero expresó que la situación era tan grave, que exigía la dimisión del general Madero», opinión que fue compartida por todos los congregados y que el diplomático citado se encargó de transmitir al presidente mexicano<sup>9</sup>.

En cuanto a la entrevista en sí misma, *El Liberal* de Sevilla nos cuenta que Cólogan intentó, efectivamente, que Madero dimitiera, a lo que el mandatario respondió que estaba dispuesto a tratar «la dimisión del gobierno... si era necesario para lograr la paz». Eso sí, le manifestó también que sólo abandonaría el ejecutivo si se lo pedía el Congreso, pero que no lo haría ni por la presión de los rebeldes ni por la de los diplomáticos extranjeros. Según ese mismo rotativo, aceptó sin problemas otra de las peticiones que se le hicieron: declarar una tregua de tres días para tratar de negociar con Félix Díaz el fin de los combates. Para terminar la información, *El Liberal* seguía diciendo que, a continuación, «nuestro representante fue a la Ciudadela, conferenciando con el jefe rebelde Félix Díaz», aunque, al contrario de lo que había ocurrido con el presidente, no pudo «conseguir de éste una tregua en las hostilidades»<sup>10</sup>.

Con todo ello, y aunque Cólogan mantuvo siempre haber actuado a favor de Madero intentando que la situación no se desbordara, y a pesar de que algunos autores parecen estar de acuerdo con él<sup>11</sup>, su papel en todo el asun-

---

<sup>7</sup> CÓLOGAN, B. J.: *Por la Verdad*. Cit. por MÁRQUEZ STERLING: *Los últimos días...*, págs. 225-228.

<sup>8</sup> *El Noticiero Sevillano*, Sábado 15 de Febrero de 1913.

<sup>9</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 15 de Febrero de 1913.

<sup>10</sup> *Ibidem*, Martes 18 de Febrero de 1913.

<sup>11</sup> Ver, por ejemplo, MAC GREGOR: *México y España...*, págs. 147-155 y 165.

to no aparece nada claro ni siquiera si nos atenemos a la versión de los hechos que nos ofrecen los que, como su colega cubano, pretendieron disculparlo. En su narración sobre los sucesos de aquellos días, Márquez Sterling nos dice que «la conducta del ministro Cologan fue, en un principio, diáfana; pero Mr. Wilson lo envolvió en sus tinieblas, y aunque no le tenga, ni mucho menos, por cómplice disimulado y pérfido, es indudable que no supo evadir la borrasca a donde Mr. Wilson lo había impulsado; y la prensa de los Estados Unidos interpretó a su modo que el de España fue instrumento del yanqui..... El Ministro de la raza asegura que, en su fuero interno, cuando medita sobre lo pasado, siente que su misión fue buena.... [Sin embargo],.... aguardó desde el sábado 15 hasta el martes 18 sin volver a Palacio, sin intentar nada siquiera con algún íntimo de Madero o con los dos colegas del ministerio, o con el propio Mr. Wilson, a que la mina estallara bajo los pies del Apóstol...»<sup>12</sup>

Por lo que se refiere a la intervención de la colonia española en la conspiración que terminó con la vida de Madero, aunque sus miembros siempre la negaron, algunos testimonios de la época ponen en entredicho su declaración de inocencia. Márquez Sterling, por ejemplo, nos dice que «las colonias extranjeras, en mayoría, odiaban al Gobierno y sin disimulo conspiraban. El establecimiento francés y el almacén español se convertían, a menudo, en centros de conjura, y del dueño al más ínfimo empleado infiltraban en el ánimo de sus clientes, burgués o ignorante doméstico, la malquerencia a los hombres del poder...»<sup>13</sup>.

La acusación resulta, a todas luces, exagerada; pero esa propia comunidad reconocería después que algunos de sus miembros intervinieron directamente en los hechos. En diciembre de 1913 publicó una aclaración sobre el asunto en *El Correo Español* de Madrid, en la que afirmaba que, aunque se decía que en aquel levantamiento habían participado unos quinientos españoles, «hubo catorce contados, y hacer a nuestra colonia solidaria de estos acontecimientos es el colmo de la insensatez»<sup>14</sup>. Es difícil saber el número real de conspiradores peninsulares; pero, que fueran catorce o quinientos, carecía de importancia en aquellos momentos de confusión. El caso es que hubo algunos y que este hecho no haría sino acrecentar, en los años siguientes, los problemas de todos ellos.

El que desde el primer momento había estado en la conjura era, sin duda, el embajador norteamericano, que consiguió congregarse en la embajada estadounidense a Félix Díaz y Victoriano Huerta, en un aparente intento de que ambos llegaran a un acuerdo; el objetivo real era, sin embargo, convencer al primero para que cediera la presidencia provisional al segundo, tal y

---

<sup>12</sup> Al hablar de «el ministro de la raza», MÁRQUEZ STERLING se refería al representante español en México. MÁRQUEZ STERLING: *Los últimos días...*, pág. 230.

<sup>13</sup> *Ibidem*, pág. 176.

<sup>14</sup> *El Correo Español*, Madrid, Diciembre de 1913. Cit. por ILLADES: «Los propietarios españoles...», pág. 183.

como se hizo con la firma del llamado Pacto de la Embajada. Sobre este acuerdo el ministro cubano nos cuenta que, nada más producirse la detención de Madero, cuando todavía no se sabía muy bien el papel que tenía Huerta entre los conspiradores, el embajador norteamericano citó a los ministros extranjeros para asegurarles que con éste en la presidencia los intereses de sus respectivos países y ciudadanos estarían a salvo. Pero es que, además, en ese encuentro llegó a leerles la lista de los futuros ministros, lista que esa misma noche fue parte del acuerdo firmado por Huerta y Félix Díaz en la legación estadounidense, y del que fueron testigos algunos de los citados diplomáticos<sup>15</sup>. Henry Lane Wilson no confiaba, al parecer, en la capacidad de Félix Díaz; prefería poner al frente de los destinos mexicanos a un hombre como el comandante militar de la capital, que ya había mostrado su dureza con los rebeldes a la hora de hacer frente a zapatistas y orozquistas.

A pesar de la maniobra del embajador, que alejaba del poder a aquel que los sublevados pretendían elevar al ejecutivo, el «nombramiento» de Victoriano Huerta como presidente no fue mal visto por los que pensaban que podía ser el mandatario enérgico que el país necesitaba. Para muchos de sus compatriotas su designación podría ser la solución a los problemas de la república; tanto ellos como gran parte de los gobiernos con intereses en México y un sector de la prensa internacional llegaron a considerarlo, efectivamente, el hombre fuerte que se requería para acabar con el permanente estado de guerra en que vivía la nación, y el mejor protector de los intereses extranjeros. Pero muchos de ellos cambiarían pronto de opinión; decidido a acabar cuanto antes con cualquier tipo de oposición, Huerta, como sabemos, no dudó en deshacerse de Francisco Madero; y en cuanto comenzaron a circular por el país los rumores sobre las muertes del presidente y el vicepresidente, la oposición al nuevo mandatario se desató; el crimen, que pretendía acabar con cualquier tipo de oposición, se convirtió, paradójicamente, en el motor de gran parte de la resistencia, sobre todo porque casi nadie creyó la versión oficial sobre esas muertes.

En el exterior, los asesinatos de Madero y de su vicepresidente, Pino Suárez, unos días después de su derrocamiento, vinieron a dar un vuelco en la opinión internacional. Huerta, por su parte, no haría mucho por facilitar un cambio en esa opinión; sucesos posteriores, como las «misteriosas desapariciones de miembros de la cámara» cada vez que a alguno se le ocurría expresarse en ella «criticando la gestión de Huerta»<sup>16</sup>, no harían sino confirmarla. En esta línea, la prensa española tampoco se mostró, en general, muy favorable al nuevo mandatario, ni siquiera antes de que se conocieran los asesinatos. La sevillana que, como es lógico, en aquellos momentos dedicó una mayor atención a los sucesos mexicanos, fue casi unánime a la hora de hablar de la «traición de Huerta».

---

<sup>15</sup> MÁRQUEZ STERLING: *Los últimos días*..., págs. 256-260.

<sup>16</sup> *El Liberal* de Sevilla, Lunes 13 de Octubre de 1913.

Ya hemos visto como *El Correo de Andalucía* lo presentó como un traidor que, abusando de la confianza que tenía en él el presidente derrocado, negoció con los rebeldes no la rendición de éstos, sino su propia incorporación a la conjura, con jefatura incluida<sup>17</sup>. *El Liberal*, por su parte, resaltaba el hecho de que Huerta debía su alta posición en el ejército precisamente al mandatario al que había traicionado cuando vio mayores posibilidades en el bando rebelde. El 22 de febrero este diario publicaba una reseña sobre el personaje, en la que se decía que Huerta era «un militar sin historia alguna» al producirse la caída de Porfirio Díaz; que con motivo de la sublevación de Pascual Orozco en el norte tuvo su primer cometido importante, y que supo aprovecharlo. Su victoria sobre el orozquismo le proporcionó no sólo el ascenso a general de división, sino también el favor del nuevo jefe del ejecutivo, para el que desde entonces fue su «general favorito». De hecho, fue el encargado de sofocar la primera sublevación de Félix Díaz en Veracruz, el artífice de su apresamiento y, también, el designado para acabar con la segunda<sup>18</sup>.

Al producirse las muertes del presidente y el vicepresidente se confirmaron con creces los primeros celos que la mayor parte de la prensa tenía contra él. Algunos rotativos peninsulares, pensando, al igual que una parte de sus compatriotas residentes en México, que Huerta era el hombre fuerte que podía defender los intereses de los extranjeros, estuvieron dispuestos a creerse, o a hacer creer a sus lectores, todo lo que aquél dijera sobre los asesinatos, mostrándose, desde el principio, partidarios del reconocimiento de su gobierno. Pero la mayor parte de ellos no sólo ratificaron la opinión que tenían de Huerta sino que llegaron a justificar la lucha que se emprendería contra él; casi ninguno pareció dudar entonces de la responsabilidad del general en lo ocurrido.

Los diarios sevillanos recogieron inmediatamente las primeras noticias que llegaron sobre el suceso aunque, como por otra parte es lógico, de manera algo confusa. *El Correo de Andalucía* daba cuenta a sus lectores de que cuando el presidente y el vicepresidente eran trasladados a la prisión, las fuerzas que los custodiaban fueron atacadas por cincuenta soldados que, tras un duro combate, fueron rechazados. La información terminaba diciendo que Madero y Pino Suárez habían «sido fusilados»; pero no dejaba muy claro si por los supuestos atacantes o por la propia escolta<sup>19</sup>. Al día siguiente *El Noticiero Sevillano* ampliaba un poco la cuestión; primero recogía la versión oficial del autoproclamado gobierno mexicano, comunicada a los representantes de las distintas potencias en México, que fue transmitida por el ministro español a sus superiores. Según esta interpretación, cuando Madero y Suárez eran transportados en automóvil desde el lugar en que se encontraban

---

<sup>17</sup> *El Correo de Andalucía*, Jueves 20 de Febrero de 1913.

<sup>18</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 22 de Febrero de 1913.

<sup>19</sup> *El Correo de Andalucía*, Lunes 24 de Febrero de 1913.



prisioneros a la estación para proceder a su salida del país, un grupo de sus partidarios atacó la comitiva con la intención de liberarlos; y en la consiguiente lucha entre los asaltantes y el destacamento que llevaba a cabo su traslado, fueron alcanzados por el fuego cruzado. Pero este mismo periódico, y toda la prensa sevillana, llegaba a afirmar el mismo día que «la historia del ataque es un cuento» y que nadie creía en ella. Transmitiendo las noticias que se recibían de México por cauces distintos a los gubernamentales, los periódicos hispalenses indicaban que en la capital mexicana todo el mundo estaba convencido de que se había tratado, pura y simplemente, de un asesinato ordenado por Huerta y llevado a cabo por sus «agentes»<sup>20</sup>.

La crónica enviada a Nueva York por un periodista norteamericano acreditado en el país, testigo de parte de los hechos, fue recogida en los días siguientes por los medios de comunicación de todo el mundo, y vino a confirmar esa creencia. Basándose en el relato del citado reportero, *El Liberal* de Sevilla contaba a sus lectores que «el sábado por la noche se abrieron las puertas del ministerio de la Guerra, dando salida a dos automóviles en los que iban Madero y Suárez, separadamente. El periodista pretendió seguir corriendo a los autos, pero pronto quedó muy atrás. Cuando llegó a la cárcel oyó detrás de ella ruido como de 15 o 20 disparos. El periodista volvió a ver los automóviles parados tras la fachada trasera del edificio. Allí había un grupo de hombres que corrieron en todas direcciones, aunque bien pronto retrocedieron, situándose en el lugar donde estaban. Entonces el periodista preguntó a un campesino qué había pasado, y éste respondió que habían matado a Madero».

La información señalaba también, que el corresponsal recabó a continuación la versión de los oficiales que estaban en la zona al producirse los hechos, y que éstos le explicaron que la aglomeración de público en las cercanías de la prisión había hecho temer al destacamento que los transportaba que se trataba de liberar a los prisioneros; y que, en medio de la confusión creada por la lucha, Madero y Suárez intentaron escapar y fueron abatidos<sup>21</sup>. La citada versión, que estaba en clara contradicción con lo afirmado por el resto de los testigos, difería también de la oficial. Según ésta, como decía *El Noticiero Sevillano*, varios miembros del cuerpo diplomático extranjero habían mostrado su inquietud por la vida de los políticos destituidos. Para complacerlos, las autoridades se habían comprometido a facilitar su salida del país; y en cumplimiento de la palabra dada, el presidente y el vicepresidente no eran conducidos a la cárcel, como decía aquélla, sino «a la estación»<sup>22</sup>.

Unos cuantos rotativos, como *ABC* de Madrid, daban las dos interpretaciones de los hechos, aunque aceptando la gubernamental y sin hacer mucho caso a la oficiosa. Sin embargo, la mayor parte de ellos, entre los que se encontraban *El Liberal* de Sevilla, o el propio *Debate* de Madrid, aun reco-

---

<sup>20</sup> *El Noticiero Sevillano*, Martes 25 de Febrero de 1913.

<sup>21</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 26 de Febrero de 1913.

<sup>22</sup> *El Noticiero Sevillano*, Martes 25 de Febrero de 1913.



giendo también las dos narraciones, rechazaron de inmediato la oficial<sup>23</sup>. A pesar de los esfuerzos de algunos, incluido el representante español en aquel país, por hacer creer en España la versión del gobierno de Victoriano Huerta sobre aquellas muertes, y aunque la prensa sevillana, desde luego, se hiciera eco de esta última, de la lectura de sus páginas se deduce que, en su mayor parte, estaba convencida de su falsedad.

## El conflicto bélico

Contra la imagen del nuevo mandatario mexicano que estaban dando las publicaciones de la capital andaluza y gran parte de las internacionales, se manifestaba, en cambio, una parte de la comunidad española en México. Aunque para algunos de sus integrantes Huerta sólo fuera un asesino ambicioso, para el grupo más poderoso de aquélla era el único que, al contar con el apoyo total del ejército federal, podía acabar con las bandas rebeldes que proliferaban por todo el territorio de la república y, por lo tanto, la mejor garantía para la protección de sus intereses. Sin embargo el derrocamiento del presidente Madero no sería, tal y como parecían creer, el fin de sus problemas, sino su agravamiento. Al ser rechazado el golpe huertista en gran parte del país, la lucha armada no sólo no terminó, sino que se prolongó con más virulencia, incluso, que antes.

Aunque el general afirmara al principio que estaba realizando una investigación sobre la muerte de Madero, nadie lo creyó; sus esfuerzos por ganarse a la opinión pública fueron inútiles y su rechazo en México fue casi general. Es cierto que su administración fue aceptada por la mayor parte del ejército y por numerosos gobernadores estatales, muchos de ellos maderistas; pero no por todos. Por una parte, un sector de las tropas regulares, al mando del general Figueras, no aceptó el golpe de estado ni acató, por tanto, al nuevo mandatario, y se sublevó contra él. Por otra, Zapata seguía con su propia insurrección y declaró enseguida que no estaba dispuesto a someterse al presidente a no ser que éste asumiera su programa revolucionario, algo, a todas luces, imposible. Según decía la prensa española por aquellos días, que en medio de la confusión no acertaba a distinguir muy bien quién era quién en aquellas revueltas, la reacción inmediata a la muerte de Madero fue la unión de Zapata, Orozco y el ya mencionado Figueras, que lograron reunir rápidamente unos cuarenta mil hombres para hacer frente a Huerta<sup>24</sup>.

Orozco pactó casi de inmediato con las autoridades, dejando al zapatismo, que lo había reconocido como jefe, en situación delicada<sup>25</sup>. Pero su de-

---

<sup>23</sup> Ver *El Liberal* de Sevilla del Martes 25 y Miércoles 26 de Febrero de 1913. Ver también *El Debate* y el *ABC* de Madrid de este último día, cit. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana*..., pág. 78.

<sup>24</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 26 de Febrero de 1913.

<sup>25</sup> WOMACK: *Zapata y la...*, pág. 158.

serción no podía acabar con la lucha zapatista; parece evidente que Zapata, que se había opuesto al conciliador Madero, no podía aceptar como presidente a aquel que, tan encarnizadamente y utilizando métodos tan poco ortodoxos, había encabezado en Morelos la represión contra sus hombres. Allí, al contrario de lo que sucedería en los estados norteros, los insurgentes no tendrían el beneplácito de las clases dominantes, sino que, por el contrario, éstas se constituyeron en su principal enemigo; pero Zapata seguiría contando con una amplia base popular que le permitiría seguir en la brecha y ocasionar importantes quebraderos de cabeza a las tropas gubernamentales.

Para complicar la situación, en el norte se iniciaba la segunda fase de la Revolución. Chihuahua, Sonora y Coahuila, en su intento por mantener la autonomía que habían conseguido tras el triunfo de Madero, se levantaron de inmediato bajo la dirección del gobernador del último de esos estados, Venustiano Carranza. Si estos «revolucionarios» del norte llegaron a tener alguna duda sobre el camino a seguir ante el golpe de Huerta en los días previos a la muerte de Madero, los asesinatos de éste y de Pino Suárez vinieron a aclararlas. Al tener noticia de ellos, Carranza convocó al congreso de su estado para informarle sobre su posición; y la cámara lo siguió, decidiendo desconocer a Huerta como presidente. Con el apoyo del legislativo estatal, Carranza consiguió también que las tropas de Álvaro Obregón se pusieran a sus órdenes. Contando con ellas, el 26 de marzo publicaba el Plan de Guadalupe, que negaba el reconocimiento a Victoriano Huerta y nombraba a Carranza «primer jefe» del ejército constitucionalista, denominación que, desde entonces, se dieron a sí mismos los alzados. El Plan fue respaldado, de inmediato, por los sublevados en Sonora y Chihuahua<sup>26</sup>, iniciándose una insurrección que, contando, especialmente en los casos de Coahuila y Sonora, con el aval de los grupos dominantes y con un ejército organizado, terminaría, como sabemos, con la caída del «traidor».

La lucha armada, además, no se limitó a estos tres núcleos; en los otros estados, ante la inexistencia de movimientos realmente organizados, los soldados federales parecían controlar la situación, al menos en las ciudades. Pero por toda la república se producían revueltas encabezadas por distintos caudillos locales, multitud de pequeñas rebeliones que surgían prácticamente cada día y que contribuían a alterar el supuesto orden huertista. Aunque descentralizadas y aparentemente anárquicas, no eran sino prolongaciones de las que habían tenido lugar en connivencia con la maderista (Carrera Torres y Pedro Antonio Santos en San Luis Potosí, Gertrudis Sánchez, y Martín Castrejón en Michoacán, Cándido Aguilar en Veracruz, etc.). Al ponerse en marcha la insurgencia constitucionalista esas sublevaciones se reactivaron<sup>27</sup> y no hicieron sino complicar extraordinariamente la situación del régimen surgido de la asonada.

---

<sup>26</sup> ALESSIO: *Historia política de...*, págs. 47-48, y RICHMOND: *La lucha nacionalista de...*, pág. 72.

<sup>27</sup> ALESSIO: *Historia política de...*, pág. 72, y KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, pág. 598.

El resultado fue que, en contra de lo que se había afirmado por parte de algunos miembros de la colonia española, no sólo no se acabaría con la violencia sino que se desencadenó una guerra civil que ofreció las imágenes más sangrientas de la Revolución. Ante ella, la respuesta de Victoriano Huerta fue siempre la represión, logrando, al contrario de lo que pretendía, que cada día aumentara el número de sus enemigos. El estado de guerra siguió en todo el territorio y, con él, los atentados contra la vida y, sobre todo, las propiedades de los ciudadanos extranjeros.

En esta guerra civil, un sector de la prensa española, incluyendo algún periódico que había criticado el golpe de estado, no dudó en alinearse del lado huertista. Tanto el *ABC* como *El Debate* de Madrid, entre otros, estuvieron desde el principio de la sublevación carrancista con los residentes españoles que apoyaban a Huerta. Como la tranquilidad que, en teoría, vendría a suponer la presidencia de aquél no parecía volver a México, culpaban de la anarquía que, según ellos mismos, imperaba, a los que se habían levantado contra el nuevo presidente. Las actuaciones de su administración, por muy arbitrarias que fueran, eran siempre disculpadas por esas publicaciones; paralelamente, todos los supuestos «desmanes» que tenían lugar, especialmente los que afectaban a los españoles, eran atribuidos, sistemáticamente, a los insurgentes, convertidos por muchos rotativos en bandidos anárquicos capaces de cometer toda clase de atropellos; «facciosos» culpables del caos en que vivía el país<sup>28</sup>.

Frente a ellos, otro sector de la prensa española, el más numeroso y en el que se alineó la mayor parte de la sevillana, no dudó, desde el principio, en calificar a Huerta de «dictador». Reforzando esa imagen, tan diferente a la que pretendía imponer una parte de la colonia española, los rotativos hispalenses recogían en sus páginas la reacción del general-presidente ante la oposición que encontró entre sus conciudadanos. Según informaban los periódicos, apenas se hizo cargo del poder deslegitimó cualquier tipo de disidencia. En un bando que promulgó casi de inmediato, declaraba «ilegal» a todo el que no estuviera con él y amenazaba con considerar «enemigos de la patria, el gobierno y el orden público, a cuantos» se negaran «a reconocer su autoridad», que serían, decía, «castigados severamente»<sup>29</sup>.

No obstante, el núcleo más poderoso de la colonia española no se dejó convencer por semejantes consideraciones; y, apoyado por su ministro, que pareció someter cualquier consideración sobre los asesinatos de Madero y Pino Suárez a los intereses de los peninsulares residentes en México, no cesó de presionar a las autoridades de Madrid para que aceptaran al gobierno de Huerta frente a los que se irían formando en el bando revolucionario. En este aspecto no es descartable que la comunidad española se aprovechara de

---

<sup>28</sup> Ver *El Debate* y el *ABC* de Madrid citados por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana...*, págs. 79-80.

<sup>29</sup> *El Liberal* de Sevilla, Jueves 6 de Marzo de 1913.

los ataques que sufrían algunos de sus compatriotas, exagerándolos debidamente, para, con la ayuda de su representante en México, reforzar sus tesis a favor del reconocimiento diplomático de Huerta; y al menos en ese aspecto consiguieron su objetivo.

Es cierto que, como muchos afirmaban, tampoco había en aquellos momentos mucho más que reconocer, ya que el bando insurrecto aparecía dividido en varias facciones sin que en el exterior se supiera siquiera quién luchaba contra quién; pero en la misma situación otras administraciones se negaron al reconocimiento, marcándose un compás de espera. No ocurrió así en el caso de España que fue, con Gran Bretaña, uno de los pocos países que, apartándose de la línea marcada por el nuevo presidente estadounidense, Woodrow Wilson, mantendría relaciones con el régimen huertista y lo aceptaría casi de inmediato<sup>30</sup>. No obstante, esa actitud del gabinete de Madrid no iba a servir de mucho a sus ciudadanos residentes en México. Aunque éstos creyeran realmente que Huerta podía llegar a dominar los desórdenes, el dirigente mexicano no parecía tener mucho éxito en esa tarea; no se podía acabar con una verdadera guerra civil como era aquella por el simple hecho de declarar «ilegales» a los sublevados.

Pero es que, además, pronto aparecieron los problemas entre los propios triunfadores del golpe contra Madero. Según el acuerdo firmado por Victoriano Huerta y Félix Díaz con la mediación del embajador norteamericano, el llamado Pacto de la Embajada, la jefatura de Huerta era provisional y con un mandato principal: la convocatoria de elecciones presidenciales. A esos comicios pretendían presentar su candidatura, entre otros, Félix Díaz y un hijo del general Reyes; y precisamente con motivo de ellos surgirían las primeras discrepancias serias entre los golpistas. Mientras los seguidores de Félix Díaz y una parte importante de los que habían apoyado la rebelión contra Madero pretendían que la convocatoria se hiciera inmediatamente, seguros del triunfo felicista, Huerta, necesitado de tiempo para intentar crear sus propias bases de poder, se mostraba partidario de postergarla. En este punto, no obstante, actuó con más habilidad de lo que lo haría en el frente bélico. Según decía la prensa española, alegando que para que las votaciones fueran realmente libres había que esperar a que toda la república estuviera pacificada, logró un nuevo acuerdo con Félix Díaz, al que ofreció una embajada especial en el Japón, «fijándose el 26 de octubre para la elección de presidente de la república mexicana»; conseguía así, como quería, ganar tiempo para intentar deshacerse de sus opositores<sup>31</sup>.

Cerrado, aparentemente, el conflicto interno, Huerta centró su atención en la lucha contra los sublevados, aunque tenía demasiados frentes abiertos para tener éxito. Es cierto que en aquellos momentos la división de los revolucionarios era tal que pocos confiaban en su triunfo; pero también lo es

---

<sup>30</sup> ILLADES: *México y España.....*, pág. 24.

<sup>31</sup> *El Correo de Andalucía*, Domingo 4 de Mayo de 1913.



que todos los rebeldes, al margen de sus propias disensiones, tenían un objetivo común: acabar con Huerta. A pesar de que no lograran unirse en un frente único, tenían la fuerza suficiente para impedir que las tropas federales dominaran el territorio de la república de manera efectiva. Para agravar las cosas, en un país en el que no existía el servicio militar obligatorio, el mandatario mexicano, saltándose todas las leyes, ordenó «que desde el primero de junio las autoridades federales alisten, a la fuerza, en el ejército, a todos los hombres de 18 a 45 años que no sean padres de familia». No parece, sin embargo, que con esa política lograra sus propósitos; por el contrario, según decían los periódicos sevillanos, semejante medida había «causado penosa impresión en México» y había propiciado que el número de voluntarios que se unían a las tropas revolucionarias se incrementara<sup>32</sup>.

Con todo ello, en el verano de 1913 la consolidación de los insurrectos era indiscutible; en el norte del país el ejército federal sólo controlaba las ciudades, mientras el campo era dominado por completo por aquéllos. En el caso de Chihuahua los ataques se incrementaron extraordinariamente con la vuelta de Villa a la lucha armada y su alianza con los constitucionalistas. Encarcelado por Victoriano Huerta en 1912, Francisco Villa se había salvado de ser fusilado gracias a la intervención de uno de los hermanos de Madero, escapando después a los Estados Unidos. Tras la caída del mandatario mexicano, al que consideraba su benefactor, no tardó en volver para «vengar» su muerte. En su marcha hacia Chihuahua fue reclutando un verdadero ejército de peones, que a finales del mes de junio de 1913 habían conseguido que sólo dos poblaciones de ese estado, Ciudad Juárez y Chihuahua, quedaran en manos de los huertistas. Entre tanto en Sonora, donde Venustiano Carranza se había refugiado ante el acoso sufrido en Coahuila, desde junio de 1913 los avances de Obregón dieron a los rebeldes el dominio de todo el estado.

En otros territorios, como Jalisco o Morelos, la supremacía de los revolucionarios no estaba tan clara; pero tampoco lo estaba la de los federales. De hecho los combates continuaban sin que las tropas gubernamentales consiguieran imponerse. En muchos lugares, ante los constantes ataques de los grupos insurgentes, o de simples bandidos que aprovechando la situación asolaban impunemente algunas zonas, «los trenes» no podían circular «ni siquiera con escolta militar»<sup>33</sup>.

## La «persecuciones» villistas

La constante actividad de los carrancistas y de las otras facciones levantadas en armas, vinieron a demostrar que tampoco con Huerta estaban a salvo los intereses de la colonia hispana. La posición tomada por las autori-

---

<sup>32</sup> *El Liberal* de Sevilla, Lunes 12 de Mayo de 1913.

<sup>33</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs. 585 y 593.



dades y por parte de los residentes españoles resultaría ser, muy pronto, contraproducente para éstos. Es posible que en el ámbito controlado por los huertistas tuvieran alguna ventaja; así parecía pensarlo la prensa sevillana, en la que se produjo un cambio significativo de actitud respecto al mandatario mexicano a raíz del reconocimiento de su administración por parte de España. Es difícil pensar que la opinión tenían de Huerta periódicos como *El Liberal* de Sevilla y, en general, todos los de la ciudad variara realmente; pero da la impresión de que, en un momento dado, ésta quedó supeditada a lo que pensaron sería mejor para la defensa de los negocios de sus compatriotas en aquel país.

Como muestra de ello, en diciembre de 1913 los rotativos de la ciudad comunicaban a sus lectores que el gobierno mexicano había publicado «una disposición, gravando con un impuesto del cinco por ciento todas las propiedades de los extranjeros y amenazando con confiscar las de los que no paguen». Según *El Liberal* de Sevilla, todas las naciones implicadas habían protestado por esta medida sin tener demasiado éxito en sus demandas. Sin embargo, seguía informando con un cierto tono triunfalista, «el embajador de España visitó al ministro del interior mejicano, consiguiendo que para los españoles sólo fuese el dos y medio por ciento, y que la confiscación a los que no paguen se haga después de haberse terminado el correspondiente expediente»<sup>34</sup>. Días más tarde, el mismo diario daba cuenta de lo que calificaba como una muestra más de la consideración de los huertistas con España. En este caso se trataba de la cariñosa acogida que el régimen dio al «crucero español Carlos V», que acababa de llegar a Veracruz, al que se envió «una comisión..... encargada de invitar a los oficiales y marinos.... para que vayan a visitar la capital mejicana»<sup>35</sup>.

Pero en el campo contrario las cosas serían muy distintas. Los constitucionalistas, con su esfuerzo por mostrar una imagen de moderación que los diferenciara de los otros grupos rebeldes y presentándose como los garantes de la legalidad mexicana, parecían ser los únicos capaces de competir con Huerta para lograr la consideración internacional; y en abril de 1913 «rompían» relaciones con España a causa del reconocimiento del gobierno de Huerta por parte de aquélla. Por otra parte, mientras la capital y las zonas efectivamente dominadas por el ejército federal servían de lugar de refugio a los peninsulares residentes en otras regiones del país, en las controladas por los rebeldes, o en aquellas en las que se movían con cierta libertad, el panorama resultaba bastante más complicado. El apoyo que una parte de ellos había prestado primero a Díaz y luego a Huerta, se volvió contra todos, algo que no resulta difícil de entender si tenemos en cuenta que, como afirma Carlos Illades<sup>36</sup>, además de estar tomando partido en el campo polí-

---

<sup>34</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 12 de Diciembre de 1913.

<sup>35</sup> *Ibidem*, Sábado 20 de Diciembre de 1913.

<sup>36</sup> ILLADES: *México y España.....*, pág. 24, y «Los propietarios españoles...», págs. 173-175.

tico en un país en el que eran huéspedes, su situación como capataces de haciendas o como pequeños comerciantes, los enfrentaba con frecuencia a esos grupos populares que integraban las bandas revolucionarias, sobre todo cuando, como era el caso, corrían tiempos de revueltas campesinas y de escasez de alimentos.

En este aspecto, no obstante, hubo una variación importante en relación con el periodo anterior. Hasta poco antes, la mayoría de las quejas de la población española hacían referencia a los desmanes cometidos contra ellos por los zapatistas. Pero bajo el mandato de Huerta fue la División del Norte, dirigida por Villa, la que mostró una especial dureza con los peninsulares. Las noticias que llegaban a España sobre la actuación de esas tropas hablaban del asesinato de gran número de españoles; y la prensa, especialmente la más conservadora como *El Correo de Andalucía* en el caso sevillano, las recogía todas, tuvieran o no confirmación. A medida que los villistas avanzaban hacia Torreón, lo hacían también los rumores sobre las amenazas de Villa de acabar con todos los españoles que encontrara en aquella ciudad, por lo que, según los periódicos, fueron muchos los que huyeron de ella cuando las tropas federales la abandonaron por primera vez.

Al margen de cualquier exageración en que pudieran caer las publicaciones peninsulares, la persecución villista contra los españoles fue algo innegable y ocasionó no pocos hechos sangrientos. Algunos de los más violentos, como los ocurridos con motivo de la toma de Torreón por las huestes de Villa, encontrarían amplio eco en las páginas de los rotativos. En este sentido, siguiendo las informaciones del diario mexicano *El País*, que recogía, a su vez, un despacho recibido desde Monterrey, *El Liberal* de Sevilla daba cuenta de que el 29 de septiembre, ya cerca de Torreón, «el cabecilla revolucionario Félix Ramírez» había fusilado a varios españoles por no ceder a su chantaje. Según se afirmaba en la publicación mexicana, «los hizo prisioneros, y como al término de quince minutos no le entregaron cien mil pesos que pedía, los ejecutó enseguida»<sup>37</sup>. *El Correo de Andalucía*, por su parte, indicaba a sus lectores que los telegramas que se recibían de México confirmaban los rumores sobre la caída de la citada población recogidos por la prensa de aquel país en los días anteriores. Aseguraban también que, como había señalado aquélla, «los rebeldes» habían «hecho una horrible matanza de españoles en Torreón. Asegúrase que el número de sacrificados es de setenta y cinco»<sup>38</sup>.

Ese tipo de noticias aparecían, en aquellos momentos, en todas las publicaciones españolas. Así, *EL Cantábrico* de Santander, por ejemplo, se hacía eco de una carta recibida de México, en la que se narraba que en esa misma acción bélica «los revolucionarios o bandidos lanzaron un manifiesto, en

---

<sup>37</sup> *El Liberal* de Sevilla fue el diario que recogió lo publicado por el mexicano, en su edición del Jueves 13 de Noviembre de 1913.

<sup>38</sup> *El Correo de Andalucía*, Viernes 10 de Octubre de 1913.

que decían que todo gachupín que estuviera en el campo enemigo sería pasado por las armas; y como el campo enemigo era Torreón, no tuvieron más remedio que salir con las tropas derrotadas... De los españoles que se quedaron ya fusilaron a ocho y pocos días antes de la toma de la plaza por los rebeldes habían fusilado a nueve en un rancho, obligándoles a que hicieran la fosa donde habían de ser echados. Entre los españoles había un niño de 12 años»<sup>39</sup>.

Los turbulentos sucesos de Torreón fueron, quizás, los que tuvieron mayor difusión en la prensa española; pero eran sólo una muestra del especial ensañamiento de las tropas de Villa contra los residentes peninsulares. Todos los que habían logrado escapar de Chihuahua, tomada también por las tropas de Villa, confirmaban el duro trato de que estaban siendo objeto por parte del caudillo del norte. Las noticias sobre México llegaban a España por distintos conductos, y su veracidad o falsedad dependía, con frecuencia, de aquéllos; pero todas parecían confirmar que en «las regiones ocupadas por los revolucionarios son perseguidos los españoles, en sus personas y en sus bienes». Algunas, concretando más los aspectos que tomaba esa persecución, hablaban de que los villistas estaban sacando a subasta los bienes de aquéllos, fueran o no simpatizantes de los contrarrevolucionarios, y del fusilamiento de «varios centenares» por orden directa de Villa, «bajo el pretexto de que hostilizaron a Madero»<sup>40</sup>. Ahondando en esta línea, *El Correo de Andalucía* informaba también de la llegada a Francia del vapor «Florida», en enero de 1914, con un grupo de españoles que habían huido de «las crueldades de los revolucionarios». Se trataba de 31 fugitivos de Chihuahua, que contaron detalladamente que los insurrectos los habían «despojado de sus bienes», y que «los que protestaron por tales atropellos ante el general Villa fueron fusilados»<sup>41</sup>.

Los españoles, por supuesto, no fueron los únicos en sufrir la violencia revolucionaria. Otros europeos, como los británicos, también la experimentaron con dureza. Aunque Gran Bretaña había condenado el asesinato de Madero, consideró que sus intereses petroleros estaban a salvo con Huerta; y, alegando que no debía mezclarse en los asuntos internos mexicanos, reconoció su gobierno casi de inmediato, a pesar de los esfuerzos estadounidenses en sentido contrario, de manera que en octubre de 1913 llegaba a México su nuevo ministro Lionel Carden<sup>42</sup>. Con ese reconocimiento, los ciudadanos del Reino Unido se convirtieron también en objeto de ataques de ciertos grupos revolucionarios, de los que les resultó muy difícil protegerse sin la ayuda norteamericana.

---

<sup>39</sup> *El Cantábrico* de Santander, Sábado 6 de Diciembre de 1913. Cit. por ILLADES, «Los propietarios españoles...», pág. 176.

<sup>40</sup> *El Correo de Andalucía*, Miércoles 17 de Diciembre de 1913.

<sup>41</sup> *Ibidem*, Lunes 19 de Enero de 1914.

<sup>42</sup> ULLOA: *La revolución intervenida...*, págs. 127-128.

Ya en mayo de 1913 la prensa española se había hecho eco, aunque de manera algo confusa, de algunos de los problemas que tuvieron en este sentido. *El Liberal* de Sevilla daba cuenta a sus lectores en una breve nota, de un ataque de «los revolucionarios» —sin especificar de qué bando se trataba— a un grupo de aquéllos que residían en Aguas Calientes. El diario continuaba diciendo que como la ausencia de diplomáticos británicos en aquella zona les impedía recurrir a ellos, los atacados pidieron «auxilio al cónsul norteamericano». Éste respondió enviando en su ayuda un destacamento de soldados, «que sostuvieron con los rebeldes empeñado combate del que resultaron muertos y heridos por ambas partes»<sup>43</sup>. La protesta del gabinete de Londres ante al mexicano no se hizo esperar; pero como la respuesta de Huerta, similar a la que venía dando ante cualquier otra reclamación, fue que no podía hacer nada contra los desafueros cometidos por los rebeldes, se decidió por el envío de tropas a aquel país para proteger a sus ciudadanos y ordenó la salida hacia las costas del golfo de «dos cruceros de la marina inglesa»<sup>44</sup>.

Con la actividad de los revolucionarios pronto quedaría claro, por otra parte, que, en contra de lo que había pensado la administración británica, desde el momento en que sus instalaciones estaban a merced de las acciones de los sublevados, a los que el mandatario mexicano no podía dominar, sus intereses petroleros no estaban a salvo bajo la presidencia de Victoriano Huerta. De hecho, los rebeldes no tardarían en adueñarse de una serie de propiedades inglesas en Tuxpan, donde, según *El Correo de Andalucía*, se hallaban los pozos de petróleo más ricos del mundo. Las informaciones aparecidas en ese diario sobre tal apropiación, indicaban que los «insurrectos» exigían crecidas sumas de dinero para la restitución de aquellas posesiones a las empresas británicas. Además, ponían como condición para la devolución que el petróleo producido allí no fuera vendido al gobierno federal. Las compañías afectadas entraron de inmediato en contacto con la administración huertista, con el fin de que ésta pusiera fin a aquella situación de chantaje; pero, como en casos anteriores, su respuesta fue que no podía hacer nada contra la acción de los insurrectos, aunque ella misma se viera perjudicado por aquélla<sup>45</sup>.

Algo parecido ocurría con los alemanes; en vísperas de la Primera Guerra Mundial, su gobierno tenía la clara intención de lograr un mayor acercamiento a México para tenerlo de su lado cuando estallara el inevitable conflicto con los Estados Unidos. Con ese fin, ya en la etapa maderista había propuesto la firma de un tratado de comercio preferencial entre ambos países; Madero se negó a dar a Alemania ningún trato de favor y, desde ese momento, el ministro alemán en México, Paul Von Hintze, comenzó a mostrar-

---

<sup>43</sup> *El Liberal* de Sevilla, Martes 20 de Mayo de 1913.

<sup>44</sup> *Ibidem*, Lunes 24 de Noviembre de 1913.

<sup>45</sup> *El Correo de Andalucía*, Domingo 23 de Noviembre de 1913.



se hostil con su régimen y partidario de buscar un gobierno alternativo<sup>46</sup>. A partir de entonces es fácil comprender su entendimiento con el embajador estadounidense en la decena trágica, y la rapidez con que su administración reconoció al gobierno de Victoriano Huerta. En consecuencia, también sus ciudadanos residentes en México, aunque no fueran muchos, quedaron abiertamente expuestos a la acción de los rebeldes.

Según informaba la prensa sevillana, recogiendo una noticia aparecida en *La Gaceta de Colonia*, en el mes de octubre de 1913 el gobierno alemán, consciente del problema, y preocupado por la suerte que pudieran correr sus intereses en México, ordenaba la marcha de un buque de guerra hacia aquel país para que, en caso necesario, sus ciudadanos pudieran refugiarse en él<sup>47</sup>. Similares precauciones tomó también el gabinete francés, que decidió que el acorazado Condé zarpara de inmediato «con dirección a aguas mejicanas para asegurar la protección de los intereses franceses en Méjico»<sup>48</sup>; y lo mismo hizo el ministro de marina italiano, disponiendo el envío de «un buque francés, con objeto de proteger a los súbditos italianos que residen en Méjico»<sup>49</sup>. En cuanto a las medidas tomadas por el gobierno norteamericano merecen atención especial, ya que el cambio radical que se produjo en su posición respecto al conflicto mexicano desde marzo de 1913, no sólo resultaría decisivo para la suerte de sus ciudadanos en México, sino para la marcha de la propia Revolución.

## El viraje estadounidense

Cuando, tras la caída de Madero, Huerta aseguró a los representantes diplomáticos acreditados en el país que se restablecería el orden y que serían respetados la vida y los intereses de los extranjeros, las cosas parecían estar tal y como el embajador norteamericano había pretendido. Su gobierno había tenido algunas dificultades con el maderista y, tras la caída de éste, a la vista del apoyo que su ministro había prestado a los sublevados, no sólo no parecían existir problemas que complicaran las relaciones entre ambos, sino que era lógico pensar que el diálogo con las nuevas autoridades sería mucho más fácil de lo que lo había sido con las antiguas. Sin embargo, las muertes del presidente y el vicepresidente, consideradas por los dirigentes de algunas potencias como un crimen político, desvaneció cualquier posibilidad de entendimiento de la administración estadounidense con el régimen huertista.

A pesar del papel jugado por su representante en los sucesos que desembocaron en los asesinatos de Francisco Madero y Pino Suárez, Taft se

---

<sup>46</sup> MAC GREGOR: *México y España...*, págs. 141-142.

<sup>47</sup> *El Noticiero Sevillano*, Miércoles 15 de Octubre de 1913.

<sup>48</sup> *El Liberal* de Sevilla, Jueves 23 de Octubre de 1913.

<sup>49</sup> *El Noticiero Sevillano*, Sábado 1 de Noviembre de 1913.



negó a reconocer como presidente a Victoriano Huerta que, a su juicio, había llegado demasiado lejos con aquéllos. Aunque sólo fuera para mantener las formas, Taft se vio obligado a declarar su pesar por la muerte del mandatario mexicano, desligándose, al mismo tiempo, de cualquier acción de su país que pudiera relacionarse con ella. De acuerdo con las noticias recibidas en España desde los Estados Unidos y México, de las que se hacía eco la prensa española, el dirigente estadounidense expresó públicamente su «profundo sentimiento» por la muerte violenta del mexicano, de la que hacía responsables a los «compatriotas» del asesinato, como si quisiera alejar de la administración norteamericana cualquier acusación por la temeraria actuación de su embajador. Eso sí, a pesar de ese «profundo sentimiento», se apresuró a declarar también, alegando «su posición de neutralidad», que su «gobierno se abstendría de intervenir en el asunto»<sup>50</sup>.

La nueva posición de Washington pondría en un grave aprieto diplomático a los que, como su embajador, habían contribuido, de una manera u otra, al derrocamiento de Madero; y también, aunque no lo pretendiera, a alguno de sus ciudadanos residentes en aquel país. A pesar de los repetidos intentos de Henry Lane Wilson para que su gobierno reconociera al de Victoriano Huerta<sup>51</sup>, Taft se negaría a ello con el pretexto de esa «neutralidad», que mantendría oficialmente los pocos días que le quedaban ya para entregar el poder a su sucesor. En ese corto espacio de tiempo Taft afirmaría, una y otra vez, que su administración nada tenía que ver con el golpe que había llevado a Huerta al poder y que éste no contaba con su apoyo.

El problema estaba en que, pensara lo que pensara el presidente norteamericano y afirmaran lo que afirmaran respecto a la neutralidad de los Estados Unidos tanto su gabinete como el que le sustituiría a comienzos del mes de marzo, la actuación de su representante en México no hacía sino desmentirlos y sembrar la desconfianza sobre sus acciones y declaraciones. Aunque para algunos observadores estuviera claro que la opinión del embajador Henry Lane Wilson no coincidía ya plenamente con la de sus superiores, las declaraciones de neutralidad de éstos eran puestas en cuestión por muchos de ellos. La prensa española coincidía con estos últimos, al afirmar que, a pesar de las manifestaciones de neutralidad del mandatario norteamericano, los rumores sobre una inmediata intervención de los Estados Unidos en el conflicto mexicano circulaban por todas partes. Los periódicos sevillanos decían sobre esta cuestión, que «en vista de la anarquía reinante en México, los gobiernos de Inglaterra y Estados Unidos intervendrán conjuntamente. Una comisión de ingleses y norteamericanos visitará al gobierno mexicano», aseguraban, «para pedirle que se restablezca la paz. En caso contrario vendría la intervención»<sup>52</sup>.

---

<sup>50</sup> *Ibidem*, Martes 25 de Febrero de 1913.

<sup>51</sup> ULLOA: *La revolución intervenida...*, pág. 53.

<sup>52</sup> *El Correo de Andalucía*, Jueves 27 de Febrero de 1913.

Es difícil creer que Gran Bretaña se prestara entonces a una acción militar conjunta con los Estados Unidos, entre otras cosas, porque sus intereses en México chocaban frontalmente con los de éstos, tal y como los mismos medios informativos resaltaban. *ABC* de Madrid, por ejemplo, narraba a sus lectores como antes de la Revolución, Porfirio Díaz había pretendido limitar la presencia norteamericana en México haciendo concesiones al capital de otros países, lo que, a su juicio, había contribuido a la caída del mandatario. Según el citado diario, las concesiones petroleras otorgadas por Porfirio Díaz a la compañía inglesa Mexican Eagle hicieron que la Standar Oil financiara a Madero; esto haría, a su vez, que la compañía británica apoyara a Huerta frente a Carranza y, por último, que la empresa norteamericana actuara exactamente al contrario<sup>53</sup>.

La realidad es que, para algunos comentaristas de la época, en el fondo de todo lo que estaba ocurriendo en México se encontraba la rivalidad anglo americana por el dominio económico del territorio, especialmente de su petróleo. En consecuencia, como ya se ha dicho, Gran Bretaña fue uno de los pocos países que aceptó casi de inmediato al régimen huertista, pensando que con él estaban a salvo sus intereses petroleros. Con esos antecedentes es difícil pensar que este país estuviera dispuesto a dejarse arrastrar a una intervención militar junto a los Estados Unidos, a pesar de las afirmaciones de algunos periódicos españoles en este sentido. En aquellos momentos, la confusión sobre la actitud norteamericana y la de otras potencias era general, y de ella no se vio libre la prensa peninsular. Hasta cierto punto era lógico, si tenemos en cuenta las discrepancias que existían entre lo que hacía el embajador norteamericano y lo que decía su administración, discrepancias que no harían sino incrementarse a partir del 4 de marzo de 1913<sup>54</sup>, cuando asumió el poder el nuevo presidente Woodrow Wilson.

Este acontecimiento implicó un cambio de partido político y, en poco tiempo, también de la política norteamericana en México. Fiel a sus ideas, el embajador norteamericano envió al nuevo mandatario de su país un informe sobre la situación mexicana en el que manifestaba, una vez más, su creencia de que Huerta terminaría por imponer su autoridad en todo el territorio mexicano. Por lo tanto, decía, convendría proceder al reconocimiento oficial sin excesiva demora. No obstante, la opinión del ejecutivo estadounidense era muy diferente; por primera vez, según decían los periódicos sevillanos, «en círculos oficiales norteamericanos» se desautorizó públicamente a su ministro, haciendo saber a la prensa «que el embajador no representa en ningún modo, la opinión de la administración actual»<sup>55</sup>.

---

<sup>53</sup> Sobre la influencia de esta rivalidad en los sucesos revolucionarios ver el artículo «Yanquis y mejicanos. Crónica de la Guerra», publicado en *ABC* de Madrid del Domingo 26 de Abril de 1914. Cit. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana*..., pág. 286.

<sup>54</sup> En las elecciones de noviembre de 1912, el Partido Demócrata logró desbancar del poder a los republicanos, divididos entre las candidaturas de Roosevelt y Taft, que había llevado adelante una política muy diferente a la de su antecesor en el cargo.

<sup>55</sup> *El Liberal* de Sevilla, Jueves 31 de Julio de 1913.

Wilson, sin embargo, no optó por una inmediata ruptura con el régimen huertista, entre otros motivos probables, por falta de información fiable sobre lo que estaba sucediendo. Para hacerse una idea de la situación sólo contaba en aquellos momentos con los informes remitidos por su embajador. Gracias a ellos en Washington eran muchos los que se mostraban partidarios de apoyar a Huerta y presionaban al nuevo presidente en tal sentido, aunque éste no parecía dispuesto a ceder sin más a sus pretensiones. De hecho, a pesar de los problemas morales que el presidente norteamericano pudiera plantearse sobre el régimen vecino, para numerosos autores fue sólo la tozudez del mandatario mexicano lo que llevaría a la ruptura definitiva entre las dos administraciones<sup>56</sup>.

Desde luego Woodrow Wilson sería, desde el principio, bastante más duro con Huerta de lo que lo había sido su antecesor; la prensa sevillana contaba al respecto, que nada más llegar al poder presionó a los gobiernos de Gran Bretaña, Argentina, Brasil y Chile para que, junto a los Estados Unidos, amenazaran con retirar sus legaciones en México si no se ponía fin de inmediato a la lucha armada; y, al mismo tiempo, protestó ante el gabinete huertista por la poca claridad y la insuficiencia de los informes oficiales que se habían hecho públicos sobre la muerte de Francisco Madero.

La respuesta de Huerta no se hizo esperar, viniendo a complicar el panorama internacional. Según los mismos diarios que se habían hecho eco de las reclamaciones norteamericanas, el mandatario mexicano acusó a los Estados Unidos de ser los instigadores de todas las protestas contra él, y declaró que «de aquí en adelante no tratará ningún asunto con el gobierno de Washington, agregando que no reconocerá ningún derecho en absoluto de los norteamericanos». Para algunos comentaristas políticos, las relaciones entre los dos países quedaban rotas de hecho<sup>57</sup> desde ese momento, aunque la realidad fuera diferente. En contra de semejante suposición estaba el hecho evidente de que aunque Wilson, al menos en apariencia, endureciera la postura de su país frente al gobierno golpista, la venta de armas estadounidenses a aquél sólo se detuvo en el mes de julio, cuando ya llevaba varios meses al frente de la administración en los Estados Unidos<sup>58</sup>.

De todos modos Wilson no era Taft; para comenzar, y al contrario que éste, consideraba que los intereses materiales debían estar por detrás de los morales; en consecuencia, repudió de inmediato la «diplomacia del dólar» que había caracterizado la política de su antecesor. Llevado por ese principio no podía dar el beneplácito al golpe de Huerta, sobre todo después del asesinato de Madero, convencido de que los Estados Unidos tenían, por encima de todo, una misión «civilizadora» respecto de América Latina que casaba poco con el apo-

---

<sup>56</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, pág. 621.

<sup>57</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 14 de Mayo de 1913.

<sup>58</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, pág. 588.

yo a un «asesino»<sup>59</sup>. Queriendo actuar de acuerdo con sus ideas, y ante la desconfianza que sentía por los documentos que sobre la situación mexicana le transmitía su embajador, envió a México una serie de agentes confidenciales que le ofrecían mayor credibilidad que aquél, con el fin de decidir el camino a seguir respecto al país vecino en función de las observaciones de éstos.

La mayor parte de los informes que le remitieron sus delegados resultarían contrarios a la política seguida por Huerta y expresarían, además, serias dudas sobre sus posibilidades de mantenerse en el poder. De acuerdo con ellos, Wilson no sólo negó el reconocimiento al gobierno mexicano para el que su representante en el país lo apremiaba, sino que exigió a Victoriano Huerta, como por otra parte le pedía también Félix Díaz, la inmediata convocatoria de elecciones. Algunos autores piensan que después eso, si los comicios se hubieran celebrado con rapidez y con un mínimo de garantías, la administración Wilson hubiera terminado por ceder y por aceptar, como habían hecho la mayor parte de los países europeos, al régimen surgido del asesinato de Madero<sup>60</sup>. Pero no fue así; sin antecedentes políticos que le permitieran contar con una base electoral relativamente importante, y sin controlar los estados, lo lógico es que Huerta hubiera sido derrotado por el que se presumía iba a ser su principal contrincante, Félix Díaz, algo a lo que, desde luego, no parecía muy dispuesto.

La negativa de Victoriano Huerta a aceptar las «recomendaciones» estadounidenses no significó, sin embargo, que la ruptura se precipitara. Aunque tras cesar a Henry Lane Wilson el presidente norteamericano se negara a nombrar nuevo embajador, dejando como «encargado de negocios» a Nelson O'Shanghness, seguiría intentando una solución pacífica al conflicto que enfrentaba a los dos países. En lugar de cortar por completo los contactos con el régimen huertista, comisionó a John Lind, que se convertiría en el verdadero jefe de la diplomacia norteamericana en México, para que negociara la celebración de unas elecciones más o menos limpias.

La propuesta que Lind hizo al gobierno mexicano para la convocatoria electoral, contemplaba la declaración de un armisticio que proporcionara unas garantías mínimas a las posibles candidaturas opositoras; y también, según decían los periódicos españoles, algo que venía a desautorizar por completo la actuación del antiguo embajador norteamericano y que, desde luego, no se le había pasado por la cabeza a Taft: la dimisión de Victoriano Huerta como presidente. Para sustituirlo, el enviado de Washington era partidario de la formación de un ejecutivo provisional, al frente del cual sugería colocar al escritor y ministro de Relaciones Exteriores Federico Gamboa, cuya principal misión sería la convocatoria de los comicios de los que, además, Huerta debería quedar excluido<sup>61</sup>.

---

<sup>59</sup> DUROSELLE, J. B.: *Política exterior de los Estados Unidos. De Wilson a Roosevelt. 1913-1945*. Fondo de Cultura Económica, México, 1965, págs. 50 y 77.

<sup>60</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, pág. 622-623.

<sup>61</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 22 de Agosto de 1913.



Victoriano Huerta rechazó de plano tanto su retirada del poder como su exclusión de las candidaturas electorales, con lo que las relaciones entre las dos administraciones siguieron deteriorándose. A pesar de la clara postura del gabinete Wilson, el presidente mexicano no parecía mostrarse demasiado preocupado por la falta de entendimiento con sus vecinos del norte. Para entonces parecía estar bastante seguro de su posición y confiaba, probablemente, en poder suavizar su actitud. En ese sentido se expresó en un mensaje leído en el Congreso en el mes de septiembre, en el que se manifestó esperanzado en «que las actuales negociaciones conseguirán una solución al conflicto mexicano-americano»<sup>62</sup>.

Hay que tener en cuenta que, al contrario de lo que ocurría con los que luchaban contra él, Huerta podía conseguir armas en Europa porque casi todas «las potencias» de ese continente habían reconocido su régimen. Entre los diferentes grupos rebeldes sólo los constitucionalistas de Carranza se habían organizado como un verdadero ejército y, por tanto, eran los únicos con posibilidades de enfrentarse con éxito a las tropas federales. Para poder hacerlo los carrancistas dependían, casi exclusivamente, de las armas que compraban en los Estados Unidos. Como éstos se declaraban neutrales, el suministro de armamento tenía que hacerse a través del contrabando. Esa práctica era habitual, porque se contaba con la complicidad no sólo de la población de las zonas fronterizas sino de muchos funcionarios. No obstante, desde que en el mes de julio de 1913 el gobierno norteamericano ordenó que cesara el envío de armas a México<sup>63</sup> la situación de los rebeldes empeoró. El contrabando, por supuesto, no desapareció; pero con la declaración del embargo se incrementó la vigilancia y se dificultó el aprovisionamiento, de manera que no parecía tampoco muy claro, entonces, que los revolucionarios pudieran conseguir la victoria.

En esa situación es probable que Huerta pensara que los constitucionalistas tendrían que limitar su actividad a simples escaramuzas y que, ante su incapacidad para seguir avanzando más allá de los territorios norteños, los norteamericanos terminarían por aceptarlo. Sin embargo se equivocaba; según los periódicos españoles, los Estados Unidos, argumentando la incapacidad del gobierno para acabar con los rebeldes, aunque éstos no lograsen grandes progresos, siguieron insistiendo en la necesidad de su dimisión y de su sustitución por Federico Gamboa, con lo que las relaciones entre ambas administraciones se hicieron cada vez más tirantes. Como una prueba de ello, los rotativos de la capital andaluza daban cuenta a sus lectores de que el presidente Wilson había aconsejado a los ciudadanos norteamericanos que abandonaran México. En respuesta a lo que consideraba un gesto de hostilidad, el ministro de «Asuntos Extranjeros» mexicano advertía al gobierno de Washington que si sus representantes en el país, aludiendo, probablemente,

---

<sup>62</sup> *Ibidem*, Sábado 20 de Septiembre de 1913.

<sup>63</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs. 588-89 y 624.



a los agentes confidenciales que el mandatario norteamericano había enviado a distintas zonas de la república, no llevaban en la debida forma sus cartas credenciales, serían expulsados<sup>64</sup>.

## La manipulación electoral

Con todo ello, la situación mexicana, ya de por sí confusa, aparecía aún menos clara en la prensa española porque, además, un grupo de rotativos, en sus intentos por apoyar a Huerta, contribuían a incrementar las dudas con sus noticias y artículos de opinión. Ese fue el caso del *ABC* de Madrid que, partiendo de un hecho cierto, la hostilidad de Villa con los españoles, dedicaba gran parte de sus informaciones a narrar los «saqueos» y los actos de «barbarie» de éste, dejando a un lado cuestiones que podían ayudar a sus lectores a entender mejor lo que realmente estaba en juego. Si a ello añadimos que, como ocurre en todas las guerras, las propias noticias que llegaban de aquel país no sólo eran equívocas sino, a menudo, contradictorias, es fácil comprender la deficiente cobertura periodística y los múltiples errores en que caían las publicaciones españolas de la época, errores que no siempre tuvieron los correspondientes desmentidos.

A mediados de 1913, por ejemplo, los medios de comunicación peninsulares recogían, con cierta asiduidad, algunos rumores que hablaban de una «inminente» caída de Huerta, a pesar de que ésta tardaría todavía bastante en producirse. Según los periódicos sevillanos, el gobierno huertista estaba encontrando serios problemas para seguir en el poder. Por una parte tenía que hacer frente a los carrancistas en el norte, que en palabras de los periodistas infligían «importantes derrotas» a las tropas de Huerta; por otra, tenía a los zapatistas, cuya cercanía a la capital consideraban un peligro añadido en el sur; por último, el mandatario mexicano tenía que desarticular toda una serie de «conspiraciones» en su propio bando, en el de los sublevados contra Madero, que no hacían sino enrarecer el ambiente y levantar las suspicacias de las potencias extranjeras sobre las posibilidades de Victoriano Huerta de mantenerse en la presidencia.

Una de esas conspiraciones, reales o supuestas, se habría producido a mediados del mes de julio. Se trataría, afirmaban los diarios hispalenses, de un fallido «complot contra el general Huerta, tramado por los generales Blanquet y Díaz, que trataban de asesinarle. Ha sido detenido un diputado y cien personas más»; y añadían que, al parecer, «se trata de una intentona separatista», aunque sin explicar en qué consistía su separatismo ni aclarar nada más sobre la cuestión<sup>65</sup>. El citado complot no parecía haber existido realmente como tal; pero lo que sí es cierto es que, cuando todavía no hacía seis meses que Victoriano Huer-

---

<sup>64</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 20 de Septiembre de 1913.

<sup>65</sup> *Ibidem*, Martes 15 de Julio de 1913.

ta se había hecho cargo del ejecutivo, ya eran pocos en México los que se mostraban partidarios de su continuación. Para muchos, incluidos algunos de los que habían estado con el golpe, asustados, con frecuencia, por sus violentos métodos, la solución pasaba por la convocatoria de elecciones y el apoyo a la candidatura de Félix Díaz. Las conversaciones en este sentido entre los distintos grupos políticos que pretendían dejar al margen a Huerta no podían ser del agrado de éste ni de sus partidarios, que denunciaban como «conjuras» cualquier actividad de la oposición, contribuyendo a incrementar la sensación de confusión y caos que se reflejaba la prensa española.

Lo que sí parecía estar claro para todos, incluidos los periódicos peninsulares, era que Huerta no iba a ceder fácilmente el poder; y así fue. Decidido a mantenerse en él a toda costa, jugó todas las cartas que tenía en su mano para conseguirlo. Por una parte, utilizando el nacionalismo mexicano para atraer adeptos a su causa, incrementó las protestas contra las «intromisiones» del país vecino. Por otra, tratando de ganar tiempo antes de dar el golpe definitivo a la oposición supuestamente aparecida entre los propios golpistas, a mediados del mes de septiembre hacía un llamamiento a Félix Díaz, que se encontraba viajando por Europa, para que regresara a México con el fin de presentar su candidatura a las elecciones presidenciales que tan insistentemente le pedían los políticos mexicanos y la administración norteamericana.

Paralelamente, pretendió hacer creer a todos ellos que no concurriría a los comicios. Con esa idea, el ministro de Estado mexicano declaraba públicamente que Victoriano Huerta no podría ser candidato en las siguientes elecciones, porque «la Constitución le prohibía presentarse a ellas». En un primer momento consiguió, al menos en parte, su propósito. Tanto las declaraciones del citado ministro como el posible regreso de Félix Díaz, fueron interpretados por algunos como una intención por parte del mandatario mexicano de acceder a las demandas de unos y otros. De este modo, respetaría el Pacto de la Embajada en el que, según decían los diarios españoles, había concertado con Félix Díaz y con el embajador norteamericano «no oponerse a la elección del señor Díaz para la presidencia de la república»<sup>66</sup>.

Una interpretación similar debió hacer este último que, en Santander, donde hizo escala el barco en el que regresaba a México, declaró a la prensa que «sostendría su candidatura a la república mexicana» y que si resultaba vencedor, «desarrollará un amplio programa, fijándose principalmente en el aspecto económico del gobierno y haciendo un llamamiento para desarrollar su política a todos los hombres de buena voluntad». En esas mismas manifestaciones Díaz se comprometió a respetar el resultado de los comicios, fuera el que fuera, afirmando que «si el país da el triunfo al licenciado Gamboa, que es el otro candidato, yo me pondré a su lado en todo aquello que sea beneficioso para el país»<sup>67</sup>.

---

<sup>66</sup> *Ibidem*, Sábado 20 de Septiembre de 1913.

<sup>67</sup> *El Correo de Andalucía*, Sábado 4 de Octubre de 1913.

La idea de que Huerta respetaría el pacto, sin embargo, duraría muy poco; aunque, tal y como muchos afirmaban, parecía que con la legislación vigente en aquellos momentos no podía presentarse a las elecciones, el general seguía maniobrando para intentar controlar la situación y concurrir a ellas con todas las ventajas. Apenas unos días después de las anteriores declaraciones del ministro de Estado, Victoriano Huerta, con el pretexto de que la intromisión de los Estados Unidos en los asuntos internos mexicanos era inaceptable, rechazaba públicamente las presiones de aquéllos sobre su ausencia en las candidaturas electorales. Con ello, vendría a confirmar los temores de los que pensaban que no estaba dispuesto a ceder por las buenas el poder que había logrado a través de una traición.

En el frente interno destituyó a los felicistas que, en cumplimiento del Pacto de la Embajada, formaban parte del gobierno, sustituyéndolos por adeptos. A continuación inició una política de acoso a los opositores a su régimen que, en muchos casos, terminó en asesinato, y que lo llevaría a enfrentarse con el Congreso, a pesar de que durante mucho tiempo éste no pareció querer ver ni oír nada de lo que estaba ocurriendo. El senador Belisario Domínguez acusó a Victoriano Huerta de la muerte violenta de varios opositores, e instó a los congresistas para que procedieran a su destitución. El resultado inmediato de su intervención fue un nuevo homicidio, el del propio Domínguez. El caso de este parlamentario debió ser la gota que colmó el vaso de la paciencia de sus colegas y por fin se produjo la reacción de los legisladores, que decidieron investigar el crimen. Huerta no dudó entonces; acusándolos de no asistir a las sesiones de la Cámara, de desatender el verdadero interés nacional y de conspirar contra la paz de la república, detuvo a un grupo de diputados que le eran hostiles y, a continuación, disolvió el Parlamento<sup>68</sup>.

Este hecho fue considerado por la prensa sevillana como un nuevo «golpe de estado dado por el general Huerta». Su causa estaba, en palabras de *El Liberal* de Sevilla, en «una proposición pidiendo que el Parlamento acordara no deliberar sobre ningún asunto mientras continuasen las misteriosas desapariciones de miembros de la cámara». Según las informaciones de ese diario, en el citado texto del legislativo «se aludía al hecho extraño de que, cuando un parlamentario hablaba criticando la gestión de Huerta, desaparecía». En esa situación, «los diputados» se manifestaron dispuestos a trasladarse, si era necesario, «a otra ciudad, para continuar cumpliendo nuestra misión». La reacción de Victoriano Huerta fue tan rápida que, decía *El Liberal*, antes de que se tratara siquiera el tema, apenas supo que la propuesta iba a votarse, «envió fuerzas al parlamento, apresando a los diputados». Huerta, seguía diciendo ese diario, «se propone disolver las Cámaras inmediatamente»<sup>69</sup>.

---

<sup>68</sup> ALESSIO: *Historia política de...*, págs. 83-84; KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, pág. 626, y RICHMOND: *La lucha nacionalista de...*, pág. 74.

<sup>69</sup> *El Liberal* de Sevilla, Lunes 13 de Octubre de 1913.

Ante este nuevo abuso de poder, afirmaban los periódicos españoles, el presidente norteamericano manifestó encontrarse «satisfecho de no haber reconocido a Huerta», ya que la actuación del general con los legisladores de su propio país había demostrado «la razón... con que procedí al no reconocerle»<sup>70</sup>. Al mismo tiempo, decían, Woodrow Wilson aprovechó la ocasión para solicitar a las naciones que habían aceptado al «dictador» como presidente de México, que retiraran su reconocimiento<sup>71</sup>. Esa era la versión que daba la prensa peninsular sobre la reacción estadounidense al cierre del parlamento; pero lo cierto es que los Estados Unidos no se limitaron en esa ocasión a «solicitar», como aquella indicaba, la retirada del beneplácito a Huerta, sino que, yendo más allá, «presionaron» con todos los medios a su alcance para lograr que el general fuera rechazado en los ámbitos internacionales<sup>72</sup>.

Entre tanto el presidente golpista seguía con sus planes. Calificando de «temporal» la clausura del Parlamento, declaró que nada había cambiado con su cierre y que la convocatoria electoral, que estaba fijada para el 26 del mes de octubre, seguía adelante. El gobierno estadounidense no se manifestó dispuesto a creer en las buenas intenciones del mandatario mexicano y se apresuró a comunicarle que no reconocería el resultado de unos comicios que consideraba se iban a celebrar en unas condiciones de falta de libertad que, según la propia Constitución mexicana, hacía nulos los resultados. Los periódicos sevillanos afirmaban, además, que no contento con esto Wilson había decidido pasar de las advertencias a la amenaza directa a Huerta, al enviarle una nueva nota en la que le comunicaba que si ocurría «algo grave a los diputados presos y a los extranjeros residentes en México, el castigo sería inmediato»<sup>73</sup>. El tiempo vino a dar la razón a los que, como la administración estadounidense, pensaban que la verdadera intención de Huerta era la manipulación de las elecciones. El ejecutivo mexicano limitó la propaganda de los felicistas, al tiempo que multiplicó los arrestos entre los restantes grupos opositores, así como los sobornos y las intimidaciones. El resultado fue que la mayor parte de aquéllos, entre los que se encontraban los antirreeleccionistas, parecieron esfumarse del mapa electoral<sup>74</sup>.

Entre tanto los carrancistas, en contra de lo previsto por Huerta, no sólo continuaban su avance sino que llegaron a tomar plazas tan emblemáticas como la ciudad de Torreón, donde, según las crónicas periodísticas, establecieron «su cuartel general» para, desde allí, «marchar sobre la capital de la república»<sup>75</sup>. La desmoralización que produjo la ocupación de la citada po-

---

<sup>70</sup> *Ibidem*.

<sup>71</sup> *Ibidem*, Sábado 18 de Octubre de 1913.

<sup>72</sup> DUROSELLE: *Política exterior de...*, pág. 78 y ULLOA: *La revolución intervenida...*, págs. 127-130.

<sup>73</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 18 de Octubre de 1913. Ver también sobre los incidentes anteriores a las elecciones *El Correo de Andalucía* del Sábado 25 del mismo mes y año.

<sup>74</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, pág. 627.

<sup>75</sup> *El Noticiero Sevillano*, Lunes 13 de Octubre de 1913.



blación por los rebeldes, junto a los abusos de poder de Huerta y sus actuaciones contra los congresistas y miembros de la oposición, fueron decisivas para que los descontentos aumentaran día a día; hasta entre los conservadores, incluidos algunos empresarios importantes, había quien se iba alejando de su gobierno. Con ello, en la capital se desataban todo tipo de rumores sobre supuestas conspiraciones; el mismo día que la prensa sevillana informaba del cierre del Parlamento, recogía también un despacho de Nueva York publicado por *The Excelsior*, en el que se aseguraba que «en varios departamentos las tropas leales se han sublevado, asesinando a la oficialidad»<sup>76</sup>. Recogiendo algunos de esos rumores, en España se decía que el propio gobierno mexicano discutía la posibilidad de la dimisión del presidente; y algunos iban más allá, afirmando que la renuncia de Huerta ya se había producido<sup>77</sup>.

En definitiva, la imagen de la situación mexicana transmitida por la prensa peninsular a finales de 1913 era la de un país en permanente estado de anarquía y violencia y en el que, a pesar de lo que reiteradamente había sostenido el grupo más poderoso de la colonia española, las autoridades que ellos apoyaban se mostraban incapaces de controlar la situación. El propio «Ministro de Negocios Extranjeros de aquella república» lo reconocía así, decían los periódicos, al contestar «a la reclamación que referente a los prisioneros españoles formuló el representante de España. Dice que el gobierno no puede responder de la suerte de los españoles prisioneros de los insurrectos en Torreón, porque carece de medios para impedir cualquier acto de violencia que con ellos se cometa»<sup>78</sup>. Acosado por la actividad militar de los distintos grupos rebeldes, con graves problemas financieros, y con los norteamericanos presionando para que abandonara el poder, Huerta no podía garantizar nada a nadie.

Según las informaciones aparecidas en los medios de comunicación españoles aquellos días, al finalizar el verano de 1913 la Revolución avanzaba sin que la administración huertista fuera capaz de pararla. El pánico en todo el país era tal, decían aquéllos, que los extranjeros, sintiéndose indefensos, buscaban todos los medios posibles para salir de México y ponerse a salvo del ataque de los insurgentes. Como ejemplo de ello, los diarios sevillanos citaban el caso de dos navíos que habían zarpado ya de Veracruz «con más de doscientos europeos que huyen de Méjico para La Habana, temiendo ocurran sucesos»<sup>79</sup>. Por mucho que un sector de la comunidad peninsular tratara de negarlo, la imagen internacional del gobierno huertista era entonces la de una administración débil, acosada en el frente externo y en el interno, y con un presidente que, al ser cuestionado, incluso, por los propios golpistas, no tardaría en caer.

---

<sup>76</sup> *Ibidem*.

<sup>77</sup> *El Correo de Andalucía*, Sábado 25 de Octubre de 1913.

<sup>78</sup> *Ibidem*, Jueves 23 de Octubre de 1913.

<sup>79</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 15 de Noviembre de 1913.



Todas esas especulaciones sobre posibles desacuerdos en el gobierno o sobre la dimisión del presidente fueron desmentidas, no obstante, por el propio interesado, quien, por el contrario, parecía acrecentar su autoritarismo mientras más se hablaba de su debilidad. Una muestra clara de su talante autoritario y de que Huerta no estaba dispuesto a abandonar el poder, la tendrían los periódicos de la capital andaluza pocos días antes de que se celebraran las elecciones. Cuando Félix Díaz, haciendo caso al llamamiento hecho por el general llegó a México, tuvo que esconderse. El motivo, según decían los diarios, era una orden dada por aquél para que, en el caso de que Díaz no resultara electo presidente, algo de lo que él se ocuparía, fuera hecho prisionero inmediatamente con el pretexto de que «preparaba la revolución para el caso de que no fuera elegido». De una forma u otra esa orden llegó a oídos de Félix Díaz, que no pareció dispuesto a brindarle la oportunidad de hacerlo desaparecer del escenario político y se refugió en el consulado norteamericano.

Las publicaciones sevillanas seguían contando que esa legación fue entonces rodeada por las fuerzas de seguridad mexicanas, que reclamaron la entrega de Díaz y crearon, con ello, un nuevo frente en el conflicto abierto con los Estados Unidos. El gobierno norteamericano, cada vez más firme en su postura, se negó a ello y, en un desafío abierto a Huerta, ordenó que el candidato presidencial fuera protegido y conducido donde él quisiera en un buque estadounidense<sup>80</sup>. En esa situación, con su principal rival fuera de la circulación, la prensa daba a conocer los nombres de los candidatos oficiales; éstos serían «Gamboa y Rascón, como presidente y vicepresidente respectivamente, por el Partido Católico, Félix Díaz y Requena por el Partido Conservador, y Magón y Calero por el Partido Liberal»<sup>81</sup>. Los rotativos daban cuenta, también, de que, al margen de las candidaturas oficiales, se había ordenado a los funcionarios gubernamentales «que propaguen y voten» la del «general Huerta para la presidencia de la república, y del general Blanquet como vicepresidente»<sup>82</sup>.

Unos comicios celebrados en semejantes condiciones no iban a resolver, como es lógico, el problema. El día 26 de octubre tenía lugar la votación, y el 28 de aquel mes se conocía la versión oficial sobre su desenlace: que había «arrojado un resultado tan exiguo para los distintos candidatos» que había que repetirlos<sup>83</sup>. Lo cierto es que, aunque en principio se anunció en la capital que Huerta había logrado el triunfo, la participación había sido tan escasa y las anomalías tan evidentes, que más de la mitad de los distritos electorales no facilitaron las actas con los resultados. En semejantes circunstancias la falta de credibilidad era tal, que el mandatario mexicano se vio obligado a buscar la anulación y a decretar una nueva convocatoria.

---

<sup>80</sup> *El Correo de Andalucía*, Sábado 25 de Octubre de 1913.

<sup>81</sup> *El Liberal de Sevilla*, Miércoles 29 de Octubre de 1913.

<sup>82</sup> *Ibidem*, Lunes 27 de Octubre de 1913.

<sup>83</sup> *Ibidem*, Miércoles 29 de Octubre de 1913.

En previsión de que se produjera cualquier desorden a causa de lo sucedido, Huerta decidió el acuartelamiento de las tropas; e intentando dar una imagen de legalidad a su actuación, ordenó la constitución del Parlamento con el fin de que procediera a anular las elecciones presidenciales y a la convocatoria de otras, a celebrar «en fecha próxima», que no se determinó todavía. Para hacerlo así, no obstante, había que solventar antes un serio problema, el de la ausencia de los parlamentarios que habían muerto o estaban presos; sin ellos no resultaba fácil conseguir quórum para lograr sus propósitos. Interrogado el presidente sobre esta cuestión, decían los diarios sevillanos, su respuesta no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones de saltarse de nuevo todas las normas constitucionales: «se verá la forma que se empleará para no hacer necesario el quórum»<sup>84</sup>.

Efectivamente, así lo hizo, mostrando que, a pesar de los rumores sobre su supuesta debilidad, al menos en apariencia, dominaba la situación. Se había librado de una Cámara en la que contaba con ciertos elementos hostiles, para hacerse con otra a su medida; se había deshecho también de los colaboradores que había tenido que aceptar en el gobierno, aunque no fueran de su agrado, porque le habían sido impuestos por el Pacto de la Embajada<sup>85</sup>; por último, intentando ganar el tiempo que creía necesitar para hacerse con los resortes del poder indispensables para ser «elegido» presidente, postergaba las elecciones hasta el 14 de julio de 1914.

---

<sup>84</sup> *Ibidem*, Jueves 30 de Octubre de 1913.

<sup>85</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, pág. 627.

## CAPÍTULO V

### EL COLAPSO DEL HUERTISMO

#### Las dificultades políticas

Tras lo ocurrido en las elecciones celebradas en el mes de octubre de 1913, parecía haber ciertos indicios que indicaban que Victoriano Huerta no sólo continuaría al frente de los destinos mexicanos sino que su gobierno tendría aún más fuerza y sería todavía más autoritario que antes. Sin embargo, como ya hemos visto en el capítulo anterior, aunque se había desembarazado de los congresistas y de los miembros del gobierno que le resultaban molestos, su posición no era tan sólida como pretendía hacer creer a todos y no le resultaría fácil controlar la situación. Por una parte, la presión norteamericana sobre su régimen era fuerte; por otra, y precisamente por temor a una invasión de sus vecinos, en algunos círculos cercanos al poder comenzaron a escucharse voces partidarias de la retirada del general, confirmando los rumores que hablaban de deserciones entre sus antiguos partidarios. Por último, los carrancistas proseguían su lucha, siendo cada vez más fuertes no sólo en el interior sino también en el campo de la opinión pública internacional.

La tensión con los Estados Unidos llegaba, en aquellos momentos, a tales extremos, y el peligro de una intervención armada —o al menos la sensación que tenían los mexicanos al respecto— era tan real que, según decía la prensa española, el «Ministro de Negocios Extranjeros» de México llegó a solicitar al representante de la administración estadounidense que se aplazara «toda acción, hasta que los funcionarios mexicanos pudieran hablar con Mister Lind en Veracruz»<sup>1</sup>. Detrás de su petición se encontraban los intentos de ciertos grupos antirrevolucionarios de deshacerse de Huerta, ya que muchos pensaban que si se conseguía la dimisión de éste no sería demasiado di-

---

<sup>1</sup> Sobre estas declaraciones y sobre los preparativos bélicos norteamericanos, ver *El Correo de Andalucía* del Viernes 14 de Noviembre de 1913, *El Liberal* de Sevilla del Domingo 16 y Viernes 21 del mismo mes, y *El Noticiero Sevillano* del Jueves 4 de Diciembre del mismo año.

fácil arreglar sus diferencias con los Estados Unidos e, incluso, con los rebeldes. De hecho, se habían iniciado negociaciones encubiertas entre el gabinete Wilson y distintos grupos de la sociedad mexicana sobre esta cuestión. Fueron varios los políticos, entre ellos Francisco León de la Barra y José Limantour, que presentaron planes al gobierno estadounidense para, contando con su aprobación y, desde luego, con su ayuda, arrojar a Huerta del poder y neutralizar a los revolucionarios. La propuesta de León de la Barra, realizada con la mediación del embajador británico en México, contemplaba la sustitución del ejecutivo por uno de coalición que incluyera a católicos, antirreeleccionistas e, incluso, huertistas<sup>2</sup>.

Aunque los periódicos sevillanos desconocían, por supuesto, tales conversaciones, no ignoraban la existencia de problemas internos en el bando golpista. Por esos mismos días comunicaban a sus lectores que en el círculo de «amigos» del presidente había opiniones diversas «sobre la conducta que deberán seguir, encontrándose en la disyuntiva de retirarse o continuar la lucha». Según las informaciones periodísticas, un sector del propio gobierno mexicano estaba intentando entonces convencer a Huerta para que se retirara por el bien del país, evitando con ello una invasión estadounidense. No habría que esperar mucho tiempo, sin embargo, para constatar el fracaso de estas iniciativas; el mismo día que la prensa se hacía eco de los supuestos intentos de algunos ministros por conseguir la renuncia del presidente, el propio interesado dejaba bien claro que no pensaba abandonar el ejecutivo ni pactar con los rebeldes, enfrentándose «a quien fuera necesario» para evitarlo<sup>3</sup>.

Desde entonces Huerta tendría que cuidarse no sólo de los avances carrancistas, sino de los intentos de destituirlo por parte de los que hasta poco antes eran sus simpatizantes y que, por ambición personal o, como afirmaban algunos, con el fin de conseguir llevar al país a una cierta normalidad, comenzaban a conspirar contra él. Los movimientos de descontento dentro del propio régimen contribuyeron a aumentar la sensación de confusión sobre los sucesos mexicanos que se transmitía al exterior; y, con ella, a la difusión de rumores como los que hablaban de la inminencia de un golpe de estado.

La prensa sevillana de aquellos días contaba que, según se decía en México, «en breve será detenido el general Huerta por el general Blanquet, que cuenta con la guarnición, y que se establecerá enseguida la normalidad..... Se asegura que Blanquet cuenta con el apoyo de todos los jefes y oficiales del ejército, que se proponen nombrarlo dictador. El golpe de estado tiene como objeto restablecer el orden en México»<sup>4</sup>. También se afirmó que Huerta había abandonado el palacio nacional, cuya vulnerabilidad era patente, para refugiarse «en el castillo de Chalputepec», donde se preparaba «para defen-

---

<sup>2</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs. 680-681.

<sup>3</sup> *El Correo de Andalucía*, Sábado 15 de Noviembre de 1913.

<sup>4</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 19 de Noviembre de 1913.

derse contra el levantamiento que organiza el Ministro de la Guerra», ya que «el castillo está bien provisto de armas y municiones»<sup>5</sup>.

Pronto quedaría patente, sin embargo, la falsedad de todas esas especulaciones; pocos días después de su publicación, los mismos diarios que las habían recogido en sus páginas aseguraban que Victoriano Huerta dominaba por completo la situación, y que mientras los periódicos españoles hablaban de su huida de la capital, no sólo presidía con total tranquilidad la sesión inaugural del Parlamento sino que parecía aún más consolidado en el poder. Como de nuevo señalaban las crónicas de los periodistas, había logrado deshacerse, de una u otra forma, de aquellos parlamentarios que le eran hostiles; habiendo conseguido, por tanto, el predominio de sus partidarios en la Cámara, el citado acto había tenido lugar «en medio de un gran entusiasmo. Al entrar en el Congreso los diputados lo ovacionaron, dando vivas a la integridad del defensor nacional». Antes de la apertura, seguían diciendo los rotativos, «el Senado votó una proposición consistente en proceder de acuerdo con la Cámara popular al sostenimiento del general Huerta, patriota intrépido y desinteresado»<sup>6</sup>.

Aclamaciones como la citada pudieron hacer mella en algunos de los sectores gubernamentales partidarios de la retirada de Huerta, atemorizados por la aparente adhesión de los parlamentarios y, quizás también, como ocurría con la prensa de la capital, por las posibles reacciones de un mandatario cuya violenta naturaleza, sin duda alguna, conocían. Pero desde luego no iban a servir de mucho con los sublevados contra su régimen que, bajo la jefatura suprema de Venustiano Carranza, proseguían sus avances en el norte. Su único freno parecía encontrarse, según manifestaba éste, en las dificultades que tenían para obtener armamento. De ahí sus esfuerzos por lograr el reconocimiento internacional, especialmente el de los Estados Unidos, que le era esencial para conseguir las armas necesarias para levantar un verdadero ejército contra Huerta. Con él, decía Carranza, acabaría con éste en poco tiempo y conseguiría restablecer la paz en el país.

Para entonces —finales de 1913—, el gobernador de Coahuila parecía contar con una mayor simpatía internacional que su enemigo; los que hasta muy poco antes eran denominados como «rebeldes» por los comunicados de prensa internacionales, habían pasado a ser los «constitucionalistas» y a adquirir una cierta respetabilidad en el ámbito exterior. En esto las publicaciones hispalenses, que como ya se ha dicho nunca parecieron tener demasiada simpatía por Huerta, no serían una excepción, inclinándose cada vez más abiertamente por el bando revolucionario y hablando a menudo sobre sus posibilidades de victoria. Antes de finalizar 1913, todas ellas, incluidas las conservadoras, indicaban que los «constitucionalistas» dominaban ya Sonora, Durango y «toda la parte noroccidental de la república», al tiempo que hacían caso omiso a los co-

---

<sup>5</sup> *Ibidem*, Jueves 20 de Noviembre de 1913.

<sup>6</sup> *Ibidem*, Domingo 23 de Noviembre de 1913.



municados del gobierno mexicano en sentido contrario. En esa línea a veces llegaron, incluso, a adelantarse a los acontecimientos; así, en noviembre de 1913 *El Correo de Andalucía* afirmaba que Venustiano Carranza había logrado establecer un gobierno provisional en Ciudad Juárez, cuando según algunos autores de la época, como Alessio Robles, no llegó a esa ciudad hasta marzo del año siguiente; se decía también que sus tropas seguían avanzando hacia la capital, de la que se podían apoderar «en breve»<sup>7</sup>, a pesar de que no llegaron allí por primera vez hasta casi un año más tarde.

Intentando contrarrestar el efecto propagandístico que podían tener informaciones de este tipo, que eran ya comunes en la prensa española, desde los círculos gubernamentales se emitían comunicados de naturaleza muy diferente; con el fin de ganarse a la opinión nacional e internacional, esos comunicados daban la mayor publicidad posible a las «atrocidades», supuestas o reales, llevadas a cabo por los revolucionarios e, incluso, a aquellas que no habían hecho pero que, según el gobierno, pensaban cometer. Entre estas últimas estaría, por ejemplo, «el propósito» que, según éste, tenían los insurrectos de «fusilar a Huerta sin trámite ni proceso alguno»<sup>8</sup>. De las ya realizadas se citaban, entre otras, las presuntamente ejecutadas cerca de la población de Santa Elena donde, según las notificaciones oficiales, tras la voladura de un tren militar por parte de los insurgentes «fue hecho prisionero el teniente coronel Falcón», al que «los rebeldes le arrancaron las orejas y la lengua, saltándole los ojos antes de rematarle. Otro tanto hicieron con varios prisioneros más»<sup>9</sup>.

La propaganda huertista, sin embargo, no hizo más fácil conseguir hombres y dinero para su ejército; y tampoco tuvo influencia alguna en el retraso del definitivo triunfo carrancista. Si la demora se produjo fue, esencialmente, por dos motivos; el primero, las dificultades que tenían para conseguir armas; el segundo, los desacuerdos internos representados, sobre todo, por los enfrentamientos producidos entre Carranza y Villa. El Plan de Guadalupe, publicado en marzo de 1913 por los que se denominaron a sí mismos constitucionalistas, no sólo desautorizaba la presidencia de Victoriano Huerta y «legitimaba» la Revolución, sino que nombraba a Carranza «Primer Jefe» del ejército y lo designaba para hacerse cargo de la presidencia de la república, convirtiéndolo así, en el caso de que el plan fuera aceptado por todos los grupos rebeldes, en líder nacional de la Revolución.

El problema surgiría a la hora de hacer efectivo su liderazgo. La moderación del Plan de Guadalupe por lo que se refería a las cuestiones sociales fue vista con recelo por muchos de los sublevados, incluidos algunos de los que habían apoyado a Venustiano Carranza, que, de un modo u otro, intentaron oponérsele. Si a ello se une el hecho de que la mayoría de las tropas revoluciona-

---

<sup>7</sup> *El Correo de Andalucía*, Sábado 29 de Noviembre de 1913. Según ALESSIO ROBLES, Miguel, (*Historia política de...*, pág. 105), no llega a esa ciudad hasta marzo de 1914.

<sup>8</sup> *El Liberal* de Sevilla, Martes 2 de Diciembre de 1913.

<sup>9</sup> *Ibidem*, Lunes 8 de Diciembre de 1913.

rias tenían que buscar su propia financiación y obedecían sólo al jefe que las reclutaba, muchas veces un caudillo local que en nada dependía de aquél, no siempre resultaría fácil imponer la autoridad del que había sido designado jefe supremo. Entre todos esos líderes Francisco Villa sería el que opondría la resistencia más peligrosa para al pretendido representante de la autoridad nacional. Para los periódicos sevillanos, que como ya se ha dicho parecían simpatizar con los constitucionalistas, los desacuerdos entre ambos caudillos se debían, sobre todo, a que Villa, al que calificaban como «radical» y al que, en definitiva, consideraban un simple bandolero, «aspira, con más empeño que nunca a ocupar la presidencia de aquella república», con lo que los moderados, que serían la mayoría de los que seguían a Carranza, no podían estar de acuerdo<sup>10</sup>.

La realidad, por supuesto, era mucho más compleja de lo que se deducía de las informaciones ofrecidas por la prensa española; pero en algo sí coincidían con aquélla: los desacuerdos eran ciertos. A pesar de las importantes victorias que las tropas de Francisco Villa, nombrado jefe de la división del norte del ejército carrancista, estaban consiguiendo, su general no gozaba, precisamente, de la simpatía y el favor de Venustiano Carranza. A sus ojos Villa no era muy diferente a la imagen que de él daban los medios de la capital mexicana y gran parte de los internacionales, incluidos los peninsulares; la opinión que tenía de él era la de uno de esos caudillos locales sin formación alguna e independiente, que había que controlar.

No sólo desobedecía las órdenes del primer jefe del ejército sino que con algunas de sus actuaciones contra los extranjeros, de las que el llamado caso Benton, que trataremos más adelante, sería un claro ejemplo, deterioraba la imagen que los constitucionalistas pretendían transmitir de sí mismos. En unos momentos en que era esencial para ellos atraerse la simpatía y el reconocimiento internacionales, las acciones de Villa no hacían sino ocasionarles considerables problemas diplomáticos. Para intentar controlarlo Carranza lo puso bajo la autoridad de Obregón, pero, ante la resistencia de Villa a someterse, no tuvo más remedio que terminar cediendo ante un caudillo cuya capacidad de liderazgo era muy superior a la de la mayoría de los mandos militares y que, además, estaba contribuyendo extraordinariamente con sus triunfos al avance de los revolucionarios.

No obstante, las disidencias entre sus enemigos no parecían aliviar demasiado la presión a que Huerta se veía sometido. Los enfrentamientos armados continuaron y, pese a los desmentidos oficiales, todos los observadores tenían la sensación de que los rebeldes iban ganando terreno poco a poco. Al menos eso es lo que se deduce de la lectura de la prensa española de comienzos de 1914, aunque sus informaciones resultaran muchas veces confusas. Las publicaciones sevillanas ofrecían en aquellos momentos, quizás todavía en mayor grado que en otras ocasiones, multitud de noticias contradictorias sobre la marcha de la guerra. A menudo confundían personajes y situaciones y, en función

---

<sup>10</sup> *El Correo de Andalucía*, Miércoles 17 de Diciembre de 1913.

de las fuentes, las victorias caían a favor de uno u otro bando; pero, en general, hablaban más de los triunfos de los insurrectos que de los de sus rivales.

Los rotativos hispalenses, recogiendo algunas de ellas, que procedían concretamente de Chihuahua, llegaron a hablar de la inmediata instauración de «una nueva república» en el norte. Según las noticias recibidas en España sobre su creación, «los iniciadores del proyecto están terminando ya su plan». «Los jefes rebeldes», por su parte, declaraban que era precisamente la puesta en marcha del citado proyecto lo que había retrasado la ocupación de algunas ciudades como Torreón que, pese a ello, era considerada inminente por todos los observadores del conflicto<sup>11</sup>. Los rebeldes parecían ir ganando no sólo la lucha armada sino, además, la batalla de la propaganda. Al tiempo que los diarios informaban sobre sus supuestas victorias, lo hacían también acerca de un hipotético incremento en las deserciones en torno a Huerta. En este aspecto señalaban, citando fuentes estadounidenses, que a finales del mes de enero se había descubierto un complot contra el presidente, organizado en la propia capital por «el general González y el coronel Vito». Según esas mismas fuentes, la conspiración había sido abortada con el fusilamiento de «unos cuantos implicados» y el destierro de otros aunque, como algunos habían logrado escapar, «se hacen gestiones para atrapar a otros conjurados»<sup>12</sup>.

Fueran o no reales las conspiraciones para arrojar a Huerta del poder, la posición del mandatario mexicano era, en los primeros meses de 1914, bastante precaria. Según las noticias que se recibían en España desde aquel país, el régimen no sólo tenía serios problemas en el norte; en la misma capital imperaba el desorden y diariamente se celebraban grandes manifestaciones contra Huerta que, con frecuencia, terminaban en duros enfrentamientos. Como había ocurrido en los últimos días de gobierno de Porfirio Díaz, la población parecía perder poco a poco el miedo al dictador y se lanzaba a la calle cada vez en mayor número. Así, en el mes de marzo los rotativos peninsulares daban cuenta de que una «gran manifestación» había recorrido las calles de la ciudad de México, «protestando de la política del general Huerta». En ella, decía un diario sevillano, «se dieron muchos muertos a aquél» y «la policía intervino, viéndose obligada a abrir fuego para disolverla» y practicando varias detenciones. Y aunque, según los comunicados oficiales, los desórdenes no se habían repetido, «las tropas están acuarteladas en previsión de que se produzcan acontecimientos»<sup>13</sup>.

## Los problemas económicos

A las dificultades políticas y militares a que tenía que hacer frente el régimen huertista se sumarían muy pronto las financieras que, a su vez, difi-

---

<sup>11</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 25 de Febrero de 1914.

<sup>12</sup> *El Correo de Andalucía*, Jueves 29 de Enero de 1914.

<sup>13</sup> *El Liberal* de Sevilla, Lunes 30 de Marzo de 1914.

cultarían la marcha de la campaña militar. Ya se ha dicho antes que a pesar del daño ocasionado a la economía por el levantamiento armado de 1910, en la etapa maderista sus consecuencias eran todavía limitadas y reparables; pero con la prolongación del conflicto armado, así como con la mayor dureza que alcanzó la lucha, la situación del gobierno huertista, cada vez más necesitado de hombres y armas, se agravó considerablemente.

Ahora bien, aunque en la prensa española encontramos pocas referencias a esta cuestión, de hecho *El Liberal* es el único de los diarios sevillanos en el que aparece alguna noticia al respecto, ya a comienzos del mandato de Victoriano Huerta los rotativos peninsulares se habían hecho eco de sus dificultades financieras. Incapaz de hacer frente a su compromiso de compensar a los extranjeros, decían, el ejecutivo tenía el propósito de solicitar del Parlamento «un empréstito de doscientos millones de pesos, cuya mayor parte se empleará en el pago de indemnizaciones» a los afectados por la Revolución<sup>14</sup>. En una situación como la que atravesaba la administración huertista, con carencias importantes en muchos campos, puede sorprender que se pidiera un crédito para hacer frente a esas reparaciones cuando, al menos en teoría, había otras necesidades más urgentes que solucionar. Pero es que esta cuestión era vital para él; si quería tener de su lado la opinión internacional, Huerta no tenía más remedio que cumplir la obligación que había contraído.

No obstante el pago de las indemnizaciones no sería el único problema económico serio al que tendría que hacer frente de inmediato. Con la continuación del conflicto armado el presupuesto militar creció extraordinariamente; los gastos estatales no hacían sino incrementarse, mientras disminuían considerablemente las rentas públicas. Los efectos de la larga guerra sobre los sectores productivos se hacían cada vez más patentes; para complicar la cuestión, algunas de las zonas más ricas del país habían quedado desde el principio en manos rebeldes<sup>15</sup>, por lo que las finanzas estatales terminaron por derrumbarse. En noviembre de 1913, *El Liberal* de Sevilla publicaba una breve nota sobre su desmoronamiento, asegurando que la situación económica mexicana era tan desastrosa y el estado financiero de la administración tan precario, que «después de treinta años han dejado de cobrar por primera vez sus pagas los empleados» públicos<sup>16</sup>.

El gobierno no dudaba en culpar a los insurrectos de tal estado de cosas; y en este sentido su propaganda tuvo un cierto éxito, incluso en ámbitos periodísticos que no simpatizaban en exceso con él. Es el caso de *El Liberal* que, al mismo tiempo que proporcionaba la información anterior, indicaba que, efectivamente, Huerta tenía en parte razón, porque los sublevados saqueaban todo lo que encontraban a su paso causando innumerables pérdidas

---

<sup>14</sup> *Ibidem*, Viernes 28 de Febrero de 1913.

<sup>15</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs. 644 y 672 a 675.

<sup>16</sup> *El Liberal* de Sevilla, Domingo 2 de Noviembre de 1913.



económicas. Como un ejemplo de ello contaba como «después de la derrota de Monterrey, los revolucionarios incendiaron los talleres y almacenes de los ferrocarriles, así como ochocientos vagones, doscientos llenos de mercancías». Los destrozos, decía ese diario, «se calculan en cinco millones de pesos»; y para terminar añadía, que «muchos almacenes de propiedad particular establecidos en los arrabales de la población» habían «sido destruidos igualmente»<sup>17</sup>.

Los insurgentes, sin embargo, no eran los únicos culpables; a la crisis productiva ocasionada por la guerra vino a unirse la desastrosa política económica del régimen huertista. Su necesidad de conseguir efectivo para los gastos militares llevó al gobierno a recurrir en exceso al crédito, tanto externo como interno, y a la emisión de papel moneda, contribuyendo con ello a empeorar la crisis financiera y a acrecentar la desconfianza sobre la capacidad de responder a sus obligaciones. Por otra parte, y al margen de esa desconfianza, los intentos de financiación externa no resultaban fáciles mientras los Estados Unidos no reconocieran al gabinete de Huerta. En esas condiciones el mandatario mexicano buscó fuentes de financiación alternativas en Europa, y concretamente en Gran Bretaña. Allí consiguió un empréstito de 20 millones de libras en junio de 1913, aunque tras la entrega de la primera parte de éste, seis millones, que se destinó a pagar las deudas más inmediatas, y ante la debilidad que parecía mostrar ya entonces el sistema, los banqueros se negaron a suministrar el resto de la cantidad acordada<sup>18</sup>.

En semejante situación, con la tesorería prácticamente sin recursos, el gobierno tuvo que suspender el pago de la deuda externa. No toda se debía a su desastrosa gestión, ya que la mitad correspondía a los bonos de la empresa de Ferrocarriles Nacionales de México creada por Limantour; pero, fuera cual fuera su origen, alcanzaba entonces los seiscientos millones de pesos, cantidad muy alejada de las capacidad de la Hacienda mexicana. Ante la imposibilidad de conseguir entonces financiación exterior, se vio obligada a recurrir al crédito interno. Éste tampoco resultaría fácil de obtener, en unos momentos en que los bancos mexicanos se tambaleaban a causa de la inflación provocada por la emisión descontrolada de papel moneda<sup>19</sup>. A finales de 1913 los periódicos españoles señalaban en este sentido, que «el pánico en la ciudad de Méjico es enorme. La mayoría de las gentes retiran el dinero que tienen de las bancos y establecimientos de crédito, formándose largas colas, principalmente en el Banco Nacional»<sup>20</sup>. Ante el temor de que

---

<sup>17</sup> *Ibidem*.

<sup>18</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs. 676-677.

<sup>19</sup> LUDLOW L. y MARICHAL, C.: «Introducción»; en LUDLOW, L. y MARICHAL, C. coords: *Un siglo de Deuda Pública en México*. Instituto Mora, México, 1998, pág. 22. Sobre la generación de esa deuda ver Marichal: «La deuda externa y las políticas de desarrollo económico durante el porfiriato: algunas hipótesis de trabajo», en la misma obra, págs. 190-205. Ver también KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, pág. 677.

<sup>20</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 12 de Noviembre de 1913.



se produjera la quiebra, eran muchos los impositores que retiraban sus fondos de las entidades crediticias, contribuyendo así a extender la alarma y a agravar la delicada situación de aquéllas.

La propaganda oficial intentaba quitar importancia al asunto para neutralizar los recelos de los impositores; sus declaraciones sobre la estabilidad económica del país, de algunas de las cuales se hicieron eco los periódicos peninsulares, fueron constantes. Como fruto de su labor, en España comenzaron a recibirse algunas noticias que aseguraban que la economía mexicana iba superando el bache de los meses anteriores y que los bancos estaban en condiciones de proporcionar dinero a la administración. Los telegramas que se recibieron entonces de México, aunque no sabemos su origen, hablaban de la mejoría del estado financiero del gobierno, en parte porque «dos grandes casas bancarias anuncian que están dispuestas a suministrar plata»; eso sí, según las informaciones periodísticas, lo harían con una condición: «siempre que no se quiera llegar a la especulación que originó la actual situación». Para evitarlo, indicaban, «las citadas casas solo pondrán en circulación pequeñas sumas»<sup>21</sup>.

Se afirmaba también que el panorama económico se estabilizaría aún más en un plazo breve, gracias a un empréstito que habían prometido los Estados Unidos; lo que no se decía era que dicho crédito estaba condicionado a la retirada de Huerta de la presidencia, algo que éste no parecía muy dispuesto a admitir. Como el préstamo parecía así demasiado lejano y la solución del problema exigía algo más que declaraciones voluntaristas, la administración se vio obligada a buscar financiación alternativa por la vía de los impuestos. A finales de 1913 *El Liberal* de Sevilla decía que, con el fin de conseguir dinero para la hacienda pública, las autoridades habían aumentado en un cien por cien «los impuestos del timbre, el algodón, el tabaco, y el petróleo». Pero la escasez de efectivo no afectaba sólo a las finanzas estatales; la falta de circulante obligó a los bancos a emitir más billetes de uno y dos pesos sin respaldo real, ayudando con ello al incremento de la inflación y a que los comestibles alcanzaran en el mercado un precio «elevadísimo, haciéndose cada vez mayor el peligro de la escasez de provisiones»<sup>22</sup>.

A pesar de ello la propaganda gubernamental, y así se reflejó en la prensa española, seguía quitando importancia al asunto. Apenas unos días después de que esas alarmantes noticias aparecieran en los diarios, *El Liberal* de Sevilla daba cuenta a sus lectores de la llegada a España de «un antiguo ministro mexicano», del que no se indicaba el nombre, que dentro de la política de propaganda que llevaba a cabo el régimen, declaraba a los periodistas que la situación económica mexicana, siendo grave, no era «desesperada, pues el país tiene todos sus compromisos cubiertos». «Nuestro país es rico y vigoroso» decía el ex ministro, «y da pruebas constantes de su vitali-

---

<sup>21</sup> *Ibidem*, Sábado 15 de Noviembre de 1913.

<sup>22</sup> *Ibidem*, Sábado 22 de Noviembre de 1913.

dad». Recordó que hacía «algún tiempo se realizaron gestiones para obtener un empréstito»; pero es que, añadía, «cuando las naciones atraviesan un periodo anormal, acuden a otros pueblos». Como señalaba el mismo diario un día después, el panorama, sin embargo, no debía estar tan claro cuando «los establecimientos de crédito» adoptaban «toda clase de precauciones», y cuando «los directores de algunas sucursales de casas de banca» de la capital, habían recibido la orden de cerrar «y de trasladar a Progreso toda la documentación de sus archivos»<sup>23</sup>.

El problema se veía agravado, además, por la actuación del bando revolucionario en este campo; los carrancistas, tan necesitados de efectivo para proseguir la lucha como los federales, recurrieron a la misma solución que sus contrincantes, la emisión de papel moneda; y el descontrol, en este caso, sería aún mayor que en el bando huertista. Según las informaciones que recogían los periódicos sevillanos, hasta «el general Villa», no contento con haber decretado «la confiscación de todos los bienes» en Ciudad Juárez, pretendía acuñar moneda con su busto, ofreciendo cincuenta mil pesos por una maquina acuñadora. El caos económico y financiero era tal, que un portavoz del Banco Central llegó a manifestar «que éste no aceptaría billetes de otros establecimientos, a no ser descontando el veinticinco por ciento». Para colmo el Banco de Londres, según la prensa española «el más fuerte de México» y, además, el único de capital extranjero que parecía dispuesto a conceder créditos al gobierno huertista, había «suspendido pagos, habiendo producido un enorme pánico». Los periódicos hispalenses se hicieron rápidos eco de esta noticia señalando que, en un intento por evitar «la catástrofe», el gobierno había declarado festivos todos los días hasta el uno de enero<sup>24</sup> de 1914, plazo que se amplió enseguida hasta el dos de marzo.

La suspensión de pagos del Banco de Londres mostraría toda su gravedad a comienzos de 1914, cuando la desconfianza general en el sistema llevaría a las entidades financieras europeas a tomar la decisión de negar cualquier tipo de crédito al desprestigiado gabinete de México<sup>25</sup>. El descrédito era tal, que Huerta tuvo que emitir un decreto «ordenando la circulación forzosa de los billetes de todos los bancos mexicanos»; y para conseguir los recursos que le negaba la banca internacional, anunció que confiscaría los bienes de todos aquellos «comprometidos en la rebelión» que hubieran abandonado el país, pensando que la medida facilitaría «al gobierno, varios millones de dólares». El propio ejecutivo huertista no tuvo ya más remedio que reconocer la gravedad de la crisis al afirmar que, aunque existía «una oferta de sesenta millones de pesos como empréstito», habría «que recurrir» de nuevo «a la emisión de papel moneda»<sup>26</sup>. Confirmando, al menos en par-

---

<sup>23</sup> *Ibidem*, Lunes 1 y Martes 2 de Diciembre de 1913.

<sup>24</sup> *Ibidem*, Jueves 18 y Miércoles 24 de Diciembre de 1913.

<sup>25</sup> RICHMOND: *La lucha nacionalista de.....*, pág. 74.

<sup>26</sup> *El Liberal* de Sevilla, Domingo 15 de Marzo de 1914.

te, esas noticias, aunque a los pocos días el ministerio de Hacienda hacía público que el Tesoro había recibido «un empréstito de cincuenta millones de piastras para atender a los gastos de guerra»<sup>27</sup>, hubo, efectivamente, que volver a la emisión de billetes.

Con todo ello el dinero del régimen se devaluaba cada vez más mientras que, por el contrario, los títulos puestos en circulación por los constitucionalistas eran aceptados, incluso, en el exterior. En el fondo esta diferencia no estaba marcada por criterios estrictamente económicos; al igual que sus enemigos, los carrancistas recurrieron descontroladamente, como se ha dicho, a la emisión de papel moneda y, objetivamente, sus billetes tenían también poco valor. Lo que realmente estaba ocurriendo en aquellos momentos era que mientras aumentaba la desconfianza nacional e internacional sobre las posibilidades de Huerta de mantenerse en el poder, lo hacía también, paralelamente, la confianza en el triunfo de los constitucionalistas. Éstos habían abierto ya un consulado en Nueva York donde, en palabras de la prensa española, eran admitidos «sus títulos,... en tanto que se rechazaba el dinero mejicano hasta en Tampico»<sup>28</sup>, lo que no era sino una muestra más de la debilidad a que había llegado el huertismo.

## El deterioro de las relaciones con Europa

Otra gran problemática a la que tendría que atender la administración mexicana sería la de las relaciones internacionales. En el caso de Europa éstas ofrecían, en principio, notables diferencias, ya que mientras algunas naciones, entre ellas España, habían reconocido, como se ha dicho, al gobierno de Huerta, otros países del viejo continente no lo hicieron. Alemania y Gran Bretaña, además, no se limitaron al reconocimiento formal sino que, por distintos motivos, apoyaron claramente al régimen; en tales condiciones, resultaba imposible llegar a una posición común ante la Revolución.

En medio de lo que no era sino una verdadera y cruel guerra civil, todas las autoridades europeas estuvieron de acuerdo en tomar una serie de medidas que pudieran servir para proteger a sus respectivos ciudadanos residentes en México; entre ellas estaba la negociación con los dos grandes bandos en conflicto para intentar encontrar una ciudad que pudiera ser reconocida como neutral tanto por los federales como por los carrancistas, con el fin de que los extranjeros se refugiaran en ella en el caso de que la capital fuera atacada o sitiada. Sólo en cuestiones como la citada lograron un cierto consenso, lo que llevó a los diarios españoles a afirmar que «las cancillerías europeas» habían «desistido de intervenir en los asuntos interiores da Méjico»<sup>29</sup>.

---

<sup>27</sup> *Ibidem*, Sábado 4 de Abril de 1914.

<sup>28</sup> *Ibidem*, Miércoles 27 de Mayo de 1914.

<sup>29</sup> *Ibidem*, Miércoles 19 de Noviembre de 1913.

No obstante la posición europea iría evolucionando paulatinamente contra el régimen mexicano. Ya desde finales de 1913 se alzaban algunas voces que coincidían con aquellas que, desde los Estados Unidos, pensaban que no había más remedio que intervenir de manera directa para acabar de una vez por todas con la guerra que se libraba allí, que afectaba a los intereses de todos, hubieran reconocido o no al régimen huertista. En esta posición se encontraba, por ejemplo, el rotativo parisino *Le Temps* que, según informaba *El Liberal* de Sevilla, «en su boletín del extranjero» decía a propósito de la situación mexicana, «que en consecuencia de la obra de muerte, destrucción y de ruina que se desarrolla en Méjico, se acerca el momento en que la humanidad y el interés general van a encargar a todas las potencias, una acción enérgica para forzar a los partidarios mejicanos a que depongan las armas, y a poner fin a una situación que ha llegado a ser intolerable».

Ese momento, según la opinión mayoritaria de la prensa española, había llegado ya; una muestra de ello serían las entrevistas mantenidas por Huerta con el almirante de las fuerzas inglesas que habían arribado a Veracruz para la protección de sus «súbditos», por una parte, y con el comandante del buque francés Condé, por otra. Los dos militares, al parecer por encargo de sus respectivas administraciones, intentaron obtener del mandatario mexicano una promesa de que negociaría de algún modo el fin del conflicto; ambos encuentros, no obstante, terminarían con resultado negativo<sup>30</sup> y, con ello, Huerta se encontraría cada vez más aislado internacionalmente.

En el caso de España el gobierno tardó algo más que la prensa en inclinarse claramente hacia el bando carrancista, a pesar de que cada vez eran más numerosos los residentes españoles en desacuerdo con el régimen. Con las finanzas estatales literalmente en quiebra, Huerta, agobiado económicamente, decidió, entre otras medidas, la intervención de bienes privados y la reclamación de préstamos forzosos, con el consiguiente descontento de banqueros y empresarios. Entre ellos estaban algunos de los más destacados miembros de la colonia española, parte de los cuales fueron modificando su actitud respecto al mandatario mexicano. Pero el cambio iniciado en la prensa y entre esos residentes españoles tardaría todavía en tomar forma, porque las constantes intromisiones de los Estados Unidos en los asuntos internos mexicanos parecían actuar en contra de su consolidación.

Las especulaciones sobre una probable intervención norteamericana y, por lo tanto, de un inevitable conflicto armado entre ambas naciones, fueron una constante en la prensa sevillana, especialmente desde el mes de noviembre de 1913. Todos los periódicos informaban de manera recurrente, aunque lo hicieran con algunas variaciones, acerca de los distintos rumores que corrían por México sobre la inminencia de una acción armada de los Estados Unidos. Unos hablaban de supuestos ultimátums de los norteamericanos, que podrían llegar, según ellos, «hasta la invasión del territorio mejica-

---

<sup>30</sup> *Ibidem*, Martes 2 de Diciembre de 1913.



no», si no conseguían «que el general Huerta y los que le siguen abandonen el gobierno»<sup>31</sup>. Otros decían que la intervención estaba ya en marcha; que se habían acumulado «muchos elementos en las cercanías de la frontera con ese fin», y que «diez buques de guerra hállanse en Aguas del Atlántico y cinco en el Pacífico»<sup>32</sup>, a la espera de recibir la orden de actuar.

Todas esas noticias eran recibidas con indignación por los rotativos peninsulares, unánimemente contrarios a la actuación estadounidense. Tras la amarga experiencia de 1898 en Cuba, su intervención no podía ser bien vista ni por ellos ni por un sector considerable de la población española en México. Según informaba la prensa sevillana, una parte de aquélla, indignada por semejante intromisión en los asuntos internos mexicanos, llegó a rechazar la «protección» que los Estados Unidos ofrecieron a los extranjeros residentes en Veracruz<sup>33</sup>.

Para entonces, casi todos los países con población residente en aquella república habían enviado a sus costas algún navío de guerra para poder auxiliar a aquélla en caso de necesidad. También el gobierno español decía encontrarse profundamente preocupado por la suerte de sus ciudadanos y, si hacemos caso de las informaciones periodísticas, se había planteado, en más de una ocasión, el envío de un crucero a Veracruz con la misión de protegerlos. Pero habiendo preguntado sobre la conveniencia de hacerlo a su representante en México, éste, alegando que con ello sólo se lograría herir la dignidad mexicana, como hacían los norteamericanos, se mostró siempre contrario a tal medida<sup>34</sup>.

El ministro español parecía aliarse de nuevo, como al principio de la Revolución, con el sector más conservador de la colonia española; ignoraba así la opinión de un grupo considerable de ésta, que pensaba ya que la amenaza de una intervención norteamericana no era sino la evidencia de que el dirigente mexicano nunca sería aceptado en el concierto internacional y que había que buscar nuevos aliados que despertaran menos recelos en el exterior. Estos últimos creían, además, que la política de amistad del gobierno peninsular con Huerta no sólo agravaba sus problemas con los rebeldes sino que impedía al representante español ejercer la presión suficiente ante el mandatario mexicano para velar adecuadamente por su seguridad. En este sentido fueron muchas las quejas sobre la actuación de dicho ministro y sobre la del propio gobierno peninsular, que fue acusado, con frecuencia, de no hacer lo necesario en defensa de la vida y las propiedades de sus súbditos en aquel país<sup>35</sup>.

---

<sup>31</sup> *El Correo de Andalucía*, Sábado 8 de Noviembre de 1913.

<sup>32</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 21 de Noviembre de 1913.

<sup>33</sup> LUDLOW: «Empresarios y banqueros....», pág. 163.

<sup>34</sup> *El Liberal* de Sevilla, Domingo 8 de Febrero de 1914, y AHEEM: caja 281, leg. 1, núm.29. Cit. por Illades: «Los propietarios españoles...», pág. 177.

<sup>35</sup> Ver, en este sentido el artículo «Un español recién llegado de Méjico», publicado en *El Correo de Asturias* del Miércoles 12 de Noviembre de 1913, recogido, en parte, por ILLADES: «Los propietarios españoles...», pág.177.



La mayoría de las protestas en este sentido fueron apoyadas por gran parte de la prensa peninsular, incluida la conservadora, aunque esta última fuera partidaria de mantener relaciones con el régimen huertista. *ABC* de Madrid, por ejemplo, fue uno de los diarios que más reclamó la atención de las autoridades en este sentido; entre otras peticiones al respecto, publicó una carta de un autodenominado «comité general» de la colonia española expulsada de Chihuahua, en la que, además de narrar los atropellos de Villa contra ellos, «se quejaban de la falta de atención del gobierno español, y pedían que éste exigiera la devolución de los 32 millones de pesos a que se elevaba el valor de las confiscaciones» realizadas por aquél. En esto estuvieron de acuerdo publicaciones tan alejadas ideológicamente de aquélla como *El Socialista*, también de Madrid, que a menudo criticó «la ineficacia del gobierno español a la hora de asegurar la protección de los españoles» en aquella república. Este periódico, sin embargo, no pedía el apoyo gubernamental para los sectores privilegiados de la colonia española; su solidaridad iba dirigida a los que no sólo no tenían medios para defenderse, sino ni siquiera para costearse un posible regreso a la península<sup>36</sup>.

No obstante, esta última preocupación de la prensa no parece que tuviera mucha base. Aunque de su lectura pueda deducirse lo contrario, no parece que fueran muchos los residentes españoles que pretendieran abandonar el país, salvo que residieran en zonas de las que eran literalmente expulsados por caudillos como Villa. De hecho, en los años más duros para ellos, entre 1911 y 1914, los más anárquicos y sangrientos también para el resto de la población, salieron de México tantos como llegaron<sup>37</sup>. Pero fueran muchos o pocos los residentes peninsulares partidarios de que el gabinete de Madrid actuara con mayor firmeza ante el mexicano, lo que sí parece cierto es que a comienzos de 1914 la prensa española, con independencia de su ideología, se mostraba claramente a favor de actuar con mayor firmeza frente a Huerta y su gobierno.

Por otra parte, todos los diarios juzgaban muy duramente en sus páginas a los Estados Unidos por sus preparativos bélicos, así como por el levantamiento del embargo en la venta de armas a los carrancistas<sup>38</sup>; pero, al mismo tiempo, ambos hechos terminaron por convencer a los medios de comunicación, incluidos los sevillanos, de que la caída de Huerta era inminente y de que, como habían hecho ya los Estados Unidos y algunos españoles residentes en México, había que acercarse al bando constitucionalista. La

---

<sup>36</sup> Ver los artículos «Españoles atropellados. Los horrores de Méjico. Relato conmovedor. Villa, dueño de Chihuahua», «La Revolución Mejicana. Son asesinados 175 españoles», y «La política. Hablando con Dato». El primero de ellos apareció en el *ABC* de Madrid del Viernes 30 de Enero de 1914, y los otros en *El Socialista* de la misma ciudad de los Viernes 10 de Octubre de 1913 y 10 de Abril de 1914. Cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana...*, págs. 145-152.

<sup>37</sup> ILLADES: «Los propietarios españoles...», pág. 177.

<sup>38</sup> *El Liberal* de Sevilla, Martes 17 de Febrero de 1914.

administración española tardó más en dar ese paso que la opinión publicada, como dijimos; pero comenzó a mostrarse paulatinamente más cauta en sus relaciones con el régimen huertista, al tiempo que empezaba a tender puentes con sus rivales.

España no iba a ser la única, además, en replantearse su política en México. El panorama internacional se había ido complicando y, con él, también las relaciones externas mexicanas; en este sentido, las tensiones que desembocarían en la Primera Guerra Mundial tendrían indudables repercusiones. Consecuencia de ellas sería la pérdida del apoyo británico, mucho más importante para Huerta que el alejamiento del gobierno español. Por una parte, la situación internacional empujaba cada vez más a ese país a actuar de manera conjunta con los Estados Unidos y frente a Alemania; por otra, la posición de sus ciudadanos en México era cada vez más delicada ante los insurrectos, sin que Huerta pareciera capaz de hacer nada al respecto.

En enero de 1914, por ejemplo, los insurgentes atacaron un tren de mercancías en una línea perteneciente a capital británico. El representante del Reino Unido presentó la correspondiente protesta ante Huerta que, al igual que otras veces, fue ignorada<sup>39</sup>. Como, al parecer, el contrato de concesión de dicha línea por parte del gobierno mexicano así lo autorizaba, se habló entonces de que, para custodiarla, Gran Bretaña enviaría sus propias tropas a México. No sabemos si realmente sucedió así; de lo que sí tenemos constancia es de que en el mes de febrero desembarcaron en Veracruz «cañones y marinos ingleses» para proteger la legación de aquel país; y, según decían los periódicos españoles, las tropas llegadas en los navíos de otras «potencias» amenazaron a Huerta con adoptar «medidas análogas» a las tomadas por los británicos<sup>40</sup>; la pérdida de aliados en el campo internacional se hacía cada vez más evidente para el mandatario mexicano.

Sin embargo, la ruptura entre el régimen huertista y Gran Bretaña no tendría lugar todavía; el gobierno británico continuó algún tiempo más manteniendo relaciones con Huerta, con lo que sus ciudadanos no se vieron libres de los ataques de algunos de los grupos que luchaban en el bando carrancista. Una muestra de ello fue el ya citado caso Benton, recogido por toda la prensa internacional. Según contaban los periódicos sevillanos sobre este incidente, a mediados del mes de febrero de 1914 el cónsul de los Estados Unidos en Ciudad Juárez notificaba a la mujer del citado ciudadano británico, que su marido había sido fusilado por Pancho Villa. La causa del suceso, señalaban, había sido que «aquél se presentó a Villa para transportar a los Estados Unidos cuatrocientas cabezas de ganado. Villa le negó dicho permiso, y con este motivo trabaron una disputa que terminó con la orden de éste de fusilar a Benton»<sup>41</sup>.

---

<sup>39</sup> *Ibidem*, Martes 13 de Enero de 1914.

<sup>40</sup> *Ibidem*, Martes 17 de Febrero de 1914.

<sup>41</sup> *El Correo de Andalucía*, Domingo 23 de Febrero de 1914.

Su muerte alcanzó tal repercusión internacional, que Villa se vio obligado a dar una explicación. Su versión, recogida por algunos medios de comunicación internacionales, como el diario francés *Le Matine*, venía a desmentir la que corría aquellos días por las cancillerías y las redacciones de los periódicos de distintos países. Según ésta, «el súbdito Benton fue juzgado por un consejo de guerra, y condenado por probarse que trató de asesinar al general Villa»<sup>42</sup>. En aquellos momentos era prácticamente imposible saber lo que había ocurrido realmente, ya que tanto las informaciones que llegaban a España como las que circulaban por el propio México eran bastante confusas; pero, tuviera o no razón Villa, el hecho es que su acción venía a dificultar las relaciones internacionales que los constitucionalistas trataban de establecer laboriosamente. Algunos rumores recogidos por las publicaciones españolas afirmaban que Gran Bretaña había forzado a Washington a intervenir ante los revolucionarios para poner freno a hechos de ese tipo, pero que la respuesta de éstos había sido amenazar con que si el cónsul inglés, que se hallaba en los Estados Unidos, se atrevía a cruzar la frontera, «peligraría su vida»<sup>43</sup>.

Al margen de cualquier rumor como el anterior, es evidente que incidentes como el citado no beneficiaban en nada a Venustiano Carranza que, no sabemos si por iniciativa propia o por efecto de las presiones internacionales, se decidió a intervenir. El primer jefe, decían los periódicos de la capital andaluza, convocó una reunión de «su gobierno» para estudiar la mejor forma de dar solución al problema diplomático creado por la muerte de Benton. En ella se decidió la formación de una comisión para investigar el fusilamiento, al frente de la cual se nombró al «ministro de negocios»<sup>44</sup>. Las conclusiones de la investigación, sin embargo, sólo ayudarían a incrementar la confusión; desmintiendo las dos versiones anteriores, la comisión concluyó que Benton no había sido fusilado por Villa, como afirmaban algunos, sino que había muerto como resultado de un ataque de los revolucionarios al tren en el que pretendía conducir su ganado<sup>45</sup>.

Esta última versión fue rechazada por el gobierno británico; pero no parece que pudiera hacer nada al respecto salvo continuar inútilmente con sus protestas y, como ya venía apuntando, cambiar su política en México alejándose de Huerta. Su amistad con el gobierno de éste había convertido a sus ciudadanos residentes allí en objetivo de los ataques de algunas bandas rebeldes; por otra parte, el temor al enfrentamiento con Alemania a medida que se acrecentaba el peligro de guerra en Europa, llevó a Gran Bretaña a optar por la amistad con los Estados Unidos y por defender su política en

---

<sup>42</sup> *El Liberal* de Sevilla, Lunes 2 de Marzo de 1914.

<sup>43</sup> Fueron varias las noticias sobre el suceso que por aquellos días recogía la prensa sevillana, aunque bastante confusas; en su mayor parte procedían de informaciones aparecidas en periódicos norteamericanos y franceses.

<sup>44</sup> *El Liberal* de Sevilla, Jueves 5 de Marzo de 1914.

<sup>45</sup> *Ibidem*, Martes 7 de Abril de 1914.

México, renunciando a cualquier enfrentamiento con ellos por el petróleo, aunque fuera en detrimento de los supuestos intereses de sus compañías<sup>46</sup>. De este modo Huerta se fue quedando cada vez más aislado internacionalmente; los únicos apoyos más o menos efectivos que le quedarían fuera del país serían los de Alemania y Japón, lo que daría lugar a una serie de choques «entre las potencias» que, al poco tiempo, iban a enfrentarse en la Primera Guerra Mundial.

## El enfrentamiento con los Estados Unidos

En cuanto a los Estados Unidos la reacción de su gobierno a las maniobras realizadas por Huerta con motivo de las elecciones fue coherente con las postura que venía manteniendo la nueva administración encabezada por Woodrow Wilson; ésta fue, según los rumores que circulaban por la capital mexicana y que fueron recogidos por los diarios españoles, el envío de una nota al «general Huerta..., donde se le pide su dimisión y se le dice que traerá graves consecuencias el que designe sucesor entre sus parientes o amigos»<sup>47</sup>.

El «Ministerio de Negocios Extranjeros» norteamericano desmintió de inmediato la existencia de ese texto; pero, según contaban los rotativos peninsulares, las autoridades mexicanas vinieron a confirmar la realidad de las advertencias estadounidenses sobre lo que podría ocurrir si el régimen huertista no se plegaba a sus exigencias. En este sentido, en círculos oficiales mexicanos se afirmaba que el gabinete Wilson estaba apoyando claramente a los rebeldes con sus presiones políticas, en lo que era una «intromisión ilegítima» en los asuntos internos de otro país<sup>48</sup>; se venía a reconocer así la existencia, si no de la nota de la que habían hablado los medios, sí, al menos, de las fuertes presiones, verbales o escritas, a las que Victoriano Huerta estaba sometido.

Las presiones eran tan evidentes para todos, que el propio Porfirio Díaz, exiliado en París, declaraba «que sólo una eventualidad» podría cambiar su resolución de no volver a México: «la de que fuera atacado por el extranjero». Según decía a continuación, «ese día los mexicanos pertenecientes a todos los partidos políticos», incluido él a pesar de su avanzada edad, «se pondrían en pie, apretarían sus filas, y unirían sus esfuerzos para sacudirse el yugo extranjero»<sup>49</sup>. No obstante, el viejo mandatario no acertaría en sus previsiones. Los rumores acerca de las amenazas estadounidenses al régimen

---

<sup>46</sup> ULLOA: *La revolución intervenida...*, pág. 130.

<sup>47</sup> *El Correo de Andalucía*, Miércoles 5 de Noviembre de 1913.

<sup>48</sup> En *El Correo de Andalucía* del Sábado 8 de Noviembre de 1913, se hacía hincapié en esta cuestión.

<sup>49</sup> *El Liberal* de Sevilla del Miércoles 5 de Noviembre de 1913, se hacía eco de estas declaraciones de Porfirio Díaz a los periodistas.



huertista se irían confirmando; y la reacción del pueblo mexicano no fue, ni mucho menos, la que el antiguo presidente profetizaba.

Los periódicos españoles afirmaban, además, que el representante de los Estados Unidos en México había manifestado a las autoridades del país vecino, que su administración «vería con buenos ojos» la formación de un gobierno provisional que llevara la paz a la república; y que, por el contrario, no consentiría, «en manera alguna, que el general Huerta siga al frente del gobierno, ni que intervenga, de modo directo o indirecto, en la formación del gabinete que se proponga. En otro caso, enviará un ultimátum a Méjico y se procederá enérgicamente para impedir que la anarquía continúe»<sup>50</sup>.

El general golpista, como por otra parte era lógico esperar, rechazó públicamente las exigencias que se le planteaban; y, al menos en teoría, se preparó para resistir el posible ataque. Ordenó elevar el contingente del ejército de ochenta mil a ciento cincuenta mil hombres y, pensando quizás como Porfirio Díaz que una invasión podría hacer disminuir las tensiones internas, se manifestó dispuesto a facilitar armas para luchar contra los norteamericanos a todo el que lo deseara<sup>51</sup>. Pero no parece que tuviera mucho éxito en su llamamiento; es más, las medidas que tomó para extender el reclutamiento no harían sino incrementar el número de descontentos.

Tras la nueva negativa de Huerta a abandonar el poder, el Senado norteamericano propuso que se levantara el embargo de armas con destino a México, y concretamente a los carrancistas, como el mejor medio de terminar con aquél. Carranza, nada más proclamar el Plan de Guadalupe, se había apresurado a manifestar que respetaría los derechos de los extranjeros en el país; y en aquellos momentos, cuando era evidente para todos el deseo de Wilson de acabar con Huerta, los constitucionalistas desplegaron toda su habilidad y capacidad diplomática para conseguir ser reconocidos internacionalmente como gobierno legítimo de México o, por lo menos, como beligerantes, con el fin de conseguir que, efectivamente, el embargo desapareciera.

Ni esa primitiva declaración de intenciones ni sus esfuerzos diplomáticos les servirían, sin embargo, para ser aceptados, sin más, por el presidente norteamericano, a pesar de la opinión favorable de algunos congresistas y senadores. La propuesta del Senado no fue aceptada por la administración de Wilson, reacia a inclinarse todavía, al menos de manera oficial, por uno de los bandos en conflicto. Aún no tenía nada claro el verdadero significado de un triunfo rebelde y en aquellos momentos prefería llegar a acuerdos con los grupos que, desde dentro del régimen, eran partidarios de prescindir de su líder. Pero lo que sí hizo el presidente estadounidense fue incrementar la presión sobre éstos, declarando que si Huerta no dimitía por las buenas estaba dispuesto a bloquear México e, incluso, a llegar a «la invasión de territorio

---

<sup>50</sup> *El Correo de Andalucía*, Sábado 8 de Noviembre de 1913.

<sup>51</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 5 de Noviembre de 1913.



mexicano», con el propósito de que la situación de su presidente se hiciera insostenible<sup>52</sup>.

Los periódicos españoles afirmaban, en palabras que atribuían al mandatario norteamericano, que la citada invasión se produciría «sólo en caso extremo», aunque no indicaban qué se consideraba como tal. Sin embargo unos días después se hacían eco de una serie de noticias, al parecer procedentes de Washington, según las cuales se había ordenado ya la concentración de dos mil soldados de infantería de marina en la base de Guantánamo, en Cuba, que estaban preparados para partir hacia México en cuanto tuvieran el primer aviso en ese sentido<sup>53</sup>. Para un sector considerable de la prensa española, conocedora de parte de estos preparativos, en ellos había algo más que el deseo de proteger a sus ciudadanos. Wilson se había decidido ya, decían, a dar un paso adelante para avanzar en una política iniciada por algunos de sus antecesores, que iba encaminada a arrojar al capital europeo de aquel continente para «conquistar aquellos territorios no con el sable, sino con el cheque, conquista más.... provechosa». La opinión de los rotativos peninsulares sobre este asunto era tan contundente, que algunos comentaristas llegaban a afirmar que lo que se llamó «la cuestión mejicana» nada tenía que ver con los problemas reales de aquel país, sino con los del petróleo y, sobre todo, con la pugna por ser su dueño<sup>54</sup>.

A finales de 1913 parecía estar claro para todos que la administración norteamericana estaba decidida a terminar con Huerta, aunque con ello ayudara al triunfo de los constitucionalistas, a los que había pasado a considerar como un mal menor. A pesar de sus recelos iniciales ante los carrancistas y de las propuestas que le llegaban desde ciertos grupos mexicanos cercanos al poder, Wilson parecía pensar ya en tomar una decisión drástica; había dejado de contemplar una transacción con los que, de una manera u otra, habían estado con Huerta, posible hasta no mucho tiempo antes, y continuó con los preparativos bélicos. Para forzar la caída del mandatario los norteamericanos acumularon tropas en la frontera, manteniéndolas a la espera de los resultados de sus requerimientos; por otra parte, situaron diez buques de guerra en aguas del Atlántico y cinco en las del Pacífico y, según decían los rotativos españoles aquellos días, preparaban «20 buques más» para que partieran también hacia las costas del país vecino. La noticia, publicada también en la prensa mexicana, produjo en la capital una lógica reacción antinorteamericana que obligó a que, en previsión de posibles incidentes, los

---

<sup>52</sup> *El Correo de Andalucía*, Viernes 14 de Noviembre de 1913.

<sup>53</sup> Sobre estas declaraciones, y sobre los preparativos bélicos norteamericanos, ver *El Correo de Andalucía* del Viernes 14 de Noviembre de 1913, *El Liberal* de Sevilla del Domingo 16 y Viernes 21 del mismo mes, y *El Noticiero Sevillano* del Jueves 4 de Diciembre del mismo año.

<sup>54</sup> «Política extranjera. La situación en México», en *ABC* de Madrid del Jueves 6 de Noviembre de 1913; «Crónica de Londres. La Revolución en México, Su verdadera causa», en *El Debate* del Sábado 15 del mismo mes y año. Cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana....*, págs. 280 y 284.

estadounidenses que se encontraban en la ciudad la abandonaran para refugiarse en Veracruz desde donde, decían los diarios sevillanos, podían salir del país con rapidez en caso de que fuera necesario<sup>55</sup>.

La escalada en la tensión entre ambas naciones seguía y todo parecía indicar que llegarían al enfrentamiento abierto. La confirmación de que el conflicto era inevitable vendría con el mensaje anual del presidente norteamericano a las Cámaras de su país, en el que hizo referencia expresa a la delicada situación que atravesaban las relaciones entre ambos. En su discurso, comentado ampliamente por las publicaciones hispalenses, declaró «que se vislumbra poca esperanza de paz en América mientras el general Huerta no abandone el poder que usurpó». Sus palabras hacían pensar más en un apoyo a los revolucionarios que en una acción armada directa, ya que a continuación afirmaba que «en caso de que persista tal estado de cosas, que amenaza la paz, el orden y la vida de los súbditos yanquis, no está lejana la fecha en que se restablezca la normalidad gracias a la inteligencia y energía de otros jefes». Pero no por eso disminuyeron los rumores sobre la inminencia de su intervención, rumores que fueron utilizados por Huerta para agitar los sentimientos «antiyanquis» en México, presentándose como una víctima de las ambiciones extranjeras y aprovechando la ocasión para afirmar que no aceptaría las ingerencias de los Estados Unidos y que seguiría en la presidencia mientras le quedara vida<sup>56</sup>.

Como un paso más hacia la confrontación, a mediados de diciembre tuvo lugar en El Paso un enfrentamiento armado entre soldados de ambos lados de la frontera común, que terminó con la muerte de un militar mexicano<sup>57</sup>. El suceso, decían los diarios españoles, tuvo fuertes repercusiones en los Estados Unidos donde, cuando se supo que los mexicanos habían reconocido haber sido los primeros en atacar, daría lugar a algunas propuestas disparatadas; una de ellas fue la que se presentó en el Senado, proponiendo bloquear la frontera por esa zona «por medio de una alambrada de seis pies de altura»<sup>58</sup>. Los mismos periódicos señalaban, no obstante, que la reacción del gobierno estadounidense, apartándose de tales directrices, resultaba bastante contenida; aunque «los mexicanos habían confesado que ellos fueron los primeros en disparar», el «cuartel general yanqui» había dado a sus oficiales órdenes estrictas, para que no respondieran a provocaciones estériles e hicieran «todo lo posible para evitar estos hechos»<sup>59</sup>.

Los fuertes rumores que circulaban por la capital mexicana sobre la inminente caída de Huerta contribuyeron, quizás, a esa moderación y a que, sin ejercer represalia alguna por el incidente, la administración se mantuvie-

---

<sup>55</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 21 de Noviembre de 1913.

<sup>56</sup> *El Noticiero Sevillano*, Jueves 4 de Diciembre de 1913.

<sup>57</sup> Esa fue la única baja que recogieron las noticias de los periódicos sevillanos, sin citar si hubo o no heridos graves entre ambos contendientes. *El Liberal* de Sevilla, Sábado 20 de Diciembre de 1913.

<sup>58</sup> *El Noticiero Sevillano*, Lunes 22 de Diciembre de 1913.

<sup>59</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 20 de Diciembre de 1913.

ra a la espera de acontecimientos. Es lo que parece deducirse, al menos, de algunas noticias aparecidas en la prensa norteamericana y recogidas después por la española, que señalaban que Wilson había «recibido a este propósito informaciones tan concluyentes», que había «ordenado los preparativos necesarios para hacer frente a la situación» que pudiera producirse en ese caso, incluyendo una intervención directa. En este sentido se afirmaba, que el presidente había decidido enviar a México algunos «destacamentos de marina y tierra en el momento de la caída de Huerta, a fin de que se ocupe la capital durante la elección de su sucesor»<sup>60</sup>, algo que, como sabemos, resultaría falso. No obstante las especulaciones sobre la inmediata caída de Huerta no tardarían en ser desmentidas por el «ministro de negocios extranjeros mexicano» que, como respuesta a aquéllas, declaraba a los periodistas que el mandatario mexicano no abandonaría el poder, por muchas presiones que pudiera recibir su gabinete para forzarlo a ello, «por ser el único hombre capaz de cumplir la misión que le está reservada»<sup>61</sup>.

### El apoyo norteamericano al carrancismo

Entre tanto, las maniobras diplomáticas de los carrancistas que, como ya se ha dicho, continuaban ganando terreno poco a poco en el campo militar, empezaban también a dar sus frutos ante la administración estadounidense. John Lind, que a comienzos de enero de 1914 volvía a los Estados Unidos para informar sobre la realidad mexicana, se convirtió en su principal valedor ante Wilson. A instancias de él, el presidente aceptó recibir una delegación constitucionalista encabezada por Luis Cabrera, que logró tranquilizarlo sobre la naturaleza y las intenciones de su movimiento. El resultado de la entrevista fue que el 10 de febrero de 1914 se ponía fin al embargo de armas con destino a los revolucionarios mexicanos, concretamente a los carrancistas, y que esa decisión tendría consecuencias casi inmediatas para el avance de aquéllos<sup>62</sup>.

La prensa española manifestaría unos días después, que se había llegado a levantar la prohibición de vender armas a los insurgentes a consecuencia de una negociación en la que, a cambio del suministro de armamento y de su reconocimiento como beligerantes por parte de los Estados Unidos, Carranza se había comprometido a que, si lograba imponerse sobre Huerta, ocuparía la presidencia de la república sólo de forma provisional, mientras se constituía el Congreso y se procedía a la convocatoria de unas elecciones realmente libres<sup>63</sup>. Pero tal acuerdo nunca existió; John Lind aconsejaba al

---

<sup>60</sup> *Ibidem*, Martes 17 de Enero de 1914.

<sup>61</sup> *Ibidem*, Martes 10 de Febrero de 1914.

<sup>62</sup> RICHMOND: *La lucha nacionalista de.....*, pág. 75 y KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs. 682-683.

<sup>63</sup> *El Liberal* de Sevilla, Martes 27 de Febrero de 1914.

presidente algo más que levantar el embargo de armas; aparentemente convencido de que en caso contrario la lucha se prolongaría indefinidamente, el enviado de Wilson preconizaba el apoyo a los constitucionalistas mediante una acción directa en México.

El mandatario norteamericano no se mostraba, en principio, demasiado partidario de esa opción porque consideraba que podía ocasionar en México reacciones poco deseables para su país; pero no desechaba por completo tal posibilidad, siempre que Carranza estuviera de acuerdo y aceptara sus exigencias. Sin embargo el primer jefe no estaba dispuesto a permitir ninguna intervención, aunque fuera a su favor, ni que el reconocimiento de su beligerancia o el suministro de armas estuvieran condicionados a un compromiso por su parte que pudiera ser utilizado contra él en México; mucho menos si ese compromiso implicaba realizar de forma inmediata unos comicios que, en la situación que vivía el país, parecían inviables, o si incluía la autorización para que las tropas norteamericanas pudieran entrar en México aunque sólo fuera para proteger a los residentes extranjeros<sup>64</sup>. La negativa carrancista no impidió, no obstante, que el levantamiento del embargo se hiciera efectivo ya que, para entonces, la administración norteamericana estaba convencida de que la única apuesta posible era la representada por ellos.

La mayor facilidad que desde entonces tuvieron los revolucionarios para conseguir armamento fue, en gran parte, lo que permitió a Villa preparar su ejército para la segunda toma de Torreón, que tendría un gran valor estratégico y simbólico. La ocupación de la citada población, a su vez, resultaría fundamental para el avance hacia el centro de México y, en definitiva, para el desenlace de la contienda. De la importancia que todos daban a su dominio da fe la rapidez con que su conquista fue recogida por la prensa internacional. Esto fue así hasta tal punto, que en España se recibieron algunos despachos desde México asegurando que Villa había ocupado la ciudad, probablemente al mismo tiempo que la acción se desarrollaba. De hecho, Villa tomaba Torreón el 3 de abril y la prensa sevillana del día 4 ya daba cuenta de ello. El hecho de que Villa entrara allí en la mañana del día 3, cuando ya en España era la tarde, y que a la mañana siguiente los periódicos españoles informaran del asunto, no es sino una muestra de la importancia que todos daban a su caída y de las expectativas que el ataque villista estaba despertando.

Esto no quiere decir, sin embargo, que las noticias que transmitieron los rotativos sevillanos fueran detalladas o totalmente veraces; la misma rapidez con que se ofrecían lo impedía. En algunos momentos resultaban demasiado ambiguas, hablando, por ejemplo, de la existencia de «numerosos prisioneros» entre las tropas federales; en otros, por el contrario, se ofrecían datos tan concretos y minuciosos, que es difícil creer que pudieran estar tan claros en aquellos momentos de confusión. Así, tras la afirmación anterior, los mis-

---

<sup>64</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs. 682 y 690-693.



mos diarios decían también que «las bajas villistas han sido de quinientos muertos y mil quinientos heridos», y las de los federales «de un millar de muertos y muchísimos heridos»<sup>65</sup>. La realidad era que la mayor parte de los observadores consideraban tan importante la ocupación de Torreón por los sublevados, que no importaba demasiado cómo se había producido, sino lo que representaba para la definitiva derrota de Huerta.

Para agravar los problemas por los que atravesaba el mandatario mexicano, el exceso de celo de los federales destacados en Tampico ocasionaría un incidente diplomático, que sería visto por algunos de los contemporáneos como el detonante para el desembarco norteamericano que vendría a poner fin a la etapa huertista. El arresto en ese puerto de varios marineros de la tripulación de un barco estadounidense que, según éstos, había atracado allí para aprovisionarse, les daba el pretexto que, para la prensa española, estaban buscando desde hacía tiempo para justificar una intervención armada. El incidente careció realmente de importancia, pues se redujo al arresto de varios marineros que habían desembarcado sin permiso, y a su casi inmediata puesta en libertad; pero la administración Wilson, interesada, probablemente, en tener ese pretexto de que hablaban los periódicos peninsulares, aparentó tomarlo como una ofensa y exigió satisfacciones por ella<sup>66</sup>.

A través del relato de uno de los participantes en el suceso, Ignacio Morelos, jefe de las fuerzas federales de aquella ciudad, Blanco Fombona nos lo cuenta afirmando, como venía haciendo la prensa española, que los norteamericanos habían montado toda una estrategia para conseguir un supuesto motivo que justificara una invasión. Según su narración, aunque al principio agradecieron a Morelos la puesta en libertad de los marineros apresados, «de seguro que de la Casa Blanca vinieron cablegráficamente otras órdenes», porque «Washington estaba a caza de una oportunidad para romper sus relaciones con el gobierno de México», de manera que la misma comisión que agradeció la actitud de Morelos, fue después a «exigir» una reparación por la supuesta ofensa que representaba el apresamiento de los marineros norteamericanos<sup>67</sup>.

La intervención no sería inmediata; pero desde que se produjo el incidente los rotativos peninsulares no dejaron de hablar de los preparativos bélicos realizados por los estadounidenses. Las órdenes dadas a la escuadra del Atlántico para que se dirigiera a Tampico, hicieron sospechar a los observadores internacionales y a la prensa que, efectivamente, tras lo ocurrido en aquel puerto el enfrentamiento era inevitable. En palabras de *El Liberal* de Sevilla, se consideraba «gravísima la situación...., cuando exige la presencia de la escuadra yanqui en aguas mexicanas»<sup>68</sup>.

---

<sup>65</sup> *El Correo de Andalucía*, Sábado 4 de Abril de 1914.

<sup>66</sup> ALESSIO: *Historia política de...*, págs. 104-105.

<sup>67</sup> BLANCO FOMBONA: *Panoramas mexicanos.....* págs. 175-181.

<sup>68</sup> *El Liberal* de Sevilla, Jueves 16 de Abril de 1914.



Paralelamente, el presidente de los Estados Unidos convocaba una reunión conjunta de diputados y senadores para tratar la situación mexicana. En ella, decían los diarios peninsulares, Wilson informó a los parlamentarios sobre su propósito de exigir al gobierno de Huerta las satisfacciones apropiadas por «los desmanes» que cada día se cometían contra «los súbditos norteamericanos». De no recibir tales satisfacciones, seguían diciendo, el mandatario había afirmado que actuaría en consecuencia. Las crónicas periodísticas terminaban señalando, que el presidente había manifestado «que él quería la paz, pero que en el caso de que Huerta no de las reparaciones necesarias, el gobierno tendría que tomar medidas enérgicas, ocupando Tampico y Veracruz»<sup>69</sup>.

No obstante, lo que Wilson afirmaba públicamente era otra cosa. La postura oficial de su gabinete resultaba muy diferente a lo que publicaba la prensa; y aunque a los pocos días ordenó el bloqueo «pacífico» de los puertos mexicanos, lo justificó afirmando que su «conducta no es un acto belicoso, sino de justicia». En unas declaraciones que realizó muy poco antes del desembarco de Veracruz, afirmó que su intención no era la guerra y que no pretendía, en ningún momento, «atacar esa nación, pues somos sus amigos sinceros»; en sus propias palabras, recogidas por los rotativos de la capital andaluza, el conflicto no era con México, sino «con un hombre que se atribuye el título de presidente»; y su propósito era sólo ejercer la presión suficiente para que ese hombre abandonara el poder<sup>70</sup>. Pero no convenció a nadie; la ruptura entre ambas naciones parecía evidente para todos. Por eso, cuando la flota norteamericana del Atlántico se dirigió a Veracruz, la inquietud en los centros oficiales mexicanos, desde donde se llamaba a todo el país a hacerle frente, parecía justificada. Huerta, por otra parte, tenía motivos para preocuparse; para entonces eran ya muy pocos los apoyos que le quedaban dentro y fuera de México.

Las informaciones de la prensa española indicaban, que «las fuerzas de los destacamentos» norteamericanos habían «recibido órdenes de estar preparadas para salir al primer aviso» y que en círculos oficiales se aseguraba, «que en breve será leído al Congreso de los Estados Unidos un mensaje, pidiendo autorización para someter a México a la obediencia»<sup>71</sup>. En realidad la citada autorización, aunque en términos diferentes, ya se había solicitado; sin embargo en la prensa española no se reflejaría la resolución de las Cámaras hasta el 26 de abril, casi una semana después de producirse el desembarco. Ese día *El Liberal* de Sevilla daba cuenta a sus lectores, de que la decisión sobre la intervención había sido aprobada en la «cámara por 887 votos contra 27»,

---

<sup>69</sup> Estas declaraciones fueron hechas en una reunión conjunta Congreso-Senado, y recogidas por *El Liberal* de Sevilla del Jueves 16 de Abril de 1914.

<sup>70</sup> Ver sobre estas declaraciones tanto *El Liberal* de Sevilla del Jueves 16 de Abril de 1914 como el del Martes 21 del mismo mes y año.

<sup>71</sup> *El Liberal* de Sevilla, Martes 21 de Abril de 1914.

pero que se había mantenido en el más estricto secreto para contar con el factor sorpresa. Así, decían los periódicos, aunque Wilson había enviado «comunicación... a los embajadores, incluso al de España», notificándoles su decisión, lo había hecho sólo «al comienzo de las operaciones»<sup>72</sup>.

### El desembarco «yanqui»

Las declaraciones del presidente norteamericano, ya citadas, afirmando que los navíos estadounidenses enviados a aguas mexicanas tenían como único fin el bloqueo de algunos puertos para favorecer la caída de Huerta y proclamando su «amistad» con el pueblo de aquella república, aparecieron en la prensa sevillana el 21 de abril de 1914. Desmintiéndolas rotundamente ese mismo día sus tropas desembarcaban en Veracruz. La llegada a México de un cargamento de armas para los huertistas fue, al parecer, para muchos observadores, lo que precipitó el desenlace, aunque el pretexto a que se recurrió fuera el incidente de Tampico.

En el mes de abril de 1914, en unos momentos en que Alemania y Japón eran las últimas esperanzas del mandatario mexicano para conseguir armas, *El Liberal* de Sevilla hacía público que «el vapor alemán Ypiranga, que conduce quince millones de cartuchos, ametralladoras y fusiles para el general Huerta, se encuentra a la vista de las costas mexicanas». La llegada de ese cargamento podía haber contribuido a alargar la permanencia de Victoriano Huerta en el poder, algo que los Estados Unidos parecían dispuestos a evitar a toda costa aunque para ello tuvieran que enfrentarse a Alemania. Para impedir el desembarco de las armas, «los yanquis» estaban decididos, afirmaban los diarios sevillanos, a apoderarse de ellas; «si éstas están pagadas», contaban, «se quedarán con ellas, devolviéndolas a las fábricas que las hayan fabricado en caso contrario». También se decía, confirmando así que en México se estaban viviendo ya los desacuerdos y alianzas que se darían en la Primera Guerra Mundial, que se esperaba, además, «la llegada de un buque japonés con pertrechos de guerra, al que también apresarán los yanquis»<sup>73</sup>.

De hecho, el gobierno norteamericano fue mucho más allá por esta cuestión de lo que afirmaba la prensa peninsular; no sólo ordenó interceptar cualquier embarcación con ese tipo de mercancía que se acercara a las costas mexicanas como decía aquélla, sino que para evitar futuros suministros, ordenó también la ocupación del puerto de Veracruz. Según contaban los periódicos hispalenses unos días más tarde, un millar de soldados estadounidenses, «con numerosos cañones y ametralladoras», ocuparon el consulado norteamericano y la oficina de correos y telégrafos. Las informaciones sobre el desembarco, procedentes en su mayor parte de Nueva York, señalaban que

---

<sup>72</sup> *Ibidem*, Domingo 26 de Abril de 1914.

<sup>73</sup> *Ibidem*.

la guarnición de la plaza apenas había opuesto una ligera resistencia, causando sólo cuatro muertos y algunos heridos entre las tropas norteamericanas. Los rotativos españoles daban cuenta también de que para prevenir cualquier respuesta por parte del ejército federal, otra escuadra, «al mando del almirante Badger», había «salido con dirección a Veracruz»; con ello, decían, toda la flota estadounidense del Atlántico se concentraba en ese puerto<sup>74</sup>.

La acción, sin embargo, fue bastante más amplia de lo que contaban en un primer momento las publicaciones peninsulares, ya que no fueron mil, sino tres mil quinientos<sup>75</sup>, los soldados estadounidenses desembarcados en Veracruz. El suceso prometía adquirir aún mayor dimensión porque, según las crónicas periodísticas posteriores, una «brigada» y «un regimiento de infantería» habían embarcado en Galvestone y Filadelfia con destino a aquel puerto, mientras el «acorazado Missisipi» marchaba hacia el mismo destino con «cuatro aviadores y aparatos». De las fronteras terrestres llegaban también noticias alarmantes. Así, *El Liberal* de Sevilla hablaba en sus páginas de «un cablegrama expedido en Baco, población mejicana próxima a la frontera norte», comunicando que «una patrulla de caballería yanqui, formada por 15 hombres a las órdenes de un sargento, atravesó la frontera» y se dirigió «hacia aquella población. Los rebeldes los aprisionaron. Inmediatamente un cuerpo de tropas yanquis atravesó la frontera, ocupando la población». Para finalizar la información se añadía, que «en toda la frontera y puertos mejicanos» reinaba «una actividad febril»<sup>76</sup>.

La respuesta de Huerta al desembarco norteamericano fue la lógica; los periódicos españoles daban cuenta de que, al tiempo que decía prepararse para la defensa, había dado orden a sus tropas de «destruir el ferrocarril de Veracruz a Méjico», en un intento desesperado por evitar un supuesto avance «yanqui» hacia la capital<sup>77</sup>. A continuación decretó la inmediata expulsión del representante estadounidense<sup>78</sup>, alentando con ello a los que en los Estados Unidos, ya fuera desde las páginas de la prensa amarilla ya desde determinados círculos políticos, «vociferaban» una serie de discursos impregnados de un imperialismo agresivo, que incitaba a llevar a cabo una verdadera invasión del país vecino.

Pero esos sectores poco tenían que ver con los que realmente tenían suficiente poder e influencia sobre la administración para encauzar la política estadounidense en México. Las grandes empresas mineras, comerciales y financieras eran partidarias de que su gobierno las apoyara, incluso por la fuerza si era necesario; pero no querían un conflicto bélico que, estuviera quien estuviera en el poder, sólo podría perjudicar sus intereses en aquel país<sup>79</sup>. Lo que ocurría era que las reacciones de los que llamaban a supuestas

---

<sup>74</sup> *El Correo de Andalucía*, Viernes 24 de Abril de 1914.

<sup>75</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, pág. 694.

<sup>76</sup> *El Liberal* de Sevilla, Domingo 26 de Abril de 1914.

<sup>77</sup> *Ibidem*,.

<sup>78</sup> *El Noticiero Sevillano*, Jueves 23 de Abril de 1914.

<sup>79</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs. 695-697.

guerras patrióticas eran mucho más sonoras y tenían mayor reflejo en los medios de comunicación. Ese hecho contribuyó también a incrementar la confusión acerca de hasta dónde estaba dispuesto a llegar el presidente norteamericano para acabar con Huerta. Por eso, aunque la prensa española recogiera en sus páginas las declaraciones de Woodrow Wilson negando una posible invasión que fuera más allá de la ocupación de Veracruz, a la vista de los «patrióticos» titulares que aparecían en los periódicos estadounidenses, eran muchos los rotativos que desconfiaban de sus declaraciones.

Ese patriotismo se vería también en el campo contrario. Aunque para todos estaba claro que la ocupación de Veracruz contribuiría a la caída del general, algo que muchos querían, esa intromisión no sólo fue recibida con indignación por los partidarios de aquél, sino también por algunos sectores rebeldes; además de considerarla una ingerencia inadmisibile, desconfiaban de las «buenas intenciones» de sus vecinos del norte. Intentando aprovechar tales sentimientos, Victoriano Huerta no dudó en utilizar a la prensa mexicana para avivar los ánimos populares contra el agresor. En un «exaltado discurso» pronunciado con ese fin, el mandatario mexicano anunciaba que conseguiría poner en pie de guerra otros veinte mil hombres y que lucharía «hasta la muerte por la independencia de México»<sup>80</sup>.

Si tuvo o no éxito con esta táctica es otra cuestión; según algunos contemporáneos, como Miguel Alessio Robles, el desembarco de los norteamericanos «mereció la condenación de todos los mexicanos», ya que «no era un ultraje sólo al gobierno de Victoriano Huerta; era una ofensa a toda la nación». Según él, en todo el país, especialmente en la capital, se produjeron «manifestaciones tumultuosas en contra de esa intervención». Otros testimonios, sin embargo, como los informes remitidos a su administración por los cónsules estadounidenses en las distintas ciudades mexicanas, indicaban que aunque, efectivamente, hubo incidentes en los que resultaron apedreadas algunas de sus oficinas, se trató de hechos aislados que no representaron, realmente, excesivo peligro para sus ciudadanos<sup>81</sup>.

Con tales apreciaciones es difícil establecer cuál fue la verdadera reacción de los mexicanos ante la ocupación de Veracruz, y los efectos que tuvo la propaganda huertista sobre esta cuestión; las notas al respecto aparecidas en los periódicos españoles, al igual que los testimonios que hemos señalado, eran muy confusas. Se decía que en la capital mexicana imperaba la anarquía y que se multiplicaban las manifestaciones populares; pero las versiones sobre el móvil de tales manifestaciones eran contradictorias. Según algunas de las noticias recibidas en España estaban dirigidas, exclusivamente, contra Huerta; pero, según otras, contra la ocupación de Veracruz por los norteamericanos.

---

<sup>80</sup> *El Noticiero Sevillano*, Jueves 23 de Abril de 1914.

<sup>81</sup> ALESSIO: *Historia política de...*, págs. 106-111, y KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs. 698-699.



Lo que sí parece cierto es que los intentos de aquél de utilizar la invasión como instrumento que sirviera para acabar con lo que denominaba «luchas internas» en México, fracasaron. En este sentido los periódicos españoles indicaban, que tres días después de la ocupación de Veracruz, el 24 de abril, y ante la declaración implícita de guerra que ésta representaba, el mandatario mexicano manifestó que admitiría en su ejército a los insurrectos, reconociéndoles el mismo cargo que tuviesen en las tropas insurgentes. Para muchos observadores de la época su oferta equivalía, realmente, a la declaración de una «amnistía a los revolucionarios que engrosen las filas de los federales», ya que se les prometía «que no sufrirán castigo alguno cuando se restablezca la normalidad»<sup>82</sup>.

La supuesta amnistía se extendería también a los exilados, si hacemos caso a las afirmaciones de Huerta de que todos los que quisieran «defender a la patria» podrían volver al país sin temor a represalias<sup>83</sup>. Los medios de comunicación indicaban que, siguiendo esa misma línea, el presidente «había enviado emisarios a los generales Villa y Carranza, diciéndoles que debían unirse para combatir a los yanquis»; y que «fiado de su patriotismo, por la defensa de la patria», esperaba que lo hicieran así, tanto ellos como otros jefes rebeldes<sup>84</sup>. Recogiendo los rumores que los propios huertistas hacían circular, los periódicos peninsulares parecieron creer, en principio, que la citada amnistía era aceptada por los distintos grupos armados; la prensa sevillana llegó a afirmar, precipitadamente, que «los partidos mexicanos» se unían «contra el peligro común»<sup>85</sup>.

Algunas de las especulaciones reflejadas en las publicaciones españolas aquellos días, indicaban que «el generalísimo de los rebeldes, Villa», estaba «dispuesto a defender la frontera olvidando su odio a Huerta»; otras aseguraban que Villa y Carranza se habían entrevistado en Chihuahua, acordando combatir unidos contra los norteamericanos, y que «los revolucionarios de Cuernavaca», habían «solicitado a las autoridades armamento para marchar a Veracruz y combatir a los invasores»<sup>86</sup>; otras, incluso, incorporaban al indomable Zapata a las huestes huertistas, señalando que el líder de Morelos se había puesto a las órdenes de Huerta para «someter a los yanquis», y que con ese fin había «pedido un tren para transportar tropas al teatro de operaciones»<sup>87</sup>.

Los diarios sevillanos daban cuenta de todos esos rumores aunque, eso sí, con una cierta cautela, porque eran conscientes de la falta de fuentes fiables para contrastarlos y de que, como podrían comprobar muy pronto, po-

---

<sup>82</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 25 de Abril de 1914.

<sup>83</sup> *El Noticiero Sevillano*, Jueves 23 de Abril de 1914.

<sup>84</sup> *El Liberal* de Sevilla, Domingo 26 de Abril de 1914.

<sup>85</sup> *Ibidem*, Sábado 25 de Abril de 1914.

<sup>86</sup> Algunos de esos rumores fueron recogidos por *El Liberal* de Sevilla en sus ejemplares del Miércoles 22 y Domingo 26 de Abril de 1914.

<sup>87</sup> *El Correo de Andalucía*, Sábado 25 de Abril de 1914.



dían ser falsos. Esas supuestas noticias resultarían ser, efectivamente, sólo murmuraciones; los mismos rotativos que se habían hecho eco de ellas se veían obligados a desmentirlas poco después. Es cierto que el propio Carranza, con quien los norteamericanos habían empezado a negociar tiempo antes, protestó ante el gobierno de Washington por la violación del territorio mexicano; y que afirmó públicamente «que la intervención yanqui» era «un acto de hostilidad contra la tranquilidad de la nación»<sup>88</sup>; pero también lo es que su dependencia de los Estados Unidos para el suministro de armas y municiones le impedía cualquier iniciativa contra ellos que fuera más allá de una simple protesta formal.

Al conocer esa protesta, la prensa hispalense se ratificó en sus informaciones sobre la decisión de Villa y Carranza de combatir contra los norteamericanos; pero aclarando que, en contra de lo afirmado por el gobierno mexicano, lo acordado en su entrevista sólo tendría efecto, según habían dicho los propios interesados, «si invaden los territorios ocupados por los rebeldes»<sup>89</sup>. Confirmando esta última versión, Miguel Alessio Robles nos cuenta que Obregón y otros jefes militares constitucionalistas habían recibido órdenes terminantes de «atacar a los soldados norteamericanos, en caso de que pretendieran invadir el territorio dominado por el antiguo gobernador de Coahuila»<sup>90</sup>.

De todas maneras, dijera lo que dijera la prensa española sobre lo decidido en el supuesto encuentro entre Carranza y Villa, lo cierto es que hubo claras diferencias entre la actitud de ambos ante la acción de los norteamericanos; y que esas diferencias agravarían el distanciamiento que ya existía entre ellos. Mientras que el primero, aunque sólo fuera para hacer patente su nacionalismo ante la población, protestaba por una intervención que, sin duda, podía favorecerle, el segundo no sólo no se molestó en hacerlo, sino que dio a entender, claramente, que consideraba la ocupación de Veracruz como un medio más para presionar a Huerta. En una situación tan delicada como aquélla, en que una potencia extranjera ocupaba parte del territorio nacional, declaró a los periodistas estadounidenses que su pueblo «deseaba conservar las mejores relaciones de amistad con el gobierno de Washington», lo que disgustó considerablemente a Carranza; el líder constitucionalista se vio obligado a amonestar al jefe de la división del norte, que nunca había aceptado de buen grado las llamadas al orden por parte de aquél, con lo que los desacuerdos entre ambos caudillos seguirían ahondándose<sup>91</sup>.

No obstante, las protestas del bando carrancista por la ocupación de Veracruz, como ya se ha dicho, no podían ir más allá de lo puramente formal; estaban dirigidas, sobre todo, a evitar acusaciones de connivencia con el invasor. Por mucho que les disgustara la acción de los norteamericanos, sus su-

---

<sup>88</sup> *Ibidem*, Viernes 24 de Abril de 1914.

<sup>89</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 22 de Abril de 1914.

<sup>90</sup> ALESSIO: *Historia política de...*, pág. 111.

<sup>91</sup> *Ibidem*, pág. 112 y KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs. 701-702.

ministros bélicos dependían de ellos, lo que les impedía un enfrentamiento abierto. El levantamiento del embargo estaba resultando tan decisivo para la caída del régimen como la ocupación de Veracruz, pues, como decían los periódicos, «las ametralladoras del transporte Patria...., barrían» a las tropas de Huerta «causándoles numerosas bajas»<sup>92</sup>.

Por otra parte, en unos momentos en que la situación de Victoriano Huerta era tan frágil, teniendo que hacer frente al problema creado por la presencia de los norteamericanos en el país, por un lado, y a unos insurrectos mejor armados gracias al levantamiento del embargo estadounidense, por otro, cejar en la lucha contra él hubiera resultado suicida para la causa constitucionalista. Desmintiendo, por tanto, los rumores y las informaciones recogidos por la prensa española, la unión «de todos los mexicanos» no sólo no llegó a producirse sino que, aprovechando la delicada posición en que el gobierno se encontraba, Obregón y Villa por el norte, y Zapata por el sur, ampliaban considerablemente los territorios ocupados por los sublevados.

---

<sup>92</sup> *El Liberal* de Sevilla, Domingo 26 de Abril de 1914.

## CAPÍTULO VI

### EL TRIUNFO CONSTITUCIONALISTA

#### Las conferencias de Niágara

Mientras el avance de los rebeldes se hacía más rápido, los Estados Unidos, dueños de Veracruz, exigían la renuncia de Victoriano Huerta como condición indispensable para acabar con la ocupación de aquel puerto. En México todos parecían ser conscientes de la desesperada situación en que se encontraba su presidente que, además de tener que hacer frente a los insurrectos y a la presencia de los norteamericanos en el país, debía solucionar también los problemas que habían surgido en su propio bando, y que se iban agravando a medida que su posición se debilitaba.

Por una parte, las desertiones entre los componentes de las tropas federales, parte de ellos alistados a la fuerza como ya se dijo, se producían prácticamente cada día. Por otra, muchos de sus antiguos «amigos», algunos de los cuales ya habían intentado llegar a un acuerdo con las autoridades estadounidenses, conscientes de que el régimen había llegado a su fin tras el desembarco, buscaron la mediación internacional para negociar tanto con aquéllas como con los revolucionarios<sup>1</sup>. Si no querían ser apartados por completo del poder tenían que llegar a algún tipo de entendimiento con estos últimos antes de que su victoria fuera total y resultara demasiado tarde para sus intereses.

En esa situación, Argentina, Chile y Brasil se manifestaron dispuestos a actuar como mediadores con la administración Wilson. Su ofrecimiento fue aceptado de forma inmediata por ésta, mientras que Huerta, presionado por algunos de sus propios partidarios, se vio también obligado a asumirlo. Las conversaciones entre los representantes de estos países y los dos directamente implicados en el conflicto se iniciaron inmediatamente en Niágara, aunque las perspectivas de llegar a un arreglo pacífico eran vistas con pesimismo por la mayor parte de los observadores y por los propios mediadores.

---

<sup>1</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs. 704-706.

La misma impresión tenía también la prensa internacional, para la cual la única esperanza de alcanzar un acuerdo dependía de la fuerza que los diplomáticos extranjeros pudieran ejercer sobre el general Huerta.

El tiempo vino a dar la razón a los que pensaban así; a los pocos días de comenzar las negociaciones, los periódicos daban a conocer que los delegados de las naciones mediadoras habían redactado «con gran rapidez» una primera proposición de paz, que entregaron para su estudio a los dos gobiernos. Según el texto que presentaron, los Estados Unidos se retirarían de México si Victoriano Huerta se comprometía a entrevistarse con Venustiano Carranza y Emiliano Zapata para intentar acabar con sus diferencias. Con este fin, debería declararse un armisticio para que los citados líderes pudieran tratar sin coacciones la pacificación del país<sup>2</sup>. Con su propuesta parecía que los negociadores, en lugar de forzar a Huerta para que abandonara el poder como pedían los norteamericanos, ampliaban su margen de maniobra; desde el momento en que para que se llevaran adelante las conversaciones con los caudillos rebeldes había que declarar primero un armisticio, le estaban dando una tregua al mandatario mexicano en unos momentos en que parecía tener perdida la guerra.

Carranza, como es lógico, rechazó de plano tal posibilidad; no estaba dispuesto a iniciar ningún tipo de conversación si ésta implicaba detener una lucha que le era claramente favorable. Sólo los Estados Unidos, que tenían un importante elemento de presión sobre él a través del suministro de armas, podrían haber convencido al jefe de los constitucionalistas para que aceptara semejantes condiciones. Pero no lo hicieron; entre otras cosas porque para entonces el avance rebelde parecía imparable y favorecía el que ya era el principal objetivo de su administración: la caída de Huerta<sup>3</sup>.

En consecuencia, y por lo que se refería a la evacuación de Veracruz, también ellos desecharon la primera recomendación de los mediadores. Su postura fue firme; no abandonarían aquel puerto, ni siquiera iniciarían negociaciones sobre la cuestión, si antes no se producía la retirada de Huerta y se conseguía su compromiso de que, bajo ningún concepto, participaría en cualquier tipo de comisión que se creara para intentar llegar a acuerdos entre los insurgentes y el gobierno. Pero es que el tercer implicado, Victoriano Huerta, el único favorecido por la apuesta inicial de los intermediarios, tampoco estaba dispuesto a admitir las demandas que querían añadir sus vecinos para aceptarla; consideraba inadmisibles que, como paso previo a cualquier trato, se le exigiera la dimisión<sup>4</sup>.

Su negativa no fue obstáculo para que, en medio de toda una serie de informaciones confusas y, a menudo, contradictorias, se desataran de nuevo los rumores de que, ante la imposibilidad de atender a tantos frentes, Huer-

---

<sup>2</sup> *El Liberal* de Sevilla, Jueves 30 de Abril de 1914.

<sup>3</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, pág. 706

<sup>4</sup> *El Liberal* de Sevilla, Jueves 30 de Abril de 1914.

ta podría asumir las peticiones norteamericanas a cambio de que se le facilitara un salvoconducto para salir del país. Como respuesta a esa noticia, desmentida con rapidez por el propio interesado, el general hizo leer ante las tropas federales una proclama en la que, en el lenguaje grandilocuente típico de este tipo de personajes, les decía: «tal vez os digan algún día que he luchado con los yanquis, que éstos me han detenido y me han fusilado; y todo ello podrá ser verdad y podréis creerlo. Pero si os dicen que he dimitido no lo creáis, gritando ante la faz del mundo: ¡mentira!. No aceptaré ninguna solución en tal sentido. Mejor muerto que dimisionario»<sup>5</sup>.

No por ello cesaron las especulaciones sobre su marcha que iban acompañadas, a menudo, de otras que hablaban sobre los supuestos triunfos de los insurrectos. La prensa española recogía en sus páginas algunas de ellas, aunque a veces mostrara cierto escepticismo acerca de su veracidad. Así, por ejemplo, el 7 de mayo los periódicos sevillanos, haciéndose eco de las noticias que circulaban por la ciudad de México, indicaban a sus lectores que parecía que el propio Zapata, al frente de veinte mil hombres, se acercaba por segunda vez a la capital, el principal reducto huertista. No obstante, esas mismas informaciones indicaban que, aunque el hecho «resultaba inquietante» para gran parte de la población de aquella ciudad, en general se mantenía la tranquilidad. Despreciando de nuevo, como habían hecho con anterioridad en multitud de ocasiones, a los seguidores de Zapata, a los que nunca habían considerado como un verdadero ejército, todos parecían estar convencidos de que la preparación de esos veinte mil hombres no era la adecuada para realizar el asalto definitivo a la población más protegida del país; los más probable, decían los rotativos, era que los zapatistas permanecieran en las cercanías, realizando incursiones por las pequeñas villas de alrededor «a la espera» de la llegada «de los otros generales»<sup>6</sup>.

Pocos días después de que las publicaciones de la capital andaluza recogieran esos rumores, daban cuenta de la contrapropuesta que, según ellas, había hecho llegar Huerta a los mediadores internacionales. En ella, el todavía presidente mexicano se habría manifestado «dispuesto a aceptar la paz» con los Estados Unidos, siempre que éstos evacuaran Veracruz y «con la seguridad de que se respete la integridad del territorio mexicano». Los periodistas afirmaban que exigía, además, que se concediera «un empréstito suficiente» para el buen funcionamiento de la Hacienda mexicana, y «libertad electoral para proceder al nombramiento de presidente». La prensa indicaba también que Huerta había autorizado, por primera vez, a sus representantes en Niágara a tratar sobre su posible dimisión si de ella dependía «la tranquilidad en el territorio mexicano»<sup>7</sup>.

---

<sup>5</sup> *El Noticiero Sevillano*, Miércoles 6 de Mayo de 1914.

<sup>6</sup> *El Liberal* de Sevilla, Jueves 7 de Mayo de 1914.

<sup>7</sup> *Ibidem*, Miércoles 20 de Mayo de 1914.



No obstante, como había ocurrido en cada una de las ocasiones en que los medios de comunicación nacionales o extranjeros habían hablado de su renuncia, el general desmentiría con rapidez una hipotética marcha del poder. Según sus declaraciones de aquellos días en ningún momento se había planteado la cuestión y, en consecuencia, no había dado facultad para hablar sobre ello a sus representantes en las conversaciones de paz que se estaban celebrando en Canadá<sup>8</sup>. Poco importaba, sin embargo, el mandato que tuvieran en este sentido los delegados mexicanos, ya que la contrapropuesta de Huerta sería rechazada, de inmediato, por los Estados Unidos, que se reiteraron en sus primitivas exigencias.

Los negociadores internacionales prosiguieron su tarea, aunque lo hicieran en medio de todas esas dificultades; y en los últimos días del mes de mayo presentaban una nueva proposición a los representantes de ambos países. En esta ocasión habían incorporado ya las demandas planteadas por los norteamericanos y partían de la dimisión del presidente mexicano. Para sustituirlo recomendaban la formación de una comisión que se ocupara «de los asuntos de estado, desempeñando las carteras hasta la constitución de un gobierno provisional»; esta comisión debía ser reconocida como interlocutor por la administración Wilson, para comenzar a negociar con ella los contenciosos que existían con la mexicana.

En la nueva propuesta de los delegados había cinco puntos que consideraban esenciales, y sin cuya aprobación por ambas partes el avance en las negociaciones resultaba, a su juicio, imposible. El primero sería el nombramiento de la citada comisión, que debería constar «de cinco miembros», que se ocupara de la resolución de los problemas inmediatos y de trámite que surgieran en el gobierno de la nación; el segundo, la ocupación por cada uno de sus miembros «de una cartera ministerial»; el tercero, uno de los más conflictivos, que uno de sus integrantes debería ser un constitucionalista designado por Carranza; eso sí, «que no hubiera tomado parte activa en la rebelión». El cuarto, que todas las cuestiones que se trataran en el nuevo órgano de gobierno que se pretendía crear debían decidirse por mayoría, «sin que el presidente.... tuviera voto de calidad». El quinto y último establecía, que los Estados Unidos reconocieran a esa comisión como gobierno provisional de México y que, en consecuencia, evacuaran Veracruz<sup>9</sup>.

Esos fueron los detalles que, en principio, conoció la prensa española. Sin embargo, una cosa era lo que se anunciaba públicamente o lo que se conocía por filtraciones más o menos interesadas, y otra lo que realmente se estaba tratando. Los propios medios peninsulares parecían reconocerlo así al poco tiempo; unos días después de que tales condiciones aparecieran en sus páginas, ampliaban la información asegurando que, siguiendo las directrices de los Estados Unidos, la citada propuesta no sólo recogía la exigencia de

---

<sup>8</sup> *Ibidem*.

<sup>9</sup> *El Correo de Andalucía*, Domingo 31 de Mayo de 1914.

que los constitucionalistas formaran parte de la comisión de gobierno que se estableciera para sustituir a la administración de Huerta, sino que Venustiano Carranza debería ser nombrado presidente provisional<sup>10</sup>. Si esa condición existía realmente o no poco importaba; el rechazo de Huerta a la primera de ellas, la pretensión de que abandonara el poder, condenaba al fracaso el nuevo intento de los mediadores.

La labor de éstos no iba a resultar nada fácil tanto por la actitud del general como por la del gobierno estadounidense; ni uno ni otro se mostraba dispuesto a ceder en lo más mínimo en sus posiciones iniciales. A la administración Wilson ni siquiera parecía importarle ya que su apoyo a los constitucionalistas se hiciera sin disimulos; al mismo tiempo que, al menos en teoría, se estaba negociando con Huerta, los norteamericanos desembarcaban abiertamente armas en Tampico con destino a las tropas carrancistas. Los mediadores afirmaban que «la conducta yanqui podría poner término a las conferencias»<sup>11</sup> y sus protestas por la llegada de ese cargamento fue tal, que el gabinete de Washington se vio obligado, aunque sólo fuera para guardar las apariencias, a ordenar la retención de otros dos que se estaban preparando con el mismo fin. No obstante las armas para los constitucionalistas siguieron llegando a México, aunque lo hicieran de manera encubierta.

Por esos mismos días la prensa indicaba también, que los distintos grupos revolucionarios se habían puesto, por fin, de acuerdo, en reconocer la autoridad suprema de Venustiano Carranza no sólo como jefe del ejército y mientras durara la guerra, sino para ocuparse del gobierno una vez que Victoriano Huerta fuera derrotado<sup>12</sup>. Según nos cuenta Alessio Robles esto era así, aunque con algunos matices. De acuerdo con su relato, en el mes de junio de 1914 se habían reunido en Torreón delegados de la división del norte, mandada por Francisco Villa, y de la del noroeste, al frente de la cual se encontraba Álvaro Obregón. En ese encuentro, los enviados de Obregón habían logrado que se reconociera la autoridad de Carranza para hacerse cargo del ejecutivo cuando terminara la lucha armada, aunque siempre que lo hiciera de manera «interina»; los villistas habían exigido, además, que una vez que asumiera el gobierno, el primer jefe convocara de inmediato una convención revolucionaria para discutir y fijar la fecha de las elecciones, y un programa de actuación que debía comprometer al presidente que resultara electo en los comicios<sup>13</sup>.

La unión, más o menos sólida, de los insurgentes parecía ser un hecho cierto y ayudaría a precipitar los acontecimientos. Por una parte, la ocupación de Veracruz no sólo dificultaba el suministro de armas procedentes de Alemania para las tropas de Huerta, sino cualquier tipo de aprovisionamien-

---

<sup>10</sup> *El Liberal* de Sevilla, Domingo 7 de Junio de 1914.

<sup>11</sup> *Ibidem*.

<sup>12</sup> *El Noticiero Sevillano*, Domingo 7 de Junio de 1914.

<sup>13</sup> ALESSIO: *Historia política de...*, págs. 141-145.

to. Se decía que el ejército federal destacado en esa ciudad se encontraba al borde de la extenuación, sin víveres ni municiones. Por otra, los periódicos señalaban que, aprovechando la debilidad gubernamental, un batallón constitucionalista había conquistado Tampico, Santiago y San Blas, mientras que otro, dirigido por Villa, bombardeaba la población de Ramos Arizpe. Otros rotativos añadían que habían tomado también San Luis de Potosí, tras lo cual, los sublevados se preparaban para atacar Zacatecas<sup>14</sup>.

Entre todas estas noticias saltó una que parecía ser la confirmación definitiva de los avances carrancistas; al parecer, Victoriano Huerta había pedido permiso a la Cámara para ausentarse del país durante seis semanas. La situación parecía entonces tan irreversible a favor de los revolucionarios, que la prensa española no dudó de que su verdadera intención era escapar definitivamente. Como «su mujer y sus cuatro hijos habían salido ya al extranjero», decían los diarios sevillanos, «el mandatario mexicano se estaba preparando para seguir a su familia, en cuanto haya el menor peligro de que los constitucionalistas se apoderen de la capital»<sup>15</sup>.

Desde ese momento, y durante prácticamente un mes, los medios de comunicación peninsulares no hicieron sino recoger rumores de uno y otro signo sobre la situación mexicana, sin poder contrastar la mayor parte de ellos, ya que las informaciones al respecto eran también muy confusas en el propio México. En consecuencia, la visión que los periódicos hispalenses dieron a sus lectores en esos días trascendentales para el desenlace de los acontecimientos no podía ser menos fiable. Tan pronto Huerta dimitía y se marchaba del país, como se convocaban unas elecciones en las que no participaba o, según otras versiones, no sólo concurría sino que resultaba vencedor. También se decía que los constitucionalistas, que no aceptaban la validez de esos supuestos comicios, continuaban sus conquistas ajenos a lo que se pudiera decir o hacer en la capital<sup>16</sup>.

En medio de todos esos rumores, la lucha continuaba en toda la república y los rebeldes deshacían, prácticamente, al ejército federal. Mientras, en Niágara seguían las negociaciones entre los Estados Unidos y el gobierno de Huerta, más difíciles para este último a medida que su debilidad en el interior se acentuaba. Finalmente el 10 de julio se firmaban los protocolos que, al menos en teoría, ponían fin al conflicto entre el régimen huertista y la administración Wilson<sup>17</sup>; el texto acordado no significaba sino una total aceptación por parte del hasta entonces presidente mexicano de las exigencias norteamericanas. Cinco días más tarde se producía la renuncia, esta vez real, de Victoriano Huerta ante el Parlamento mexicano y dos después, tras la publicación de toda una serie de murmuraciones, afirmadas y desmentidas una y otra vez, las primeras noticias reales sobre su marcha del poder aparecían en la prensa española.

---

<sup>14</sup> *El Liberal* de Sevilla, Jueves 4 de Junio de 1914.

<sup>15</sup> *Ibidem*.

<sup>16</sup> *Ibidem*, Miércoles 8 de Julio de 1914.

<sup>17</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, pág.706.

Es cierto que en más de una ocasión distintos diarios habían informado ya a sus lectores sobre la citada dimisión; pero hasta entonces se había tratado de comunicaciones falsas. Sólo a partir del 17 de julio lo afirmó por los rotativos españoles al respecto respondía a la realidad. Ese día *El Noticiero Sevillano*, entre otros, contaba que, a través de Nueva York, se había recibido en España la noticia de la reunión celebrada por «la Cámara mejicana» para aceptar la renuncia de Huerta y de todo su gobierno, así como la de la «comisión militar». Los periódicos peninsulares decían también, que «el tren especial que conducía a las familias de Huerta y Blanquet», cuya salida del país sería inmediata, había «llegado a Orizaba, donde las tropas rebeldes le hicieron varios disparos»<sup>18</sup>.

## La Convención de Aguascalientes

La desaparición de Huerta del escenario político, sirvió para que disminuyeran las tensiones entre México y los Estados Unidos; pero no fue suficiente para que los norteamericanos salieran de Veracruz. La situación mexicana seguía sin estar nada clara y el presidente Wilson, consciente de que la marcha del general golpista no podía bastar, por sí sola, para que la guerra llegara a su fin, decidió esperar el desarrollo de los acontecimientos antes de proceder a la evacuación. La capital seguía en poder de las tropas federales y se mantenía el mismo Parlamento que había apoyado al ex presidente, que no parecía dispuesto a disolverse sin más. Con el pretexto de no caer en un vacío de poder en tanto se llegaba a un acuerdo con los revolucionarios que permitiera que la entrada de Carranza en la ciudad se hiciera de forma pacífica, las Cámaras designaron a uno de los suyos, el presidente de la Corte Suprema de Justicia Francisco Carbajal, para que se hiciera cargo de la jefatura del Estado.

Según las crónicas que llegaban a España, y que eran recogidas por los periódicos, el nombramiento se hacía con carácter provisional; pero lo cierto es que los huertistas pretendían algo más que evitar un vacío de poder. Nada más hacerse cargo de la presidencia, Carbajal declaraba a la prensa que «no se opondría a una transacción con los constitucionalistas para acabar de una vez con la situación del país»<sup>19</sup>, como si la facción que estaba siendo derrotada estuviera en condiciones de hacer otra cosa. Pensaban, quizás, que con la marcha de Huerta los Estados Unidos cederían algo en sus demandas, y que ellos mantendrían la fuerza suficiente para negociar con los insurrectos un acuerdo que no los alejara definitivamente de los ámbitos de decisión.

Pero no iban a tener mucho éxito en sus pretensiones; si los antirrevolucionarios creían que con deshacerse de Huerta podían llegar a una trans-

---

<sup>18</sup> *El Noticiero Sevillano*, Viernes 17 de Julio de 1914.

<sup>19</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 18 de Julio de 1914.



acción con los rebeldes que les permitiera mantener el control, como habían hecho con Madero a través de la presidencia provisional de León de la Barra, no tardarían en comprobar su equivocación. Sus intentos por conseguir una amnistía general y que se aceptara, aunque fuera de manera provisional, un jefe del ejecutivo designado por el Parlamento que Huerta había manipulado, no podían sino fracasar; se había llegado muy lejos y los constitucionalistas no estaban dispuestos a tolerar que los que habían transigido con el general ganaran el poder por el que ellos habían luchado; y, sobre todo, no iban a caer en el mismo error en que había incurrido Madero. Las negociaciones iniciadas con ese fin por los enviados de Carbajal ante Carranza fracasaron y los revolucionarios decidieron marchar a la fuerza sobre México.

Consciente de la imposibilidad de hacer frente al ejército carrancista, Carbajal dimitía el 12 de agosto y salía del país. La ciudad quedaba en manos del gobernador del distrito federal, que no tuvo más opción que pactar con Obregón la rendición incondicional, cosa que se hizo en Teloyucán. Unos días más tarde llegaban a España las noticias sobre el abandono de la capital por parte del ejército huertista. En esta ocasión procedían del ministro de España en México, quien afirmaba que «la evacuación de la ciudad por las tropas federales» se efectuaba «ordenada y tranquilamente». También informaba de que las Cámaras se habían autodisuelto y que los constitucionalistas habían entrado en la capital<sup>20</sup>.

Una vez tomada la ciudad, Venustiano Carranza, que, como dijimos, había sido aceptado como líder por todos los grupos armados, formó su primer gobierno. En él, según las noticias transmitidas por la prensa, tenían representación los hombres de «los diversos partidos políticos» existentes. A pesar de ello, decían las mismas noticias, la primera medida de las autoridades carrancistas «sería la anulación de los decretos y leyes firmados por el presidente Huerta»<sup>21</sup>.

Al contrario de lo que había hecho Francisco Madero, Carranza se negó a restaurar de inmediato la situación institucional previa al golpe de Huerta. El fracaso de la experiencia maderista había servido para saber que si no se erradicaban de la administración los residuos porfiristas, nada cambiaría en el país; en consecuencia, decidió cortar el problema de raíz. Para comenzar, no se tituló presidente provisional sino «Jefe de la Revolución»; y como tal gobernó por decreto. A continuación inició una purga en las distintas dependencias estatales, logrando el resultado que pretendía; a finales de aquel año las estructuras del viejo régimen casi habían desaparecido; una nueva élite procedente de estratos sociales medios, y en algunos casos hasta humildes, las sustituía<sup>22</sup>.

Esta forma de gobernar por decreto resultaría muy útil para los propósitos enunciados; pero le ocasionaría algunos problemas con sus propios

---

<sup>20</sup> *Ibidem*, Viernes 28 de Agosto de 1914.

<sup>21</sup> *Ibidem*, Jueves 27 de Agosto de 1914.

<sup>22</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs.746 y 782.



aliados. Su «autoritarismo» y su negativa a convocar la gran convención revolucionaria que le pedían algunos de los que habían participado en la sublevación, lo llevaría al enfrentamiento abierto con unos cuantos caudillos y, en definitiva, a que las diferencias que ya existían en las filas vencedoras se agudizaran. Con ello, la paz no volvió de inmediato, como se esperaba, manteniéndose en muchos lugares el estado de guerra que con tanto recelo era contemplado por los Estados Unidos y por el resto de las potencias con intereses en México. Mientras los jefes discutían entre sí, sus respectivos seguidores se enfrentaban con las armas sin que nadie pareciera ser capaz de encontrar la solución para llegar al fin de la lucha. Como ya vimos, los distintos grupos insurgentes habían acordado en Torreón que, una vez caído Huerta, celebrarían una convención para tratar de solucionar los problemas inmediatos y acordar la fecha para la celebración de comicios. Pero Carranza no estaba conforme ni con el modo de elección de los representantes que debían acudir ni con los asuntos que debían tratarse en ella, por lo que decidió llamar a una más pequeña en la ciudad de México, una especie de junta de notables, formada a su conveniencia<sup>23</sup>.

Fijada en principio para el 1 de octubre en la capital, parecía evidente, prácticamente desde que se marcó la cita, que dos de los líderes con mayor poder de convocatoria popular, Villa y Zapata, no iban a acudir; ninguno de ellos confiaba en el primer jefe. Francisco Villa, siempre indisciplinado, había roto ya abiertamente con él acusándolo de «obstruir la paz»; y no pareció dispuesto a dar marcha atrás a pesar de los esfuerzos realizados por otros caudillos para hacerlo cambiar de opinión. Zapata, por su parte, estaba convencido de que Carranza nunca llevaría a cabo una reforma agraria capaz de satisfacer al campesinado; y cuando en el mes de agosto aquél se negó a suscribir incondicionalmente el Plan de Ayala, optó por aliarse con Villa. Ninguno estuvo presente, por tanto, en esa pequeña convención que, como Venustiano Carranza pretendía, lo confirmó como jefe del ejecutivo.

Consciente, sin embargo, de la conveniencia de no enfrentarse a personajes tan populares, el jefe de la Revolución intentó el acercamiento anunciando una serie de reformas sociales y económicas —distribución de tierras a los pueblos, salarios decentes, reforma fiscal, etc.—, que quitaran sentido y base social a los movimientos dirigidos por aquéllos; pero no por ello logró su incorporación al constitucionalismo. La ruptura parecía definitiva y algunos destacados revolucionarios, como Álvaro Obregón, intentaron evitarla por todos los medios a su alcance. Tras duras negociaciones consiguieron que zapatistas y villistas accedieran a acudir a una nueva convención, más amplia que la anterior, que se iniciaría unos días más tarde en Aguascalientes<sup>24</sup>; en realidad, sería una asamblea de jefes revolucionarios con un ob-

---

<sup>23</sup> ALESSIO: *Historia política de...*, pág. 153.

<sup>24</sup> RICHMOND: *La lucha nacionalista...*, págs. 92-99, y KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, pág. 815.

jetivo prioritario: acabar definitivamente con las disensiones existentes entre las distintas facciones. Pero su resultado sería muy diferente al esperado por los organizadores; no sólo fue un fracaso en ese sentido sino que, por el contrario, incrementó las diferencias. A raíz de su celebración ya no se podía hablar en propiedad de la existencia de dos bandos rebeldes, como se decía hasta entonces, sino de cuatro<sup>25</sup>.

Las primeras comunicaciones que llegaron a España sobre el desarrollo de la citada reunión lo hicieron a través de El Paso, y tenían su origen, probablemente, aunque esto no lo indicaran con claridad los periódicos, en las informaciones suministradas por el cónsul norteamericano en aquella ciudad. Esas noticias señalaban que «la Asamblea Revolucionaria» había decidido apartar del poder tanto a Carranza como a Villa. Como único medio para acabar con la rivalidad existente entre ambos, los delegados propusieron el nombramiento de un presidente provisional que fuera aceptado por todos, y al que se le dieran «grandes poderes para poder atajar las reclamaciones de Zapata»,<sup>26</sup> el tercero en discordia. A los pocos días de que se publicaran en España los propósitos de los delegados, algunos diarios comunicaban a sus lectores que, de acuerdo con lo anterior, la asamblea había decidido designar presidente provisional al «general Gutiérrez», aunque sólo por «un plazo de 60 días» y con la condición de que su nombramiento sólo sería efectivo «si recibe la adhesión de los zapatistas»<sup>27</sup>.

La realidad, sin embargo, era mucho más compleja de lo que se deducía de la lectura de los rotativos españoles. Aguascalientes no sólo fue una reunión para limar las diferencias entre los revolucionarios; aunque algunos la hubieran planteado así se convirtió, de hecho, en una verdadera convención revolucionaria, que «sancionó la ruptura con el estado anterior» y en la que los zapatistas, al contrario de lo que informaron los medios peninsulares, no sólo tomaron parte sino que podían considerarse incluidos entre los triunfadores de la misma, al conseguir el respaldo de los congregados a gran parte de las medidas agrarias contenidas en el Plan de Ayala<sup>28</sup>.

En cuanto a la búsqueda de una tercera vía entre el carrancismo y el villismo, la forma en que se intentó articular conducía, inevitablemente, al fracaso. La Convención comenzó por declararse «órgano soberano», algo que Carranza, que no asistió aunque sí envió a sus representantes, no estaba dispuesto a aceptar; mucho menos lo estaba a ceder el poder al presidente provisional designado por aquélla, aunque el nombramiento recayera, como de hecho ocurrió, en uno de sus delegados, Eulalio Gutiérrez. Según el testimonio de algunos de los contemporáneos de los sucesos, a la petición de re-

---

<sup>25</sup> Según la prensa sevillana, a raíz de lo sucedido allí llegaron a existir 4 gobiernos revolucionarios al mismo tiempo.

<sup>26</sup> *El Liberal* de Sevilla, Lunes 2 de Noviembre de 1914.

<sup>27</sup> *Ibidem*, Viernes 13 de Noviembre de 1914.

<sup>28</sup> GILLY: «La guerra de.....», pág. 45, y WOMACK: *Zapata y la.....*, págs. 210-214.

tiro que le había hecho la asamblea Carranza respondió que sólo lo haría si Villa lo precedía. Francisco Villa, por su parte, manifestó que no tenía problemas para acatar los designios de la Convención; pero a la hora de la verdad lo que hizo fue presionar con sus tropas a los reunidos, situándolas en los alrededores de la población como una advertencia permanente, y preparándose para atacar a los carrancistas<sup>29</sup>.

El resultado fue, como afirmaba la prensa española poco después, que se abrió un nuevo frente de discordia. Carranza se negó a retirarse y la Convención lo declaró en rebeldía. Como jefe de las operaciones contra él se designó a Francisco Villa, que conseguía así un poder que lo convirtió, con Zapata, en el verdadero triunfador de Aguascalientes, y que dejaría en nominal la autoridad del recién nombrado presidente provisional. El avance de Villa hacia la capital no se hizo esperar; a finales de noviembre sus hombres se encontraban a unos cien kilómetros de aquélla, mientras los de Zapata, según las noticias que transmitían los diarios, entraban «ya en los arrabales de México». La posición de Venustiano Carranza era cada vez más difícil, y tuvo que abandonar la ciudad y dirigirse con su gobierno a Veracruz. Allí entró el 23 de noviembre de 1914, dos días después de que el puerto fuera desalojado por los norteamericanos. Entre tanto, zapatistas y villistas tomaban la capital, a la que al poco tiempo llegaba el presidente provisional nombrado por la Convención, Eulalio Gutiérrez<sup>30</sup>.

## Las resistencias internas

En principio, y pese a la presencia de las huestes de Zapata y Villa en la ciudad de México, parecía que la situación estaba más o menos normalizada; pero esa relativa normalidad iba a durar muy poco. El primer problema vendría con la desertión de los zapatistas que, desilusionados por sus supuestos aliados, que no les habían proporcionado el apoyo militar prometido, abandonarían aquélla para regresar a Morelos y, aunque no lo hicieran formalmente, también la coalición que tanto había costado forjar en Aguascalientes. Se apartaron de la lucha nacional y, continuando con las reformas que ya habían iniciado en su estado, se dedicaron a proseguir la Revolución en él<sup>31</sup>.

Los villistas, los soldados más temidos e indisciplinados, se adueñaron, prácticamente, de la capital; los asesinatos y saqueos se multiplicaron y a comienzos de 1915 la anarquía reinaba en ella sin que el nuevo presidente designado por la Convención pudiera hacer nada para evitarlo. Villa dominaba la situación; era el único al que sus hombres obedecían, y no parecía tener ningún interés en terminar con aquel caos. Aunque la misión que se le había

---

<sup>29</sup> ALESSIO: *Historia política de...*, págs. 176-180; KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs. 820-822, y RICHMOND: *La lucha nacionalista de...*, págs. 95-96.

<sup>30</sup> *El Liberal* de Sevilla, Domingo 29 de Noviembre de 1914. Ver también ALESSIO: *Historia política de...*, pág. 181.

<sup>31</sup> WOMACK: *Zapata y la...*, pág. 218.

encargado era apoyar a Gutiérrez, el caudillo del norte actuó siempre según su propia conveniencia.

Los periódicos españoles indicaban en este sentido que, nada más tomar posesión de su cargo, Eulalio Gutiérrez inició una serie de conversaciones con los líderes de los distintos grupos armados con el fin de conseguir la pacificación del país. Con este objeto, tanto él como la Convención, trasladada en parte a la capital mexicana, intentaron deshacerse de Villa y pactar con los carrancistas. Pero parecieron olvidar que el que controlaba la ciudad era Villa; el jefe de la división del norte no tardó en darse cuenta de sus maniobras y respondió amenazando directamente a Gutiérrez, que optó por abandonar<sup>32</sup>.

Ante el vacío de poder se hizo cargo del ejecutivo el presidente de la Convención, Roque González Garza, lo que complicó todavía más la situación. Aunque González Garza no asumiera formalmente la presidencia, la prensa española consideró que se había llegado al colmo del caos; según los periódicos sevillanos en aquellos momentos existían en México cuatro gobiernos simultáneos, todos ellos procedentes del bando revolucionario. Por una parte el de «Carranza, con la colaboración de Cabrera, Zurbarán y Obregón»; por otra, el de «Villa, con Ángeles y algunos maderistas»; en tercer lugar el de González Garza, «designado por la convención y en entendimiento con Zapata» y, por último, el de Gutiérrez, puesto por la misma Convención «antes que González, y que no ha hecho caso del nombramiento de aquél»<sup>33</sup>.

Las escaramuzas entre las tropas leales a cada uno de esos hipotéticos gobiernos se sucedían; según contaban los diarios españoles, apenas las de uno de ellos habían tomado la capital cuando tenían que abandonarla rápidamente ante el empuje de las de otro que, a su vez, era arrojado por el siguiente. En algunos momentos los rotativos ni siquiera llegaban a distinguir quién estaba con quién en cada momento, en virtud de las distintas alianzas que se forjaban y se deshacían<sup>34</sup>. Las informaciones que llegaron a España sobre lo que estaba sucediendo en México en la primavera y comienzos del verano de 1915 fueron escasas y muy confusas. Sólo tras la campaña del Bajío, con los triunfos de Álvaro Obregón sobre Villa en Celaya, Trinidad y Aguascalientes, y con la retirada de los zapatistas a Morelos, el panorama pareció aclararse para la prensa española en cuanto que todo ello implicaba la desaparición de cualquier posibilidad de alternativa al liderazgo nacional de Carranza. En agosto de ese año los «cablegramas» que, a través de Washington, se recibían en la península, indicaban que estaba ya «confirmada oficialmente la recuperación de México por las tropas que manda el general Carranza» y que, después de las victorias señaladas, el primer jefe declaraba oficialmente el triunfo de la causa constitucionalista<sup>35</sup>.

---

<sup>32</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 3 de Marzo de 1915.

<sup>33</sup> *Ibidem*.

<sup>34</sup> Ver sobre ello tanto *El Noticiero Sevillano* como *El Liberal* de Sevilla o *El Correo de Andalucía* entre los meses de Marzo y Julio.

<sup>35</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 4 de Agosto de 1915.



Tras su derrota frente a Obregón, Villa no se rindió y continuó con su resistencia en el norte; pero como declaraba Carranza a un periodista norteamericano en el otoño de 1915, sus partidarios habían conseguido controlar al país a pesar de la «traición» de Villa. En línea con la política propagandística que tan buen resultado parecía haberle dado antes de la derrota de Huerta, el jefe de la Revolución optaría por intentar desprestigiar al que entonces era su principal enemigo. En esas mismas declaraciones afirmó, que «cuando Huerta fue eliminado del poder y la causa constitucionalista triunfó, pidió a Pancho Villa que le acompañara a la Habana para firmar un acuerdo». Pero que «don Pancho, creyéndose más fuerte, no deseaba la paz, haciéndole traición y sumiendo al país en el terror de una guerra civil inútil. Ahora que Villa ha sido reducido», seguía diciendo Carranza, «desea la paz, e igualmente el cabecilla Zapata». Sin embargo, concluía, «dentro de poco no se hablará de uno ni de otro, porque no veo la necesidad de discutir con ellos»<sup>36</sup>.

No obstante, la situación no estaba tan controlada como podría pensarse por las citadas manifestaciones de Carranza. De hecho, se equivocaba tanto en lo que se refería al fin de los villistas como al del zapatismo. En principio, de la lectura de la prensa española de aquellos días parecía deducirse que su pronóstico respecto a la derrota de Zapata era acertado. Sin embargo, la realidad mostraría pronto que no era así. Los constitucionalistas lograron tomar la capital zapatista en junio de 1916; pero los hombres del caudillo de Morelos, contando con el apoyo de un sector importante de la población de su estado, volvieron a la guerra de guerrillas que mantendrían, incluso, tras el asesinato de su líder, y a las que las tropas de Carranza parecían incapaces de derrotar. Pero no fue así para los medios de comunicación peninsulares, que no sólo no informaron de esa lucha sino que ni siquiera dieron cuenta de la muerte de Emiliano Zapata.

No ocurrió lo mismo con la actividad de los villistas que, por un tiempo, seguirían apareciendo en las páginas de los periódicos españoles. La división del norte, como tal, había dejado de existir. Pero las múltiples bandas armadas en que se dividió se convirtieron en un importante foco de desestabilización para el régimen constitucionalista. De sus acciones sí se hacía amplio eco la prensa internacional; *El Debate* de Madrid, por ejemplo, recogía en sus páginas los relatos de los refugiados que escapaban de las zonas atacadas por ellas, narrando una serie de «horrores» cuya veracidad resultaba, sin embargo, bastante difícil de comprobar<sup>37</sup>. Fueran o no reales los «horrores» de que hablaban, lo cierto es que en el norte continuaron los combates; y, acompañándolos, aparecían toda una serie de noticias contradictorias sobre los triunfos de unos y otros, sin que las publicaciones españolas ofrecieran demasiados datos, ni muy fiables, sobre lo que realmente estaba ocurriendo en el enfrentamiento entre carrancistas y villistas.

---

<sup>36</sup> *Ibidem*, Miércoles 20 de Octubre de 1915.

<sup>37</sup> Ver, por ejemplo, el ejemplar del Domingo 26 de Mayo de 1915. Cit. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana...*, pág. 82.



Las noticias que llegaban a España sobre el conflicto entre los dos antiguos aliados eran tan contradictorias, que lograban confundir hasta a los supuestamente bien informados. Así, a comienzos del mes de enero de 1916 los diarios hispalenses afirmaban que Villa había sido hecho prisionero cerca de San Jerónimo, desde donde sería trasladado a la capital para ser juzgado<sup>38</sup>. Pero desde entonces, y hasta el mes de abril, no apareció desmentido o confirmación sobre el asunto en las páginas de los rotativos sevillanos, que no recogieron nota alguna que tuviera relación con él. A comienzos de ese mes de abril, sin embargo, sus lectores pudieron comprobar que, en contra de lo que se les había comunicado más de dos meses antes, Villa seguía en libertad; según decía *El Liberal* de Sevilla en esa fecha, «el caudillo del norte» había logrado escapar hacia Torreón y continuar la lucha<sup>39</sup>.

Unos días después de que el citado diario informara de su huida, lo hacía también de la supuesta muerte del legendario guerrillero. Según contaban los periodistas, «el cónsul americano en El Paso» había manifestado que Villa había fallecido y que su cadáver había sido llevado a Cusi, desde donde sería trasladado a Chihuahua<sup>40</sup>. En esta ocasión, no obstante, el desmentido sí se hizo, y pronto; al día siguiente se indicaba que «el general yanqui Wells, después de numerosas pesquisas, se ha convencido de la falsedad de la noticia de la muerte de Villa»<sup>41</sup>.

También vinieron a desmentirla los relatos de «algunos fugitivos procedentes de Chihuahua», según los cuales «en el Paso el general Pancho Villa» había «saqueado la ciudad» y, al parecer, se proponía «atacar Ciudad Juárez.» Eran muchos, decían, «los que huyen ante el pánico creado por las huestes de Villa»<sup>42</sup>. Aunque 1916 se había iniciado con unas declaraciones de Carranza bastante optimistas sobre la pacificación de la república, las bandas villistas mantendrían, pues, su actividad a lo largo de todo ese año, especialmente en Chihuahua, donde casi llegaron a formar su propio estado dentro del mexicano. A pesar de los esfuerzos de los constitucionalistas por acabar con ellas, y de sus constantes comunicados sobre las derrotas que les infligían, éstas continuaban sus correrías por el norte del país. Saqueaban pueblos, incendiaban trenes y sembraban el pánico en todos los lugares por los que pasaban; además, sus incursiones al otro lado de la frontera norteamericana ocasionaban a Carranza importantes problemas con sus vecinos.

Intentando tranquilizar a la opinión internacional, las informaciones oficiales pretendían quitar importancia a la actividad de esos grupos. A princi-

---

<sup>38</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 22 de Enero de 1916.

<sup>39</sup> *Ibidem*, Jueves 6 de Abril de 1916.

<sup>40</sup> *Ibidem*, Martes 18 de Abril de 1916.

<sup>41</sup> Este desmentido fue hecho por los norteamericanos, después de las investigaciones realizadas al respecto por el general Wells. Ver sobre ello *El Liberal* de Sevilla del Miércoles 19 de Abril de 1916.

<sup>42</sup> *El Liberal* de Sevilla, Lunes 4 de Diciembre de 1916.

pios de 1917 la legación de México en España, y es de suponer que lo mismo ocurrió en otros países, daba cuenta a la prensa de los informes remitidos por su gobierno desmintiendo algunas de las supuestas victorias villistas que habían sido publicadas, o quitando importancia a otras. Los constitucionalistas reconocían que Villa había llegado a ocupar, por ejemplo, la ciudad de Chihuahua, como se señalaba en los medios internacionales; pero lo «hizo», decían, «cuatro días solamente», teniendo, inmediatamente «que desalojarla»; del mismo modo los comunicados gubernamentales afirmaban que aunque las tropas constitucionalistas habían tenido que evacuar Torreón el 24 de diciembre, como también habían publicado algunos periódicos, un telegrama enviado por el general Aguilar afirmaba que «poco después la ciudad fue recuperada»<sup>43</sup>.

Unos días más tarde, la legación daba cuenta a los medios de comunicación que «las tropas constitucionalistas habían derrotado totalmente a las de Villa, cuyos secuaces no ocupan ninguna ciudad en territorio mexicano»<sup>44</sup>. Las declaraciones de las autoridades en este sentido, continuaron llegando a la prensa hasta finales de enero; y todas ellas hacían hincapié en el éxito de la campaña contra Villa que, a su juicio, había sido tal, que los villistas no sólo fueron desalojados de las ciudades nortenas que ocupaban, sino que su líder se había «tenido que retirar a la montaña»<sup>45</sup>.

Es cierto que en aquellos momentos Villa parecía derrotado; no obstante, mientras permaneciera en libertad se mantenía el peligro de su vuelta a la lucha armada. Por otra parte, el temor a su retorno persistía también en muchos sectores de la población; y, con él, las especulaciones sobre la complicada situación y la inestabilidad que reinaba en el norte del país. En los primeros meses de 1917 los rumores acerca de la marcha de la contienda fueron algo recurrente en la prensa española, aunque, eso sí, cada vez más espaciados. Con frecuencia se hablaba en ella de la existencia de «furiosos combates en Chihuahua»<sup>46</sup> que no siempre se confirmaban, o de la preocupación de los nuevos gobernantes por un rebrote de la violencia. Según decían los diarios peninsulares, aunque la tranquilidad parecía volver al país después de ocho años de luchas, «en los círculos oficiales se teme que las turbas de Chihuahua se extiendan hacia Las Palomas, donde están las vanguardias de Pancho Villa». Algunas noticias indicaban que ese hecho podía llegar a producirse, porque Villa contaría con el apoyo de «Alemania para sustituir a Carranza», y que con él, se estaba preparando para atacar «Tampico y las ciudades del Golfo de México»<sup>47</sup>.

---

<sup>43</sup> *Ibidem*, Lunes 8 de Enero de 1917.

<sup>44</sup> *Ibidem*, Jueves 18 de Enero de 1917.

<sup>45</sup> Ver *El Liberal* de Sevilla del Jueves 18 de Enero de 1917 y el del Lunes 29 del mismo mes y año.

<sup>46</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 9 de Febrero de 1917.

<sup>47</sup> *Ibidem*, Domingo 11 de Febrero de 1917.

Esos rumores, sin embargo, demostraron no ser demasiado consistentes; aunque la situación en el norte no era del todo tranquila, Villa había perdido ya su gran base popular. Durante un tiempo continuaría luchando contra los carrancistas con su táctica de guerra de guerrillas, con asaltos aislados que dificultaban la vuelta total a la normalidad, pero que no podían ir mucho más allá; cuando en uno de sus ataques tomaba una población, tenía que abandonarla de inmediato acosado por las tropas constitucionalistas. Su posición era tan precaria en 1917, que en algunos momentos la prensa llegó a decir que parecía haber desaparecido del mapa, en medio de teorías tan estrafularias como la que lo localizaba «oculto en el Japón»<sup>48</sup>.

No obstante, y a pesar de que cada vez tenía más problemas para conseguir hombres y municiones, terminaba siempre reapareciendo. Sus bandadas, como las zapatistas y otras que, siendo menos importantes, actuaban de manera parecida, no conseguirían ya poner en peligro el régimen surgido de la Revolución; pero sus actividades, junto al bandolerismo endémico de algunas zonas de la república, del que muchas veces no se diferenciarían, se convirtieron en un foco permanente de inestabilidad para aquél<sup>49</sup>.

## Los problemas de la colonia española

En el ámbito de las relaciones internacionales, cuando Carranza llegó al poder la situación de los extranjeros residentes en México empezó a mejorar. El jefe de los constitucionalistas aseguró, de inmediato, que un tribunal arbitral examinaría detenidamente las reclamaciones por las pérdidas sufridas por aquéllos a causa de la guerra para determinar las que eran justas, que serían atendidas por el gobierno. Sus declaraciones sirvieron para tranquilizar a muchos; pero no a todos, especialmente porque la dimisión de Huerta había dejado en delicada situación a los que, como un sector de la colonia española, habían abogado por su reconocimiento. Este era también el caso del representante del gobierno de Madrid, al que se hicieron graves acusaciones sobre su intervención en los sucesos de la decena trágica y al que el gobierno peninsular, temiendo que fuera objeto de algún tipo de atentado, trasladó a Buenos Aires nada más producirse la caída del general. Para sustituirlo se nombró a José Caro Szécheny, que llegó a México a finales de ese mismo año de 1914<sup>50</sup>.

En cuanto a la comunidad española sus preocupaciones sobre la precariedad de su posición se incrementaron cuando, por esos mismos días, la

---

<sup>48</sup> *El Noticiero Sevillano* y *El Liberal* de Sevilla del Sábado 10 de Marzo de 1917. La información del segundo de estos diarios, firmada por José Smerdou, decía recoger, en este sentido, las palabras del ministro de Hacienda del gabinete interino de Carranza.

<sup>49</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, pág. 931.

<sup>50</sup> ALESSIO: *Historia Política de.....*, págs. 185-186. Ver también ILLADES: *México y España.....*, pág. 25, y MAC GREGOR: *México y España.....*, págs. 178-179 y 183-184.

capital fue ocupada por zapatistas y villistas, precisamente los dos grupos que la habían atacado con mayor insistencia. Sus temores serían, en parte, fundados; en unos momentos en que la guerra había producido serios problemas de abastecimiento, y en el que invadían las calles distintos grupos rebeldes, algunos de ellos sin ningún tipo de control o disciplina, el saqueo de las tiendas de artículos de primera necesidad era fácilmente explicable. De hecho, la mayor parte de los daños denunciados por la población peninsular en esa época se referían a los asaltos y robos en las tiendas de abarrotes de aquella ciudad. No sólo se vieron afectados, desde luego, sus establecimientos; pero sí es cierto que algunos de los ataques se hicieron con especial violencia cuando sus propietarios eran españoles<sup>51</sup>.

La mayoría de la prensa, como es lógico, condenó sin paliativos los actos de vandalismo a que se vieron sometidos algunos de sus compatriotas, aunque un sector de ella, esencialmente la republicana y la socialista, señalara también que la población mexicana tenía motivos suficientes para odiar a los españoles residentes en México. Estos periódicos repudiaban esos actos y calificaban a sus autores de «jauría de fieras embravecidas»; pero también veían comprensible el acoso de los revolucionarios a sus compatriotas por su «labor antimejicana, porfirista, contra el pueblo, para estar a bien con su protector, el monstruoso tirano Porfirio Díaz..., [ya que] el tirano.... fundó toda su política en una protección insolente a los extranjeros, especialmente a los españoles, a costa de los naturales»<sup>52</sup>. Confirmando, al menos en parte, esas apreciaciones de una parte de las publicaciones peninsulares, los residentes españoles no sólo tendrían problemas con zapatistas y villistas, los grupos supuestamente «bárbaros», sino también, y por los mismos motivos, con los carrancistas, aunque éstos fueran siempre menos violentos con ellos que las otras dos facciones.

A comienzos de 1914 los constitucionalistas, intentando ganarse el reconocimiento internacional por el que competían con el gobierno huertista, habían puesto en marcha una intensa labor de propaganda que acabaría por atraerles las simpatías de amplios círculos de opinión europeos y norteamericanos. Como parte de esa campaña enviaron a Europa una serie de delegaciones cuya misión sería exponer en ámbitos políticos de este continente la «realidad» de la situación mexicana. En febrero de 1914 llegaba a París una de esas delegaciones; su jefe, Juan Sánchez Azcona, declaró a la prensa que «los incidentes sucedidos a los españoles fusilados y expulsados», se explicaban «porque tomaron las armas en contra de los constitucionalistas». Intentando dar una imagen de moderación y respeto a las leyes, el comisionado carrancista aseguraba a la prensa europea que ellos no sólo darían «a los extranjeros la garantía de un gobierno estable», sino que investigarían

---

<sup>51</sup> ILLADES: «Los propietarios españoles...», págs. 184-185.

<sup>52</sup> *El Socialista*, Madrid, Lunes 13 y Martes 14 de Abril de 1914. Cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana...*, págs. 145 y 146.



detalladamente los desmanes cometidos contra ellos y castigarían a los culpables. «Afirmó, además, Ascona [sic], que se les permitiría el regreso a Méjico a todos los que probasen que no habían actuado nunca en contra de Carranza»<sup>53</sup>.

Sánchez Azcona pasó también por España, donde llegaría en el mes de septiembre de aquel mismo año, con una misión similar a la que lo había llevado a París, la de realizar todos los esfuerzos posibles para que se fuera produciendo un cambio en la opinión que muchos tenían aquí de los carrancistas. En este sentido es significativa la respuesta que dio en relación con la situación de un ciudadano español residente en México, pero que en aquellos momentos se encontraba en la península. Interrogado sobre si ese ciudadano, propietario de una fábrica de textiles en aquella república, podría volver sin peligro, Azcona respondía que todo el que no hubiera tomado parte «en los movimientos políticos que se han desarrollado en mi país», como parecía ser el caso que se trataba, podía regresar sin temor alguno a los constitucionalistas, ya que los responsables de los daños causados a los extranjeros no eran ellos, sino las bandas que se habían rebelado contra el primer jefe<sup>54</sup>.

Es difícil valorar el resultado final que esa campaña propagandística tuvo en España; si bien es cierto que una parte de la prensa se mostraba ya desde 1914 favorable al carrancismo, periódicos como *ABC* o *El Debate*, ambos de Madrid, lo rechazaron durante mucho tiempo y lo acusaron de cometer los mismos «horrores» que los villistas; esos diarios insistían, una y otra vez, en el caos que reinaba en el bando revolucionario y que, según ellos, Carranza parecía incapaz de dominar. En el fondo de sus críticas no estaba, sin embargo, sino el temor ante el programa de reformas que contenía el Plan de Guadalupe; en consecuencia, condenaban la política carrancista en el campo social, así como en el religioso, por cuanto, afirmaban, se sometía a la iglesia a una persecución inclemente; y lo hacían no sólo por las consecuencias que esa política podría tener en México, sino porque representaba un peligroso precedente de fácil propagación.

Quizás por temor a la difusión y llegada de ciertas ideas a España donde, aseguraban, podrían encontrar caldo de cultivo, en las páginas de los citados rotativos apenas encontramos referencias a los cambios legales en el sistema de propiedad de la tierra que el plan implicaba; y cuando las hay, no son para analizarlos, sino para destacar que afectaban a sus compatriotas allí, siendo calificados como simples «robos» y «atropellos» contra los españoles, a los que, según ellos, se perseguía con saña, con el pretexto de su supuesta intervención en la caída de Madero. Esa persecución justificaba por sí sola, decían, el apoyo de sus conciudadanos al gobierno de Victoriano

---

<sup>53</sup> *El Liberal* de Sevilla, Domingo 8 de Febrero de 1914.

<sup>54</sup> ILLADES: «Los propietarios españoles...», pág. 177.



Huerta, el único que, a su juicio, los defendía en medio de aquella supuesta campaña antiespañola<sup>55</sup>.

La realidad no era, desde luego, exactamente así; pero tampoco como la pintaba la propaganda constitucionalista. Es cierto que a lo largo de toda su campaña militar Carranza fue mucho más considerado con los españoles que otros jefes insurgentes, y que llegó a dar órdenes concretas para que no se les molestara; en ocasiones, incluso, ordenó la devolución de algunas de las haciendas que Villa les había confiscado. De hecho, aunque sí lo hagan algunos periódicos madrileños, en la prensa sevillana no se habló, en ningún momento, de desmanes carrancistas similares a los cometidos por otras facciones rebeldes. Pero también lo es que la supuesta actuación de los españoles contra Madero fue utilizada como pretexto por aquéllos, en más de un caso, para actuar en su contra.

Un claro ejemplo se dio ya en 1914, cuando redactaron un proyecto de ley que permitía la confiscación de «las propiedades de los españoles contrarios a la Revolución»<sup>56</sup>. Se suponía que ese proyecto estaba dirigido a los que habían actuado en contra de los insurrectos, dejando al margen a los que, como había dicho Sánchez Azcona, no «habían tomado parte» en el conflicto; pero en medio de la confusión imperante durante toda la guerra civil esa condición era difícil de demostrar, lo que llevó al sector más conservador de la prensa española a considerar como una persecución específica contra sus compatriotas cualquier normativa que afectara al régimen de tenencia de tierras.

Por otra parte, los decomisos forzosos de alimentos y ganado por parte de las tropas carrancistas producían los lógicos enfrentamientos con los afectados por las expropiaciones, fueran o no españoles; pero los casos de éstos eran los que resaltaban las publicaciones conservadoras. Por último, cuando el ejército constitucionalista tomó definitivamente la capital en 1915, se acusó a los comerciantes en general, y a los españoles —dueños de gran parte de los establecimientos— en particular, de especular con alimentos de primera necesidad y de enriquecerse a costa del pueblo. Las autoridades, enfrentadas a la escasez de alimentos y, en consecuencia, a una severa carestía, ordenaron a los comerciantes bajar los precios. Muchos no acataron el mandato y la respuesta no se hizo esperar; en unos casos se retiraron los permisos de importación a los «españoles que se habían negado a prestar su colaboración»; y en otros, simplemente se les expulsó del país y se procedió a la expropiación de sus bienes. Además, el hecho de que, en no pocas oca-

---

<sup>55</sup> Ver, por ejemplo, *El Debate* de Madrid del Domingo 26 de Mayo de 1915 o el del Domingo 10 de Marzo de tres años más tarde. Ver también sobre esta cuestión los artículos «Grave situación. La revolución en México», o «Un pueblo en la anarquía. La revolución mexicana. La colonia española», en el *ABC* de la misma ciudad del Miércoles 19 de Noviembre de 1913 y Sábado 18 de Abril de 1914. Cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana...*, págs. 82-85 y 150-151.

<sup>56</sup> ILLADES: «Los propietarios españoles...», págs. 176-179.

siones, las tiendas de abarrotes fueran desvalijadas sin que el gobierno pareciera hacer nada por impedirlo, envenenaba la relación de los peninsulares con el bando triunfador de la Revolución<sup>57</sup>.

Los choques fueron, pues, numerosos y además amplificados por ciertos medios de comunicación españoles; y para agravar los problemas, las personas que mejor podían haber actuado para suavizar las tensiones, los representantes diplomáticos de Madrid, se convertirían ellas mismas en nuevas fuentes de conflicto. Si, como ya hemos visto, cuando se trataba de reclamar al gabinete de Huerta por los daños sufridos por sus compatriotas el ministro español en México, Bernardo de Cólogan, pedía cautela a su gobierno para no «ofender» la susceptibilidad mexicana, cuando había que hacerlo ante los constitucionalistas siempre se mostró partidario de actuar con la mayor dureza en las protestas. En esta política se vería apoyado, además, por su colega en los Estados Unidos, que tenía también el encargo de sus superiores de estar al tanto de la situación mexicana. Como ejemplo de ello, y con motivo de la expulsión del país de un grupo de españoles por las autoridades carrancistas, *El Liberal* de Sevilla daba cuenta de que «el ministro español señor Riaño, informado por un abogado español, ha declarado que corresponde pedir a Méjico una reparación por la expulsión de ochocientos españoles», y por los daños sufridos por todos ellos a causa de la lucha revolucionaria<sup>58</sup>.

Es cierto que en este caso no se trataba del enviado de la diplomacia peninsular en México, sino en los Estados Unidos; pero también lo es que representaba al mismo gobierno que aquél y que, por otra parte, la actuación del sucesor de Cólogan, José Caro, en su trato con los constitucionalistas tampoco sería muy afortunada. Aunque tenía claras instrucciones de la administración de acercarse a ellos para tratar de llegar a un arreglo, su actitud con los carrancistas no fue demasiado clara. En unos momentos en que parecía que Villa tenía bastantes bazas a su favor, podría pensarse que, en principio, no quiso comprometerse con alguien que luego no fuera el vencedor. Para evitarlo, se habría decidido por enviar a una serie de agentes confidenciales ante los distintos caudillos, con el fin de que le informaran sobre las posibilidades reales de victoria que tenía cada uno de ellos. Pero para muchos estudiosos del tema, lo que realmente ocurría era que el nuevo ministro simpatizaba más con los villistas que con los carrancistas y no quería implicarse con estos últimos. Fuera o no así, lo cierto es que su ambigüedad y la actuación de sus «delegados» lo llevarían, al poco tiempo de llegar al país, al enfrentamiento abierto con los dirigentes constitucionalistas. De hecho,

---

<sup>57</sup> LUDLOW: «Empresarios y banqueros....», págs. 164-165, e ILLADES: *México y España.....*, pág. 21.

<sup>58</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 15 de Mayo de 1914. Aunque el texto del periódico hablaba del «ministro español», no se trataba del representante español ante el gobierno mexicano, sino ante el estadounidense.

fue el intento de estos últimos de detener a Ángel de Caso, el agente español ante los villistas, lo que ocasionaría el conflicto más duro con el ministro, cuyo resultado sería su expulsión del territorio mexicano en febrero de 1915<sup>59</sup>.

La noticia llegó de inmediato a España; según publicaba *El Liberal* de Sevilla el 13 de ese mes, «a última hora de la tarde» del día anterior, comenzó a «circular por Madrid el rumor de graves noticias de Méjico. Éstas se han confirmado por telegramas de Washington, diciendo que Carranza había exigido al ministro español que abandonase el país en el plazo de veinticuatro horas. El ministro español salió inmediatamente para Veracruz, donde lo recogerá un buque de guerra yanqui»<sup>60</sup>. Pero, en principio, se ignoraban las causas del incidente, que sólo se conocerían unos días más tarde, y de manera indirecta, cuando Carranza diera toda clase de explicaciones al respecto a la prensa internacional a través de la Agencia Constitucional Londinense.

De acuerdo con las declaraciones del mandatario mexicano, la actuación del representante español contra el carrancismo había sido tan notoria, interviniendo en los asuntos internos del país y fomentando la oposición a los constitucionalistas, que no le había quedado más remedio que ordenar su inmediata expulsión. No obstante, en esas manifestaciones Carranza pareció estar interesado en dejar claro que se trataba de una medida puntual contra una persona concreta y no contra los españoles, añadiendo que, por la gravedad de lo sucedido, aún podía haber tomado «medidas más severas», pero que «no lo hizo para demostrar su amistad al pueblo español»<sup>61</sup>.

En España, las reacciones por lo sucedido fueron muy variadas; algunos periódicos, como *El Liberal* de Sevilla, conscientes, quizás, como el propio gobierno peninsular que también se mostraba cauto, de que no faltaba razón a Carranza, se limitaban a recoger en sus páginas las informaciones que les llegaban sobre el tema, sin hacer comentarios al respecto. Pero otros, como el *ABC* de Madrid, se manifestaban indignados por lo que les parecía una «grave injusticia», contra una población que lo único que había hecho era trabajar en aquel país. Y todavía resultaba menos admisible para este diario la falta de respuesta del gobierno español a semejante afrenta, y la dejadez y abandono de sus derechos que, a su juicio, implicaba el hecho de que el citado ministro tuviera que acogerse a la protección de los norteamericanos<sup>62</sup>.

---

<sup>59</sup> ILLADES: *México y España.....*, págs. 25-26, y MAC GREGOR: *México y España.....*, págs. 189-190.

<sup>60</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 13 de Febrero de 1915.

<sup>61</sup> *Ibidem*, Lunes 15 de Febrero de 1915.

<sup>62</sup> Ver, entre otros artículos, el ya citado «Grave incidente en México. Expulsión del ministro de España. Consejo de Ministros. En las Cámaras», e «Historia de un episodio deplorable. Expulsión del ministro español», publicados en *ABC* de Madrid del Domingo 14 de Febrero y el Viernes 19 de Marzo de 1915. Cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana.....*, págs. 154-155.

## El frente internacional

En cuanto a las relaciones con los Estados Unidos, aunque, como ya vimos, la situación mejoró, su administración se negaba a hablar de abandonar México. Sólo cuando tras el corto periodo presidencial de Carbajal Carranza se hizo cargo del ejecutivo, los norteamericanos comenzaron a ceder algo en su posición; fue entonces cuando, en palabras del ministro de Estado español Salvador Bermúdez de Castro a la prensa, «el gobierno yanqui» afirmó por primera vez que se encontraba dispuesto «a evacuar Veracruz»<sup>63</sup>. No obstante el desalojo no se produciría hasta dos meses después de su anuncio, en noviembre de 1914. El 25 de ese mes, la legación de México en Madrid transmitía a los medios de comunicación españoles un mensaje remitido por sus superiores, en el que se le comunicaba que el día 23 habían salido de Veracruz los últimos soldados norteamericanos. La legación daba cuenta, también, de que con motivo de la partida de los militares estadounidenses las autoridades de las dos administraciones en conflicto habían manifestado públicamente que, después de mucho tiempo, «las relaciones entre los dos países vuelven a ser cordiales»<sup>64</sup>.

La cordialidad, sin embargo, no iba a durar mucho; la evacuación de Veracruz no significó el fin de las ingerencias en la política mexicana que, en muchas ocasiones, sobrepasaban todos los límites de la cortesía diplomática. Es lo que ocurrió cuando a comienzos de 1915, tras la toma de la capital por Álvaro Obregón, el general mexicano recibió una nota del departamento de Estado norteamericano que, a juicio de muchos observadores, era «insolentísima». En ella se le comunicaba que el gobierno de los Estados Unidos lo consideraría responsable, junto a Carranza, de «cualquier desmán que cometiera el pueblo de México en contra de los extranjeros»<sup>65</sup>, algo que, sin duda, no debió ser demasiado bien acogido por los constitucionalistas.

Por otra parte, en la medida en que se mantenía la rebeldía de algunos «jefes revolucionarios» y que, por tanto, la lucha no terminaba por completo, la inquietud reapareció en Washington. Apenas se había producido la marcha de sus soldados de Veracruz cuando ya Wilson manifestaba que la situación era tan grave como antes de la caída de Victoriano Huerta; y de nuevo lanzó serios avisos al gobierno mexicano, notificándole que si no lograba poner fin a los enfrentamientos las relaciones no tardarían en romperse. Al no cesar la lucha, las advertencias comenzaron a subir de tono; en el mes de junio de 1915, la administración estadounidense conminaba a Carranza y a Villa a llegar a un acuerdo, dándoles un plazo límite de varias semanas para terminar con sus diferencias y lograr que la normalidad volviera al país. Villa no pareció mostrarse ofendido por ello, y se declaró dispuesto a seguir las consignas que se le daban y a entablar negociaciones con el jefe consti-

---

<sup>63</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 18 de Septiembre de 1914.

<sup>64</sup> *Ibidem*, Miércoles 25 de Noviembre de 1914.

<sup>65</sup> ALESSIO: *Historia política de...*, págs. 185-186.



tucionalista. Carranza, por el contrario, ante lo que no era sino una especie de ultimátum que llevaba implícita la amenaza de una nueva intervención armada, protestó airadamente por lo que consideró una intromisión inadmisibles en los asuntos internos mexicanos<sup>66</sup>.

El gobierno de Washington, sin embargo, no hizo nada cuando, al terminar el plazo que él mismo había señalado, los afectados ni siquiera habían iniciado conversaciones para llegar a un posible acuerdo. Pero la diferente conducta de los dos caudillos ante las «recomendaciones» de los Estados Unidos perjudicaría los intereses de los constitucionalistas en el país vecino, creándoles enemigos muy poderosos que, probablemente, condicionaron, al menos en parte, la política de su administración en relación con México. Algunos sectores de opinión estadounidenses, esencialmente los católicos, comenzaron a presionar a su gobierno para que apoyara las aspiraciones de Villa frente a las del jefe constitucionalista. Wilson no se dejó llevar por ese camino aunque, en principio, decidió retrasar el reconocimiento oficial del gabinete de Carranza hasta que éste fuera ratificado en unas elecciones. No obstante, no sería necesario esperar a los comicios para que, finalmente, Carranza fuera aceptado por el mandatario norteamericano<sup>67</sup>.

Antes de llegar a eso, sin embargo, un enfrentamiento entre tropas de ambos países en la zona fronteriza, que tuvo lugar en el mes de agosto, obligaría a Wilson a actuar de nuevo. A pesar de su resistencia a intervenir militarmente en México, como le pedían muchos, y aunque prefirió recurrir primero a la vía diplomática, no rechazó por completo aquella opción. En esta ocasión propuso la reunión de otra conferencia de países latinoamericanos que, siguiendo sus directrices, deberían ejercer la suficiente presión sobre los líderes mexicanos como para lograr que se llegara al fin de los conflictos armados<sup>68</sup>. A los pocos días del incidente, invitaba a Argentina, Brasil, Chile, Guatemala, Bolivia y Uruguay, a sumarse a una cumbre en la que, según las informaciones aparecidas en los periódicos españoles, les pediría apoyo para su proyecto de pacificación.

Su plan, decían los rotativos, contemplaba la posibilidad de una intervención del ejército norteamericano; eso sí, para que no pareciera una invasión estadounidense, pedía a los estados señalados una aportación, aunque fuera sólo simbólica, a las tropas que, bajo el mando de los Estados Unidos, llevarían a cabo la previsible operación. Los participantes en la conferencia, añadían, no habían querido, sin embargo, comprometerse a tanto y el acuerdo final fue enviar un mensaje conjunto a los distintos «jefes mexicanos», conminándoles al restablecimiento de la paz y a la aceptación del gobierno provisional que dirigía Carranza<sup>69</sup>. No parece, sin embargo, que esta reco-

---

<sup>66</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, pág. 917.

<sup>67</sup> DUROSELLE: *Política exterior de.....*, pág. 79.

<sup>68</sup> *El Liberal* de Sevilla, Jueves 5 de Agosto de 1915.

<sup>69</sup> *Ibidem*.



mendación surtiera mucho efecto sobre los distintos caudillos que, si la recibieron, hicieron caso omiso de ella.

De todos modos, afirmaban las publicaciones peninsulares, ese acuerdo no satisfacía los propósitos que Wilson se había marcado al promover la conferencia y decidió actuar al margen de sus supuestos aliados, advirtiéndolo a los constitucionalistas que estaba «dispuesto a intervenir en México» para imponer sus propias condiciones. La primera de ellas, según los diarios españoles, sería «hacer reconocer que la presidencia de la república corresponde, con arreglo a la Constitución, a un miembro del antiguo gabinete del general Madero»; la segunda, «obligar a que en la toma de posesión del nuevo presidente, sea aprobado por todas las facciones políticas»; la tercera, el «reconocimiento del gobierno provisional por las naciones participantes en la reunión», de manera que pudiera contar con el aval internacional; y, por último, la quinta, «realizar después una nueva elección de presidente y conceder amnistía general»<sup>70</sup>.

Con idea de hacer verosímil su amenaza, concentró tropas en la frontera. Es difícil saber si esta medida surtió efecto o no ya que, aunque el antecedente de la ocupación de Veracruz contribuía a su credibilidad, gracias a las victorias de los constitucionalistas sobre los grupos rebeldes, la conflictividad disminuía en aquellos momentos en toda la república y los norteamericanos suavizaron su posición. Vimos como la derrota de los villistas en el Bajío, en abril de 1915, dejó ya a Carranza como el único jefe revolucionario con posibilidades de mantener el liderazgo nacional. Además, sus tropas habían logrado recuperar la capital y reducir a los zapatistas al estado de Morelos; poco después Villa perdería, incluso, Ciudad Juárez y a finales de 1915 se veía obligado, como se ha dicho, a retirarse momentáneamente de la lucha<sup>71</sup>.

Al mismo tiempo que la situación política interna se iba aclarando tras los triunfos carrancistas, las relaciones con Europa, fundamentales para su estrategia, también mejoraban. En diciembre de 1914 Carranza había enviado a Europa a Isidro Fabela para organizar allí las legaciones mexicanas en el continente y conseguir el reconocimiento de los distintos gobiernos; y aunque, al parecer, ese reconocimiento se retrasaba más de lo que el primer jefe esperaba, era indudable que en el viejo continente se miraba ya con menos recelos a los constitucionalistas y que las relaciones con muchos de sus países, especialmente a raíz de la citada derrota villista, cada vez eran más cordiales. Por otro lado, el desarrollo de la guerra europea obligaba a los Estados Unidos a conseguir si no la adhesión, sí, al menos, la neutralidad de su vecino. Todo ello contribuiría a que comenzaran a aflojar sus presiones y a que Wilson estuviera en mejor disposición para reconocer al gabinete de Carranza como gobierno legítimo de México<sup>72</sup>.

---

<sup>70</sup> *Ibidem*, Viernes 13 de Agosto de 1915.

<sup>71</sup> *Ibidem*, Lunes 11 de Octubre de 1915.

<sup>72</sup> ILLADES: *México y España.....*, pág. 27.

A pesar de la amenaza de intervención de que hablaban los periódicos españoles poco antes, y de la primitiva idea de Wilson de no aceptar a Carranza hasta que se sometiera al veredicto de las urnas, el 11 de octubre de 1915 ellos mismos informaban de una posible vuelta a la normalidad en las relaciones, entre ambos países. Según decían, el secretario de Estado norte americano, «Mister Lansing», había «declarado que los representantes de Estados Unidos, Argentina, Brasil, Chile, Bolivia, Uruguay y Guatemala», reunidos en Nueva York, «acordaron, unánimemente, reconocer el gobierno de Carranza como gobierno de facto de México», siempre que se cumplieran determinados requisitos. De acuerdo con las informaciones periodísticas, el reconocimiento sólo se haría efectivo si se concedía una amnistía a todos los condenados por delitos políticos y se respetaba la «vida y hacienda» de los extranjeros residentes en el país<sup>73</sup>.

Las pretensiones norteamericanas no se limitaban, sin embargo, a la salvaguarda de la vida o de las inversiones de sus compatriotas ante supuestos actos de violencia; con esas condiciones trataban, sobre todo, de liberarlos de las posibles medidas legislativas de Venustiano Carranza, por las que Wilson temía que se vieran afectados sus intereses. En noviembre de 1914 el jefe constitucionalista promulgaba un decreto cancelando las concesiones mineras hechas por Victoriano Huerta. La respuesta norteamericana a ese decreto había venido a través del secretario de Estado, Robert Lansing, declarando que los Estados Unidos no acataban, simplemente, tal resolución; y las posteriores medidas impositivas del gobierno mexicano no harían sino acrecentar sus descontentos y protestas. Carranza, consciente de que Wilson se enfrentaba en aquellos momentos a serios problemas en el ámbito internacional y de que no le interesaba tener otros frentes abiertos, hizo caso omiso a todas las advertencias; y el presidente estadounidense terminó por ceder ante él en casi todo. El 19 de octubre de 1915 el gabinete de Washington aparcaba temporalmente sus pretensiones en México y reconocía oficialmente, como dijimos, al gobierno constitucionalista<sup>74</sup>.

Además, no se limitó a hacerlo él solo, sino que presionó a sus «amigos» para que lo siguieran en su política respecto a aquella república. Como consecuencia de ello, Venustiano Carranza fue aceptado como jefe del ejecutivo no sólo por los países que habían sido invitados a la conferencia por los Estados Unidos, sino por todos los de aquel continente; y también lo sería poco después por la mayor parte de los europeos, entre ellos España y, pese a la hostilidad que siempre mostró contra el carrancismo, Gran Bretaña. El gobierno de Londres no estaba entonces en situación de oponerse a los deseos de su principal aliado y, dejando a un lado sus lógicos recelos contra los constitucionalistas por los ataques de los revolucionarios contra intereses

---

<sup>73</sup> *El Liberal* de Sevilla, Lunes 11 de Octubre de 1915.

<sup>74</sup> RICHMOND: *La lucha nacionalista de.....*, pág. 270. Ver también DUROSELLE: *Política exterior de.....*, pág. 81.

británicos, terminó por ceder. Eso sí, para justificar ante los inversores de su país su giro político, consiguió a cambio del gabinete de Carranza, decía la prensa española, la promesa de que aquellos extranjeros «que hubiesen obtenido concesiones en Méjico en tiempos del general Huerta», pudieran «revalidarlas hasta el treinta y uno de enero en el Ministerio de Comercio»<sup>75</sup>.

Por lo que se refiere al caso concreto de España, el mandatario mexicano intentó, en todo momento, que a pesar de la expulsión del ministro español las relaciones con la antigua metrópoli se desarrollaran con normalidad; y no parecía ser el único en esa pretensión. El mismo hecho de que en los rotativos peninsulares, al margen de alguna excepción ya comentada, no se desataran las pasiones «patrióticas» como reacción a lo sucedido, parecía indicar que se habían inclinado ya, claramente, por la conveniencia de un acercamiento a los constitucionalistas.

Por una parte, la campaña de propaganda de éstos, encabezada en el caso de España por Juan Sánchez Azcona, había comenzado a dar sus frutos en cuanto a suavizar la visión que en este país se tenía de los revolucionarios. Por otra, empezaban a llegar también ciertas informaciones sobre la situación mexicana, transmitidas por algunos españoles residentes allí que no participaban del fervor «huertista». Sus narraciones contradecían las notificaciones remitidas por el representante expulsado y coincidían, sin embargo, con las enviadas por los nuevos diplomáticos nombrados para reemplazarlos como Rafael Casares, sustituto de José Caro ante los constitucionalistas, o Emilio Zapico, agente encargado de informar sobre Villa<sup>76</sup>. Ambos ofrecieron a las autoridades españolas versiones muy diferentes sobre las intenciones y las posibilidades de triunfo de los distintos caudillos a las que había transmitido aquél. Con todo ello, en España se fue tomando conciencia no sólo de que el constitucionalista parecía el más «civilizado» de los bandos en conflicto sino de que su triunfo era inevitable, aumentando el interés del gobierno de Madrid por llegar a la normalización de relaciones con ellos.

Las negociaciones no fueron fáciles, sobre todo porque el número de reclamaciones por los daños sufridos durante la contienda por ciudadanos peninsulares eran muchas, y no todas dignas de crédito; aun así, a finales de noviembre de 1915, un mes después de que lo hubieran hecho los Estados Unidos, España reconocía oficialmente al gobierno de Venustiano Carranza. Juan Francisco Cárdenas fue nombrado entonces secretario de la legación y encargado de negocios interino, dejándose para más adelante, una vez que la administración constitucionalista estuviera ya consolidada, el nombramiento de un ministro plenipotenciario. La llegada de éste, Alejandro Padilla, en agosto del año siguiente<sup>77</sup>, confirmaba la reanudación total de las relaciones

---

<sup>75</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 1 de Enero de 1916.

<sup>76</sup> MAC GREGOR: *México y España*..., págs.190-192.

<sup>77</sup> ILLADES: *México y España*..., pág. 27, y MAC GREGOR: *México y España*..., págs. 195-196.

entre ambos países, al margen de los problemas que todavía quedaran pendientes entre ellos.

## La expedición Pershing

El reconocimiento internacional del régimen constitucionalista no implicó, sin embargo, que la preocupación del resto de las naciones, y especialmente de los Estados Unidos, por los sucesos mexicanos desapareciera; y tampoco terminarían las interferencias norteamericanas en los conflictos de ese país. Políticos como el antiguo presidente Teodoro Roosevelt, o periodistas como William Randolph Hearst, que tanto habían tenido que ver con la guerra de Cuba y con la política intervencionista de su país, reclamaban una acción armada en México en apoyo de los intereses petroleros; y sus pretensiones encontraban amplio eco en el Senado, que presionaba a su presidente para que actuara con mayor dureza ante los revolucionarios<sup>78</sup>.

Aunque notablemente reforzado en el poder desde la campaña del Bajío, Carranza no lograba controlar por completo, como quería hacer ver, el territorio de la república. Era cierto que Villa había sido derrotado; pero con su paso a la guerrilla continuaba ocasionando problemas a las tropas constitucionalistas e impedía que la normalidad se impusiera por completo. Además, al contrario de lo que, en general, había sucedido antes, sus actuaciones estaban afectando a los intereses norteamericanos. El reconocimiento del gobierno carrancista por parte de Washington implicó, como es lógico, el embargo de armas destinadas a los villistas. El resultado de ambas medidas fue el desarrollo de un fuerte sentimiento «antiyanqui» entre los seguidores de Villa y, en consecuencia, un cambio en su actitud en relación con aquéllos.

Si, a diferencia de lo que había ocurrido con españoles o británicos, hasta entonces los estadounidenses habían sido más o menos respetados por las tropas de Villa, a mediados de 1915 se multiplicaban los incidentes con ellos. Los asaltos a empresas y ciudadanos de ese origen residentes en las zonas en que actuaban los villistas se convirtieron en algo normal, y los rumores sobre agresiones, supuestas o reales, se multiplicaron. Como resultado de ello, a su vez, los que como Roosevelt o Hearst reclamaban una intervención inmediata iban ganado adeptos en los Estados Unidos. Una prueba de la fuerza que esos grupos estaban adquiriendo la tendría el presidente Wilson cuando, en enero de 1916, diez y seis ingenieros norteamericanos fueran asesinados en Chihuahua por las bandas de Villa<sup>79</sup>. Que el hecho produjera una gran conmoción en la opinión pública era algo normal; pero es que el asunto adquirió tales dimensiones que, según decía la prensa española, en el

---

<sup>78</sup> DUROSELLE: *Política exterior de...*, pág. 81.

<sup>79</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs. 917-918, y RICHMOND: *La lucha nacionalista de.....*, págs. 267-268.



Senado estadounidense se presentó «una proposición, solicitando la intervención armada de los Estados Unidos en el país vecino para terminar de una vez con las revueltas y las luchas internas que asolan dicho país»<sup>80</sup>.

Wilson se mantuvo firme; desafió todas las presiones y, al margen de las lógicas protestas que presentó ante el gobierno mexicano, no ordenó actuación alguna de sus tropas. Sin embargo en el mes de marzo de ese mismo año tuvo lugar un suceso que colmaría el vaso de la paciencia de la administración estadounidense: el ataque villista a la población norteamericana de Columbus. Los asaltantes fueron rechazados sin problemas y perseguidos, incluso, dentro de territorio mexicano, ante las protestas de los constitucionalistas por lo que consideraban una violación de su frontera. Pero es que el asunto no terminaría ahí; el gabinete de Wilson decidió dar respuesta a la agresión y ordenó que una división del ejército, compuesta, según decían los periódicos españoles, por «cinco mil hombres al mando del general Tiniston [sic], que fue el que capturó a Aguinaldo en Filipinas»<sup>81</sup>, entrara en México con el fin de detener al caudillo de Chihuahua.

Aparentemente firme en su idea de evitar en lo posible los conflictos con los constitucionalistas, la administración norteamericana informó al gobierno de Carranza de los fines de esa expedición, encabezada, en realidad, por el general Pershing<sup>82</sup>. Los estadounidenses declararon públicamente haber contado con la aprobación de aquél, a través de su embajador en los Estados Unidos, para la entrada de las tropas en territorio mexicano. Pero, según parece, la consulta al diplomático citado sólo se hizo cuando los soldados ya habían cruzado la frontera. Esa nueva violación del territorio nacional no tenía más remedio que molestar a Carranza, aunque con la declaración de Wilson se hubieran mantenido las formas ante el concierto internacional.

Consciente, sin embargo, de su imposibilidad para hacer nada al respecto, sobre todo porque la expedición estaba ya dentro del país, el mandatario mexicano, aunque lo hiciera a regañadientes, concedió el permiso que se le pedía. A cambio exigió contrapartidas, consiguiendo algunas concesiones de sus vecinos; entre ellas estaba la autorización para que sus propios soldados pudieran también pasar al otro lado para perseguir a las bandas villistas, que con frecuencia escapaban a los Estados Unidos cuando se veían acosadas. Estableció, además, otras dos condiciones: que se tratara sólo de una pequeña fuerza cuyo único fin fuera la captura de Villa, y que actuara en colaboración con el ejército mexicano<sup>83</sup>.

---

<sup>80</sup> *El Noticiero Sevillano*, Sábado 15 de Enero de 1916.

<sup>81</sup> *Ibidem*, Domingo 15 de Marzo de 1916.

<sup>82</sup> Se trataba, efectivamente, de la conocida expedición punitiva de Pershing, aunque la prensa sevillana no sólo informó que la dirigía el artífice de la captura de Aguinaldo en Filipinas, sino que ni siquiera fue capaz de transcribir bien el nombre de éste, Frederick Funston.

<sup>83</sup> RICHMOND: *La lucha nacionalista de.....*, págs. 268-269.



Según publicaba la prensa española de aquellos días, Wilson aceptó las exigencias de Carranza; los periódicos se hacían eco en sus páginas de las declaraciones de las autoridades norteamericanas sobre esta cuestión, que repetían, una y otra vez, que el fin de la expedición no era, en absoluto, la invasión de territorio mexicano, sino la captura de Villa para entregarlo después al que consideraban «presidente legítimo de México», Venustiano Carranza. La expedición, como sabemos, resultaría un rotundo fracaso y su estancia en México se prolongaría bastante más de lo previsto. Carranza se vio así en una difícil situación ante su pueblo, pues la permanencia de las fuerzas extranjeras en México lo hacía parecer débil frente a los Estados Unidos, mientras Villa se convertía en un héroe que resistía al invasor<sup>84</sup>.

En ese contexto, y aunque en teoría los militares norteamericanos habían entrado en México con el beneplácito de su presidente, pronto surgirían problemas entre ellos y los dirigentes constitucionalistas. Algunos de ellos estarían provocados, al menos en parte, por el propio Carranza, necesitado de una justificación ante la opinión pública de su país. Los roces entre los soldados de las dos naciones en la zona fronteriza se hicieron tan frecuentes, que la situación allí no resultaba clara para nadie. Los medios de comunicación españoles, sin indicar sus fuentes, afirmaban que el mandatario mexicano había autorizado la entrada de aquellas tropas sólo para que ayudaran a las mexicanas a capturar a Villa; pero «dejando» que fueran estas últimas las que se encargaran de perseguir a los rebeldes. Decían, también, que el presidente había anunciado que si no era así y los soldados estadounidenses se excedían en su tarea, tendría lugar «un conflicto internacional» en el que él sabría «defender la dignidad de su patria»<sup>85</sup>.

Según estas mismas publicaciones, el conflicto internacional estaba a punto de producirse de nuevo; en la frontera con los Estados Unidos el ejército norteamericano atacaba, supuestamente, a las huestes de Villa mientras los soldados constitucionalistas «se mostraban amenazadores» con los miembros de la expedición Pershing y Carranza pedía a Wilson que la retirara<sup>86</sup>. Los «yanquis» hacían caso omiso a esa solicitud y prolongarían su estancia varios meses, con lo que las relaciones entre ambos países volvieron a enrarecerse. Los militares norteamericanos, además, no sólo se encontraban con la hostilidad de las fuerzas constitucionalistas, sino con la de todas las poblaciones a las que se acercaban. Los incidentes se multiplicaban y algunos, como el de El Parral, terminaron, incluso, con la muerte de algunos expedicionarios y de varios mexicanos. La gravedad de este suceso, que acentuó los sentimientos antinorteamericanos de los habitantes de la zona,

---

<sup>84</sup> Ver tanto *El Noticiero Sevillano* como *El Liberal* de Sevilla o *El Correo de Andalucía* de la segunda quincena del mes de Marzo de 1916. Ver también KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs. 922-923.

<sup>85</sup> *El Correo de Andalucía*, Sábado 18 de Marzo de 1916.

<sup>86</sup> *Ibidem*.

llevó a Carranza no ya a pedir, sino a «a exigir» la inmediata retirada de la expedición. Para suspender el permiso que, al menos en teoría, había dado, alegaba que sus componentes, a pesar del tiempo transcurrido, habían sido incapaces de cumplir el objetivo que traían: la captura de Villa.

En lugar de acceder a ello, los Estados Unidos propusieron iniciar conversaciones para negociar el asunto. Con esa táctica pretendían, a juicio de muchos observadores, conseguir que, a cambio de su marcha, los mexicanos aceptaran paralizar las reformas carrancistas que afectaban a sus intereses. Los delegados de ambos gobiernos se reunieron el 29 de abril de 1916 en Ciudad Juárez; pero dada la intención que llevaban los norteamericanos el acuerdo no iba a resultar fácil. Los representantes mexicanos se negaron a entablar negociación alguna si antes no se llegaba a un acuerdo sobre las tropas, ya que ni siquiera en la forma en que se produciría su salida estaban de acuerdo con sus vecinos. Carranza exigía que la retirada fuera inmediata y sin condiciones; los estadounidenses, por su parte, afirmaban estar dispuestos a abandonar México, pero de forma paulatina y sólo si no se producían nuevos ataques de las bandas rebeldes<sup>87</sup>.

La situación llegó a tal punto de tirantez, que en el mes de junio todavía no se había logrado acuerdo alguno; por el contrario, como muestra de la dificultad que implicaba la negociación, lo que se produjo en aquellos días fue la ruptura de las conversaciones. El primero en tomar la iniciativa tras esa interrupción, aunque no precisamente para reanudarlas, fue el mandatario mexicano; y lo hizo comunicando al general Pershing que sólo permitiría que sus tropas se movieran hacia el norte, de regreso a su país. Las órdenes dadas en este sentido al ejército constitucionalista eran claras: impedir cualquier movimiento de los soldados norteamericanos en otra dirección, y hacer frente por la fuerza a cualquier otro destacamento que pretendiera entrar en la república<sup>88</sup>.

Muchos observadores internacionales no descartaban por aquellos días que, de nuevo, ambos países rompieran relaciones diplomáticas. A esa idea contribuyó la supuesta presentación de una nota de protesta de Venustiano Carranza ante la administración norteamericana, entregada, según decían los periódicos, por el ministro mexicano en los Estados Unidos. En ella, el primer jefe pedía «por última vez.....» a Woodrow Wilson, «que se retirasen inmediatamente de territorio mexicano las tropas americanas», porque atentaban con su presencia «el honor y la soberanía de México». Esa nota fue considerada por amplios sectores de la prensa internacional como muy dura e, incluso, descortés; y desde que los periodistas tuvieron conocimiento de ella, los rumores de ruptura se acrecentaron; y con ellos lo hicieron también

---

<sup>87</sup> Sobre los problemas derivados de la presencia de las tropas norteamericanas en México, ver KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, pág. 923; RICHMOND: *La lucha nacionalista de.....*, pág. 269 y ALESSIO: *Historia política de...*, pág. 216

<sup>88</sup> ALESSIO: *Historia política de...*, págs. 216-217.

los relativos a los supuestos planes norteamericanos para invadir México, especialmente a raíz de que el mandatario estadounidense ordenara «la movilización de la milicia»<sup>89</sup>.

A juicio de los rotativos conservadores de la península esos planes no hacían sino confirmar lo que ellos venían indicando desde hacía tiempo: que detrás de los movimientos de la administración estadounidense estaba su interés por el petróleo mexicano; que para apoderarse de él, el gobierno norteamericano había abierto «las fronteras a la insurrección para que ésta pudiera armarse, y después, desangrado y dividido el país, en nombre de la paz, los sentimientos humanitarios, y de la necesidad de defender a los súbditos extranjeros, anexionarse.... lo que convenga...»<sup>90</sup> La prensa y los intelectuales conservadores españoles que, prácticamente desde el comienzo de la Revolución, atribuyeron gran parte de los problemas que había tenido Porfirio Díaz a la intromisión de los Estados Unidos en los asuntos mexicanos, no desaprovecharon entonces ocasión alguna para tratar de apoyar su teoría.

En sus páginas se hacían eco de los conflictos que habían existido entre ambos países, para resaltar el hecho de que todos ellos habían terminado con la pérdida de amplias extensiones de territorio mexicano a manos de sus vecinos. Con el antecedente de lo ocurrido con Texas o Nuevo México, señalaban que lo que iba a suceder en esta ocasión sería, inevitablemente, un episodio más en la táctica de expansión territorial de los Estados Unidos. Para algunos de los intelectuales de la época parecía evidente que la necesidad de un clima de tranquilidad y una política que favoreciera sus inversiones en México, había llevado a los Estados Unidos a la contradicción que significaba «multiplicar el desorden» en esa república, con el fin de hacer caer un presidente que había dejado de serles útil para continuar su avance económico y político. La forma en que lo había hecho era clara y ya conocida, bien pagando a determinados grupos rebeldes, bien mediante la acción de los llamados «agentes consulares» que actuaron en connivencia con algunos de aquéllos<sup>91</sup>.

Wilson no escatimó las declaraciones sobre la inexistencia de aspiraciones territoriales en México por parte de su administración y negando estar preparándose para la guerra. A pesar de ello la prensa española, y gran parte de la de otros países, consideraba que el conflicto bélico era inevitable, especialmente a raíz del incidente producido en Carrizal. En esa población tuvo lugar un grave enfrentamiento entre las tropas carrancistas y las norteamericanas, que pareció confirmar las apreciaciones de los periódicos peninsulares. Intentando tranquilizar los ánimos, el presidente estadounidense

---

<sup>89</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 21 de Junio de 1916.

<sup>90</sup> «Nuestra política en América», *La Unión Iberoamericana*, Madrid, Julio de 1916, pág. 27. Cit. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana*..., pág. 284.

<sup>91</sup> Ver sobre ello el libro de PEREYRA, Carlos: *Tejas, la primera desmembración de Méjico*. Ed. América, Madrid, sin fecha. Ver también el artículo indicado en la nota anterior.

desmentía esas apreciaciones manifestando públicamente, una y otra vez, que aunque la situación era muy delicada, como lo había puesto de manifiesto el choque entre ambos ejércitos, la guerra distaba mucho de ser un hecho porque las partes implicadas estaban realizando un gran esfuerzo diplomático para evitarla; y, efectivamente, sus afirmaciones resultaron acertadas.

La realidad es que la mayoría de los incidentes que se producían entonces, fueran de la naturaleza que fueran, respondían, de alguna manera, a un intento deliberado de los carrancistas por incrementar la presión para forzar la retirada de las fuerzas norteamericanas; pero como en ningún caso querían un conflicto bélico, siempre se frenaban en el momento justo para no llegar a un enfrentamiento directo que no entraba en sus planes<sup>92</sup>. Para algunos de los observadores de la época esa táctica de Carranza fue una constante en las relaciones de su régimen con los Estados Unidos. En este sentido, el mandatario habría seguido una política marcada por la utilización de la «amenaza yanqui» y por el incremento de la tensión en las relaciones con un doble fin: por un lado, el de no aparecer ante la población mexicana como un mandatario débil frente la intromisión de los Estados Unidos; y, por otro, como ya había hecho Victoriano Huerta, para conseguir la unión de todos los revolucionarios frente al enemigo común.

De la misma opinión participaba uno de los intelectuales españoles de más prestigio, Vicente Blasco Ibáñez, que afirmaba que cuando Carranza recibía una nota de protesta de los Estados Unidos «sonreía.... Ya tenía su incidente y no iba a soltarlo con facilidad. Los diarios del mundo entero hablarían de él durante meses». Para conseguir sus propósitos demoraba la respuesta hasta el último minuto, para luego dar una réplica tan vaga que ocasionaba una nueva nota cuya contestación volvía a demorar; y así, en una sucesión de respuestas y contra respuestas. Los «periódicos hablaban y hablaban; en los Estados Unidos se hacían suposiciones sobre una guerra posible; en Méjico se daba por segura la intervención». Al final, cuando esa estrategia podía volverse contra él, respondía ya adecuadamente o accedía a lo que se le había pedido; eso sí, entre tanto había hecho creer en su país que se le había exigido mucho más, y que sólo su firmeza había logrado salvar la situación<sup>93</sup>.

Confirmando las teorías que negaban que Venustiano Carranza estuviera realmente dispuesto a entrar en una guerra con sus vecinos, en julio de 1916 las relaciones entre los dos gobiernos comenzaron a mejorar. Según las informaciones aparecidas en algunas publicaciones españolas, Carranza cedió en parte a las pretensiones estadounidenses comprometiéndose a no llevar a cabo grandes expropiaciones. El presidente norteamericano, por su parte, pareció darse por satisfecho con ese compromiso algo vago. Wilson no

---

<sup>92</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, pág. 924.

<sup>93</sup> BLASCO IBÁÑEZ: *El militarismo mejicano...*, págs. 241-246. También ironiza sobre esta cuestión Sealtiel Alatríste en su novela *Conjura en la Arcadia*, Tusquets, Barcelona, 2003.



sólo había suspendido, decían, cualquier medida dirigida a una intervención armada en México, sino que había ordenado a las tropas que se encontraban allí que regresaran, con lo que la impresión general era que los problemas pendientes entre ellos se iban solucionando y que se podía evitar la guerra<sup>94</sup>.

Las fuerzas estadounidenses tardarían todavía en abandonar el territorio mexicano; pero lo cierto es que desde entonces cesaron los incidentes fronterizos y se pasó definitivamente al campo de la diplomacia. Evidenciando el interés que parecía existir en aquella ocasión por parte de las dos administraciones, las conversaciones consiguieron avanzar; al mes siguiente de iniciadas, los periódicos españoles indicaban que, aunque todavía quedaba mucho para liquidar las diferencias, por lo menos habían llegado a un acuerdo acerca de la forma en que debía llevarse a cabo la negociación. Siguiendo lo establecido en ese preacuerdo, Washington nombró de inmediato tres representantes, «que con tres mexicanos formen la comisión encargada de arreglar las cuestiones pendientes entre ambos»<sup>95</sup>.

Las conversaciones que se iniciaron entonces tampoco resultaron fáciles y se prolongaron terriblemente; los norteamericanos exigían una serie de garantías para sus intereses que Carranza, ni podía, ni quería dar. Uno de los principales problemas radicaba en la actividad de las bandas rebeldes; la situación en el norte de México continuaba siendo caótica; las partidas villistas seguían con sus correrías, especialmente en Chihuahua, sin que las tropas constitucionalistas, como por otra parte había sucedido con las norteamericanas, parecieran capaces de acabar con ellas. Los estadounidenses no estaban dispuestos a tolerar semejante estado de cosas junto a su territorio porque, como ya había sucedido antes, podía ser atacado, y seguían queriendo tener el permiso del jefe constitucionalista para cruzar la frontera. Como Carranza, por su parte, no estaba dispuesto a aceptar la presencia de soldados extranjeros en su país, era difícil que se pudiera llegar a un arreglo sobre la cuestión.

La prensa española contaba en este sentido, que el protocolo que se había presentado a Carranza incluía el compromiso de éste de «llamar» a las tropas norteamericanas para que intervinieran en Chihuahua, en un plazo de cuarenta días a partir de la firma. Allí deberían colaborar con el gobierno mexicano, para pacificar la zona y conseguir que las partidas insurrectas dejaran de representar un peligro para las poblaciones del área. Carranza se negó a firmar un acuerdo que, por aceptar la presencia de tropas extranjeras en su territorio, lo habría vuelto a colocar en una difícil posición ante sus ciudadanos. A pesar de ello en este caso las conversaciones no se interrumpieron, según decían los periódicos sevillanos, porque, como una muestra más del interés de las dos partes por seguir adelante, «la contestación del general Carranza a la petición de los Estados Unidos para que firme el proto-

---

<sup>94</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 7 de Julio de 1916.

<sup>95</sup> *Ibidem*, Lunes 28 de Agosto de 1916.



colo», había «sido redactada amistosamente»<sup>96</sup> y no en los términos en que solía hacerlo.

La situación se complicó con la detención del «cónsul general» de México en los Estados Unidos acusado, decían los rotativos, «de complicidad en el contrabando de armas y municiones para Veracruz»<sup>97</sup>. Sin embargo, como a ninguno de los dos países les interesaba la ruptura, también en esta ocasión continuaron negociando. La realidad es que la estrategia de tensión utilizada por Carranza comenzaba a dar resultado; después de su respuesta al protocolo redactado por los norteamericanos, éstos terminaron por convenirse de que el mandatario mexicano no estaba dispuesto a hacer concesión alguna que pusiera en entredicho su soberanía, y de que no negociaría nada sin la previa salida de las fuerzas invasoras del país. El resultado fue que, a finales de enero de 1917, la prensa española comunicaba, por fin, a sus lectores, que desde Wasington se habían cursado «las oportunas órdenes para que la expedición militar yanke contra el general mejicano Villa, que manda el general Pershing, regrese a Estados Unidos»<sup>98</sup>; habían pasado seis meses desde que se había informado sobre otra supuesta orden de Wilson para que los soldados estadounidense abandonaran México.

---

<sup>96</sup> *Ibidem*, Lunes 1 y Martes 2 de Enero de 1917.

<sup>97</sup> *Ibidem*, Viernes 5 de Enero de 1917.

<sup>98</sup> *El Noticiero Sevillano*, Viernes 26 de Enero de 1917.

## **CAPÍTULO VII**

### **LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL RÉGIMEN**

#### **El primer gobierno constitucionalista**

Las dificultades internacionales no iban a impedir que, una vez terminada la guerra, y aunque quedaran aún importantes núcleos de violencia, en México se iniciara el proceso de institucionalización. En él jugaría un papel primordial la reunión de la Asamblea Constituyente en Querétaro, cuyos trabajos culminarían con la promulgación de La Constitución de 1917. Los debates entre radicales y moderados fueron intensos; y de ellos surgiría una Carta Magna, promulgada el 5 de febrero de ese año, de cuya trascendencia da fe el hecho de que, a pesar de las lógicas modificaciones que ha sufrido desde entonces, sigue vigente. No obstante su importancia, su reflejo, y el de lo discutido en la asamblea, fue prácticamente nulo en la prensa sevillana.

Aunque sólo recogiera en parte las aspiraciones de muchos sectores revolucionarios presentes en la reunión, la Constitución de 1917 fue una de las más avanzadas de su tiempo, especialmente por el contenido de los artículos 27 y 123. El primero de ellos confirmaba «los derechos de propiedad de la nación, que justificarían la expropiación», extendiéndolos a la riqueza del subsuelo. El segundo, sobre legislación laboral, trató, entre otras cuestiones, el establecimiento de un salario mínimo, de una jornada de trabajo de ocho horas y del reconocimiento del derecho a la huelga. Para muchos autores la inclusión de apartados como los citados respondieron a la necesidad de los moderados, incluido el propio Venustiano Carranza, de transigir con los más radicales a cambio de conseguir la paz. Según esta teoría, desde el momento en que para lograr la concordia nacional había que terminar con los movimientos de Zapata y Villa, el primer jefe se habría visto obligado a preconizar una serie de reformas que recogieran, al menos en parte, las aspiraciones de aquéllos. Si quería mantenerse en el poder con relativa tranquilidad tenía que ampliar su base social a costa de la

de los dos caudillos más populares, impidiendo así el incremento de la «subversión»<sup>1</sup>.

En el mes de marzo, una vez aprobada la Constitución, se celebraron los comicios para elegir tanto al legislativo como al ejecutivo. A pesar de la trascendencia de unas convocatorias que representaban la institucionalización del régimen surgido de la Revolución, tampoco despertaron demasiado la atención de los rotativos hispalenses y apenas encontramos en sus páginas referencia alguna a ellas. Los diarios de la capital andaluza no dieron información alguna acerca de las elecciones al Parlamento; y, en cuanto a las presidenciales, sólo publicaron una breve nota el día anterior a la celebración de la votación, comunicando la existencia de una única candidatura, la de Venustiano Carranza, y otra el día después para dar a conocer su triunfo<sup>2</sup>. Tras esas elecciones se constituyó el nuevo gobierno, de cuya formación sí dieron cuenta todos los periódicos, añadiendo que en él desaparecerían, por acuerdo del Congreso, «las carteras de Justicia e Instrucción Pública», cuyas competencias se entregarían «al Procurador de la república y al del Departamento Universitario respectivamente». Todos dieron también los nombres de sus componentes, aunque lo hicieran con algunos errores<sup>3</sup>.

Con ese gabinete Carranza comenzaba su mandato ya no como «primer jefe» del ejército o de la Revolución sino como presidente electo. En esta nueva fase, y gobernando con la Constitución recién promulgada, tendría que hacer frente a los graves problemas que presentaba un país en permanente guerra civil desde 1910; y precisamente las consecuencias de la contienda se constituirían en uno de los principales obstáculos para la gestión de aquéllos. Por una parte, por mucho que las nuevas autoridades dieran por concluida la fase armada de la insurrección o, al menos, que así lo intentaran hacer creer con sus partes a los medios de comunicación, no todas las facciones rebeldes se sometieron a ellas y, en consecuencia, continuaron, de una u otra forma, en la lucha<sup>4</sup>.

La supuesta desaparición de la banda más importante, la de Francisco Villa, sería sólo temporal. Es cierto que la ofensiva carrancista lo había obligado a refugiarse en la montaña; pero seguía apareciendo en el escenario bélico aunque sus irrupciones fueran, en esta etapa, más o menos esporádicas. En este sentido, y al margen de los rumores sobre su posible alianza con las

---

<sup>1</sup> Sobre estas cuestiones ver CÓRDOVA: «México: Revolución burguesa.....», pág. 71, y KNIGHT: *La Revolución Mexicana.....*, Vol. II, págs. 1025-1026.

<sup>2</sup> Ver, por ejemplo, *El Correo de Andalucía* del Lunes 12 y Miércoles 14 de Marzo de 1917.

<sup>3</sup> Ver *El Noticiero Sevillano*, *El Correo de Andalucía* y *El Liberal* de Sevilla del Sábado 9 de Junio de 1917; los errores en los nombres de los ministros se repiten en los tres diarios, por lo que el origen de la información, que ninguno de los tres señala, debió ser el mismo.

<sup>4</sup> Ver, por ejemplo, las declaraciones gubernativas recogidas por *El Liberal* de Sevilla del Sábado 9 de Junio de 1917.

potencias del eje ya señalados en el capítulo anterior, son pocas las noticias sobre las actividades de Francisco Villa recogidas por las publicaciones hispalenses; además, casi todas ellas parecían dar la razón a las autoridades sobre la inoperancia de sus partidas. Es más, a lo largo de 1917, en la prensa de la capital andaluza se habló, en más de una ocasión, de la captura del líder rebelde e, incluso, de que él mismo se había entregado a las tropas constitucionalistas, aunque todo ello resultara ser falso y no se desmintiera después<sup>5</sup>. Sólo en 1919 volvieron a aparecer informaciones que indicaban que las acciones de los villistas todavía podían producir serias alteraciones. A mediados de ese año, por ejemplo, los rotativos daban cuenta de un ataque de «los generales Villa y Ángeles» a la ciudad de Chihuahua y de que el despliegue de sus bandas había sido tal, que había obligado al cierre de la frontera con los Estados Unidos<sup>6</sup>.

A pesar de ello la tónica general durante todo el gobierno constitucional de Carranza fue la falta de crónicas fiables sobre las acciones de los grupos que seguían en rebeldía. Un ejemplo de ello lo tenemos en la manera en la que los periódicos hispalenses informaron de la muerte de Felipe Ángeles. En noviembre de 1919 dijeron tener confirmación de que «el general Ángeles, lugarteniente de Villa», había sido ejecutado «previa la formación de un juicio sumarísimo»<sup>7</sup>; nada habían indicado antes sobre su apresamiento ni acerca de la existencia de juicio alguno, a pesar de que Ángeles no sólo era uno de los elementos más valiosos del campo villista sino que había jugado un destacado papel en la lucha revolucionaria desde sus inicios.

Todavía más escasas eran las noticias sobre la violencia de otras «bandas»; de vez en cuando aparecía alguna suelta, como cuando en noviembre de 1919 se daba cuenta del secuestro de «los más ricos propietarios de Veracruz» por los que los «bandidos» —sin que la prensa identificara de quiénes se trataba— «exigen por el rescate de cada uno quince mil dólares»<sup>8</sup>. Lo cierto es que las vicisitudes de la lucha armada en México fueron desapareciendo de las páginas de los diarios sevillanos desde la elección de Venustiano Carranza como presidente constitucional en 1917, y que sólo en 1920, al prepararse los comicios para elegir a su sucesor, volverían con cierta intensidad.

Por otra parte, Carranza tenía que hacer frente también a los descontentos del propio régimen, aquellos que sin levantarse abiertamente en armas como Zapata o Villa, pugnaban por mantener o alcanzar determinadas cuotas de poder. De hecho, durante toda su etapa de gobierno constitucional no cesaron los rumores sobre conspiraciones, reales o falsas, que, de una manera u otra, venían a desestabilizar la situación. Uno de ellos hacía referen-

---

<sup>5</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 26 de Mayo y Miércoles 13 de Junio de 1917.

<sup>6</sup> *Ibidem*, Miércoles 4 de Junio de 1919.

<sup>7</sup> *Ibidem*, Martes 28 de Noviembre de 1919.

<sup>8</sup> *Ibidem*.

cia al supuesto levantamiento de Álvaro Obregón; los primeros datos sobre esta incierta conjura llegaron a España a través de una serie de informes, que según los medios de comunicación procedían de los Estados Unidos, y que hablaban de la existencia de graves desavenencias entre los dos líderes. Los desacuerdos entre ellos, decían los diarios hispalenses, habrían llevado al «Ministro de la Guerra del gobierno de Méjico» y «mejor general» del primer jefe, a ponerse «a la cabeza de los revolucionarios contra Carranza». En esa posición, añadían, había recibido la adhesión de «los generales Villa, Zapata y Félix Díaz»<sup>9</sup>.

Aunque esta pretendida conspiración no existió, la dimisión de Obregón como secretario de Guerra —cargo que había ostentado desde la victoria de los constitucionalistas— una vez aprobada la Constitución, no hizo sino alimentar las especulaciones de todo tipo que, dado el prestigio militar de que gozaba el supuesto rebelde, harían desconfiar a la prensa internacional sobre las posibilidades del presidente electo de seguir adelante con su mandato. En este sentido las publicaciones sevillanas contaban aquellos días que, a pesar del aparente avance para el logro de la paz que representaba la aprobación de la Constitución, esa paz estaba en peligro. Según decían algunos periódicos, «la elevación del general Carranza a la presidencia de la república es un hecho secundario» para alcanzar aquélla, desde el momento en que «el general Obregón.... tiene el propósito de ponerse al frente de una expedición» que tendría, entre otros fines, «derribar al gobierno del general Carranza»<sup>10</sup>.

Es este ambiente, que los rotativos españoles calificaban de «semitranquilidad», se iba a llevar a cabo la difícil tarea gubernativa de Venustiano Carranza. Los otros problemas principales que iba a tener que afrontar, habían sido ya definidos con anterioridad a su toma de posesión como presidente electo por el ministro de Hacienda interino Luis Cabrera, en unas declaraciones recogidas por varios diarios españoles. Uno de ellos, *El Liberal* de Sevilla, dedicó a esta cuestión un amplio artículo que tituló «Problemas Mexicanos».

En palabras de Cabrera, el primero sería el de la educación. «Con un 80% de analfabetos en el país» a causa, según los gobernantes de aquellos momentos, del «latifundismo, que ha necesitado de peones, propiamente esclavos para el trabajo, y de la acción de la Iglesia..., que ha ayudado al latifundismo a conservar a la masa indígena en la ignorancia», el ejecutivo tendría que «dedicar una parte considerable de sus esfuerzos y de los fondos públicos a la educación de las masas».

El segundo citado era el religioso. A juicio del ministro de Hacienda, la iglesia había tenido «un poder temporal omnipotente... hasta el año 1869 en que, por virtud de la Guerra de Reforma... fue despojada de sus propiedades e incapacitada para adquirir bienes raíces y privada enteramente del poder

---

<sup>9</sup> *El Correo de Andalucía* y *El Liberal* de Sevilla, del Lunes 19 de Marzo de 1917.

<sup>10</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 4 y Sábado 5 de Mayo de 1917.



temporal»; pero durante «el largo» gobierno de Porfirio Díaz, «volvió a recobrar... su poder temporal y a rehacer parte de su fortuna». Para resolver esta cuestión era necesario que el gobierno hiciera «efectiva la absoluta separación entre iglesia y estado, e impedir que... recobre su poder temporal, dejándole, sin embargo, la más absoluta libertad en el terreno religioso».

El tercero sería el agrario. Para Cabrera, en este campo resultaba fundamental «destruir el latifundismo» que, en su opinión, había ocasionado «un estado constante de servidumbre de las clases rurales de México». En este aspecto la labor de las autoridades tendría que ir dirigida tanto a «facilitar la formación de la pequeña propiedad como a efectuar la dotación de ejidos a los pueblos», y a poner las trabas necesarias para impedir la reconstitución de las grandes propiedades.

Por último, había que hacer frente a la grave situación económica, que iba a lastrar muchos de los proyectos contenidos en la Carta Magna. Su raíz estaba, a su juicio, en el «sistema seguido por las administraciones pasadas, y especialmente por la del general Díaz», en la explotación de los recursos naturales, «el de concesiones de tal manera privilegiadas, que hacían imposible la competencia de futuras empresas con las empresas previamente establecidas... Un sistema de privilegios y monopolios que abarcaba no solamente la industria minera, la industria petrolera y la industria de fuerza eléctrica», para las que, al parecer, faltaban capitales mexicanos, «sino toda clase de industrias y manufacturas, el comercio y la banca». En ese ámbito, el objetivo de la administración debía ser, por tanto, «obtener un desarrollo económico basado en la libre competencia, y de tal naturaleza que el desarrollo de los negocios existentes no sea motivo de imposibilidad para el desarrollo de los negocios futuros». Desde su punto de vista, «el capital extranjero invertido en México sobre el sistema de privilegios» tendría que ser revisado «por la actual revolución»; pero, aclaraba el ministro mexicano, «la tendencia general de la Revolución» no era atacar las inversiones extranjeras que se hicieran al margen del sistema de privilegios sino, por el contrario, abrir «un campo de acción para la inversión de capitales extranjeros mucho más amplio que el que ha existido hasta ahora»<sup>11</sup>.

Aunque la cuestión económica figurara en último lugar en la breve relación del ministro, era una de las más graves a que tenía que enfrentarse el gobierno constitucionalista; entre otras cosas, porque de ella dependía, en gran parte, el poder poner o no solución a las otras. La simple institucionalización política no bastaba siquiera para encararla con ciertas posibilidades de éxito y, mucho menos, para arreglarla; para ello era esencial modificar el sistema financiero. Aunque el titular de Hacienda no hablara del asunto en la relación citada, Carranza era tan consciente de esto que antes, incluso, de que se produjera la caída de Huerta había dado señales de su preocupación al respecto. Ya entonces se mostró partidario de realizar una profunda refor-

---

<sup>11</sup> *Ibidem*, Domingo 11 de Febrero de 1917.

ma bancaria, que incluyera la creación de una única entidad emisora para poner fin así a la facultad de imprimir billetes que tenían los bancos particulares. Pero entre 1913 y 1915 la prioridad de los constitucionalistas estaba en la lucha armada, y no podían plantearse este tipo de empresas<sup>12</sup>.

Cuando en 1914 se produjo la dimisión de Huerta, el estado de las finanzas estatales era desastroso. Es difícil saber si todavía entonces la situación podía llegar a normalizarse; pero aunque fuera así, la prolongación de la guerra contra Villa y Zapata, entre otros caudillos que se mantuvieron en armas, terminaría por llevarla al colapso. Por una parte, la larga contienda había deteriorado haciendas y ferrocarriles, sin que las autoridades carrancistas contaran con los recursos necesarios para hacer las reparaciones indispensables; en tales condiciones la recuperación de la producción resultaba prácticamente imposible. Por otra, ante la falta de efectivo en la tesorería, los constitucionalistas apelaron al mismo recurso que había utilizado Victoriano Huerta y que ellos mismos habían empleado en las zonas sublevadas, imprimiendo grandes cantidades de papel moneda para hacer frente a los gastos militares.

Es cierto que el único medio que tenía Carranza para poder financiar las campañas contra los grupos que se mantenían en rebeldía era la emisión monetaria. Los préstamos en el mercado exterior, que podrían haber sido una vía alternativa, no sólo resultaban difíciles de conseguir en aquellos momentos sino que podían condicionar la política del Estado, lo que chocaba con el ideal nacionalista de Venustiano Carranza. El resultado de la opción tomada por el mandatario mexicano fue que en 1914 se habían impreso casi 272 millones de pesos, agravando el problema inflacionario. Para complicar el panorama, lo mismo hacían Francisco Villa y, aunque éste en menor medida, también Zapata. La inflación siguió así un camino imparable y en 1915 se llegaba a la «hiperinflación». En el otoño de ese año el dinero villista había perdido por completo su valor, mientras que la cotización del peso oficial había pasado de 49,5 centavos de dólar a comienzos de 1913 a dos centavos y medio en 1916. Las clases populares fueron, como siempre, las que más sufrieron tal estado de cosas, al tener que hacer frente a la escasez y carestía de los alimentos originadas, por una parte, por la insuficiencia de las cosechas y, por otra, por la acción de los acaparadores que pretendían beneficiarse de la constante elevación de los precios. La acción de ambos factores hizo que en algunos lugares, como la capital, los alimentos llegaran a subir un quince por ciento entre 1914 y 1915<sup>13</sup>.

La situación estallaría en el mes de octubre de ese año; los bancos mexicanos quebraron de nuevo, con la consiguiente suspensión de pagos que, además de los lógicos problemas internos que ocasionaría, no iba a dejar indiferente al capital internacional. La desconfianza de los posibles inversores

---

<sup>12</sup> MANERO: «Iniciación de la reforma bancaria, 1913», en LUDLOW, L. y MARICHAL, C. coords: *La Banca en.....*, pág. 201.

<sup>13</sup> RICHMOND: *La lucha nacionalista de.....*, pág. 125, y KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs. 972-980.

fue tal que, según la prensa sevillana, los Estados Unidos llegaron a enviar «representantes» a México con el objetivo, supuestamente, de pedir explicaciones al gobierno carrancista sobre el «cierre de las bancas mejicanas, que se han visto imposibilitadas para pagar en oro las letras de cambio»<sup>14</sup>. La realidad es que todos los bancos habían emitido billetes muy por encima de sus reservas, contribuyendo, ellos también, a agravar el problema inflacionario y, en definitiva, a su propia quiebra.

Había, pues, que reformar con urgencia el sistema financiero; y fue precisamente en 1915, con el territorio de la república más o menos controlado, cuando Carranza dio el primer paso importante para lograrlo. Su primera medida fue encargar al secretario de Hacienda la elaboración de un plan para la creación de un banco estatal de emisión, tal y como ya había apuntado dos años antes, que fuera el único con la competencia de emitir moneda; pero en las condiciones en que se hallaba el país el proyecto era irrealizable. Ante las graves dificultades encontradas para llevarlo adelante, el asunto terminó con la aprobación de un decreto de la secretaría de Hacienda que regulaba la actividad emisora de los bancos, anulando el permiso de algunos de ellos, aunque no de todos, para emitir billetes, y con la creación, en octubre de aquel año, de una Comisión Reguladora e Inspectoría de Instituciones de Crédito<sup>15</sup>.

En enero de 1917 el Congreso Constituyente recogió, una vez más, la necesidad de crear un banco nacional que, además de ser el único con capacidad de emisión, controlara las finanzas estatales. Pero ni el proyecto de instaurarlo ni la puesta en circulación de nuevos billetes, que pretendían ser infalsificables, parecían medidas suficientes para frenar el desastre; lejos de solucionarse la crisis se fue agravando, hasta el punto de que 1917 fue conocido por muchos como «el año del hambre»<sup>16</sup>. No obstante ese fue el gran bache; a partir de entonces se fue experimentando una ligera mejoría en el campo económico y financiero, lo que permitió a la administración prestar una mayor atención a algunas de las cuestiones esbozadas por Luis Cabrera en esa especie de declaración-resumen programático de que hemos hablado.

Uno de los puntos abordados en aquél, era la resolución del problema de la escasez de inversiones en los distintos sectores productivos. En palabras del secretario de Hacienda «la falta de capitales mejicanos» había hecho que «la minería y las demás industrias mejicanas no hayan podido desarrollarse sino por medio de inversiones de capital extranjero», a través de concesiones privilegiadas y monopolios con los que había que terminar<sup>17</sup>. En

---

<sup>14</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 22 de Diciembre de 1915.

<sup>15</sup> Esa cuestión está plenamente detallada en MANERO: «Iniciación de la reforma....», págs. 202-226.

<sup>16</sup> *El Liberal* de Sevilla del Lunes 29 de Enero de 1917, se hacía eco de esa intención de crear un Banco Nacional. Sobre la situación financiera por la que pasaba México entonces, ver KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs. 974-980, y RICHMOND: *La lucha nacionalista de.....*, pág. 126.

<sup>17</sup> *El Liberal* de Sevilla, Domingo 11 de Febrero de 1917.

consecuencia, la pretensión del gobierno de Carranza sería el logro de un sistema que permitiera una mayor competencia, y en el que pudieran sobrevivir las nuevas empresas. En este sentido, su estrategia pretendía representar, en principio, un cambio radical en relación con la llevada a cabo por Porfirio Díaz, intentando el desarrollo de una economía menos dependiente del extranjero y más nacionalista.

También fue muy diferente a la porfirista en cuanto a su grado de intervencionismo; en este aspecto se llegó a presionar a banqueros y comerciantes, para combatir la inflación, en el caso de los primeros, y la escasez de alimentos, en el de los segundos. En esta misma línea intervencionista, un decreto de 1916 permitía multar a los propietarios de tierras ociosas, al tiempo que se iniciaba una política de descenso de tarifas sobre las maquinarias agrícolas y se planteaban varios proyectos de irrigación. A pesar de ello, las directrices económicas del carrancismo no lograron sus objetivos; no fueron capaces de solucionar la carestía de alimentos ni de acabar con los problemas financieros, fracasando, incluso, ante la falta de recursos para poder llevarla adelante, en una de las principales metas que aquél se había propuesto, la creación de una única entidad emisora, un banco nacional<sup>18</sup>.

Otro punto importante de su programa era la «destrucción del latifundismo» que, además de los numerosos problemas sociales que originaba, ni siquiera contribuía a mejorar la situación financiera del Estado ya que, según decía el citado Luis Cabrera, «hasta la fecha, la gran propiedad rural puede decirse que casi no ha pagado impuestos»<sup>19</sup>. Este aspecto de la política constitucionalista sería, quizás, el que despertaría mayor atención en España y sobre el que hubo una mayor división en la prensa a la hora de valorarlo. Aunque, en general, los periódicos peninsulares no se ocuparon demasiado de la tarea de gobierno propiamente dicha de Venustiano Carranza, las cuestiones sociales y agrarias suscitarían algunos debates importantes en los medios informativos; su actuación en estos campos sería vista con recelo por los conservadores, especialmente los católicos, que considerarían la acción carrancista en ellos como un peligro que podía convertir a aquel país en un claro ejemplo de «los males de las revoluciones», cuya extensión y divulgación había que evitar a toda costa. Para los que pensaban así, las autoridades mexicanas llevaban a cabo una política social que establecía «peligrosos precedentes» de fácil propagación, a los que había que poner freno antes de que el ejemplo cundiera en España<sup>20</sup>.

Por el contrario, otros sectores políticos no dudaron en colocarse en un bando totalmente contrario a la hora de juzgar la tarea carrancista; en contraste con aquéllos, algunos llegaban a señalar, especialmente al final del mandato de Venustiano Carranza, que éste era realmente un conservador.

---

<sup>18</sup> RICHMOND: *La lucha nacionalista de.....*, págs. 131 y 171-173.

<sup>19</sup> *El Liberal* de Sevilla, Domingo 11 de Febrero de 1917.

<sup>20</sup> Ver, por ejemplo, *El Debate* de Madrid del Domingo 10 de Marzo de 1918, o el del Martes 26 de Agosto de 1919. Cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana.....*, pág. 85.



Los que se expresaban de esta forma lo justificaban por el hecho de que, a pesar de que el mandatario mexicano había aprobado la primera legislación agrarista ya en enero de 1915, y de que había aceptado las importantes reformas que en este aspecto establecía la Constitución de 1917, durante su mandato se había avanzado realmente muy poco en el desarrollo de las medidas marcadas en la Carta Magna.

Esta es la visión del régimen presentada, por ejemplo, por el periodista español Luis Araquistain, para quien Carranza estaba, en realidad, «más cerca de don Porfirio que de Madero.» Para este autor tanto la Ley Agraria de enero de 1915 como la Constitución, le fueron impuestas por las facciones más radicales de los distintos grupos revolucionarios; Carranza sólo las había aceptado como mal menor. Según Araquistain, lo que habría hecho el líder constitucionalista sería procurar siempre que sus consecuencias se hicieran efectivas lo menos posible; y ese incumplimiento de la Carta Magna, junto con su tolerancia ante lo que no era sino un régimen corrupto aunque, como parecía, él no se beneficiara del mismo, desprestigiaron, a juicio de muchos, la labor de su administración<sup>21</sup>.

Una tercera postura sería la representada por la mayor parte de la prensa española de aquella época, incluida la sevillana. Esta posición era la que sostenían los que consideraban que Venustiano Carranza no era un radical, como afirmaban los ultraconservadores, ni un contrarrevolucionario, como parecía venir a decir Araquistain; a medio camino entre ambas concepciones, para ellos sería «un verdadero revolucionario», que había sido capaz de iniciar la reforma agraria «sin caer en radicalismos sin sentido». Y en esto coincidieron publicaciones tan alejadas ideológicamente como *El Sol*, la *Revista España* o *El Socialista*, las tres de Madrid, junto con *El Liberal* sevillano.

En su ejemplar del 18 de mayo de 1915, *El Socialista* recogía las declaraciones de un militante de ese partido residente en México, en las que éste afirmaba que lo primero que estaban haciendo los constitucionalistas en las zonas que ocupaban era organizar a los trabajadores y apoyar sus reivindicaciones. De acuerdo con sus manifestaciones, Carranza era considerado por el citado rotativo como un verdadero «socialista» y un «revolucionario; y su legislación, incluida la anterior a la promulgación de la Constitución, tenía para él un marcado carácter social». Además, decían, la Carta Magna de 1917, con sus reformas en la legislación laboral y agraria, era un avance que no podía ser ignorado por los sectores progresistas de la prensa española; y tanto los reformistas de *El Sol* como los socialistas, al contrario de lo que hacía Araquistain, atribuyeron esos avances a Venustiano Carranza; y sus opiniones sobre él estuvieron marcadas por ese hecho hasta bien entrada la etapa presidencial de Álvaro Obregón<sup>22</sup>.

---

<sup>21</sup> ARAQUISTAIN: *La Revolución Mexicana...*, págs. 89-95.

<sup>22</sup> Ver, por ejemplo, *El Sol* del Domingo 20 Abril y del Martes 2 de Septiembre de 1919, *España*, n.º 122 de 1917, o *El Socialista*, Martes 18 de Mayo y Jueves 17 de Junio de 1915, o el del Lunes 20 de Agosto de 1923, cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana...*, págs. 132-134 y 173-174.



En esta posición estuvo también *El Liberal*, el rotativo de mayor tirada de Sevilla, que siempre había mostrado una cierta simpatía hacia el movimiento constitucionalista. Con motivo de la muerte de su líder, este diario, junto a su homólogo madrileño, publicaría un editorial firmado por Ricardo Rufino, que sería un verdadero panegírico del mandatario mexicano. El citado artículo es un claro ejemplo de la valoración que la prensa «progresista» española hacía en aquellos momentos de la labor de Venustiano Carranza. Después de toda una serie de halagos a su figura por la forma en que había sabido manejar los graves problemas a que había tenido que hacer frente, terminaba diciendo que «cuando la obra política llevada a cabo por Carranza sea conocida y juzgada convenientemente, ella sola dará en oración sublime al sacrificado anciano de barbas bíblicas el eterno Memento mei!. Venustiano Carranza en Méjico, igual que... Eloy Alfaro en el Ecuador, sostenía entre sus musculosos brazos el estandarte de la democracia, y como aquél ha sido vilmente sacrificado por los buitres de los protervos y por los judas....»<sup>23</sup> En resumen, venía a decirse en el texto tratado, aunque en aquellos momentos el líder mexicano era atacado por muchos, la historia se ocuparía de darle el destacado lugar que, a juicio del articulista, merecía.

### Las difíciles relaciones internacionales

Para un sector de la prensa estadounidense, en el que se encontraba el *New York Times*, la vuelta de los soldados destacados en México era lógica e inaplazable; en teoría esas fuerzas estaban allí como aliadas del presidente mexicano y con un único fin: acabar con los ataques villistas en la frontera estadounidense; pero, según el citado rotativo, eso resultaba imposible en la situación por la que atravesaba el régimen mexicano en aquellos momentos, cuando existían «pruebas de un intenso movimiento revolucionario contra Carranza» dirigido por Villa, que contaría, según sus informaciones, «con más de ocho mil hombres»<sup>24</sup>. Un número considerable de publicaciones estadounidenses, sin embargo, no compartían esa idea. La orden de retirada a la expedición Pershing no fue demasiado bien vista por algunos grupos de presión norteamericanos, y el gabinete Wilson tuvo que hacer frente a las duras críticas de una parte importante de los medios de comunicación de su país.

Sobre esta cuestión, los periodistas sevillanos señalaban que algunos de sus colegas estadounidenses estaban siendo bastante duros con el líder constitucionalista, del que hablaban como si se tratara de un simple bandido incapaz de gobernar México; pero que mucho más incisivos eran con Wilson al que, antes incluso de que se diera la orden definitiva de evacuación, acusaban de debilidad por no haber sabido hacer frente a Carranza. Según al-

---

<sup>23</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 19 de Junio de 1920.

<sup>24</sup> *El Correo de Andalucía*, Miércoles 31 de Enero de 1917.

gunos diarios norteamericanos, lo único que había conseguido Wilson con su falta de energía era que la expedición Pershing resultara un fracaso; se había enviado, decían, «contra los generales mejicanos Villa y Carranza»; y ambos seguían «en completa libertad»<sup>25</sup> gracias a la política de su administración. Esa política fue calificada en las páginas de muchos diarios de «pusilánime», incapaz de hacer nada «ante la guerra de exterminio que llevan a cabo Villa y Carranza»<sup>26</sup>, frente a la cual, afirmaban, «todos los mexicanos deben cerrar los ojos y abandonar el territorio nacional»<sup>27</sup>.

La realidad fue que, desmintiendo la objetividad de esas críticas, las relaciones bilaterales presentaron unas perspectivas mucho más favorables desde comienzos de 1917. Aunque los ataques de las bandas villistas continuarían hasta la presidencia provisional de Adolfo de la Huerta en 1920, la ofensiva carrancista, como se ha dicho, las había obligado a refugiarse en la montaña, y la actividad bélica, a pesar de lo afirmado por el *New York Times*, había disminuido considerablemente en la zona fronteriza; con ella lo hicieron también los incidentes con los Estados Unidos. Las tensiones entre los dos países se fueron suavizando y, según informaba en el mes de febrero la prensa española, el departamento de Estado norteamericano enviaba a México un nuevo diplomático, «Fletcher, para que actúe como árbitro en las cuestiones aún pendientes entre el gobierno de Washington y Méjico»<sup>28</sup>.

Estas afirmaciones periodísticas eran correctas sólo en parte; lo cierto es que Henry P. Fletcher no iba a México simplemente como negociador, como afirmaban aquéllas, sino en calidad de embajador destinado en un país considerado ya «amigo». Los propios diarios que habían hablado de él como «árbitro», publicaban al día siguiente lo que afirmaban eran «las últimas noticias recibidas de Nueva York» sobre las relaciones mexicano estadounidenses; según ellas, el gabinete de Wilson había reconocido definitivamente a Carranza como jefe del Estado mexicano y, en consecuencia, había nombrado un embajador ante él. De hecho, las órdenes de Fletcher eran salir de inmediato hacia la capital mexicana, con idea de normalizar cuanto antes «las relaciones diplomáticas», rotas, decían los periódicos, desde 1914. Junto a la citada información se resaltaba también el hecho de que «desde la jefatura de Madero, el actual gobierno mejicano es el primero al que reconoce el gobierno yanqui»<sup>29</sup> aunque, como sabemos, no había sido exactamente así, ya que en 1915 los Estados Unidos habían terminado por aceptar a Carranza y a su gabinete, aunque sólo fuera como autoridades provisionales de la república.

---

<sup>25</sup> *El Noticiero Sevillano*, Sábado 20 de Enero de 1917.

<sup>26</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 19 de Enero de 1917.

<sup>27</sup> *El Noticiero Sevillano*, Sábado 20 de Enero de 1917.

<sup>28</sup> Ver los ejemplares de *El Liberal* de Sevilla del Jueves 18 de Enero de 1917, del Domingo 28 del mismo mes y año, y del Viernes 2 de Febrero del mismo año.

<sup>29</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 3 de Febrero de 1917.

El reconocimiento de Venustiano Carranza como presidente de México no implicaba, sin embargo, el fin de los conflictos en el campo de las relaciones internacionales; los problemas entre ambas administraciones no terminarían ahí, entre otras causas, porque la violencia no desaparecería por completo en la zona limítrofe. Al margen de cualquier manifestación que pudieran hacer las autoridades mexicanas sobre el fin de la lucha armada, la insurgencia villista se mantenía, aunque se encontrara debilitada, y seguía ocasionando incidentes en la frontera común. En España se recibían algunas informaciones sobre las actividades de sus partidas, que incluían, según fuentes estadounidenses, la existencia de «furiosos ataques en Chihuahua» en los que se veía implicado su ejército. Esas noticias llevaban a afirmar a los diarios sevillanos, recogiendo los rumores que circulaban tanto por Washington como por la capital mexicana, que el general Pershing, «en contra de lo acordado» con los constitucionalistas, había ordenado «suspender la retirada de sus tropas y vigilar las fronteras»<sup>30</sup>. La decisión la habría tomado, según ellos, ante la preocupación «en las esferas oficiales yanquis» de que se produjeran «nuevos desórdenes en Chihuahua» o, incluso, de que tuviera lugar un «ataque contra los Estados Unidos»<sup>31</sup>; y es que, según algunas noticias recibidas desde Texas, «cinco mil soldados de Villa, con éste a la cabeza», habían tenido ya algún «encuentro con las tropas Yankis» en aquella zona<sup>32</sup>.

Aunque esos rumores no fueran confirmados oficialmente, lo cierto es que los periódicos españoles se hicieron eco de algunos enfrentamientos armados, en los que con frecuencia se veían involucrados soldados estadounidenses aunque, al menos en teoría, la expedición Pershing había salido ya de México. Uno de esos incidentes se produjo, según la prensa peninsular, «cerca de Nogales»; los medios de comunicación indicaban que «unos bandidos» habían atacado en esa población a las tropas norteamericanas, que habían logrado rechazarlos sin bajas por su parte y hacer varios prisioneros, entre ellos «el secretario de Hipólito Villa»<sup>33</sup>, el hermano del caudillo de Chihuahua.

Poco después se daba a conocer un nuevo enfrentamiento entre villistas y estadounidenses; según decían los diarios hispalenses, «las tropas del general Villa» marchaban hacia Chihuahua cuando se produjo un «encuentro entre una partida mejicana de cuarenta hombres y una patrulla de caballería yanqui», que terminó con varios muertos entre los integrantes de la primera<sup>34</sup>. No obstante, se trataba ya de incidentes esporádicos, que irían desapareciendo a medida que disminuía la actividad de Villa, y que no justificaban

---

<sup>30</sup> *El Correo de Andalucía*, Domingo 11 de Febrero de 1917, y *El Liberal* de Sevilla del Martes 13 del mismo mes y año.

<sup>31</sup> *El Liberal* de Sevilla, Martes 13 de Febrero de 1917.

<sup>32</sup> *El Correo de Andalucía*, Viernes 19 de Febrero de 1917.

<sup>33</sup> *El Liberal* de Sevilla, Jueves 24 de Mayo de 1917.

<sup>34</sup> *Ibidem*, Sábado 16 de Junio de 1917.

que los Estados Unidos tomaran medidas drásticas que, a la larga, podían resultar peligrosas.

Mayor preocupación producirían en Washington los debates que llevaron a la aprobación de la Constitución de 1917, que incrementaron su intranquilidad sobre el futuro de las inversiones norteamericanas. En la capital estadounidense se afirmaba, en este sentido, que el mandatario mexicano se proponía actuar contra los intereses de ese país, y lo acusaban de pretender «incautarse de los pozos de petróleo sin explotar» que pertenecieran a extranjeros<sup>35</sup>; pese al reconocimiento al gobierno de Carranza, eran muchas, pues, las cuestiones que ocasionaban fricciones entre las dos administraciones.

En cuanto a los problemas con Gran Bretaña, este país no sólo recelaba de la neutralidad mexicana en la guerra europea, sino que se consideraba agraviado por la política económica constitucionalista, que veía como una represalia por su apoyo a Victoriano Huerta. Esa política era considerada como una agresión directa a sus intereses en México, y cuando en 1917 el gobierno carrancista confiscó los ferrocarriles británicos, se llegó a pensar de nuevo en la ruptura. La administración del Reino Unido intentó, primero, presionar a sus aliados de Washington para que actuaran con una mayor dureza ante el mandatario mexicano; pero no tuvo demasiado éxito en ese aspecto y, aunque a regañadientes, terminó por rendirse a lo inevitable, suavizando considerablemente su actitud. Similares recelos experimentaban también los franceses; pero sus inversiones en México eran menores y, por tanto, se vieron menos afectados que aquéllos por las medidas legislativas de los constitucionalistas; por otra parte, tampoco se habían opuesto tan claramente a Carranza como lo habían hecho los británicos y, en consecuencia, no tuvieron que sufrir, en general, las represalias de los rebeldes<sup>36</sup>.

Lo cierto es que, en aquellos momentos, tanto los problemas en la frontera norte como los derivados de las reformas legislativas mexicanas habían pasado a ser cuestiones menores en las relaciones internacionales del carrancismo. Las verdaderas tensiones estarían producidas en esta etapa por la posición de México ante el conflicto europeo. La amenaza, cada vez más evidente para todos, de una intervención estadounidense en la guerra, no hacía sino complicar el panorama diplomático. Desde el inicio de la contienda el gobierno de Venustiano Carranza, que siempre buscó apoyos externos que sirvieran para contrarrestar la influencia política y económica de los norteamericanos en su país, declaró su neutralidad.

Eso hizo que, con frecuencia, fuera acusado de germanófilo por determinados sectores sociales y políticos estadounidenses, no sin cierta alegría por parte de los conservadores españoles, como reflejaban las páginas de algunos de los periódicos de esa ideología. En este sentido, *El Correo de Andalucía* titulaba su información sobre la supuesta cercanía de Carranza al

---

<sup>35</sup> *El Correo de Andalucía*, Miércoles 21 de Febrero de 1917.

<sup>36</sup> Richmond: *La lucha nacionalista de.....*, págs. 283-284.



bando alemán, «A Wilson le ha salido un grano». En ella se afirmaba que «trescientos reservistas alemanes» habían llegado a México para colaborar con las tropas mexicanas a la hora de impedir un supuesto «desembarco yanki en Tampico, con el fin de apoderarse de los pozos de petróleo»<sup>37</sup>.

A pesar de ello los rotativos españoles no parecían tener muy clara la política alemana en México; al mismo tiempo que daban cuenta de la alianza con Carranza, lo hacían también de la llegada de «reservistas alemanes», no sabemos si los ya citados u otros, para unirse a «las fuerzas insurrectas»<sup>38</sup> que, en aquellos momentos, eran las de Villa. Tal confusión era lógica, teniendo en cuenta la oscura labor desarrollada por el espionaje germano. Alemania era consciente de las dificultades que México podía ocasionar a los Estados Unidos en el caso de que éstos decidieran intervenir en el conflicto europeo y actuó insistentemente para obtener el apoyo de su gobierno. Según los rumores que recogían entonces los periódicos de todo el mundo, habían llegado, incluso, a proponer a Carranza un ataque conjunto a los Estados Unidos; el mandatario mexicano se negó a romper su neutralidad, aunque el gobierno alemán no se dio por vencido. Su táctica pasó entonces tanto por incrementar su influencia económica en México, como por mantener satisfecho a Carranza suministrándole el material bélico que necesitaba para terminar con las bandas rebeldes<sup>39</sup>.

En tales circunstancias, de nada servían las constantes declaraciones de neutralidad de la administración; los alemanes seguían desplegando una intensa actividad diplomática y los Estados Unidos, conscientes de la hostilidad que habían despertado en México con su actuación, no parecían estar demasiado tranquilos al respecto. Todas las publicaciones españolas se hacían eco de la preocupación que existía en los «centros oficiales norteamericanos» ante los intentos alemanes por conseguir la intervención de aquel país en el conflicto europeo<sup>40</sup>. El gabinete Wilson, añadían los rotativos sevillanos, llegó a denunciar ante las «repúblicas americanas» la existencia de «un complot» de los alemanes en México, pidiéndoles su apoyo para forzar a la administración mexicana a definirse a favor de los aliados<sup>41</sup>.

Según las informaciones que llegaban de Washington, oficiales germanos instruían al ejército mexicano, «particularmente realizando prácticas de aviación»<sup>42</sup>; a cambio, sus submarinos se abastecían en el país a la espera de recibir las órdenes de sus superiores para detener la «exportación de aceites de América a Inglaterra»<sup>43</sup>. Su preocupación por la cuestión haría, señalaba

---

<sup>37</sup> *El Correo de Andalucía*, Miércoles 21 de Febrero de 1917.

<sup>38</sup> *Ibidem*, Jueves 22 de Febrero de 1917.

<sup>39</sup> RICHMOND: *La lucha nacionalista de.....*, págs. 278-282.

<sup>40</sup> *El Noticiero Sevillano*, Viernes 9 de Marzo de 1917.

<sup>41</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 2, Sábado 3 y Domingo 4 de Marzo de 1917, y *El Correo de Andalucía* del Sábado 3 del mismo mes y año.

<sup>42</sup> *El Correo de Andalucía*, Lunes 12 de Marzo de 1917.

<sup>43</sup> *Ibidem*, Domingo 11 de Marzo de 1917.



la prensa, que el presidente remitiese una nota a su colega mexicano «haciendo responsable a Carranza de cuantos acontecimientos perjudiciales para la dignidad de los Estados Unidos se desarrollen en Méjico»<sup>44</sup>. En ella parecía haber una clara alusión a la situación de los pozos de petróleo de Tampico, cuyos responsables habían «pedido a los guardias americanos» que los protegieran, suponiendo «que los alemanes procurarán incendiarlos para que se rompan las relaciones entre los Estados Unidos y Méjico»<sup>45</sup>.

Los norteamericanos, sin embargo, no serían los únicos en recelar de la posición de Carranza en cuanto a la contienda. Las publicaciones españolas afirmaban que en el propio México corrían fuertes rumores que «dejaban entrever la posible decisión del presidente Carranza», especialmente «en caso de que estalle la guerra entre los Estados Unidos y Alemania». No se llegaba a decir con claridad en qué sentido iría su decisión; pero si tenemos en cuenta que, al mismo tiempo, hablaban de que «agentes alemanes» hacían «supremos esfuerzos para decidir a Méjico a que sirva de remolque a Alemania» en el caso de que «los Estados Unidos declarasen la guerra a los imperios centrales»<sup>46</sup>, lo que se deducía de su lectura no dejaba lugar a dudas.

En toda Europa se recibían noticias que parecían confirmar la supuesta «alianza germano-mejicana en previsión de un conflicto con los Estados Unidos», aunque desde Berlín se comunicaba que el ministro alemán en México había recibido órdenes «de no hacer gestión alguna» al respecto, «hasta que se declare la guerra por los Estados Unidos»<sup>47</sup>. Pero es que las informaciones sobre esta cuestión eran, muchas veces, contradictorias; desmintiendo las anteriores aseveraciones del gobierno de Berlín, el «encargado de negocios de México» en París confirmaba que Alemania buscaba «servirse» de su país «para actuar contra los Estados Unidos», pese a lo cual el diplomático ratificaba la posición de su administración, reiterando que ésta «no abandonará su neutralidad»<sup>48</sup>. La propia prensa alemana, sin embargo, daba por cierta la alianza, argumentando que el ministerio de Relaciones Exteriores mexicano no había desmentido una supuesta carta publicada por el ministro de Negocios Extranjeros de Alemania, en la que, al parecer, se relataba con detalles esa supuesta unión «de Alemania y Méjico contra los Estados Unidos»<sup>49</sup>.

La falta de fuentes fiables sobre el asunto era tal, y los rumores tan disparatados, que los rotativos peninsulares indicaban que en algunos círculos militares norteamericanos se hablaba, incluso, de un posible ataque de México «contra Estados Unidos». Según decía la prensa sevillana, confusa, co-

---

<sup>44</sup> *El Noticiero Sevillano*, Lunes 12 de Marzo de 1917.

<sup>45</sup> *El Correo de Andalucía*, Miércoles 14 de Marzo de 1917.

<sup>46</sup> Ver *El Liberal* de Sevilla del Jueves 8 y Viernes 9 de Marzo de 1917.

<sup>47</sup> *El Correo de Andalucía*, Domingo 4 de Marzo de 1917.

<sup>48</sup> *El Noticiero Sevillano*, Lunes 5 de Marzo de 1917.

<sup>49</sup> *Ibidem*, Viernes 9 de Marzo de 1917.

mo tantas otras veces a lo largo del proceso revolucionario mexicano, el ataque podía venir tanto «del ministro de guerra mexicano» como de «los generales Obregón o Villa»<sup>50</sup>; no parecía tener en cuenta con tal afirmación, que mientras Obregón se encontraba al lado de Carranza y los constitucionalistas, Villa rehusó someterse a la autoridad de éste tras el fracaso de la convención de Aguascalientes, de manera que si hacemos caso de las crónicas periodísticas, los alemanes estaban intentando, simultáneamente, un acercamiento al gobierno constitucionalista y a su mayor enemigo.

Lo único que, en medio de semejante caos, parecían tener claro los periódicos españoles era la intensificación de las actuaciones alemanas en México con el fin de atraer a su campo a alguno de los grupos en conflicto para que, de una manera u otra, le sirviera para hostigar a los Estados Unidos; y que con ese propósito, no hacían ascos a un posible trato con Francisco Villa. En esa línea, los telegramas recibidos desde El Paso hablaban del «recrudescimiento de la actividad entre los partidarios» de éste que, «mandados por reservistas alemanes, marcharán sobre «Río Grande» contra los Estados Unidos»<sup>51</sup>; sólo el tiempo demostraría que todo ello no eran sino rumores, surgidos al amparo de la falta de noticias más dignas de crédito.

La constante actividad de los agentes alemanes para atraer a México a su causa hacía que, pese a las manifestaciones de neutralidad de Carranza, las especulaciones acerca de un posible acuerdo con Alemania y sobre la hostilidad con que esa posibilidad era observada por sus vecinos del norte continuaran. La prensa peninsular llegó a hablar de «preliminares de ultimátum» por parte de los Estados Unidos, al hacerse eco de una nota dirigida por Wilson al mandatario mexicano en la que, supuestamente, le pedía que expulsara del país «al ministro alemán», por considerar que sus constantes intentos de implicar a México en el conflicto bélico representaban «un peligro para la tranquilidad de la república yanki»<sup>52</sup>.

Venustiano Carranza era consciente de que si quería gobernar sin excesivos sobresaltos en una etapa en la que se pretendía volver al campo institucional, tenía que conjurar el peligro de otra intervención norteamericana. Decidido a ello, intentó acabar con lo que no eran sino murmuraciones que sólo podían ocasionarle problemas con los Estados Unidos, estableciendo claramente, y de una vez por todas, lo que serían las directrices de su política en relación con el conflicto que en aquellos momentos tenía lugar en Europa. Según informó la prensa sevillana, esto fue lo que hizo «en la apertura del Parlamento» que acababa de ser elegido. Allí, «el presidente, general Carranza, ha declarado que Méjico observará una neutralidad rigurosa en el conflicto mundial»<sup>53</sup>.

---

<sup>50</sup> *El Liberal* de Sevilla, Martes 13 de Febrero de 1917.

<sup>51</sup> *Ibidem*, Domingo 8 de Abril de 1917.

<sup>52</sup> *El Correo de Andalucía* del Miércoles 11 y Sábado 14 de Abril de 1917.

<sup>53</sup> *El Liberal* de Sevilla, Martes 17 de Abril de 1917, y *El Correo de Andalucía* del día siguiente.

Su posición en este aspecto, que ya había expresado antes, fue confirmada a los periódicos por el ministro de México en Madrid en los días siguientes. El representante mexicano trasladó a los medios de comunicación «un cablegrama de su gobierno, en el que éste le manifiesta sus propósitos de seguir observando neutralidad»<sup>54</sup>. Para entonces hubo, incluso, quien llegó a decir que esa supuesta neutralidad no se mantendría, aunque no, como afirmaban algunos, porque Carranza se uniera a las fuerzas del eje, sino por que era probable «la alianza de Méjico con las potencias de la Entente»<sup>55</sup>.

No obstante, las manifestaciones oficiales sobre la cuestión no servirían de mucho y los rumores, más o menos interesados, no cesarían; la dimisión de Álvaro Obregón de su cargo de secretario de Guerra, hizo temer a algunos que la proclamada neutralidad mexicana corría peligro. Con motivo de la citada renuncia surgieron nuevas especulaciones, en este caso, sobre la supuesta sublevación del dimisionario de la que ya hemos hablado. Además de levantarse contra Carranza, decían algunos periódicos, Obregón tenía el propósito de «ponerse al frente de una expedición contra los Estados Unidos, apoyada por Alemania»<sup>56</sup>. Esa noticia resultó tan falsa como la de su rebelión; pero no por ello el gobierno estadounidense iba a permanecer tranquilo ante la situación mexicana; no se daba por satisfecho con una neutralidad que podía quebrarse en cualquier momento, e intentó la incorporación de México a la causa aliada.

Aparentemente ajeno a las presiones internacionales para que modificara su posición, Venustiano Carranza siguió la línea que se había marcado en este asunto desde el principio. Las presiones, que ya venían produciéndose antes, se incrementaron cuando por fin Alemania y los Estados Unidos llegaron a la ruptura y se produjo la entrada de estos últimos en la guerra europea; y, además, no sólo procedían del exterior sino que se hicieron también desde ciertos sectores mexicanos. La prensa sevillana recogiendo, según decía, noticias de «algunos periódicos» estadounidenses, afirmaba «que las Cámaras mejicanas» se proponían «pedir al gobierno, que declare una neutralidad benévola para los Estados Unidos y sus aliados» e, incluso, que se cortaran las relaciones diplomáticas con Alemania.

De acuerdo con esas mismas fuentes, los alemanes estaban poniendo «todos sus medios en juego para evitar que llegue a realizarse este proyecto, tratando de enemistar a los Estados Unidos con las repúblicas latinas, diciendo que aquéllos quieren sujetarlas a su capricho». Los periódicos norteamericanos, afirmaban sus colegas sevillanos, descalificaban las campañas de los alemanes y celebraban el texto que, según ellos, se pretendía aprobar en las Cámaras mexicanas. Hablaban de él como de «un llamamiento a la conciencia mejicana, para que no permanezca indiferente a la gigantesca tra-

---

<sup>54</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 21 de Abril de 1917.

<sup>55</sup> *El Correo de Andalucía* y *El Liberal* de Sevilla del Martes 1 de Mayo de 1917.

<sup>56</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 5 de Mayo de 1917.

gedia que se desarrolla en el mundo»; y, por primera vez en mucho tiempo, pretendiendo atraerlo a la causa aliada con sus elogios, alababan al país vecino, del que decían que, «honrando su pasado y sus ideales», debía «estar al lado de aquellas naciones que combaten por la justicia, la civilización y la libertad»<sup>57</sup>.

Sordo a los halagos de unos y otros, Venustiano Carranza no varió un ápice su postura; aunque algunos rotativos españoles habían señalado en sus páginas que, ante la presión norteamericana, era «inminente la ruptura de relaciones» con Alemania<sup>58</sup>, México, resistiendo aquélla, mantuvo su neutralidad. Su posición no fue entendida por todos y el mandatario mexicano siguió recibiendo acusaciones de germanófilo; a pesar de ello el gobierno de los Estados Unidos, contando, probablemente, con garantías que la prensa desconocía, se manifestó tranquilo en este aspecto y, mientras participaban activamente en la guerra europea, se desentendieron, al menos en apariencia, de los asuntos mexicanos.

## El lento camino a la normalidad

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, el interés de los norteamericanos por el «problema mexicano», sin embargo, pareció renacer; con él, volverían también los choques entre ambas administraciones, en el fondo de los cuales no estaba sino la cuestión de la legislación que iba surgiendo de la Constitución de 1917. Mientras los Estados Unidos se encontraban ocupados en la contienda, Venustiano Carranza había ido desarrollando esa legislación; una parte de ella, concretamente la derivada del artículo 27, no podía ser bien recibida por la administración estadounidense por cuanto declaraba el subsuelo mexicano propiedad nacional. Se utilizara el pretexto que se utilizara, la causa real de la mayor parte de los enfrentamientos no fue sino la presión de Washington para que los constitucionalistas respetaran sus intereses; a comienzos de la Revolución sus inversiones acaparaban el 78% de la industria minera, el 72% de las fundiciones, el 58% de las petroleras, o el 70% de las realizadas en ferrocarriles. La política nacionalista de Carranza, por tanto, tenía que entrar en conflicto con ellas; y sus propietarios estadounidenses ejercieron la suficiente presión como para que, con el fin de defenderlos, el presidente norteamericano llegara a amenazar a Carranza con el uso de la fuerza<sup>59</sup>.

La tensión llegó a su punto máximo por la actitud mantenida por las compañías petroleras desde la aprobación de la Constitución; durante los diez años siguientes se opondrían, con todos los medios a su alcance, in-

---

<sup>57</sup> *Ibidem*, Viernes 26 de Octubre, de 1917.

<sup>58</sup> *El Noticiero Sevillano*, Miércoles 24 de Octubre de 1917.

<sup>59</sup> RICHMOND: *La lucha nacionalista*....., págs 265-266.



cluido el apoyo de su gobierno, a la legislación derivada del artículo 27 de la Carta Magna. Un decreto de febrero de 1918 incrementaba, además, de forma progresiva, los impuestos a ese sector. La subida en la fiscalidad afectaba tanto a la perforación como a la producción y, por otra parte, el decreto autorizaba la confiscación de las explotaciones que no pagaran. Las empresas se negaron a hacerlo y se vieron apoyadas en su actitud por las protestas presentadas por sus autoridades; pero el mandatario mexicano se mostró inflexible en este punto.

Según algunos autores, en aquellos momentos el secretario de Estado norteamericano había llegado, incluso, a barajar la posibilidad de enviar tropas a México para apoderarse de los campos petrolíferos; pero predominó la sensatez y el asunto no pasó a mayores. Sin embargo, una vez finalizada la guerra en Europa, los Estados Unidos se encontraban mucho más libres para actuar frente a México; en consecuencia, cuando a mediados de 1919, ante la constante desobediencia de los empresarios petroleros a los decretos carrancistas y, sobre todo, a raíz de que algunas compañías comenzaran nuevas perforaciones sin contar con la autorización que marcaban las leyes, el gobierno mexicano envió tropas para detener la actividad y se llegó al borde de la guerra<sup>60</sup>.

De todo esto, no obstante, no hablaba la prensa sevillana, que tras una breve alusión a los pozos de petróleo de Tampico, para informar sobre una huelga en la que habían participado unos «quince mil» obreros<sup>61</sup>, pareció olvidarse de la cuestión. Aunque a lo largo de aquel año comentó, en algunas ocasiones, las dificultades existentes para la vuelta a la normalidad en las relaciones entre los dos países, las achacaba a la situación de inestabilidad que, según ella, se vivía en la frontera, donde las partidas villistas habían intensificado sus ataques. Los diarios hispalenses decían en este sentido, que ante «los graves sucesos» ocurridos allí entre el 15 y el 24 del mes de agosto de 1919, sucesos que no especificaban, el presidente Wilson había decidido hacerse «cargo personalmente de la dirección de los asuntos con Méjico»<sup>62</sup>.

De lo que sí informaron los rotativos de la capital andaluza fue del cruce de la frontera por parte de un destacamento de caballería estadounidense. La protesta de las autoridades mexicanas por la violación del territorio nacional no se hizo esperar, y fue presentada oficialmente por su embajador en los Estados Unidos. Parecía que con ello se subía un escalón más en la tensión pero, por el contrario, la iniciativa estadounidense sirvió, decían algunos, para que las autoridades mexicanas iniciaran «la caza de los bandidos que buscan refugio en la frontera», con el fin de acabar con el contencioso existente «entre Méjico y Washington»<sup>63</sup>.

---

<sup>60</sup> *Ibidem*, págs. 272-273.

<sup>61</sup> *El Noticiero Sevillano* del Viernes 27 de Julio de 1917.

<sup>62</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 23 de Agosto de 1919.

<sup>63</sup> *El Correo de Andalucía*, Sábado 23 de Agosto de 1919, y *El Liberal* de Sevilla, Domingo 24 de Agosto de 1919.



Consciente de que fuera de la república se desconocía realmente el motivo de sus disputas con los Estados Unidos, que propagaban internacionalmente su propia versión del asunto y presentaban una perspectiva del mandatario mexicano nada favorable, Carranza intentó contrarrestar los comunicados de la prensa y los políticos estadounidenses. El presidente mexicano siempre se había mostrado preocupado por la imagen de su país y de su régimen en Europa, como se deduce de las primeras misiones divulgativas que había enviado a aquel continente desde su sublevación contra Victoriano Huerta. Finalizada la guerra mundial reanudó su política de propaganda, enviando una embajada a París «con objeto de capturar las simpatías de Francia a favor de Méjico». Más tarde esa embajada iría «a Londres, con la esperanza de poder restablecer las relaciones diplomáticas entre Inglaterra y Méjico»<sup>64</sup>.

Del mismo modo, tras la crisis desatada por la nueva entrada de las tropas norteamericanas, y ante la visión sesgada que se tenía en Europa de lo que estaba ocurriendo realmente, decidió «enviar a España una misión diplomática, portadora de un documento relativo al conflicto entre Méjico y los Estados Unidos». Según las informaciones periodísticas, «los diplomáticos se dirigirán a las potencias, incluso a Portugal y a España», con el objeto de ofrecer su versión sobre la problemática a los gobiernos europeos<sup>65</sup>, en cuyos países seguían circulando, todavía, los rumores sobre su simpatía con Alemania<sup>66</sup>.

Sus esfuerzos en ese sentido se verían enturbiados, sin embargo, por el oscuro episodio del supuesto secuestro del cónsul norteamericano en Puebla, William O. Jenkins, que, como una prueba más de la pervivencia de la Revolución a través de la narrativa de que hablamos al principio, ha sido recreado recientemente por Sealtiel Alatríste en su novela *Conjura en la Arcadia*. En el mes de octubre de 1919 una supuesta banda revolucionaria —se habló de los zapatistas— secuestraba al cónsul. Los Estados Unidos exigieron a la administración carrancista, a la que consideraban responsable del suceso, que abonara el rescate que se pedía por él. Carranza, desde luego, no lo hizo y, al mismo tiempo, tampoco se mostró demasiado preocupado por el asunto.

Finalmente Jenkins apareció, sin que nadie pareciera saber cómo se había producido la liberación, en medio de serias sospechas sobre la veracidad de su retención. Según él, los secuestradores lo habían dejado marchar sólo después de que él pagara el dinero que demandaban. El asunto, ya de por sí extraño, no terminaría, además, ahí; a continuación Jenkins fue arrestado por las autoridades mexicanas, que lo acusaron de haber participado en su propio secuestro que, para ellas, formaría parte de una amplia conspiración destinada a desprestigiar al régimen carrancista en el exterior<sup>67</sup>.

---

<sup>64</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 13 de Junio de 1919.

<sup>65</sup> *Ibidem*, Domingo 31 de Agosto de 1919.

<sup>66</sup> Ver, por ejemplo, *El Correo de Andalucía* del Martes 26 de Agosto de 1919.

<sup>67</sup> CLINE, Howard F.: *The United States and Mexico*, Cambridge, Mass. Harvard University Press. 1967, págs. 190-191, y RICHMOND: *La lucha nacionalista de.....*, pág. 273.

Tal detención fue vista con sorpresa, decían los periódicos, por todo el mundo, y provocó una airada reacción en los Estados Unidos, donde se convocó una reunión urgente del gabinete Wilson. Las publicaciones sevillanas afirmaban desconocer las decisiones que se tomaron en ella; pero indicaban que, según todos los informes recibidos de aquel país, «los departamentos de guerra y marina están preparados para toda eventualidad». La demanda del gobierno estadounidense de que el cónsul fuera liberado de inmediato fue considerada por los mexicanos como «provocativa y peligrosa»; Jenkins, manifestaban sus dirigentes, estaba «preso por un asunto que está sometido al fallo de las autoridades judiciales» y, en consecuencia, la petición estadounidense fue denegada<sup>68</sup>.

La situación, ya de por sí complicada, se vería agravada por la reanudación de los incidentes con ciudadanos norteamericanos en la zona fronteriza. La prensa hispalense aseguraba que los Estados Unidos iban a exigir «al general Carranza, el castigo del asesino del súbdito americano Wallace», una de las víctimas de la violencia de las bandas rebeldes en el norte del país. Los norteamericanos, contaban los diarios de la capital andaluza, habían amenazado con romper las relaciones diplomáticas y dejar «de reconocer al gobierno de Carranza», si éste no daba a su país las «satisfacciones necesarias». Para colmo, algunas noticias llegadas a España, de cuya procedencia no informaban los rotativos, indicaban que los ataques sufridos por los norteamericanos en la frontera no siempre procedían de las bandas incontroladas de insurgentes, llegándose a afirmar, en este aspecto, que «varios soldados del ejército de Carranza» habían «matado a un soldado yanqui»<sup>69</sup>.

De acuerdo con estas mismas fuentes, ante tal estado de cosas el general Pershing había «recibido la orden de ir a la frontera mejicana», con el pretexto «de inspeccionar las tropas que hay allí»; todos pensaban, sin embargo, que la verdadera intención de Wilson era una nueva intervención en territorio mexicano. A los pocos días, sin embargo, nuevas informaciones señalaban que «los planes» del gobierno de Wilson habían sido aplazados por «la enfermedad» del presidente, que había obligado a paralizar cualquier represalia<sup>70</sup>. Otras noticias añadían, además, que aunque «los miembros republicanos de la comisión senatorial», a la vista de lo que consideraban simples atentados contra su país, habían pedido a Wilson «la urgente ruptura de relaciones con México», éste no parecía partidario de llegar a tales extremos<sup>71</sup>.

*El Liberal* de Sevilla decía sobre esta cuestión, que aunque algunos componentes de las Cámaras estadounidenses insistían en que se cortaran las relaciones diplomáticas, el «acuerdo del gobierno mejicano de poner en libertad al vicecónsul Jenkins a cambio de 200 dólares», había hecho bajar la tensión al-

<sup>68</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 28 de Noviembre y Martes 2 de Diciembre de 1919.

<sup>69</sup> *Ibidem*, Martes 2 de Diciembre de 1919.

<sup>70</sup> *Ibidem*.

<sup>71</sup> *El Correo de Andalucía*, Lunes 8 de Diciembre de 1919.

gunos grados; y que eso, unido a la enfermedad del presidente, había contribuido a impedir una reacción violenta inmediata<sup>72</sup>. En este caso, lo que transmitía la prensa se acercaba bastante a la realidad. En el Senado norteamericano se había presentado, efectivamente, una petición de ruptura con México, como paso previo a una guerra. Una delegación de dicha Cámara se entrevistó con Woodrow Wilson, a pesar de su enfermedad, intentando forzar al ejecutivo a una intervención armada. Pero la noticia de la liberación de Jenkins pesó más en el ánimo de aquél, que decidió demorar cualquier medida militar y optó por la negociación secreta que le estaba dando mejores resultados.

Como siempre, cuando la situación parecía haber llegado al límite, Carranza había cedido en parte. No sólo excarceló a Jenkins a pesar de su negativa inicial, sino que otorgó nuevos permisos de perforación a las empresas petrolíferas. A cambio, consiguió que los norteamericanos terminaran por reconocer su derecho a fijar una nueva política petrolera<sup>73</sup>.

## La ruptura sonorenses

Durante todo este tiempo se mantuvieron las rencillas entre los distintos grupos revolucionarios e, incluso, dentro del propio carrancismo, que se fueron agudizando a medida que cedía el peligro contrarrevolucionario y se acercaba el final de su presidencia. Por una parte, a lo largo de todo el periodo había existido un claro enfrentamiento entre civiles y militares constitucionalistas; mientras los primeros eran partidarios de frenar en lo posible la influencia del ejército y, en consecuencia, de establecer gobiernos civiles, los segundos no estaban dispuestos a ser apartados de un poder que se había ganado gracias a su lucha; además, la continuación de los enfrentamientos armados en amplias zonas de país hacía que siguieran siendo necesarios y contribuía a su fortalecimiento como grupo. Por otra, Carranza había encargado el gobierno de algunos estados a hombres en los que confiaba, soldados de Sonora y Coahuila que habían estado con él desde el principio, y que, con frecuencia, entraron en conflicto con los carrancistas locales<sup>74</sup> a los que uno de los motivos que los había llevado a incorporarse a la Revolución había sido, precisamente, el rechazo a los nombramientos de autoridades ajenas a sus demarcaciones.

Pese a esos descontentos, la elección de Carranza como presidente para el primer periodo constitucional no se había discutido prácticamente; era el jefe, el que los había llevado a la victoria y nadie podía competir con él. Pero al acercarse el final de su mandato la opción presidencial quedaba abierta; y esas rencillas, hasta entonces más o menos encubiertas, terminaron por estallar. El primero en postularse para el cambio que debía realizarse en

---

<sup>72</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 8 de Diciembre de 1919.

<sup>73</sup> CLINE: *The United States...*, págs. 191-192, y RICHMOND: *La lucha nacionalista de.....*, pág. 274.

<sup>74</sup> KNIGHT: *La Revolución Mexicana...*, Vol. II, págs.1007-1012.

1920 fue Álvaro Obregón. Nada más hacerlo, a mediados de 1919, consiguió un importante apoyo: el de las organizaciones de trabajadores; sin embargo le faltaría otro decisivo, el de Venustiano Carranza.

A pesar de las numerosas victorias militares que Obregón había conseguido para los constitucionalistas, que lo habían convertido en un héroe para una mayoría de éstos, Carranza decidió imponer un candidato diferente, Ignacio Bonillas, un civil, que entonces era embajador en los Estados Unidos. El porqué Carranza optó por no apoyar a uno de sus jefes más destacados tratando de imponer a un candidato prácticamente desconocido para la mayor parte del país es difícil de determinar. A juicio de sus enemigos, lo que perseguía era, simplemente, colocar a un sucesor débil que le permitiera seguir reteniendo el poder; para otros como el escritor español Vicente Blasco Ibáñez<sup>75</sup>, se trataría de algo más, de una política dirigida deliberadamente a acabar con el militarismo predominante en la vida mexicana que, a juicio del presidente, representaba un serio peligro para la estabilidad política y un obstáculo para avanzar en la modernización del país.

Aunque la pugna por la sucesión sería dura y no se limitaría al campo político, la prensa sevillana apenas se haría eco de ella; y cuando lo hizo, sus informaciones no fueron demasiado claras ni certeras. Las primeras noticias que ofreció a sus lectores, a finales de 1919, señalaban que «partidarios del general Obregón y los del general Carranza», habían «librado un sangriento combate en la ciudad de México»; y que a consecuencia de él, «el general Carranza está herido»<sup>76</sup>. Nada de ello era cierto; en aquellos momentos se habían producido serias discrepancias entre la élite revolucionaria de Sonora y Venustiano Carranza, pero no se había llegado aún al enfrentamiento armado; ni las autoridades de ese estado ni Álvaro Obregón se habían sublevado todavía contra el gobierno. Es cierto que para muchos observadores, como señalaron algunos periódicos españoles, la rebelión parecía inevitable ya en enero de 1920<sup>77</sup>. Pero también lo es que no llegaría a producirse realmente hasta abril de ese año y que Obregón se incorporaría más tarde.

Además de apoyar las aspiraciones presidenciales de Álvaro Obregón, las autoridades del estado de Sonora habían entrado en conflicto con el presidente por una serie de cuestiones de jurisdicción sobre el río del mismo nombre. Temiendo una insurrección, Carranza, con el pretexto de acabar con la guerra de los yaquis, envió un considerable contingente de tropas federales a aquel estado y cerró su frontera con los Estados Unidos. Estas medidas fueron vistas por la élite sonoreense como un claro intento del jefe del ejecutivo por dominar aquel territorio e imponer también allí su candidato a las elecciones presidenciales<sup>78</sup>.

---

<sup>75</sup> BLASCO IBÁÑEZ: *El militarismo mejicano*..., págs. 46-47 y 54.

<sup>76</sup> *El Liberal* de Sevilla, Martes 2 de Diciembre de 1919.

<sup>77</sup> ABC de Madrid, Martes 20 de Enero de 1920. Cit. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana*..., pág. 86.

<sup>78</sup> RICHMOND: *La lucha nacionalista*..., págs. 309-313.



El resultado de sus actuaciones fue que el gobernador, Adolfo de la Huerta, asumió poderes extraordinarios con el fin, según manifestaron los protagonistas del levantamiento, de defender la soberanía estatal frente a los abusos del ejecutivo. Con el apoyo de Plutarco Elías Calles, que renunció al cargo de secretario de Industria y Comercio que ocupaba en la administración de Carranza, el 23 de abril el gobernador de Sonora proclamaba el Plan de Agua Prieta, declarándose ya en franca rebelión. Por él, retiraba su reconocimiento al gabinete carrancista, al que acusaba no sólo de atentar contra la soberanía de su estado, sino de impedir la legítima candidatura de Álvaro Obregón a la presidencia de la república. La sublevación sonorensa se ponía así en marcha, en principio, aunque se utilizara su nombre, sin Obregón. Por aquellos mismos días el mandatario mexicano, que desde hacía tiempo venía acosando y encarcelando a destacados obregonistas, intentó hacer lo mismo con el propio líder. Utilizando unas supuestas cartas de éste que, según los argumentos de las autoridades, probaban que había tratado con los insurgentes, pretendió apresarle; pero el general logró escapar y, de inmediato, se sumó al Plan de Agua Prieta<sup>79</sup>.

Sobre la gestación de este movimiento escribiría un destacado intelectual español ya citado, Vicente Blasco Ibáñez<sup>80</sup>, y sus comentarios aparecerían publicados en un libro poco tiempo después. Pero en aquellos momentos los periódicos peninsulares no explicaban lo que realmente estaba sucediendo en Sonora; mucho menos acerca de el porqué del enfrentamiento. De hecho, desde que a comienzos de diciembre de 1919 los rotativos sevillanos dieran cuenta del supuesto combate que había tenido lugar en las cercanías de la capital que, como indicamos, resultó ser falso, no volvió a aparecer en ellos comentario alguno sobre la cuestión hasta que la rebelión se había ya declarado.

Cuando las noticias sobre ella comenzaron a llegar a España no lo hicieron directamente desde México; se trataba, sobre todo, de informes estadounidenses que se recibían a través de La Habana, que indicaban que el levantamiento sonorensa contra Carranza no sólo iba tomando cuerpo, sino que se iba extendiendo a otras zonas del país. Basándose en ellos, *El Liberal* de Sevilla contaba a sus lectores que «varios barcos con hombres, armas y municiones» habían «llegado a las costas de Yucatán, desembarcando el cargamento para avituallar a las tropas del general Alvarado, que se ha sumado al movimiento». Se aseguraba, además, «que otros catorce estados se han levantado también contra Carranza, imitando a los revolucionarios de Sonora»<sup>81</sup>.

En principio el gobierno mexicano quitó importancia al asunto, y así lo reflejaron en sus páginas los diarios sevillanos, recogiendo, junto a las noti-

---

<sup>79</sup> KRAUZE: *Biografía del poder...*, págs. 298-299, y RICHMOND: *La lucha nacionalista de...*, págs. 315-316.

<sup>80</sup> BLASCO IBÁÑEZ: *El militarismo mejicano...*, págs. 78-79.

<sup>81</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 16 de Abril de 1920.



cias anteriores, la versión oficial<sup>82</sup>. Pero, al mismo tiempo, continuaban ofreciendo también las informaciones que llegaban de Nueva York, en las que, desmintiendo las declaraciones gubernamentales mexicanas, se afirmaba que la situación de Venustiano Carranza era bastante precaria ante lo que se llegaba a calificar como «un intento de golpe de estado por parte de Obregón». Reafirmando esa impresión, se decía también que numerosos jefes militares, entre los que se citaba al «general Gómez, comandante de las fuerzas de San Luis de Potosí», se habían unido a la sublevación<sup>83</sup>.

Como en la época más violenta de la Revolución, de nuevo los rumores sobre lo que estaba pasando en México fueron constantes; y, con ellos, en las páginas de los diarios españoles se multiplicaban las noticias contradictorias. Sólo dos días después de la promulgación del Plan de Agua Prieta, por ejemplo, los periódicos sevillanos decían haber recibido «informes fidedignos» a través de La Habana, según los cuales «las tropas revolucionarias han sido vencidas por los leales en las inmediaciones de Tampico, después de un rudo combate que duró todo un día. En consecuencia de esa derrota, los jefes revolucionarios se han rendido». Al mismo tiempo, se hacían eco también de algunos de los desmentidos de la prensa mexicana sobre unos supuestos «informes yanquis» que atribuían a la rebelión un «carácter separatista»<sup>84</sup>.

Sin embargo, cinco días más tarde otras noticias procedentes de El Paso contaban que «los revolucionarios de Obregón» habían tomado Chihuahua y Morelos<sup>85</sup>, mientras algunos despachos llegados de México desmentían el supuesto triunfo de las tropas gubernamentales en Tampico y afirmaban, por el contrario, que los insurrectos avanzaban, que se habían «apoderado de la línea férrea entre México y Veracruz....., ganado una batalla en los arrabales de la capital» y ocupado Ciudad Juárez «sin resistencia». Además, señalaban esas nuevas noticias, «las fuerzas de la policía del estado de Puebla» se habían unido a los rebeldes<sup>86</sup>.

A partir de entonces las informaciones que se recibían en España irían en esa misma línea de destacar los triunfos de los sublevados, haciendo también mención al grave problema de las constantes deserciones que se producían en el campo carrancista y a las nuevas incorporaciones que, por el contrario, experimentaba el bando de los sublevados. Para confirmar el primer caso se citaba, por ejemplo, al «general Pablo González», que según los periódicos hispanos se encontraba en aquellos momentos «en las cercanías de Méjico, montando los regimientos federales.... [y] destruyendo las vías férreas y las de comunicaciones»<sup>87</sup>. Como muestra del segundo se hablaba del caudillo de Chi-

---

<sup>82</sup> *Ibidem*.

<sup>83</sup> *Ibidem*, Sábado 17 de Abril de 1917.

<sup>84</sup> *Ibidem*, Domingo 25 de Abril de 1920.

<sup>85</sup> *El Correo de Andalucía*, Viernes 30 de Abril de 1920.

<sup>86</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 5 de Mayo, de 1920.

<sup>87</sup> *Ibidem*, Viernes 7 de Mayo de 1920.

huahua, Francisco Villa, que se había incorporado a la lucha contra su viejo enemigo Venustiano Carranza, al mando de unos doscientos hombres<sup>88</sup>.

En medio de todas las noticias que se producían atropelladamente en aquellos días, la prensa de la capital andaluza se hizo eco también de un manifiesto de Venustiano Carranza que pretendía desmentir todo lo anterior. El todavía presidente mexicano declaraba en él, que, si bien era cierto que «parte del ejército federal montado por los generales Obregón y Gonzáles» se había sublevado contra el poder constituido, la mayor parte de las tropas permanecía fiel al gobierno que, «por lo tanto», contaba con «fuerzas suficientes para dominar totalmente a los rebeldes»<sup>89</sup>. No obstante esas declaraciones las publicaciones sevillanas, tal y como venían haciendo en los días anteriores, siguieron informando sobre los graves problemas que tenía el mandatario mexicano para mantenerse en el poder, enfrentado a una insurrección que parecía cada vez más fuerte. Como una prueba de ello, indicaban que los insurgentes habían formado ya un nuevo gobierno interino en Sonora, al frente del cual habían puesto como «presidente al general Adolfo de la Huerta, ministro de la guerra al general Calle [sic], y de hacienda al general Alvarado»<sup>90</sup>.

De todos modos, y aunque casi todas las noticias que se recibían en la península parecían indicar que el triunfo de los obregonistas era cosa hecha, las que reflejaban en los días posteriores los medios de comunicación seguirían siendo muy confusas. Así, *El Correo de Andalucía* hablaba de la entrada en México desde los Estados Unidos del «general Hill», al frente de numerosas «fuerzas rebeldes», y de los insistentes rumores que señalaban que «el presidente Carranza ha huido»<sup>91</sup>. *El Liberal* de Sevilla, por su parte, afirmaba que uno de los sublevados, que, según se contaba en sus páginas era ya el ministro de Hacienda del gobierno rebelde, «el general Alvarado», había declarado a la prensa que Venustiano Carranza había sido derrotado y que se marchaba prácticamente «solo a Veracruz»<sup>92</sup>, donde también se trasladaba su gobierno. Añadía Alvarado que seguían «uniéndose a los revolucionarios muchos generales», entre los que citaba a «César Castro», que «había puesto a disposición de Obregón las tropas que ocupaban la ciudad de Torreón», y que en aquellos momentos «las principales poblaciones» se encontraban ya «en poder de las tropas» de aquél. Pero, al mismo tiempo, el citado rotativo daba cuenta también, de que, al contrario de lo que reflejaban las anteriores noticias, el presidente mexicano había «logrado romper el frente revolucionario por diferentes puntos», mientras que el «general Aguilar», sin indicar si formaba parte del bando rebelde o permanecía fiel a Carranza, avanzaba hacia Veracruz<sup>93</sup>.

---

<sup>88</sup> *Ibidem*, Sábado 8 de Mayo de 1920.

<sup>89</sup> *Ibidem*.

<sup>90</sup> *Ibidem*, Viernes 7 de Mayo de 1920.

<sup>91</sup> *El Correo de Andalucía*, Domingo 9 de Mayo de 1920.

<sup>92</sup> *El Liberal* de Sevilla, Domingo 9 de Mayo de 1920.

<sup>93</sup> *Ibidem*, Jueves 13 de Mayo de 1920.

## CAPÍTULO VIII

### EL FIN DEL CARRANCISMO

#### El triunfo obregonista

Aunque toda la prensa española parecía estar convencida del triunfo de la rebelión sonorensa, se mostraba mucho más escéptica en cuanto a la viabilidad de la administración que pudiera surgir de ella y, por lo tanto, del futuro del movimiento. Según se decía en sus páginas, entre los sublevados existían fuertes rivalidades que dificultaban sus posibilidades de mantenerse en el poder. Basándose en algunas informaciones que les llegaban de México, los diarios sevillanos indicaban que aunque «los altos cargos» del gobierno provisional habían «sido provistos entre las personas que más se han distinguido en los trabajos revolucionarios», no sólo existían descontentos por determinados nombramientos sino que se había acentuado «la rivalidad entre los generales Obregón y González, por aspirar ambos a la presidencia de la república». Por otra parte, añadían, algunos personajes, como «Pancho Villa», se habían sumado a la sublevación y a la declaración de Agua Prieta con el único «objeto de satisfacer sus aspiraciones». Ante ese panorama eran muchos los que creían «que esta revolución victoriosa hará nacer una nueva guerra civil más sangrienta que la que está terminando»<sup>1</sup>.

De momento, sin embargo, las cosas parecían marchar bastante bien para los insurrectos. El 14 de mayo *El Liberal* de Sevilla afirmaba que la capital había sido tomada por Álvaro Obregón, nombrándose «comandante militar» al «general Treviño», y restableciéndose la tranquilidad. Las mismas fuentes indicaban también, que los servicios públicos funcionaban con total normalidad y que se estaba a la espera de la llegada del «general Huerta, presidente del estado de Sonora», que se dirigía hacia allí para ser «nombrado presidente de la república»<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> *El Liberal de Sevilla*, Jueves, 13 de Mayo de 1920.

<sup>2</sup> *Ibidem*, Viernes 14 de Mayo de 1920.

Eran muchas las noticias que se recibían sobre la situación mexicana por aquellos días, al menos si comparamos con las que llegaban en etapas anteriores; pero, como ya había ocurrido otras veces, los medios de comunicación tampoco tenían claro entonces quiénes formaban parte de la sublevación. Así *El Liberal* de Sevilla que, como vimos, el 17 de abril había hablado literalmente de «un intento de golpe de estado de Obregón», ignorando la trascendencia del levantamiento sonoreense, al dar cuenta más tarde de la ocupación de la capital por aquél, terminaba su información señalando que «se pensaba» que Álvaro Obregón se pondría «a las órdenes del general Huerta»<sup>3</sup>. Con ello daba a entender que su incorporación a la primitiva insurrección era bastante probable, pero no segura, como si se tratara de dos rebeliones separadas.

Como una muestra más de la confusión de los rotativos españoles, el mismo diario se hacía eco de unas declaraciones de Álvaro Obregón, en las que éste manifestaba que podía haber tomado la ciudad mucho antes, «pero que no quiso hacerlo, prefiriendo esperar a que dimitiese el general Carranza para evitar el derramamiento de sangre». Sin embargo, el periódico no sólo no confirmaba que tal dimisión se hubiera producido sino que, al día siguiente, señalaba que Carranza seguía resistiendo en San Marcos, cerca de Veracruz, y «dirigiendo personalmente las operaciones». Eso sí, añadía que su resistencia no había impedido que los revolucionarios extendieran «su dominio» y se apoderaran «de las cañoneras que permanecían fieles al gobierno de Carranza»<sup>4</sup>.

A pesar de lo equívoco de las noticias que se estaban transmitiendo, y de las dudas que algunas publicaciones planteaban sobre la viabilidad del gobierno salido de la sublevación, lo que sí parecían creer todas era que los insurgentes que, según contaban, recibían nuevas adhesiones prácticamente cada día, estaban al borde de la victoria. La única resistencia que quedaba sería dominada sin problemas, afirmaban, por «el general Salcedo», que perseguía entonces «los restos del ejército carrancista». La situación de Venustiano Carranza era tan delicada que, según las noticias que llegaban de México, sólo le quedaba ya abandonar, aprovechando «que el general Obregón» le había dado un salvoconducto para que pudiera «llegar a Veracruz y embarcar en este puerto»<sup>5</sup>.

De esta última información se deducía que los insurrectos querían evitar, en lo posible, un desenlace sangriento; y las que llegaron en los días siguientes parecían confirmar tal idea. Se decía que Carranza había sido «detenido en Rinconada» y que, al tener conocimiento de ello, Obregón había dado las órdenes oportunas para que el presidente pudiera «abandonar Mé-

---

<sup>3</sup> El texto, como es lógico, no hace referencia a Victoriano Huerta, sino a Adolfo de la Huerta. *El Liberal*, Sábado 17 de Abril y Viernes 14 de Mayo de 1920.

<sup>4</sup> *El Liberal*, Viernes 14 y Sábado 15 de Mayo de 1920.

<sup>5</sup> *Ibidem*, Jueves 13 de Mayo de 1920.

jico sin ser molestado». La realidad resultaría, sin embargo, muy diferente, ya que las supuestas órdenes de Obregón no servirían de mucho. Pocos días después de que los periódicos sevillanos hablaran de ellas, un despacho recibido desde Nueva York anunciaba que «Carranza, que se encontraba en su cuartel general cerca de Traxcales [sic], y otras diez personas de su séquito», habían «sido muertas»<sup>6</sup>. Como había ocurrido antes con el asesinato de Francisco Madero, también en esta ocasión se sucedieron las comunicaciones contradictorias y las justificaciones oficiales sobre las circunstancias del fallecimiento del mandatario.

La primera de ellas vendría del informe «que firma el general Herrera»<sup>7</sup>, en el que este militar afirmaba que había atacado «el campamento de Carranza logrando aprisionarle». De acuerdo con esta versión, «Carranza, viendo la imposibilidad de huir, se suicidó disparándose un tiro a la cabeza». En un intento por inclinar a la opinión pública a favor de esta tesis, los comunicados oficiales desmintieron con rapidez la muerte de las diez personas «que rodeaban al ex presidente», añadiendo que parecía comprobado que se había tratado de «un acto personal». No obstante, un sector de la prensa ponía en duda su veracidad ya que, según otras noticias que se recibían de México, «los resultados de la autopsia» indicaban que su cadáver tenía «una herida en el vientre y otra en el pecho», algo que, desde luego, resultaría difícil en un caso de suicidio<sup>8</sup>.

Con el recuerdo de lo sucedido tras la muerte de Madero, las nuevas autoridades se ocuparon de que Venustiano Carranza fuera enterrado en la capital con todos los honores, y con la asistencia de todo «el cuerpo diplomático» destacado en ella. Además, en su afán por desligarse del suceso, se comprometieron a llevar hasta el fin «las averiguaciones sobre el asesinato» que, afirmaban, proseguían con normalidad<sup>9</sup>. A pesar de la gravedad de lo ocurrido, en las publicaciones hispalenses no se volvió a hablar de la cuestión hasta casi un mes después, cuando se anunció la existencia de un proceso «contra el poeta Santos Chocano por su relación con la muerte del presidente Carranza»<sup>10</sup>; sin embargo, no se aclaraba, en absoluto, en qué consistía tal relación y tampoco se dio a conocer después el resultado del proceso. Ya sabemos, no obstante, que el tribunal que juzgó a los sospechosos terminaría poniéndolos en libertad; no se llegó a aceptar la hipótesis del suicidio, pero tampoco se ordenaron las pruebas necesarias para llegar a una conclusión fiable<sup>11</sup>, a pesar de las supuestas buenas intenciones de las autoridades por aclarar el suceso.

---

<sup>6</sup> *Ibidem*, Domingo 16 y Lunes 24 de Mayo de 1920.

<sup>7</sup> La prensa se refiere a Herrero, quien, aunque en teoría se abrió una investigación sobre su obvia responsabilidad en el asesinato, fue dejado libre por falta de pruebas. Ver sobre ello RICHMOND: *La lucha nacionalista de.....*, págs. 317-319.

<sup>8</sup> *El Liberal* de Sevilla, Jueves 27 de Mayo y Martes 1 de Junio de 1920.

<sup>9</sup> *Ibidem*, Martes 1 de Junio de 1920.

<sup>10</sup> *El Correo de Andalucía*, Sábado 26 de Junio de 1920.

<sup>11</sup> KRAUZE: *Biografía del poder....*, págs. 265-266.



La rebelión había triunfado; sólo quedaba por ver si con su victoria retornaría la estabilidad al país o si, como había anunciado un sector de la prensa española, el régimen nacido de ella resultaría inviable. No parecía fácil que el fraccionamiento del Estado ocasionado por la larga guerra pudiera terminar de la noche a la mañana; había persistido con Carranza y, en parte, continuaría con Obregón, en clara oposición a los intentos de ambos por crear un verdadero estado nacional. En principio, confirmando la designación hecha por los sublevados, las Cámaras nombraron presidente provisional al gobernador de Sonora, Adolfo de la Huerta, que debía regir los destinos del país hasta diciembre de aquel año, cuando sería sustituido por un mandatario electo<sup>12</sup>.

Aunque de la Huerta era el mandatario designado por el Parlamento, todos veían a Obregón como el verdadero triunfador de la revuelta y como el hombre fuerte, con lo que ese primer gobierno no despertó demasiado la atención de los periódicos peninsulares, salvo para comentar la supuesta mala salud del jefe del ejecutivo. Eran muchos los rumores que corrían sobre ella en la capital mexicana, y de ellos se harían eco los rotativos sevillanos antes, incluso, de que las Cámaras hicieran el nombramiento oficial. El 9 de junio, el día previo a que aquél tuviera lugar, los periódicos apenas hacían referencia al acontecimiento para extenderse, en cambio, hablando sobre la delicada salud del «general Huerta», que había obligado a los médicos a imponerle, decían, un «absoluto reposo, absteniéndose de intervenir en los asuntos de la gobernación de la república»<sup>13</sup>.

Esa supuesta «mala salud» no le impidió, sin embargo, ejercer con acierto sus funciones. En los seis meses que duró su interinato la principal tarea de la administración sería intentar la difícil conciliación de los distintos grupos que habían participado en la sublevación e, incluso, entre éstos y los carrancistas. Confirmando lo anunciado por los medios de comunicación españoles, las noticias que llegaban a la península indicaban que algunas de las bandas que habían tomado parte en aquélla, como la de Villa, seguían en la lucha<sup>14</sup>, al tiempo que surgían nuevas revueltas. Una de éstas sería la del «general Torres Osuna, jefe de la guarnición de Tamaulipas....», que se sublevó, según decían los diarios sevillanos, «por no estar de acuerdo con el general Obregón»<sup>15</sup>.

El gobierno de Adolfo de la Huerta no sólo logró, sin embargo, acabar con esta última, sino que consiguió que, por primera vez desde los inicios de la Revolución, los villistas dejaran las armas; con ello se apuntaría, quizás, el más importante tanto de su gestión. Lograr que Francisco Villa, a pesar de

---

<sup>12</sup> CASTRO MARTÍNEZ, Pedro: *Adolfo de la Huerta y la Revolución Mexicana*. Instituto Nacional de la Revolución Mexicana, México, 1992, pág. 46.

<sup>13</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 9 de Junio de 1920.

<sup>14</sup> *El Correo de Andalucía*, Sábado 26 de Junio de 1920.

<sup>15</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 2 de Julio de 1920.

su enemistad con el que todos consideraban que sería presidente casi de inmediato, Álvaro Obregón, se retirara de la lucha armada no sería fácil; pero lo conseguiría. A comienzos de julio de 1920, los periódicos españoles comunicaban a sus lectores que Villa había «firmado un armisticio parlamentado con el gobierno», por el que se había comprometido a cesar las hostilidades a cambio de «ciertas condiciones»<sup>16</sup>. Tales condiciones, que las publicaciones hispalenses parecían desconocer, incluían la incorporación a las tropas regulares de aquellos villistas que lo desearan<sup>17</sup>, ofreciendo así una salida a gente a la que, de otro modo, no le quedaba más opción que vivir del bandidaje.

Son muchos los autores que destacan la labor de Adolfo de la Huerta por este aspecto de «pacificador», a pesar del poco tiempo que ocupó la presidencia. Sin embargo, para la prensa de la capital andaluza fue una figura prácticamente ignorada, de la que apenas se hablaba si no era para especular sobre su enfermedad. De su lectura parecería que el verdadero jefe del ejecutivo durante toda esta etapa fue Álvaro Obregón aunque, tal y como se había estipulado desde el principio, no sería elegido hasta la celebración de los comicios que se celebraron en el mes de septiembre, y no tomaría posesión de su cargo hasta comienzos de diciembre. Para los periódicos españoles no parecía estar en discusión que la rebelión se había gestado, exclusivamente, para defender el derecho a la candidatura de Álvaro Obregón, sin que los supuestos derechos vulnerados en el estado de Sonora tuvieran nada que ver. Esto era así hasta tal punto, que algunos diarios peninsulares afirmaron, ya en el mes de agosto, que «todos los partidos políticos» se habían «puesto de acuerdo para elegir presidente de la república.... al general Obregón»<sup>18</sup>.

Esto no era totalmente cierto; pero al contar con el apoyo de los partidos Liberal Constitucionalista y Laborista, además de con el de las organizaciones obreras y el de los estudiantes, Obregón tenía asegurado a su favor el resultado de las elecciones. Las votaciones transcurrieron, según decían los medios informativos, «sin incidentes» dignos de mención y, aunque señalaban que el resultado oficial no se sabría hasta varias semanas después, aseguraban también que era obvio «que el general Obregón» resultaría «elegido por gran mayoría»<sup>19</sup>.

Una semana más tarde, conocido ya el escrutinio, esa «mayoría» se había convertido en un «gran triunfo» de Obregón que, según un cablegrama recibido en Bilbao y recogido, entre otros diarios, por *El Liberal* de Sevilla, había conseguido «el noventa y cinco por ciento de la votación total». Un mes después el cónsul de México en esta ciudad recibía un despacho de su

---

<sup>16</sup> *Ibidem*, Sábado 10 de Julio de 1920.

<sup>17</sup> CASTRO MARTÍNEZ: *Adolfo de la Huerta*....., págs. 50-51.

<sup>18</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 30 de Junio de 1920.

<sup>19</sup> *Ibidem*, Jueves 9 de Septiembre de 1920.

superior en España, remitiéndole un telegrama del «secretario particular del presidente» que, como sus colegas en otras ciudades, debía dar a conocer a la prensa por orden de su gobierno. En él se notificaba que la «Cámara de Diputados» de su país, a la vista del resultado de los comicios celebrados el mes anterior, había declarado «que el ciudadano Álvaro Obregón es presidente constitucional de los Estados Unidos Mejicanos, debiendo tomar posesión de su alto puesto el día primero de diciembre próximo»<sup>20</sup>.

La arrolladora victoria obregonista no impidió que todavía quedaran algunos pequeños núcleos insurgentes, entre ellos, según decían las publicaciones sevillanas, el encabezado por Félix Díaz. Los felicistas se negaban a reconocer al nuevo gabinete, y algunos diarios españoles afirmaban que su líder se había alzado en armas «en el estado de Veracruz.... al frente de sus partidarios». Después de eso, sin embargo, no volvieron a dar noticia alguna sobre la citada rebelión. Un mes más tarde, las oficinas consulares en las distintas ciudades españolas manifestaban a la prensa, que el gobierno de Adolfo de la Huerta, a punto de abandonar el poder, había logrado para entonces «pacificar de manera absoluta el territorio mexicano, iniciándose en todas partes el resurgimiento de los negocios y la confianza pública»<sup>21</sup>.

A ello parecían haber contribuido una serie de medidas puestas en marcha por el gobierno provisional, que podían indicar que en México se estaban produciendo algunos cambios en la forma tradicional de hacer política. En este sentido, la prensa sevillana daba a conocer un proyecto presentado a la Cámara por el presidente interino, que permitiría pedir responsabilidades al ejecutivo «del empleo ilegal que haga de los fondos nacionales», y que daba facultades al Congreso «para juzgar al presidente en el caso de que éste sea acusado». Como un ejemplo más de que con las nuevas autoridades la impunidad de ciertos políticos podía terminar, en el mes de octubre se reunía «el tribunal federal» para juzgar al ex gobernador de Tabasco, acusado del asesinato de tres diputados rivales<sup>22</sup>.

Las instituciones parecían imponerse en México y, con ellas, una cierta calma política; se abría un Parlamento totalmente renovado, que tendría que hacer frente a problemas de gran trascendencia, decían los periódicos, como «la Ley del banco, la legislación sobre el trabajo y el reglamento que regule la concesión de yacimientos petrolíferos»<sup>23</sup>. Es evidente que todas estas cuestiones resultarían secundarias si no se hubiera dado por terminada la lucha armada. Con ello, los diarios hispalenses iniciaron también una etapa de relativo silencio sobre los asuntos internos mexicanos, roto tan sólo por alguna información esporádica sobre determinados sucesos puntuales que, por sus peculiares características, despertaran la atención internacional.

---

<sup>20</sup> *Ibidem*, Miércoles 15 de Septiembre y Domingo 31 de Octubre de 1920.

<sup>21</sup> *Ibidem*, Miércoles 13 de Octubre y Viernes 5 de Noviembre de 1920.

<sup>22</sup> *Ibidem*, Jueves 30 de Septiembre y Viernes 29 de Octubre de 1920.

<sup>23</sup> *El Noticiero Sevillano*, Domingo 6 de Marzo de 1921.

Es lo que ocurrió cuando, en el mes de diciembre de ese año, se habló del supuesto asesinato de Villa. El 5 de diciembre algunos rotativos españoles comunicaban a sus lectores que «al salir de visitar al general Huertas [sic], ha sido asesinado Pancho Villa». Es difícil saber de qué fuente procedía esta noticia que, como sabemos, resultó ser falsa; pero fueron muchos los que pensaron que debía tratarse de una intoxicación destinada a desprestigiar a los nuevos gobernantes; lo que sí parece claro es que no se trataba de un rumor más de los muchos que sobre esta muerte se habían divulgado desde los inicios de la Revolución, ya que no sólo se hablaba del citado asesinato sino que se llegaba a dar el nombre del supuesto asesino, Juan Cobo; se afirmaba, además, que había sido «detenido» e «interrogado», ofreciéndose, incluso, detalles de su confesión<sup>24</sup>. Pero si fue un montaje preparado con tal fin no parece que lograra su objetivo.

Algunas otras informaciones que parecían indicar que los conflictos políticos no habían finalizado por completo, fueron recogidas también por la prensa sevillana en los primeros meses de 1921. Una de ellas hacía relación al levantamiento de las tropas que guarnecían San Luis Potosí, dirigidas por «Mugía», y que habían sido desarmadas sin demasiados problemas por las fuerzas leales al presidente<sup>25</sup>. Otras daban cuenta de «la preparación» de la que hubiera sido la tercera sublevación de Félix Díaz que, según decían los periódicos, había conseguido fugarse de Cuba donde se encontraba deportado, y pretendía entrar en México a través de Guatemala<sup>26</sup>. También informaron por aquellos días los medios de la capital andaluza, del estallido de «un movimiento revolucionario muy serio contra el general Obregón» en Durango, al frente del cual se encontraban «los hermanos Arrieta»<sup>27</sup>, así como de los supuestos triunfos del «cabecilla Adolfo Herrera», del que se decía estaba ganando «territorio en Coahuila»<sup>28</sup>.

En ocasiones las comunicaciones periodísticas hablaban de conspiraciones frustradas, como cuando informaron del «fusilamiento....., después de un juicio sumarísimo por el tribunal marcial», del «general Víctor Lazcano y el capitán Calzado, los cuales.... tramaban un complot contra el gobierno, habiendo confesado que tenían preparadas bombas para enviarlas a los miembros del gobierno en paquetes postales»<sup>29</sup>. Los diarios sevillanos reflejaban también en sus páginas otros incidentes menores pero que, por el objetivo que perseguían, hacían pensar a un sector de la prensa en radicalismos peligrosos. Es el caso de las explosiones de dos artefactos colocados en el palacio arzobispal y en una joyería cercana al mismo, cuya autoría se atribuyó a «elementos co-

---

<sup>24</sup> *El Liberal* de Sevilla, Domingo 5 de Diciembre de 1920.

<sup>25</sup> *El Correo de Andalucía*, Martes 18 de Enero de 1921.

<sup>26</sup> *El Noticiero Sevillano*, Martes 25 de Enero de 1921.

<sup>27</sup> *El Correo de Andalucía* del Viernes 21 de Enero de 1921.

<sup>28</sup> *El Liberal* de Sevilla, Lunes 7 de Febrero de 1921.

<sup>29</sup> *Ibidem*, Sábado 9 de Abril de 1921.



munistas, contra los cuales» había pronunciado «un sermón unos días antes el arzobispo»; esas explosiones fueron calificadas por la mayor parte de los rotativos peninsulares como «atentados bolchevistas»<sup>30</sup>.

Pero se trataba ya de notas breves y aisladas que, además de escasas, apenas eran destacadas en las publicaciones hispalenses. La sensación que se transmite de su lectura es que a lo largo de 1921 se estaba produciendo una vuelta, al menos relativa, a la normalidad. De hecho, aunque en el segundo semestre de aquel año aparecieron en ciertos periódicos, especialmente en los más conservadores, unas cuantas notas sobre algún que otro «complot» o «conjura», en muchos casos los mismos que las publicaban terminaban por quitarles importancia. *El Correo de Andalucía* llegó a decir sobre todo esto, que las especulaciones que surgían en ese sentido eran, posiblemente, exageradas, «por los elementos extranjeros interesados en aumentar los hechos» con el único fin de sembrar una intranquilidad que no existía<sup>31</sup>, y justificar así posibles reacciones.

### La «normalización» en el ámbito internacional

La sublevación contra Carranza llevaría de nuevo a las páginas de la prensa española la problemática de las relaciones de los gobiernos revolucionarios con los norteamericanos y, en general, con los inversores extranjeros. La sombra de los Estados Unidos seguía planeando sobre la política mexicana, complicando aún más la situación de su presidente. Nada más iniciarse la rebelión sonorenses, el gabinete de Washington ordenó, según decían los medios de comunicación, «que varios contratorpederos» marcharan «a Veracruz y Tampico para proteger la vida de los soldados yanquis recogiendo a bordo, así como a cuantos extranjeros estuvieran en peligro». Los diarios sevillanos contaban también que, ante la gravedad de la situación en México, con una nueva revuelta de consecuencias impredecibles, la administración estadounidense había dispuesto, además, «que un acorazado yanqui se marche a aguas de Méjico», al tiempo que «mil doscientos fusileros» partían también hacia aquel país, probablemente «para efectuar un desembarco»<sup>32</sup>.

Su representante en México se manifestó, al parecer, en contra de estas medidas, aconsejando la retirada de «la escuadra en evitación de incidentes»<sup>33</sup> con el gobierno de Carranza que, en definitiva, era un mandatario al que habían reconocido oficialmente. Pero su opinión no fue tenida en cuenta a pesar de que, efectivamente, se trataba de un ejecutivo con el que se

---

<sup>30</sup> *El Noticiero Sevillano* y *El Liberal* de Sevilla del Miércoles 9 de Febrero de 1921.

<sup>31</sup> *El Correo de Andalucía* del Sábado 2 de Julio de 1921.

<sup>32</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 5 y Jueves 13 de Mayo de 1920.

<sup>33</sup> *Ibidem*, Viernes 14 de Mayo de 1920.



mantenían relaciones. La actuación de los Estados Unidos en este caso, como en tantos otros, poco tenía que ver con la legalidad internacional y no fue demasiado limpia. Pensando, probablemente, que los sublevados podían moderar lo que consideraba excesivo nacionalismo de la política carrancista, el gabinete Wilson no sólo no se mostró demasiado contrariado por lo que estaba ocurriendo sino que, según contaban algunos rotativos españoles, daba la impresión de que apoyaba la insurrección.

Fuera o no así, su posición en aquellos momentos no resultaba nada clara para muchos; casi todos los informes que llegaban desde aquel país venían a reiterar que el gobierno formado por los rebeldes se iba consolidando, apostando claramente por su triunfo, al tiempo que señalaban que la administración norteamericana no estaba preocupada, en absoluto, por semejante desenlace. A pesar de la confusión reinante, *El Liberal* de Sevilla decía sobre esta última cuestión que «en los centros oficiales yanquis» se aseguraba, «que el ministerio de Estado no tendría escrúpulos en negociar con el general Obregón si se comprobaba» la derrota de Carranza<sup>34</sup>.

Como aquél, en definitiva, y por muy justificados que pudieran estar los motivos que lo llevaron a él, protagonizaba un levantamiento contra unas autoridades legales y reconocidas internacionalmente, muchos observadores se plantearon dudas razonables sobre la posibilidad de que los insurgentes se hubiesen puesto en contacto con el gobierno norteamericano, para tranquilizarlo en cuanto al futuro de los capitales extranjeros. En esta línea, la prensa de la capital andaluza recogía algunas informaciones que parecían indicar que la relación de aquéllos con los empresarios podía ser diferente a la que mantenía Carranza. Antes, incluso, de la muerte de éste y en medio de la confusión de la lucha, algunos diarios españoles daban cuenta de que «el presidente interino» había «invitado a los súbditos extranjeros» a que depositaran «sus fondos en los bancos mejicanos»<sup>35</sup>. Paralelamente indicaban que los «jefes revolucionarios», aunque no especificaban quiénes, habían convocado una reunión con «los directores de las diversas compañías concesionarias de los yacimientos de petróleo, para pedirles, en nombre del gobierno provisional, un anticipo de 500.000 libras esterlinas para hacer frente a la situación»<sup>36</sup>. Los medios de comunicación hispalense no confirmaron si se había llevado a cabo o no algún acuerdo; pero para todos era evidente que si pretendían obtener el apoyo financiero de los petroleros debía ser a cambio de algo.

No obstante esos supuestos tratos, los Estados Unidos no llegaron a reconocer al gobierno interino de Adolfo de la Huerta y, al principio, tampoco lo harían con el de Obregón, que no sería aceptado oficialmente como presidente legítimo de México hasta mucho más tarde, ya durante la adminis-

---

<sup>34</sup> *Ibidem*, Jueves 13 de Mayo de 1920.

<sup>35</sup> *Ibidem*, Viernes 7 de Mayo de 1920.

<sup>36</sup> *Ibidem*, Domingo 16 de Mayo de 1920.

tración de Warren G. Harding. Lo cierto es que, como en la etapa carrancista, los asuntos económicos seguirían produciendo importantes enfrentamientos. Las condiciones que imponían los norteamericanos para acceder al reconocimiento del nuevo ejecutivo, entre ellas la anulación de lo que consideraban legislación «confiscatoria» de Carranza, parecían inaceptables para las autoridades mexicanas por mucho que buscaran la alianza con sus vecinos<sup>37</sup>. A pesar de ello las relaciones entre ambos países mejoraron tanto con el triunfo de los sublevados, que algunos periódicos llegaron a dar por hecho el reconocimiento mucho antes de que realmente tuviera lugar<sup>38</sup>.

La situación económica que, tanto Adolfo de la Huerta durante su interinato como Obregón después, encontraron al hacerse cargo del país, los obligó a ceder en algunos de los puntos exigidos por el gobierno estadounidense y que Carranza había considerado siempre innegociables. En este aspecto, con el primero de ellos en la presidencia, la prensa española daba cuenta de que el entonces secretario de Hacienda, «el general Alvarado», negociaba «un empréstito en los Estados Unidos de ochenta millones de libras, ofreciendo a los banqueros americanos condiciones análogas a las concedidas por el ex presidente Porfirio Díaz en un empréstito semejante»<sup>39</sup>. Se trataba, en definitiva, de un paso atrás en la política nacionalista que había pretendido llevar adelante Venustiano Carranza.

Al ser elegido presidente, en medio de una grave crisis financiera, Álvaro Obregón tendría que seguir la misma línea que su antecesor y contemporalizar con el capital estadounidense. A comienzos de enero de 1921, los rotativos sevillanos ponían al corriente a sus lectores de los rumores que corrían por la capital mexicana acerca de la posibilidad de declarar una demora en el pago de la deuda. Los periódicos destacaban, además, que la «gravísima» crisis había llevado a «numerosos establecimientos bancarios» a cerrar sus puertas ante el peligro de quedarse sin efectivo, «pues el público retiró de ellos los fondos depositados»<sup>40</sup>. Unos días después los temores del «público» se verían confirmados, cuando «la entidad bancaria París Méjico Bank» suspendió pagos<sup>41</sup>.

Ante tal panorama, el nuevo mandatario comenzó por ordenar la devolución de las instituciones de crédito incautadas en el periodo carrancista, aunque la falta de fondos para hacer frente a las compensaciones que éstas exigían postergaría la resolución de este tema<sup>42</sup>. Un segundo paso fue la pre-

---

<sup>37</sup> CASTRO MARTÍNEZ: *Adolfo de la Huerta.....*, pág. 61.

<sup>38</sup> Ver, por ejemplo *El Correo de Andalucía* del Sábado 26 de Junio de 1920, en el que se afirmaba, categóricamente, que «los Estados Unidos han reconocido al presidente de la república mexicana», aunque no parecía tener muy claro quién era aquél, ya que mencionaba como tal al «general Herrera».

<sup>39</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 28 de Agosto de 1920.

<sup>40</sup> *El Noticiero Sevillano*, Domingo 1 de Enero de 1921.

<sup>41</sup> *El Correo de Andalucía*, Viernes 6 de Enero de 1921.

<sup>42</sup> MANERO: «Iniciación de la reforma....», págs. 228-230.

sentación de una propuesta para elevar los impuestos que gravaban la exportación de petróleo; pero la protesta del gobierno norteamericano no se hizo esperar, y Obregón se mostró dispuesto a estudiar el asunto más despacio<sup>43</sup>. La cuestión no era nada fácil por la actitud casi de «insurrección» de los empresarios; a pesar de ello comenzaron a negociar, y en el mes de septiembre la prensa española decía que se había llegado «a una avenencia» entre «el presidente de la república y las empresas petrolíferas», que permitiría reanudar en breve plazo «la explotación de los pozos de petróleo»<sup>44</sup>.

Consciente de la necesidad de que el país contara con inversores extranjeros para salir de la crisis, Obregón recurrió a las campañas de propaganda destinadas a tranquilizar a aquéllos y a sus gobiernos. El método, que como ya vimos había sido empleado también por Carranza, tendría, al menos en parte, sus frutos. Todavía no había transcurrido un año desde su toma de posesión como presidente, cuando la Sociedad de Naciones invitaba al gabinete de Obregón a participar en la «conferencia de comunicaciones y tránsito que debe celebrarse en Barcelona»<sup>45</sup>, aunque no hubiera sido reconocido todavía por los Estados Unidos. Esta invitación representaba, en definitiva, que el régimen obregonista comenzaba a ser aceptado en los foros internacionales.

Dentro de la misma estrategia, en mayo de 1921 el gobierno enviaba a sus legaciones en los distintos países una extensa nota, que podría considerarse como una declaración de los principios que, al menos en teoría, iban a regir su gestión. Algunos de los puntos incluidos en ella iban dirigidos, expresamente, a tranquilizar a los capitales extranjeros, utilizando como argumento la política seguida por la administración en los meses que llevaba al frente de los destinos mexicanos. Además de exponer los pasos dados para la restitución de propiedades confiscadas por las autoridades revolucionarias, o para el pago de las indemnizaciones correspondientes en el caso de que la devolución no fuera posible, se señalaba en ella que desde la caída de Carranza en México se había tratado a los «hombres de negocios» con «una franca hospitalidad...., dándoles toda clase de facilidades para el desarrollo de sus empresas».

Como muestra de su manifiesta buena voluntad en este aspecto, se decía también que se había llegado ya a un acuerdo «con las instituciones bancarias por todo el monto que se les adeudaba, aproximadamente 155 millones de pesos, en una forma que ha dejado.... a salvo el buen nombre y el crédito del gobierno»; el citado acuerdo, se afirmaba, podía servir de ejemplo para negociar un arreglo parecido con los acreedores extranjeros. Se anunciaba también la reglamentación del polémico artículo 27 de la Constitución «en lo concerniente al petróleo...., procurando que sus dictados no contengan un aspecto confiscatorio ni se les de interpretación retrospectiva». Se intentaba, en fin, como terminaba diciendo la propia nota, de «inspirar

---

<sup>43</sup> *El Correo de Andalucía*, Viernes 28 de Enero de 1921.

<sup>44</sup> *Ibidem*, Miércoles 14 de Septiembre de 1921.

<sup>45</sup> *El Liberal* de Sevilla, Jueves 10 de Marzo de 1921.

confianza a todos» los que tuvieran «negocios establecidos en el país y a quienes en el futuro» desearan «tenerlos, haciendo una invitación cordial a los ciudadanos de otros países que deseen venir a Méjico, donde encontrarán toda clase de facilidades...»<sup>46</sup>

Se trataba, también, de tranquilizar a los acreedores. Uno de los más serios problemas que afectaban a las relaciones internacionales de México era el de la deuda externa, cuyo abono se había suspendido en la etapa huertista a causa de la violencia revolucionaria. Consciente de que el impago no sólo dificultaba la política exterior —de hecho era uno de los principales obstáculos alegados por los Estados Unidos para demorar el reconocimiento del nuevo gobierno—, la administración de Álvaro Obregón comenzó a negociar con los banqueros internacionales la reanudación de la liquidación del servicio de aquélla. Habían pasado diez años desde que se declaró la suspensión de pagos, cuando el nuevo ejecutivo se mostró dispuesto a reconocer toda la deuda, incluida la que había quedado pendiente de la etapa pre revolucionaria; a cambio, pretendía conseguir una reducción en los servicios de la misma, y negociar los plazos de manera que se evitara, en lo posible, sacrificar más «el bienestar del pueblo mexicano»<sup>47</sup>.

Las negociaciones con tales premisas no podían ser fáciles; pero la oferta obregonista era la única garantía que tenían los acreedores de poder cobrar algún día. Finalmente, en el mes de junio de 1922, con cesiones por ambos bandos, se llegó, efectivamente, a un acuerdo, tanto sobre el monto total de lo que se debía como sobre la forma de saldarlo. No obstante México no siempre podría cumplir el pacto; en él se contemplaba la creación de un fondo de 30 millones de dólares, procedentes de los impuestos sobre el petróleo, para hacer frente a los plazos. Pero el descenso en la producción en los años siguientes impidió su formación, y en junio de 1924 se llegaba a una nueva suspensión de pagos<sup>48</sup>.

Sobre los otros problemas pendientes, las indemnizaciones por los daños ocasionados a los ciudadanos norteamericanos durante la larga guerra y la cuestión del petróleo, se tardaría bastante más en llegar a un arreglo. En 1921 se hacía cargo de la presidencia de los Estados Unidos Warren G. Harding que, desde el principio, intentó poner fin a los obstáculos que entorpecían las relaciones con México. Para ello propuso a sus vecinos la firma de un tratado de «amistad y comercio» por el que, a cambio del reconocimiento estadounidense al gobierno de Álvaro Obregón, los mexicanos debían garantizar los derechos adquiridos por sus ciudadanos antes de la Constitución de 1917.

---

<sup>46</sup> *Ibidem*, Miércoles 18 de Mayo de 1921.

<sup>47</sup> MARICHAL, Carlos: «Deuda Externa y Política en México, 1946-2000», en *Auditoria Cidadã da Dívida Pública*, Unafisco Sindical (página web). Sin números de páginas.

<sup>48</sup> Para conocer los detalles de ese acuerdo, ver SÁENZ: *La Política Internacional...*, págs. 26-38. Sobre los problemas para el pago de la deuda, ver MARICHAL, C: «Deuda Externa y....» Sin n.º de página.



Sin embargo, Obregón no estaba tan interesado entonces en el reconocimiento como para ceder en un aspecto que vendría a vulnerar el propio espíritu de la Carta Magna, especialmente cuando lo que se le prometía a cambio era algo para lo que se consideraba legitimado por su elección en las urnas; en consecuencia, rechazó la oferta. Además, declaró a la prensa que era partidario de que todos «los extranjeros» fueran considerados iguales ante las leyes mexicanas, y de no de favorecer a nadie con tratos especiales; por otra parte, decía, «la simpatía y adhesión al gobierno norteamericano» la demostraría México «con actos, y no con tratados comerciales que casi siempre son formulismos»<sup>49</sup>. Uno de estos «actos» sería la aceptación, por parte de su ejecutivo, de la creación de comisiones de reclamación conjuntas con los gobiernos que tuvieran ciudadanos afectados por la Revolución. La medida, puesta en marcha en 1922, fue un paso importante para avanzar hacia la normalización entre ambos países; pero no fue suficiente para lograr el reconocimiento estadounidense.

Sólo cuando su empeño por imponer como sucesor a Plutarco Elías Calles lo alejó de un sector importante de la población, ocasionándole serios problemas en el interior, el presidente pareció preocuparse más por obtener el beneplácito de los Estados Unidos. Ante el temor de que éstos pudieran apoyar a los posibles aspirantes a la presidencia, especialmente a Adolfo de la Huerta, aceptó iniciar conversaciones con la administración norteamericana sobre las cuestiones pendientes entre ellos; eso sí, manteniendo las formas en cuanto a su «independencia». Con esta idea, les propuso la creación de dos comisiones negociadoras. La primera, debía atender las reclamaciones por los daños ocasionados a ciudadanos norteamericanos durante la guerra; con su participación en ella, Washington vendría a reconocer, de hecho, aunque fuera indirectamente, la legitimidad del gobierno mexicano. Salvado así el «honor» del gabinete de Obregón, podría reunirse una segunda comisión en la que, de igual a igual, los delegados de los dos países intentarían solucionar el resto de los problemas existentes entre ambos<sup>50</sup>.

El resultado de estas conversaciones fue la firma de los acuerdos de Bucareli, considerados por algunos como el triunfo del nacionalismo mexicano y por otros como una verdadera traición a la Revolución. Tal y como informaban algunos periódicos españoles, la aprobación de Obregón por parte de los Estados Unidos, estuvo condicionada al compromiso de éste de no aplicar la retroactividad a la legislación sobre el petróleo<sup>51</sup> y, en consecuencia, a la cesión de principios que antes había considerado inaceptables.

---

<sup>49</sup> *El Correo de Andalucía*, Jueves 10 de Febrero de 1921.

<sup>50</sup> ÁLVAREZ FUENTES: *De cara al.....* págs. 15-16, y ALESSIO ROBLES: *Historia política de...*, págs. 273-276.

<sup>51</sup> Ver sobre ello el editorial «Méjico y los Estados Unidos», publicado en *El Sol* de Madrid el Viernes 6 de Julio de 1923. Cit. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana....*, págs. 290-291.



El contencioso petrolero no se solucionaba definitivamente; los Estados Unidos estaban en contra de toda la nueva legislación al respecto, aunque ésta ya no tuviera, como habían sostenido hasta entonces, carácter «confiscatorio». Pero a raíz de la firma del tratado se inició una etapa de convivencia que sería beneficiosa para las dos administraciones; tanto el sector petrolero como el resto de los negocios norteamericanos en México, tendrían relativa tranquilidad y cierta seguridad jurídica para seguir adelante; al mismo tiempo, la comisión que examinaría las reclamaciones de sus conciudadanos afectados por la Revolución se ponía en marcha. A cambio de estas concesiones Obregón conseguía, por su parte, no sólo alejar el peligro de una posible intervención de sus vecinos sino, según decía un sector de la prensa peninsular, un importante aliado que lo apoyaría cuando se produjera el levantamiento de Adolfo de la Huerta<sup>52</sup> en contra de su intento de imponer, como había pretendido Carranza, a su sucesor.

No por ello, sin embargo, iban a terminar las advertencias de algunos intelectuales españoles sobre la amenaza de una nueva invasión; por el contrario, ese peligro sería utilizado durante mucho tiempo para justificar un reforzamiento de la política del gobierno de Madrid respecto a los países del antiguo imperio, buscando una imaginaria unidad hispanoamericana que pudiera hacer frente al imperialismo norteamericano.

## La relaciones con España: el fin de las tensiones

En cuanto a España, desde el momento en que se produjo el reconocimiento oficial del gobierno carrancista, no sólo habían mejorado considerablemente las relaciones diplomáticas entre los dos estados, sino también las de los españoles residentes en México con el gobierno constitucionalista. Aunque algunas de las medidas tomadas por éste nada más alcanzar al poder y, sobre todo, las reformas socioeconómicas que llegarían después, afectarían de lleno a una parte importante de la comunidad española, el compromiso de su máximo dirigente de hacer frente a los daños sufridos por los extranjeros a causa de la Revolución, ayudó a mantener las tensiones dentro de unos límites razonables.

Ya en mayo de 1913, siendo todavía «Primer Jefe» del ejército insurgente, Venustiano Carranza, deseando conseguir apoyos en el exterior, había reconocido la obligación del Estado de indemnizar a mexicanos y extranjeros por las pérdidas ocasionadas por la lucha revolucionaria. En 1917, ya presidente electo, y dando por terminada la etapa bélica, confirmó y amplió ese decreto, con otro en el que se ordenaba el establecimiento de una «Comisión, dependiente de la Secretaría de Hacienda, que conocerá de las reclamaciones por daños su-

---

<sup>52</sup> Ver *El Debate* de Madrid del Domingo 21 de Octubre de 1927, Cit. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana...*, pág. 290.

fridos en las personas o en la propiedad, a consecuencia de los movimientos revolucionarios ocurridos en la república de 1910 a 1917»<sup>53</sup>.

De acuerdo con esas directrices, en mayo de 1917 un acuerdo «de la Secretaría de Justicia de dicho país», transmitido por el cónsul de España en la capital mexicana al ministerio de Estado, establecía «la necesidad de protocolización de los poderes otorgados por extranjeros», así como de su presentación en los respectivos consulados<sup>54</sup>, para poder llevar a cabo las reclamaciones oportunas. Las negociaciones no serían fáciles y las compensaciones tardarían en llegar bastante más de lo que hubieran deseado los afectados; pero el compromiso del gobierno mexicano de llevar adelante la cuestión y la evidencia de que, a pesar de la permanencia de algunas bandas rebeldes descontroladas, el país parecía irse pacificando, hicieron que las relaciones entre España y México cambiaran sustancialmente; y, paralelamente, fue variando también la visión que la prensa española ofrecía a sus lectores sobre el proceso revolucionario.

Desde finales de 1915, coincidiendo con el reconocimiento de las autoridades carrancistas por parte de la administración española, los periódicos sevillanos dejaron de hablar de los ataques que sufrían sus compatriotas por parte de las bandas villistas, aunque éstas continuaran todavía actuando en el norte, o de la «caótica situación» mexicana. Desde entonces, y sobre todo a partir de 1917, se inclinaron más por recoger en sus páginas aquellas noticias que hablaban de las derrotas sufridas por Villa a manos de las tropas constitucionalistas, en unas ocasiones reales y en otras falsas, y sobre el hecho, en este caso cierto, de que a pesar de que el caudillo de Chihuahua siguiera actuando, sus «secuaces» no ocupaban «ninguna ciudad en territorio mejicano»<sup>55</sup>.

Una muestra del cambio de actitud de las publicaciones hispalenses lo tenemos, por ejemplo, en *El Liberal* de Sevilla del 17 de noviembre de 1917. Ese día, con motivo del asalto de una partida rebelde a «un poblado», cuyo nombre no se especificaba, el citado rotativo terminaba su narración con un breve comentario sobre el hecho de que durante el ataque, «una familia española» había sido «salvajemente asesinada»<sup>56</sup>. Ni ese día ni en los siguientes se hacía otra mención al asunto. Tanto si se trataba de una noticia real como de un simple rumor, un par de años antes una información de semejantes características hubiera ido acompañada de toda una serie de comentarios sobre la «barbarie» de los revolucionarios o acerca de la «persecución» a los españoles. Pero en 1917 ya no se destacaban esas cuestiones, ni en los periódicos sevillanos ni en los de otras muchas ciudades peninsulares.

Es más, en lo que podría parecer un intento de ocultar cualquier motivo de fricción entre ambos países, los medios de comunicación ni siquiera se

---

<sup>53</sup> SÁENZ: *La Política Internacional...*, págs. 175-176.

<sup>54</sup> *El Noticiero Sevillano*, Jueves 24 de Mayo de 1917.

<sup>55</sup> *El Liberal* de Sevilla, Jueves 18 de Enero de 1917.

<sup>56</sup> *Ibidem*, Sábado 17 de Noviembre de 1917.

hicieron eco de la aprobación de la Constitución de 1917, a pesar de que algunos de sus artículos iban a afectar considerablemente a las propiedades de los extranjeros. Sí lo hicieron, en cambio, de la formación de un gobierno «civil» presidido por Carranza<sup>57</sup>, transmitiendo con ello a sus lectores la idea de que la pacificación avanzaba y de que la situación se encontraba más o menos normalizada; y también de que, en definitiva, aunque no hubieran desaparecido por completo las tensiones derivadas de las reclamaciones de los residentes españoles, México volvía a ser un país fiable para la inversión.

Como una prueba más de la transformación que se estaba produciendo en un amplio sector de la prensa peninsular a la hora de enjuiciar los sucesos de aquella república, *El Noticiero Sevillano* reflejaba en sus páginas y, en cierto modo asumía, un editorial aparecido en el diario mexicano *El Pueblo* a comienzos de 1917 que, en principio, estaba muy alejado de sus posiciones ideológicas. En él, su autor, el director de la publicación, explicaba, «con una gran claridad» a juicio de los editorialistas de *El Noticiero*, «las causas de la Revolución Mejicana». Afirmaba que la insurrección iniciada con el levantamiento de Francisco Madero, «que ha ensangrentado y cubierto de luto la república», podría haberse evitado «si el autómatas que gobernaba ésta hubiera aflojado un poco, sólo un poco, la cuerda con que tenía sujetas las libertades públicas..... Si la oligarquía científica, en su afán de medro, hubiera cedido un poco, nada más que un poco, de sus pingües utilidades en favor de las clases menesterosas...»; y si hubieran cesado «los oprobiosos privilegios y las concesiones ruinosas, que estaban entregando la patria en manos del extranjero, que sólo venía en busca de mercados donde enriquecerse y adquirir influencia y poder...».

El editorialista justificaba también la «revolución constitucionalista», como «una segunda etapa de la acaudillada por el señor Madero» tras el asesinato de éste, así como la necesidad «de poner poderes omnímodos en la mano vigorosa del primer jefe del ejército constitucionalista» si se quería «llegar al triunfo....., a reserva de que éste, llegado el tiempo, devolviera al pueblo sus poderes, asegurando, por medio del restablecimiento del régimen constitucional, el ejercicio de la soberanía nacional negado por el autócrata».

Para terminar, el autor afirmaba que Carranza había cumplido con su misión, como lo ponía en evidencia «la inauguración del Congreso Constituyente», que aseguraría «para el pueblo mejicano el ejercicio de la libertad y la democracia, y el cumplimiento de los ideales por los que había luchado la revolución», que daba por terminada en aquellos momentos; con su triunfo surgiría, según él, «la república libre y soberana», que daría «al mundo el saludable ejemplo de como sabe un pueblo reconquistar sus instituciones, y como con el trabajo y el ejercicio de la soberanía, se eleva la nación mejicana a la altura de las más cultas y felices de la tierra»<sup>58</sup>.

---

<sup>57</sup> *Ibidem*, Sábado 9 de Junio de 1917.

<sup>58</sup> *El Noticiero Sevillano*, Martes 13 de Febrero de 1917.

Al margen de la demagogia y el excesivo optimismo sobre el futuro mexicano que reflejaba el texto, el hecho de que fuera reproducido casi en su totalidad por un diario conservador como *El Noticiero Sevillano*, que, además, aceptaba como válidos los argumentos que se esgrimían en él para justificar el levantamiento y, por lo tanto, la propia Revolución, resulta bastante significativo a la hora de valorar la idea que en aquellos momentos se podía tener en España de lo que había sucedido y estaba sucediendo en aquel país.

Similar actitud se observaba ya en gran parte de la prensa española; poco después de la aparición del anterior artículo, *El Correo de Asturias* publicaba un editorial animando a los inversores españoles a volver a México. «Si consideramos que Méjico es una prolongación del suelo español», decía este periódico, «que son dos pueblos afines entrelazados por sentimientos y afectos familiares, que en Méjico se habla más correctamente el castellano que en muchas regiones de España y, por último, mejor mil veces que en todo el resto del continente americano, debemos sentirnos altamente orgullosos y satisfechos de conocernos mutuamente, de ensanchar más y más nuestras relaciones comerciales y de pensamiento. Para ello es indispensable que los hombres de buena voluntad, de espíritu emprendedor y progresista, se preocupen de estudiar la vitalidad económica de Méjico, que, sin duda alguna, será el país del porvenir halagüeño para la inversión de capitales y el establecimiento de grandes industrias»<sup>59</sup>.

En cuanto al trato que se daba a los españoles, *El Liberal* de Sevilla recogía un mes más tarde una carta del poeta Salvador Rueda, desmintiendo la supuesta «hostilidad» mexicana contra los peninsulares de que tanto se había hablado en algunos medios de comunicación españoles. En esa carta, redactada a la vuelta de un viaje a México, el poeta describía a un amigo las «sublimas» emociones «de los teatros atestados de gente, las de los banquetes patrióticos...., las de las muchedumbres de estudiantes y las de todas las sociedades gritando «Viva España, viva nuestra madre, viva la que nos dio el idioma.....»; el poeta conminaba, además, a su amigo, a leer «la prensa toda de Méjico durante los meses de febrero y marzo» de aquel año de 1917, para comprobar los verdaderos sentimientos mexicanos por España y los españoles.

Tras informarle de la extraordinaria acogida que había tenido en su viaje, tanto por parte de las autoridades políticas y académicas como por la de los estudiantes, el autor se mostraba indignado por la «injusticia» que se cometía «con aquella nación, ultrajándola» y esparciendo sobre ella toda clase de mentiras, que creaban una serie de prejuicios sobre su comportamiento hostil con los extranjeros que distaba mucho de la realidad. En contra de esos prejuicios, la misiva terminaba señalando que era cierto que en México, tal y como se decía, se mataba; pero que era «de cariño. Sépalo toda Es-

---

<sup>59</sup> SUÁREZ DÍAZ, M.: «Nuevas relaciones comerciales entre España y Méjico», en *El Correo de Asturias*, Oviedo, Mayo de 1917. Cit. por ILLADES: «Los propietarios españoles...», págs.179-180.



paña; sépalo todo el mundo. Vayan pobres, ricos, artistas, mecánicos, agricultores; allí se esperan gentes de todo el mundo; y no se esperan en son de lucha ni de desamor; se esperan con los brazos abiertos. No existe un país más rico, ni más fecundo ni más hospitalario. Eso vi y eso han hecho conmigo....»<sup>60</sup>.

Incluso un diario tan conservador como *El Correo de Andalucía*, en un editorial en el que abogaba por la intensificación de las relaciones con los países surgidos del antiguo imperio colonial que tituló «España y América», reconocía que «hasta en Méjico cesó la hostilidad que había contra los españoles por parte de los bandos insurrectos»; se culpaba de tal hostilidad a las «maniobras yankis», y se aconsejaba una aproximación a aquel país que cristalizara «en tratados especiales». Un año más tarde, en un artículo sobre la emigración española a lo largo de 1918, el mismo rotativo hacía notar que, mientras que un 46 por ciento de los emigrantes españoles retornados de América lo habían hecho de Argentina y un 43 por ciento de Cuba, solo «un uno por ciento» venían de México<sup>61</sup>, lo que vendría a confirmar que la situación de sus compatriotas allí no era tan mala como algunos habían pretendido hacer creer.

Como una prueba más de que la normalidad en las relaciones entre los dos países volvía, aunque lo hiciera lentamente, el 28 de febrero de 1920 el nuevo ministro de negocios españoles en México presentaba ante Carranza sus cartas credenciales, sin que este hecho mereciera mayor espacio en la prensa española que la breve nota que, normalmente, se dedicaba a ese tipo de informaciones<sup>62</sup>. Un sector de ella seguiría, no obstante, condenando durante mucho tiempo la política de los constitucionalistas, a los que acusaba de «acosar» a los españoles. En algunos medios se continuaría hablando de los «despojos injustos» sufridos por sus conciudadanos y de la necesidad de una «enérgica» acción por parte del gobierno español para evitarlos, especialmente cuando, en la década de 1920, el desarrollo de las leyes agrarias derivadas de la Constitución pusiera en peligro las propiedades de los extranjeros. Eso era lo que, según decían, estaban haciendo otros gobiernos cuyos ciudadanos se hallaban en situaciones parecidas<sup>63</sup>. Pero eran ya casos aislados frente a una mayoría de periódicos que optaron por la «convivencia» pacífica y las relaciones normales con la república mexicana.

Ni siquiera la caída de Carranza modificó sustancialmente la política de entendimiento con aquel país que, desde su llegada al poder, habían preconizado la mayoría de las publicaciones peninsulares. Consciente, como lo

<sup>60</sup> *El Liberal* de Sevilla, Domingo 3 de Junio de 1917.

<sup>61</sup> *El Correo de Andalucía*, Sábado 3 de Agosto de 1918 y Jueves 18 de Septiembre de 1919.

<sup>62</sup> *Ibidem*, Domingo 29 de Febrero de 1920.

<sup>63</sup> *El Debate* de Madrid, Domingo 10 de Marzo de 1918 y Domingo 16 y Lunes 17 de Abril de 1922. Ver también el *ABC* de la misma ciudad del Martes 28 de Noviembre de ese último año. Cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana....*, págs. 85 y 158-159.



había sido su antecesor, de la importancia del reconocimiento internacional y, sobre todo, queriendo evitar una repulsa como la sufrida por Huerta tras el asesinato de Madero por parte de determinados países, ya antes de su elección como presidente Álvaro Obregón desplegó una intensa labor diplomática desligándose de la muerte de su antecesor, aunque intentando justificar, al mismo tiempo, la rebelión contra él.

Dentro de esta campaña, el Consulado General de México en España, ubicado en Barcelona, recibió «un cablegrama» de Obregón en ese sentido, que no tardó en comunicar a los periodistas. En él, el veterano político señalaba que la sublevación se había producido porque la actuación de Venustiano Carranza había dado lugar a «una situación insostenible, pretendiendo imponer como futuro presidente al ingeniero Bonillas por medio de la fuerza bruta». Como algunos estados, entre ellos el de Sonora, se habían negado a acatar sus designios, el presidente, «tras una serie de atentados, ordenó la invasión de ese territorio con un grueso ejército al mando del general Diéguez, para deponer a las autoridades constitucionales y someter la voluntad popular, que unánimemente repudiaba la candidatura». Con ello, se decía en el escrito que se ofreció a los periódicos, Carranza «exacerbó el ánimo nacional, y el pueblo y el ejército, en 20 días, derrocaron el régimen pasado sin demasiada sangre....» Intentando dar una imagen de tranquilidad y normalidad sobre lo que ocurría en el país, el comunicado indicaba que, «lograda la unificación revolucionaria, la república entera se encuentra en situación normal, y hay absoluta confianza tanto en el exterior como en el interior. Las vías de comunicación están expeditas y los trenes corren en toda la república sin escolta y con regularidad»; para terminar se decía, que el Congreso nombraría un presidente interino para que se ocupara del gobierno hasta la celebración de las elecciones<sup>64</sup>.

La realidad fue que, al margen de que el discurso justificativo de Obregón tuviera o no éxito, la rebelión que lo llevó al poder no fue demasiado mal recibida ni siquiera en ese sector de la prensa más reacio a la Revolución, entre otras cosas, porque, ya fuera para evitar el aislamiento internacional, ya por el temor a nuevas intervenciones extranjeras, o por simple convicción, las nuevas autoridades mantuvieron, en lo posible, los compromisos internacionales. Las relaciones bilaterales entre México y España no sólo no se vieron alteradas por el cambio de administración, sino que cuando en el mes de septiembre de 1920 Álvaro Obregón fue elegido presidente, algunos diarios, como *El Liberal* de Sevilla, lo presentaron a sus lectores como un «hispanófilo»<sup>65</sup> con el que las relaciones no podían sino mejorar.

Otros, como el *ABC* de Madrid, fueron más críticos con la sublevación, en cuyo origen veían la larga mano de la administración estadounidense decidida a acabar con la política excesivamente nacionalista que, para ella, encarnaba Carranza. Pero una vez que aquélla triunfó, no vacilarían en alabar

---

<sup>64</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado 29 de Mayo de 1920.

<sup>65</sup> *Ibidem*, Miércoles 15 de Septiembre de 1920.

ciertas facetas de la política de sus dirigentes, como lo que llamaron deseo pacificador «de De la Huerta y Obregón». Tras la elección de este último como presidente, no dudaron tampoco en acogerlo con esperanza, pensando que con un gobierno fuerte, como se suponía que tenía que ser necesariamente el encabezado por el victorioso militar, se iría acabando con el estado de anarquía que, según ellos, existía todavía en México, y sufrirían menos los negocios españoles en aquel país<sup>66</sup>.

Como una muestra de que, aunque no estuvieran exentas de problemas, como los relativos a las reclamaciones de propiedades confiscadas o las reparaciones por los daños sufridos por los residentes españoles, las relaciones transcurrían con relativa fluidez, nada más celebrarse las elecciones presidenciales, el «embajador extraordinario» de México en Madrid llegó a visitar Sevilla, «con el propósito de solicitar del Comité de la Exposición Hispano-Americana la concesión de terrenos para las instalaciones de la república de Méjico»<sup>67</sup>. Poco después la prensa peninsular aseguraba, que el gabinete de Madrid reconocería «en breve» al gobierno «recientemente» constituido en México, mientras éste invitaba a la representación española en la capital a asistir a la toma de posesión de Álvaro Obregón<sup>68</sup>; paralelamente las publicaciones españolas acogían con total normalidad la noticia de la llegada a la península de «Miguel Alexio» [sic], el nuevo ministro mexicano en España<sup>69</sup>.

Al año siguiente, con Obregón en la presidencia, el gobierno mexicano inició negociaciones con aquellos países que tenían súbditos con derecho a presentar algún tipo de reclamación, con el fin de poner en marcha las comisiones mixtas que debían dilucidarlas. En el caso español la comisión no se constituyó hasta 1925; y ante el cuantioso número de solicitudes que recibió, más de mil, prolongó su actividad más allá de 1930<sup>70</sup>. Pero el simple hecho de que se anunciara su formación bastó para que la prensa española en general, y muchos intelectuales, comenzaran a observar los sucesos mexicanos, incluido el propio proceso revolucionario, con bastante más benevolencia de lo que algunos de ellos lo habían hecho en la etapa carrancista.

Su visión, por supuesto, no fue unánime. Vicente Blasco Ibáñez, por ejemplo, escribía que el estado de la economía del país era deplorable tras la caída de Carranza; y aunque centraba sus críticas en la gestión de éste, las extendía también a su sucesor, culpando, en general, al proceso insurgente de semejante situación. Para él, diez años después de la caída del porfiriato, «los gobiernos revolucionarios» no habían «hecho nada nuevo materialmente». En

---

<sup>66</sup> Ver, por ejemplo, el *ABC* de Madrid del Miércoles 16 de Septiembre de 1920. Cit. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana...*, págs. 87-88.

<sup>67</sup> *El Liberal* de Sevilla, Martes 21 de Septiembre de 1920.

<sup>68</sup> *Ibidem*, Jueves 11 y Domingo 21 de Noviembre de 1920.

<sup>69</sup> *El Correo de Andalucía*, Viernes 5 de Agosto de 1921. Se trataba, en realidad, de Miguel Alessio Robles, frecuentemente citado en este libro como autor.

<sup>70</sup> SÁENZ: *La Política Internacional...*, pág. 84, e ILLADES: «Los propietarios españoles...», pág. 180.

sus propias palabras «todo lo que hoy existe existía ya bajo el gobierno de Díaz; pero ahora está más viejo, casi arruinado, como un edificio que se desmorona falto de alguien que lo cuide y recomponga los desperfectos que causan los años..... De los antiguos ferrocarriles sólo quedan las vías. El gobierno de Carranza se apoderó de ellas sin pagar nada a las empresas propietarias, y ha venido explotándolos varios años, embolsándose el dinero, sin renovar el material. Quedan unos cuantos centenares de vagones viejísimos y unas cuantas locomotoras remendadas y asmáticas, que sirven, unas veces, para conducir viajeros que no tengan prisa y, otras, para que los insurrectos puedan entretener su habilidad portentosa de dinamiteros de trenes. Los vagones pullman son del dominio de la chinche, y la electricidad, rebelde a funcionar, es sustituida con frecuencia por la luz de un par de bujías.

Muchas de las estaciones son una simple casilla de madera que está al lado de unas ruinas negras: la antigua estación incendiada hace algunos años por los revolucionarios. Un poco más allá hay docenas de esqueletos de vagones con los hierros hollinados y retorcidos, como si aún se estremeciesen recordando la explosión que los mató.

Los puertos tienen cada vez menos tráfico, y en ciudades que fueron prósperas, como Veracruz, los cargadores esperan tomando el sol y con los brazos cruzados. Esta tierra mejicana, una de las más feraces del planeta, ya que puede dar hasta tres cosechas por año, apenas si da para el mantenimiento del país. La agricultura, en vez de crecer, ha retrocedido. El ganadero deja de serlo, pues no quiere criar reses para que las vendan o las coman los revolucionarios. El cultivador se ve abandonado de pronto por sus jornaleros. Éstos creen que es mejor que labrar el suelo tomar una carabina e irse unas veces con Villa, otras con Carranza y ahora con Obregón.

Las únicas industrias exportadoras de este país son las minas, que se trabajan poco, el henequén, producto del suelo de Yucatán, y los pozos de petróleo de Tampico. Como éstas son las únicas riquezas existentes, cargan la mano sobre ellas los gobernantes. Especialmente los petroleros, en su mayoría americanos, han venido pagando a Carranza en concepto de varios impuestos el cuarenta por ciento de su producción diaria. Cierta general, lugarteniente de Obregón, reconoce en un escrito suyo que el impuesto que pagan los petroleros es formidable. Si dejaran de pagarlo por un trimestre, el gobierno de Méjico no podría seguir viviendo económicamente, pues este es el único ingreso con que cuenta, sano y positivo.....»<sup>71</sup>.

Pero para entonces eran pocos en España los que parecían compartir tales opiniones, que merecieron, incluso, la edición de una obra dirigida a refutarlas<sup>72</sup>. A pesar de que fue precisamente durante el mandato de Obregón

---

<sup>71</sup> BLASCO IBÁÑEZ: *El Militarismo...*, págs. 152-155.

<sup>72</sup> ROSAS Y REYES, Román: *Las imposturas de Vicente Blasco Ibáñez: verdades sobre México, refutación política de la obra intitulada «El militarismo mexicano»*. Librería Sintet, Barcelona, 1922.

cuando comenzó a aplicarse, realmente, el artículo 27 de la Constitución que tanto afectaba a los intereses extranjeros, y del apoyo que dio el nuevo presidente a la clase obrera, como muy bien señalaban algunos periodistas españoles, ni siquiera desde las páginas de la prensa conservadora se atacó en exceso a su régimen. Publicaciones tan críticas con el carrancismo como *El Debate* o el *ABC* de Madrid, aunque no variaran su posición respecto a las reformas legislativas de la Revolución, comenzaban a advertir a sus lectores sobre la necesidad de acoger con ciertas reservas algunas de las informaciones que llegaban acerca del supuesto desorden que existía en México. Había que tener especial cuidado con ellas, decían, especialmente si procedían de las agencias norteamericanas, poco fiables, a su juicio, por la multitud de intereses que sus conciudadanos tenían en aquel país. Estos diarios hablaban también de una paulatina vuelta a la normalidad en el campo de la economía, especialmente por lo que se refería al comercio exterior y a la producción de petróleo, entrando ya en sintonía con el resto de los medios de comunicación españoles; en aquellos momentos todos parecían querer tranquilizar a sus lectores sobre la situación mexicana<sup>73</sup>.

En consonancia con la campaña llevada a cabo por la administración de aquel país para hacer ver dentro y fuera de él que su régimen era estable, algunos rotativos sevillanos llegaron a recoger íntegramente en sus páginas, un escrito dado a conocer por el cónsul mexicano en Sevilla, Alfonso Rodríguez, y que se había recibido en todas las legaciones en el extranjero. Ese texto, que ya hemos citado con anterioridad a la hora de hablar de los esfuerzos del gobierno por tranquilizar a los inversores, contenía una especie de declaración de principios de la nueva administración que, al publicarse en la prensa, debió llegar, lógicamente, a sectores más amplios de la población de lo que podían haberlo hecho las notas negativas de Blasco Ibáñez. Hay que tener en cuenta que aunque estas últimas aparecieron originalmente como artículos periodísticos, lo habían hecho en los Estados Unidos, mientras que su edición en España se hizo sólo como libro y, por lo tanto, con una circulación mucho más restringida.

El motivo de este escrito, en definitiva propaganda, quedaba claro en el mismo comunicado que se dio a la publicidad, y que comenzaba diciendo que «la actual administración del gobierno de Méjico cree llegado el caso de hacer poner por medio de sus representaciones en el exterior, que siguiendo su inquebrantable propósito de conquistar su prestigio legítimo entre las demás naciones del mundo, prosigue una línea de conducta que se apega en absoluto a los preceptos de la moral y del derecho, y ha iniciado esta política con una serie de hechos desarrollados en los pocos meses que lleva establecida y que no interrumpirán hasta llenar el doble fin que se proponen...».

---

<sup>73</sup> ARAQUISTAIN: *La Revolución Mejicana*..., págs.133-135. Ver también *El Socialista* de Madrid del Miércoles 30 de Agosto de 1922, así como *El Debate* del Jueves 29 de Diciembre de 1921. Cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana*..., págs. 90-91 y 141.



Esos principios, que el citado texto enumeraba detalladamente, serían los siguientes:

«Primero: El establecimiento de un gobierno satisfaciendo los justos anhelos populares y siendo una legítima representación de todas las clases sociales, ha tenido como consecuencia la pacificación del país, sin usar ningún medio violento para realizarla.

Segundo: Ha emprendido una ruda campaña de moralización administrativa, que ha traído como consecuencia que en unos cuatro meses las fuentes de ingresos sean, no solamente suficientes para cubrir íntegramente el presupuesto de gastos, sino que empieza a haber ya excedentes.

Tercero: Un absoluto apego a los dictados de la ley, impartiendo toda clase de garantías a las vidas e intereses de nacionales y extranjeros.

Cuarto: Una franca hospitalidad para los hombres de negocios que han venido con el objeto de hacer grandes inversiones en nuestro país, dándoles toda clase de facilidades para el desarrollo de sus empresas.

Quinto: Ha iniciado un periodo de sesiones extraordinarias en las cámaras legislativas, durante el cual se discutirán y promulgarán las principales reformas de carácter legal, entre las que figuran la reglamentación del artículo 27 en lo concerniente a petróleo, cuya reglamentación partirá, sin duda, de un amplio espíritu de equidad, procurando que sus dictados no contengan un aspecto confiscatorio ni sé las dé interpretación retrospectiva;

Sexto: Se ha dictado ya un decreto que amplía el plazo fijado para recibir las reclamaciones por daños causados durante la revolución, y está por promulgarse la ley que deberá reglamentarlas, creándose una comisión cuyo imparcial arbitraje sea la mayor garantía para el gobierno y los reclamantes;

Séptimo: Está terminándose ya la devolución de todas las fincas que habían sido intervenidas por gobiernos anteriores, y han sido devueltas empresas tan importantes como el ferrocarril mejicano;

Octavo: A fin de expeditar la administración de justicia en el país, el gobierno ha iniciado y está por terminar, una serie de proyectos que reforman la legislación mejicana, sin otro objeto que el de impartir justicia por los procedimientos más prácticos, satisfaciendo así un anhelo nacional;

Noveno: Del mismo modo se enviará en breve al Congreso de la Unión un proyecto de ley para dar mayores garantías a nacionales y extranjeros contra los atentados de quienes, a título de rebeldes, cometen, como se cometieron en tiempos pasados, atropellos a sus vidas y propiedades;

Décimo: Se ha celebrado ya un arreglo con las instituciones bancarias por todo el monto que se les adeudaba, aproximadamente ciento cincuenta y cinco millones de pesos, en una forma que ha dejado absolutamente satisfechas a dichas instituciones y a salvo el buen nombre y crédito del gobierno, levantándose la (incautación) que había decretado el gobierno, devolviendo dichos bancos a sus propietarios y respectivos consejos de administración;

Undécimo: Se ha pasado una invitación a todos los acreedores de nuestra deuda exterior, para que nombren, desde luego, representaciones y entren



en arreglos con el gobierno por todos sus débitos, sobre la base de que el gobierno no usara de ningún subterfugio ni evasiva, y sí basando sus arreglos en un amplio espíritu de equidad como el que hasta la fecha ha servido de norma para todos sus actos, hasta dejarlos completamente satisfechos.»

Después de asegurar de nuevo que las normas que regularían la exportación de petróleo no tendrían carácter retroactivo, el escrito afirmaba que todo lo realizado por el ejecutivo en el escaso tiempo que llevaba al frente de los destinos de la república debía «inspirar confianza a todos los que tengan negocios establecidos en el país, y a quienes en el futuro desean tenerlos». Se hacía, además, «una invitación cordial a los ciudadanos de otros países que deseen venir a Méjico, donde encontrarán toda clase de facilidades, desde el más humilde que busca un pedazo de tierra para cultivar y formar su patrimonio, hasta el hombre de negocios y empresa que quiera venir a hacer grandes inversiones, pudiendo tener la absoluta seguridad de que disfrutarán de todas las prerrogativas que marcan nuestras leyes, y de espíritu amplísimo de hospitalidad, cual siempre ha caracterizado el pueblo mejicano, cuando se trata de hombres amantes del trabajo, sumisos a la moral y a nuestras leyes»<sup>74</sup>.

Es dudoso que este comunicado lograra su propósito entre los posibles inversores, como se pretendía; pero parece que sí lo hizo, al menos en parte, entre los medios informativos. Ciertos periódicos peninsulares no sólo reflejaron en sus páginas los «logros» que figuraban en él, sino que destacaron la tarea emprendida por los nuevos gobernantes en otros campos, especialmente en el de la educación. Elogiaban sin reservas sus campañas de alfabetización o la creación de escuelas, resaltando la labor de José de Vasconcelos en ese ministerio con el gobierno de Álvaro Obregón. *El Sol* de Madrid, por ejemplo, en un artículo titulado «Enseñanzas de la enseñanza en Méjico», alababa la amplia campaña de alfabetización iniciada, considerándola como el único medio de incorporar al Estado a una serie de sectores marginados; una lección que, sin duda, como afirmaban algunos, debería aprender España<sup>75</sup>.

En definitiva, la prensa más conservadora siguió recelando durante bastante tiempo de muchos de los principios representados por la Revolución, cuya posible propagación a la sociedad española temían. Pero la mayor parte de ella terminaría por aceptar, de mejor o peor grado, el régimen derivado de ese movimiento, sin que la llegada de Obregón al poder, aunque se hubiera llevado a cabo de forma violenta, representara un obstáculo para ello ni para que se siguiera avanzando en la normalización de las relaciones entre México y España ya iniciada en la etapa carrancista.

---

<sup>74</sup> *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 18 de Mayo de 1921.

<sup>75</sup> Ver, por ejemplo, el artículo de Marcelino Domingo aparecido en *El Socialista* de Madrid del Miércoles 5 de Abril de 1922 o el del Miércoles 3 de Octubre de 1923, así como la *Revista España* de la misma ciudad, n.º 394 del Sábado 3 de Noviembre del mismo año. Cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana*..., págs. 195-197.

## CONCLUSIONES

Lo expuesto en estas páginas no es sino una confirmación de que, como ya afirmamos al principio, el valor de la prensa como fuente para el estudio de la historia es siempre relativo. Pero también es una muestra de que, al contrario de lo que ocurre en otros casos, en la problemática que tratamos este hecho no se debe, en general, a que sus juicios sobre la Revolución estuvieran determinados por la ideología política de cada publicación, aunque ésta se dejara sentir en ocasiones tanto en la forma de presentar las noticias como en la importancia que se daba a una determinada por encima de otras.

De hecho, el planteamiento inicial de este trabajo partía de la hipótesis de que la ideología sería un condicionamiento esencial en la imagen que se daba del proceso. En consecuencia, la idea primitiva era presentar los sucesos mexicanos tal y como los ofrecieron a sus lectores varios periódicos de la capital andaluza, para observar las diferencias entre ellos a la hora de tratar los mismos hechos. Los desacuerdos que pensábamos encontrar hubieran puesto de manifiesto las distintas opiniones que el movimiento despertó en los diversos sectores ideológicos de la sociedad sevillana, representado, cada uno de ellos, por uno o dos rotativos determinados. Pero al poco tiempo tuvimos que desistir de este intento ya que, aunque la concepción política de cada uno de ellos se dejó sentir, de vez en cuando, a la hora de hablar de lo que estaba sucediendo en México, no lo hizo de manera que influyera decisivamente en la forma en que trasladaron a la población la mayor parte de los acontecimientos.

A comienzos del siglo xx los medios de comunicación españoles evolucionaban, como también se ha dicho, desde el antiguo periodismo de partido a otro más imparcial, al menos en teoría, que, en palabras de uno de sus representantes, necesitaba «de la información para conquistar lectores»<sup>1</sup>. Siguiendo, en parte, esta máxima, los diarios hispalenses no ofrecieron a su público una visión de aquel proceso que estuviera determinada por cuestio-

---

<sup>1</sup> *El Liberal* de Sevilla, Sábado, 18 de Junio de 1904. Cit. por RUIZ ACOSTA: *Hispanoamérica en la Prensa...*, pág. 17.

nes partidistas propiamente dichas. Éstas tuvieron, desde luego, su influencia en los datos y comentarios que transmitieron de aquél, pero siempre dentro de unos límites razonables.

Es cierto que en la Sevilla de la época existían una decena de rotativos, claro ejemplo de la pervivencia de una prensa doctrinal decimonónica, que a la hora de enjuiciar la problemática nos podrían dar puntos de vista diferentes en muchos aspectos de la misma, como afirma Almudena Delgado que sucedía con la prensa madrileña<sup>2</sup>. Pero también debemos señalar que en esta época estaban en franca decadencia y que sus tiradas eran casi simbólicas. Sólo *El Liberal*, *El Noticiero Sevillano* y *El Correo de Andalucía*, como indicamos en la introducción, contaban con los medios necesarios para ofrecer en sus páginas noticias más o menos contrastadas sobre los sucesos mexicanos y con el número de lectores suficiente como para poder crear, con sus artículos y editoriales, distintas corrientes de opinión. Pero la realidad es que no llegaron a hacerlo.

Para empezar, los diarios «de información» no prestaron siempre la atención que merecería un proceso de la trascendencia de la Revolución Mexicana; aunque se ocuparon, desde luego, de dar a conocer algunas de sus facetas, no lo hicieron con la intensidad que, en principio, podría pensarse. Si esto fue consecuencia de la falta de interés de sus lectores, que estuvieran más preocupados por la agitada vida política de su propio país —algo lógico, por otra parte— o por el primer conflicto mundial que les resultaba más próximo o si, por el contrario, fueron ellos con su escasa cobertura los que no supieron despertar el interés del público, es difícil de determinar. Sea por una u otra causa, lo cierto es que entre 1910 y 1920 los periódicos hispalenses no se mostraron demasiado comprometidos con la cuestión.

Por otra parte, cuando hablaban de los asuntos mexicanos no parecían, tampoco, tener un criterio claro sobre lo que la insurrección significaba, algo que no debe sorprendernos cuando todavía hoy, como vimos, se mantiene la discusión acerca de su naturaleza y carácter. En consecuencia, apenas encontramos artículos de opinión sobre la Revolución en sí misma que puedan indicarnos la actitud de los distintos medios de comunicación ante los problemas que atravesaba México. El resultado fue que casi todos ofrecieron, en cierto modo, un panorama similar del proceso. Alguno dio señales de tener mayor preocupación que otro por él, y sus noticias al respecto fueron más extensas y numerosas; pero, en general, todos siguieron líneas parecidas. A pesar de sus diferentes concepciones políticas, sociales y religiosas, estos tres diarios coincidieron, prácticamente, y con todas las excepciones que se quiera subrayar, en sus apreciaciones sobre la Revolución, por lo que difícilmente se puede considerar a la prensa de Sevilla como creadora de corrientes de opinión sobre aquélla; si alguna influencia tuvo en este sentido, fue, desde luego, mínima.

---

<sup>2</sup> Ver DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana.....*, págs. 20-25.

Dada la escasez de editoriales sobre el movimiento que aparecieron en sus páginas, su papel quedó prácticamente limitado a la forma en que se presentaban los hechos o a la insistencia que se hacía en cada uno de ellos. Así, tras la caída de Venustiano Carranza, fueron *El Correo de Andalucía* y *El Noticiero Sevillano* los que concedieron más espacio a las supuestas «conspiraciones» contra Obregón o a los «atentados bolchevistas», mientras que *El Liberal*, citando, desde luego, esos incidentes, transmitía una mayor sensación de tranquilidad. Sólo un par de aspectos muy concretos del proceso revolucionario, y los dos, podría decirse, colaterales al mismo, parecen condicionar sus informaciones: la suerte de los españoles residentes en aquella república y la intervención norteamericana en el conflicto.

En el primer caso, las noticias y opiniones y, en consecuencia, la visión que ofrecieron, estuvo determinada, sobre todo, por la defensa de los intereses de sus compatriotas residentes en México, y no por la ideología. Sería lógico pensar, por ejemplo, que una publicación como *El Liberal* de Sevilla, que aunque se definiera como independiente fue creado por un periodista republicano como Miguel Moya, no debía pensar lo mismo de Porfirio Díaz que *El Noticiero Sevillano* o *El Correo de Andalucía*, ambos conservadores, monárquicos y católicos. No obstante todos elogiaron al dictador en sus páginas, influidos, probablemente, por la imagen de prosperidad y orden que la colonia española transmitía del régimen. La diferencia entre ellos sólo aparecería más tarde, cuando, como vimos al final del capítulo II de este trabajo, el más conservador de ellos, *El Correo de Andalucía*, continuara con sus loas mucho después de que el citado mandatario abandonara el poder.

En cuanto al levantamiento maderista, al principio encontramos algunas discrepancias, aunque ligeras, que sí parecen tener su origen en las diferencias ideológicas. En este sentido, el movimiento revolucionario actuó como un detonante, para dejar traslucir el verdadero concepto que cada uno de estos diarios tenía de Porfirio Díaz, al margen de las alabanzas que en función de las buenas relaciones entre los dos estados y de la influencia de los residentes peninsulares pudieran haberle dedicado en una situación determinada. En esos momentos se aprecia claramente que *El Liberal* simpatizaba más que sus competidores con la sublevación antirreeleccionista, justificándola siempre por la falta de libertades políticas que existía en México, y ofreciendo bastante comprensión, como hemos visto, con los que, tras la firma del Tratado de Ciudad Juárez, se manifestaban en la capital para protestar por lo que llamaron «resistencia de Díaz a abandonar el poder». *El Noticiero Sevillano* o *El Correo de Andalucía*, por el contrario, aun sin mostrarse abiertamente como enemigos de la Revolución, parecen verla con menos agrado. Este último, por ejemplo, llegó a considerarla una simple lucha por el poder entre Madero y los científicos. A pesar de ello no encontramos en sus páginas opiniones hostiles al maderismo, temeroso, quizás, de una mayor radicalización del movimiento que pudiera perjudicar más a la colonia española.



En cuanto a la figura de Madero, las tres publicaciones coincidieron, al menos en parte, a la hora de considerarlo demasiado débil para dirigir el país, sobre todo cuando, tras su triunfo electoral, la lucha no terminó y los ataques de determinadas bandas revolucionarias a los españoles se convirtieron en algo habitual. No obstante, aunque *El Liberal* compartía con los demás esa censura, en sus páginas se apreciaba una mayor simpatía hacia el líder antirreleccionista, presentando una imagen de él más favorable que la ofrecida por sus colegas; y aunque, como ellos, criticó su supuesta debilidad o la situación económica del país en su etapa de gobierno, recogía con más frecuencia que los otros los comunicados oficiales acerca del fin del zapatismo —aunque no fueran ciertos— y sobre la vuelta del país a la tranquilidad, dejándose llevar algo menos por el catastrofismo de la colonia española.

Las coincidencias eran totales, en cambio a la hora de juzgar a otros líderes revolucionarios como Emiliano Zapata o Francisco Villa. Todos los rotativos ignoraron la diferente naturaleza de los movimientos encabezados por estos dirigentes, hasta el punto de que el Plan de Ayala, suficiente por sí mismo para marcar diferencias, ni siquiera pareció existir para ellos. Los tres periódicos pensaban que ambos caudillos eran simples bandidos que acosaban a los españoles; y es que, en general, la prensa sevillana no simpatizó demasiado con los jefes insurgentes; si alguno lo hizo —como *El Liberal*—, fue siempre con los que pensaba que daban una cierta imagen de moderación, como Madero o Carranza; pero nunca con los que le parecían tan radicales como Villa o Zapata, de los que sólo se mostraban las facetas negativas, haciendo especial hincapié en su «crueldad» o la de sus hombres.

Por lo que se refiere a Victoriano Huerta, al principio fue calificado como traidor hasta por el más conservador de ellos, *El Correo de Andalucía*, que, tras producirse el levantamiento carrancista, y al contrario de lo que podría pensarse por su ideología, concedía mayor espacio a las noticias que hablaban de las victorias de los insurrectos que a los comunicados oficiales del huertismo. Pero fue *El Liberal*, como por otra parte era lógico, el que le lanzó los peores ataques contra el general, al que citaba con frecuencia como «dictador». Sin embargo, en un momento determinado todos los periódicos enmudecieron en sus críticas hacia el nuevo mandatario y, durante algún tiempo, ninguno abogó por romper las relaciones con el huertismo y acercarse al bando constitucionalista. Pensaban, probablemente, que de esta manera protegían mejor los intereses de sus compatriotas en aquella república.

En este aspecto hay que destacar, que es probablemente durante el mandato de Huerta cuando la influencia de la comunidad española en la prensa se puede apreciar más claramente. De hecho, la mayor parte de las informaciones que ofrecieron los diarios hispalenses en la época huertista hacían referencia a los «salvajes» ataques de los rebeldes o a la posibilidad de una intervención norteamericana, dando una imagen de la Revolución que era la que interesaba a un sector determinado de los residentes peninsulares: la de un movimiento cruel, anárquico y sangriento, que sólo un «hombre fuerte»



como Huerta podía dominar, y por cuya causa el país estaba a punto de ser invadido por una potencia extranjera. Sólo cuando comenzó a vislumbrarse la posibilidad de su derrota, empezó a apreciarse de nuevo el inicial repudio al general y la simpatía de alguno de los rotativos por el carrancismo.

Tras el triunfo de los constitucionalistas esta tendencia se acentuó, y la imagen que se venía dando de México fue sustituida, paulatinamente, por otra en la que aparecía como un país más o menos pacificado y en el que el poder civil se iba reforzando, sin hablar, como hacían algunas publicaciones madrileñas, de los supuestos desmanes cometidos por los carrancistas contra los españoles. Un ejemplo de esto puede apreciarse claramente en 1917, cuando *El Noticiero Sevillano* llegaría a justificar la revolución carrancista y *El Correo de Andalucía*, por su parte, exculparía a los mexicanos del supuesto mal trato que se daba a los residentes españoles, para hacer recaer en los «yanquis» las responsabilidades de la hostilidad hacia aquéllos.

Pero la problemática que alcanzaría la casi unanimidad en los medios de comunicación de la capital andaluza sería la de la intervención norteamericana en el proceso revolucionario. El hecho de que una potencia extranjera —ante la cual, además España había sufrido una gran derrota poco antes— interfiriera de tal modo en un país que tanta relación había tenido con la península, sería decisivo para que, en un momento dado, algún diario se inclinara por mostrar su solidaridad con el bando revolucionario, con el que, sin embargo, chocaba ideológicamente; y también para que, a lo largo de todo el proceso, esa intervención fuera uno de los aspectos más destacado y recogido en sus páginas, desde las que, al igual que sus colegas madrileños en este caso<sup>3</sup> y que gran parte de la intelectualidad española de la época<sup>4</sup>, atacaron con dureza el «imperialismo yanqui» y rechazaron sin paliativos su política en México.

En este aspecto la información fue, en muchas ocasiones, más allá de la simple exposición de los desacuerdos que existían entre ambas naciones, para expresar, en algunos editoriales y artículos, lo que realmente se pensaba. Pero tampoco en este caso sus opiniones estuvieron condicionadas por ideologías partidistas; fueron comunes a todos los periódicos y compartidas, probablemente también, por sus lectores, cualquiera que fuera su espectro ideológico. Eso sí, mientras la prensa conservadora madrileña, aun condenándolas, utilizaba las intromisiones estadounidenses para acusar a los anti-

---

<sup>3</sup> Ver por ejemplo los artículos «Crónica de Londres. La Revolución en Méjico. Su verdadera causa», publicado en *El Debate* de Madrid del Sábado 15 de Noviembre de 1913, y «Los crímenes del capitalismo. Yanquis, españoles, mejicanos y marroquíes», publicado por *El Socialista* de la misma ciudad el Domingo 26 de Abril de 1914. Ambos han sido recogidos por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana...*, págs. 284 y 303-304 respectivamente.

<sup>4</sup> Entre ellos PEREYRA, C.: «El petróleo y su dueño», en *España*, n.º 263 del Jueves 13 de Mayo de 1920, o GONZÁLEZ-BLANCO, EDMUNDO: *Carranza y la Revolución de Méjico*, Madrid, Biblioteca Constitucionalista, Vol. 1, Imp. Helénica, 1916, pág. 400. Cits. por DELGADO LARIOS: *La Revolución Mexicana...*, pág. 281.

reeleccionistas de haberse aprovechado al principio de ellas, la actitud de la sevillana fue unánime y muy clara en este asunto, limitándose a condenar rotundamente la actitud de los Estados Unidos; los acusaba de promover y fomentar las disensiones intestinas en México, y los consideraba en gran parte culpables de lo que estaba sucediendo en aquel país. Con ello venían a confirmar una idea ya extendida entre la sociedad española de la época a raíz de la guerra de Cuba: que el episodio antillano no había sido una excepción, sino el inicio de una bien planificada política imperialista.

En uno de los editoriales que publicó sobre el papel de los norteamericanos en México, *El Liberal* parecía reflejar el sentir general de los medios de comunicación locales sobre esta cuestión, al afirmar que «tal vez en el momento actual Méjico vive como vive y sufre como sufre, porque hay quien tiene especial empeño en que así suceda y en fomentar el mal hasta hacerlo endémico. Y que en pleno siglo xx las grandes potencias sean responsables de tantas desdichas es bochornoso e inhumano»<sup>5</sup>. Como muestra de su repulsa al imperialismo estadounidense, cuando Victoriano Huerta se negó a satisfacer las exigencias de la administración Wilson sobre su dimisión, los rotativos de la capital andaluza, a pesar del desprecio que habían mostrado por él, alabaron su actitud celebrando que «Méjico, que tantos años ha permanecido de rodillas ante los Estados Unidos, se levanta al fin para adoptar otra actitud distinta a la seguida hasta ahora»<sup>6</sup>.

Pero, al margen de la citada toma de posición a favor de la colonia española y contra la intervención norteamericana, fueron muy pocas las ocasiones en que las publicaciones sevillanas expresaron sus opiniones sobre el proceso; entre otras causas, porque ellas mismas desconocían la naturaleza y la trascendencia de lo que estaba pasando. Quizás por ello y, aunque como ya se ha dicho, no podamos considerarlas como una fuente objetiva para el estudio de la Revolución, no encontramos en las páginas de los diarios hispalenses demasiadas falsedades; teniendo en cuenta la bibliografía posterior hay que afirmar que los diarios indicados, al menos en la mayor parte de los casos, presentaron los hechos con una cierta veracidad, sin apartarse demasiado de la realidad. Publicaron, por supuesto, falsas informaciones, además de otras equívocas y, sobre todo, bastante incompletas; pero, en general, este hecho respondía más que a una intencionalidad política por parte de los distintos periódicos, a la escasez de fuentes fiables, a los variados conductos a través de los que recibían las noticias —que podían tener su propia intencionalidad— y a los problemas derivados de las dificultades de las comunicaciones en aquella época.

En ocasiones, desde luego, lo que contaba la prensa se alejaba bastante de la verdad y, lo que es peor, no se desmentía luego. Esto ocurrió, por ejemplo, cuando, antes del triunfo antirreeleccionista, los rotativos hispalenses dieron cuenta de que «el general Orozco» había «hecho prisionero al jefe de los in-

---

<sup>5</sup> *El Liberal* de Sevilla, Martes 14 de Abril de 1914.

<sup>6</sup> *Ibidem*, Miércoles 14 de Mayo de 1913.

surrectos señor Madero, que iba al frente de una columna de revolucionarios»; y a pesar de que se decía que «la prisión del señor Madero» había «causado gran impresión»<sup>7</sup>, lo que parecía indicar la importancia de lo que estaban reflejando en sus páginas, nunca lo desmintieron. Algo parecido sucedió, a veces, con los relatos ofrecidos sobre los supuestos apresamientos o muertes de Zapata y Villa, de cuya falsedad sólo podía percatarse el lector cuando, de nuevo, el sujeto en cuestión aparecía como vivo en otra noticia.

En otros casos proporcionaron informaciones incompletas, equívocas e, incluso, con importantes variaciones en cada uno de ellos, como ya señalamos a la hora de hablar de la revuelta de Puebla. Pero este hecho parece también estar causado más por la naturaleza de las fuentes que por la intención de las empresas periodísticas que respaldaban a cada uno de los citados periódicos. Hay que tener en cuenta que las noticias que llegaban a los rotativos sevillanos lo hacían por conductos muy variados; a veces procedían de portavoces revolucionarios, otras de comunicados gubernamentales, y otras de grupos que simpatizaban con alguno de los bandos en litigio o, incluso, de los Estados Unidos. Tanto unas como otras eran reflejadas en las páginas de las distintas publicaciones, aunque en ocasiones se contradijeran claramente; y si bien, a veces, se acababa señalando la versión verdadera, en muchas ocasiones el asunto quedaba en el aire y su veracidad o falsedad sólo podría conocerse a través de los historiadores posteriores de la Revolución, que escribían ya con los hechos consumados y no en medio del caos y la anarquía que acompañó al movimiento revolucionario.

Como ejemplo de la intencionalidad en las fuentes, cuando en 1911 la prensa hispalense notificaba la toma de posesión del presidente provisional Francisco León de la Barra, como la noticia procedía, exclusivamente, del gobierno mexicano, sólo se reflejó aquello que éste quería que se supiera sobre lo que pasaba en el país: que «mejoraba notablemente la situación política de la república», que se estaba finalizando con «la disolución de las tropas revolucionarias», y que «el poder ejecutivo» había «quedado afianzado del todo, merced al apoyo de la opinión pública y a la adhesión del ejército»<sup>8</sup>. La realidad era, no obstante, que había importantes discrepancias entre Madero y el presidente provisional e, incluso, entre los propios revolucionarios.

El origen de las informaciones podía estar también en las agencias norteamericanas o en la colonia española; y ya hemos visto a lo largo del texto la clara parcialidad de ambas a la hora de hablar tanto sobre las intenciones estadounidenses en México como acerca de las penalidades sufridas por los peninsulares en aquel país. Por otra parte, eran corrientes los errores ortográficos o la presentación de nombres incompletos, que podían llevar a oscurecer los datos y confundir a los lectores. Así, nos encontramos con los nombres de «Bacimba» y «Ramón Arizpe» por Bachimba y Ramos Arizpe.

---

<sup>7</sup> *Ibidem*, , Viernes 26 de Mayo de 1913.

<sup>8</sup> *Ibidem*, Domingo 13 de Agosto de 1911.

Algo semejante ocurre con Ricardo Flores Magón y Francisco León de la Barra que, con frecuencia, sólo aparecen en estos periódicos como Magón y Delabarra respectivamente. Es el caso también de uno de los autores citados en este libro, Miguel Alessio Robles, que sería ministro mexicano en España, y que para ellos fue Miguel «Alexio».

Aspectos importantísimos del proceso revolucionario no tuvieron reflejo, además, en la prensa sevillana de aquellos años. En los diarios utilizados no apareció, por ejemplo, noticia alguna sobre la lucha electoral que se desarrolló entre reeleccionistas y antirreeleccionistas, representados por Díaz y Madero respectivamente, ante la convocatoria de 1910, limitándose a informar de la nueva elección de Porfirio Díaz como si antes de los comicios no hubiera sucedido nada. Tampoco se referían los medios a cuestiones como el problema agrario, considerado por gran parte de la historiografía posterior como una de las causas fundamentales de la Revolución. No sólo ignoraron el «Plan de San Luis de Potosí» que puso en marcha el levantamiento, sino también, como hemos dicho, el «Plan Ayala». No encontramos sobre él ni una sola cita, a pesar de la influencia que tuvo en los artículos de la Constitución de 1917 dedicados a la cuestión agraria, y en toda la legislación posterior al respecto.

Más llamativo resulta todavía, el significativo silencio de la prensa sevillana en relación con la promulgación de la propia Carta Magna, a pesar de que por su contenido desbordaba los límites mexicanos y afectaba considerablemente las inversiones extranjeras. Los citados diarios, bien por carecer de noticias sobre lo que se establecía en ella, lo que resultaría muy extraño, bien por no darle la importancia debida, no le dedicaron ni una sola línea. Para terminar, poco es también lo que nos cuentan sobre las sublevaciones de Pascual Orozco y Bernardo Reyes; y mucho menor es, aún, la cobertura que dieron a las disputas políticas ocurridas entre 1915 y 1917.

Pese a todos esos defectos, la lectura de la prensa de la época es fundamental para el conocimiento de la imagen que un sector de la sociedad, los sevillanos coetáneos de la Revolución, tuvieron de ella y que, en parte, permaneció en la memoria colectiva. No se puede decir, desde luego, que se tratara de una visión objetiva; pero es que tampoco lo es gran parte de la bibliografía sobre el asunto existente hasta hoy, totalmente desigual y, con frecuencia, muy subjetiva. La imagen que los periódicos transmitieron fue, en definitiva, escasa y fragmentaria, de manera que pocas ideas claras pudieron sacar los lectores de sus páginas; al margen de su preocupación por el peligro que podía correr la colonia española, su atención por el fenómeno revolucionario estuvo centrada, esencialmente, como hemos dicho, en el rechazo al imperialismo norteamericano. Son esos dos aspectos los únicos sobre los que los diarios sevillanos expresaron realmente sus opiniones, algo que casi nunca hicieron con el fenómeno revolucionario propiamente dicho, cuyo verdadero carácter ni analizaron ni intentaron comprender en ningún momento.



Expresaron su juicio y, a veces, como hemos visto, discreparon en sus apreciaciones sobre los distintos mandatarios mexicanos o sobre los líderes revolucionarios; pero siempre en función de que les parecieran más o menos violentos, más o menos «civilizados», y no porque encarnaran un mayor o menor grado de reformismo para el sistema político y social mexicano. No sólo no hay entre los distintos rotativos discusiones doctrinales, sino que en todos ellos puede apreciarse una idea similar acerca del «gran problema» de México, que para ellos consistía, además de en su vecindad con los Estados Unidos, en la existencia de multitud de caudillos que en la lucha por el poder desangraban al país. De acuerdo con esta idea, de la lectura de sus páginas trasciende el repudio a la mayor parte de aquéllos, y una sensación de pesimismo, y sobre todo de lástima, por la situación en que se encontraba un territorio descubierto por los españoles, y habitado en gran parte por sus descendientes, que, en ocasiones, recordaba etapas de la propia historia metropolitana.

En este sentido hay que señalar que, ya desde el descubrimiento, la América Latina ha sido vista, con frecuencia, desde una perspectiva europea, a partir de la cual se han creado una serie de estereotipos que, en el caso de México, llegan a su máxima expresión con la Revolución. Por otra parte, como señalan algunos estudios para el caso de la prensa ilustrada italiana<sup>9</sup>, la visión de la Revolución que ofreció la sevillana y, en general, la española, se vio claramente influida, aunque no se pretendiera así, por la situación política y económica de España y, sobre todo, por ese sentimiento de pesimismo y frustración que marcó a gran parte de la intelectualidad española tras el 98.

Como muestra de ello hemos querido insertar aquí un editorial de *El Liberal*, en el que, con cierto sarcasmo, se hace un esbozo de la trayectoria seguida por aquella república. En él, el comentario que se hace acerca de la historia mexicana se utiliza como pretexto para establecer un claro paralelismo entre aquélla, plagada desde la independencia de errores de los que se culpaba en parte a la metrópoli, y la del siglo XIX español. A pesar de su extensión, he querido terminar este texto con la transcripción casi completa del mencionado artículo, por considerarlo extraordinariamente significativo en cuanto a la imagen que tanto los medios de comunicación de la capital andaluza como los nacionales tenían de lo que estaba sucediendo en México, a pesar de que se escribió cuando todavía no se había entrado en la fase más violenta de la Revolución y aún quedaba mucha sangre por derramar, incluida la de algunos de sus principales protagonistas.

«Esta matrona España, ha tenido siempre poca habilidad para criar a sus hijos territoriales. No sólo se le han emancipado antes de la mayoría de edad, sino que luego no han sabido constituirse y han andado y andan todavía, a trancazo limpio en discordias interiores. Méjico es un hijito de esta clase, que des-

---

<sup>9</sup> CATTARULLA, Camilla: «Donde se construyen los estereotipos: la Revolución mexicana en la prensa ilustrada italiana». *Entrepasados* 23, Buenos Aires 2002, pág. 33.



pués de haber aprendido a echar el paso con España, tiró los andadores antes de tiempo, y está dando cada batacazo que se le enciende el pelo. Allí están mejor que quieren, han estado siempre mejor que han querido. Su historia este hecha de pronunciamientos y revoluciones: ¡bendita sea la rama que al tronco sale!. Empieza su historia de relación con el antiguo continente, en los aztecas, pobladores de Méjico cuando Cortés conquistó aquel territorio a fuerza de sangre y horrores, y sigue su historia con los gobernadores y virreyes, que cada día tenían que sofocar una sublevación o aprestar el gañote, si no se daban prisa en ahorcar; o ahorcaban, o los ahorcaban.

Estas chispas parciales pero diarias, hicieron arder la hoguera de la primera revolución, y a partir de 1810, en que el cura Hidalgo proclama la independencia, todo son revoluciones y fusilamientos. Tras Hidalgo se levanta el cura Morelos, que vence primero y es luego vencido.

Se levanta luego Iturbide, derrota a los españoles y entra en Méjico en 1821. En once años del primer grito de la independencia, se han levantado once mil partidas de descontentos y se ha gastado mucha pólvora en combatir, vencer y fusilar.

Pero llega Iturbide, y se proclama emperador nada menos. Al año siguiente se rebela contra el imperio el general Santa Ana, proclama en Veracruz la república, y fusila a Iturbide sin respetar siquiera el manto de armión. Así se hacen las cosas.

Aparecida la república se divide el país —¿cómo no?— en centralistas y federalistas. Hijos de España .....

Así llegan distraídos los mejicanos hasta el año cuarenta y seis. En un rato de tranquilidad interior, producto del cansancio, declaran la guerra a los Estados Unidos, y después de recibir toda clase de cachiporrazos, pierden gran parte de su territorio y entierran a los fusilados.

Como el país esta agotado por tantas distracciones, se le ocurre al gobierno de Juárez un procedimiento muy expeditivo para nivelar la hacienda: no pagar la deuda exterior; y entonces caen sobre Méjico Inglaterra, Francia y España; media Prim, y consigue que se retiren Inglaterra y España; pero sigue Francia y continua la zamba de fusilazos en la tierra mejicana.

Después de otra larga sesión de fuegos artificiales, triunfa Francia, entra en la capital y establece otro imperio: el de Maximiliano. A las pocas horas se revolucionan los estados contra el emperador, surge la guerra y es fusilado Maximiliano. Y van dos emperadores. Vuelve la república y preside Juárez. Lo echa una revolución y entra Lerdo de Tejada; lo echa otra revolución, y entra Porfirio Díaz; lo echa otra revolución, y entra Madero; lo echa otra revolución y entra Huerta, el actual presidente, al que no se sabe aún quien lo echará, ni después de qué revolución. Una bonita historia ¿verdad? ....»<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> *El Liberal* de Sevilla, Viernes 14 de Noviembre de 1913.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR CAMÍN, Héctor: *Saldos de la Revolución. Cultura y política en México 1910-1980*. Ed. Nueva Imagen, México, 1982.
- *La Frontera Nómada: Sonora y la Revolución Mexicana*. 2.<sup>a</sup> edición. Siglo XXI Editores, S.A. México, 1977.
  - *La Revolución Sonorense. 1910-1914*. Dep. de Investigaciones Históricas, INAH, México, 1975.
- ALBIÑANA SANZ, José M.<sup>a</sup>: *Bajo el cielo mejicano*. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, Madrid, 1930.
- ALESSIO ROBLES, Miguel: *Historia política de la revolución Mexicana*. Ed. Botas, Xochimilco, 1946. (Primera edición, Ed. Botas, México, 1938.)
- ALTAMIRA, Rafael: *España y el programa americanista*. Ed. América, Madrid, 1917.
- *La política de España en América*. EDETA, Valencia, 1921.
- ALTAMIRANO COZZI, Graziella: *Pedro Lascuráin, un episodio en la Revolución Mexicana*. Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, México, 2004.
- ALVARADO, Salvador: *Mi actuación revolucionaria en Yucatán*. Lib. Viuda de C. H. Bouret, París, 1920.
- ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, Jesús Timoteo y otros: *Historia de los medios de comunicación en España. Periodismo, Imagen y Publicidad (1900-1990)*. Ariel Comunicación, Barcelona, 1989.
- ÁLVAREZ FUENTES, Jorge (coord.): *De cara al mundo: Imágenes de la diplomacia mexicana. 1910-1930*. Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1995.
- ARAQUISTAIN, Luis: *El peligro yanqui*. Publicaciones España, Madrid, 1921.
- *La Revolución Mejicana. Sus orígenes. Sus hombres. Su obra*, Ed. Blass, S.A., Madrid, 1929.
- ASENJO, Antonio: *La prensa madrileña a través de los siglos (Apuntes para su historia desde el año 1661 al de 1925)*. Artes Gráficas Municipales, Madrid, 1933.
- AUBERT, Paul y DESVOIS, Jean-Michel (eds.): *Presse et pouvoir en Espagne, 1868-1975, Colloque International de Talence 26-27 Novembre 1993*. Maison des Pays Ibériques. Bordeaux-Ecole des Hautes Etudes Hispaniques-Casa de Velazquez, Madrid, 1996.

- BARCIA TRELLES, Camilo: *El imperialismo del petróleo y la paz mundial*. Ed. Cuesta, Valladolid, 1925.
- *La Doctrina de Monroe y la cooperación internacional*. Ed. Mundo Latino, Madrid, 1931.
- BELAUSTEIGUIGOTIA, R. DE: *México de cerca*. Sindicato de Publicidad, Madrid, 1930.
- BETANZOS, Óscar (coord.): *Campesinos, terratenientes y revolucionarios, 1910-1920*. Vol. 3 de la *Historia de la Cuestión Agraria Mexicana*. Siglo XXI-CEHAM, México, 1988.
- BLANCO-FOMBONA, Horacio: *Crímenes del imperialismo norteamericano*. El Churubusco, México, 1927.
- *Panoramas mejicanos*. Ed. Renacimiento, Madrid, 1929.
- BLANCO MOHENO, Roberto: *Crónica de la revolución Mexicana*. (3 vols.). Ed. Libro Mexicano, México, 1959-1961.
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente: *El militarismo mejicano: Estudios publicados en los principales diarios de los Estados Unidos*. Ed. Prometeo Valencia, 1920
- BOJÓRQUEZ, Juan de Dios: *Forjadores de la Revolución Mexicana*. Publicaciones del Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1960.
- BRADING, D. A. (comp.): *Caudillos y campesinos en la revolución Mexicana*. Fondo de Cultura Económica, México, 1985.
- BRAJOS GARRIDO, Alfonso: *Guía de la Hemeroteca Municipal de Sevilla*, Vol. I. Ayuntamiento de Sevilla, 1985.
- «Catalogación, informatización y análisis de la prensa iberoamericana en España. Objetivo y balance de una investigación», *Revista de Extremadura*, n.º 10, Enero-Abril 1993, págs. 33-42.
- BRECEDA, Alfredo: *México revolucionario*. Tip. Artística, Madrid, 1920.
- BROWN, Jonathan Charles: *Oil and Revolution in Mexico*. University California Press, Berkeley, 1993.
- BULNES, Francisco: *El verdadero Díaz y la Revolución*. Ed. Nacional, México, 1952. (Primera edición, Ed. Gómez de la Puente, México, 1920).
- CARR, Barry: *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*. Ediciones Era. México, 1981.
- CARREÑO, Alberto M.<sup>a</sup>: *Los españoles en el México Independiente. (Un siglo de beneficencia)*. Imprenta León Sánchez, México, 1942.
- CASTRO MARTÍNEZ, Pedro: *Adolfo de la Huerta y la Revolución Mexicana*. Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1992.
- CATTARULLA, Camilla: «Donde se construyen los estereotipos: la Revolución Mexicana en la prensa ilustrada italiana». *Entrepasados* 23, págs. 31-39, Buenos Aires 2002.
- CHAVES REY, M.: *Historia y bibliografía de la prensa sevillana*. Clásicos Sevillanos, Ayuntamiento de Sevilla, 1995. (Primera Edición en Sevilla, Imprenta de E. Rasco, 1895)
- CHECA GODOY, Antonio: «La prensa en Andalucía: Crónica de una decadencia», en Drain, Michel *et al.*: *Los Andaluces*, págs. 509-545, Ed. Istmo, Madrid, 1980.

- CHEVALIER, François: «Un factor decisivo de la Revolución Agraria en México; el levantamiento de Zapata». Separata sin fecha de *Cuadernos Americanos*.
- «El modelo mexicano de Revolución». *Cuadernos Americanos*, México, Enero-Febrero 1977, págs. 172-184.
- CLINE, Howard F.: *The United States and Mexico*. Harvard University Press, Cambridge, 1953.
- COERVER, Don M. y HALL, Linda B.: *Texas y la Revolución Mexicana: Un estudio sobre la política fronteriza nacional y estatal, 1910-1920*. Fondo de Cultura Económica, México, 1988.
- CÓRDOVA, Arnaldo: *La ideología de la Revolución Mexicana*. México, Ed. Era, 1992.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel: *La sucesión presidencial*. Ed. Joaquín Mortiz, México, 1975.
- CUESTA SOTO, Fernando: *Los tratados de Bucareli contra la Revolución*. Imprenta Claret, México, 1937.
- CUMBERLAND, C.: *Madero y la Revolución Mexicana*. Siglo XXI, México, 1977.
- *La Revolución Mexicana: los años constitucionalistas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1983.
- DE LA HUERTA, Adolfo: «Informe presidencial». En *Los Presidentes de México ante la Nación 1821-1966*. T. III. Editado por la XLIV Legislatura de la Cámara de Diputados, México, 1966.
- DELGADO LARIOS, Almudena: *La Revolución Mexicana en la España de Alfonso XIII (1910-1931)*. Junta de Castilla y León, Valladolid, 1993.
- DESVOIS, Jean: *La prensa en España (1900.-931)*. Siglo XXI, México, 1977.
- DÍAZ, Luis Miguel y MARTINI, Jaime G. (compiladores): *Relaciones diplomáticas México-España. 1821-1977*. Ed. Porrúa, México, 1977.
- DULLES, John W. F.: *Ayer en México: una crónica de la Revolución. 1919-1936*. Fondo de Cultura Económica, México, 1977.
- DURÁN, Esperanza: *Guerra y revolución. Las grandes potencias y México, 1914-1918*. El Colegio de México, México, 1985.
- DUROSELLE, Jean Baptiste: *Política exterior de los Estados Unidos. De Wilson a Roosevelt. 1913-1945*. Fondo de Cultura Económica, México, 1965.
- ELGUERO, José: *España en los destinos de México*. Publicaciones del Consejo de la Hispanidad, Madrid, 1942. Primera edición, México, 1929.
- ELÍAS CALLES, Plutarco: *Declaraciones y discursos políticos*. Ediciones del centro de Documentación Política, México, 1979.
- ELICES MONTES, Ramón: *Cuatro años en Méjico. Memorias íntimas de un periodista español*, Pról. Emilio Castelar. Imp. Viuda de J. M. Pérez, Madrid, 1885.
- ESPINA, Antonio: *El Cuarto Poder*. Ed. Libertarias/Prodhufo, Madrid, 1993.
- ESQUIVEL OBREGÓN, Toribio: *Influencia de España y de los Estados Unidos en los destinos de México*. Ed. Calleja, Madrid, 1918.
- FABELA, Isidro: *Historia diplomática de la Revolución Mexicana*. Comisión Histórica de la Revolución Mexicana, México, 1958.
- *Política interior y exterior de Carranza*. Ed. Jus, México, 1979.



- GHIRALDO, Alberto: *Yanquilandia bárbara*. Imp. Argis, Madrid, 1929.
- GILDERHUS, M. T.: *Diplomacy and Revolution. U.S.-Mexican relations under Wilson and Carranza*. University of Arizona Press, Tucson, 1977.
- GILLY, Adolfo: *La Revolución interrumpida: México, 1910-1920, una guerra campesina por la tierra y el poder*. Ediciones El Caballito, México, 1971.
- GILLY, Adolfo; CÓRDOVA, Arnaldo; BARTRA, Armando; AGUILAR MORA, Manuel y SEMO, Enrique: *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, Prologo de Héctor Aguilar Camín. UNAM. Ed. Nueva Imagen, México, 1979.
- GÓMEZ APARICIO, Pedro: *Historia del periodismo español*. Vols. II y III, Editora Nacional, Madrid, 1971 y 1974.
- GÓMEZ ROBLEDO, Antonio: *Los convenios de Bucareli ante el derecho internacional*. Editorial Polis, México, 1938.
- GONZÁLEZ-BLANCO, Andrés: *Un déspota y un libertador. El problema de Méjico*. Biblioteca Constitucionalista, Vol. 2, Imp. Helénica, Madrid, 1916.
- GONZÁLEZ-BLANCO, Edmundo: *Carranza y la Revolución de Méjico*, Ed. Prometeo, Madrid, 1914.
- GONZÁLEZ-BLANCO, Pedro: *De Porfirio Díaz a Carranza. Conferencias dadas en el Ateneo en los meses de marzo y abril de 1916*. Biblioteca Constitucionalista, Vol. 3, Imp. Helénica, Madrid, 1916.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo: *La clase obrera en la historia de México, Siglo XXI*, México, 1980.
- GONZÁLEZ GARZA, Federico: *La revolución Mexicana, mi contribución política y literaria*. Bosque Impresor, México D. F., 1936.
- GONZÁLEZ LOSCERTALES, Vicente: «La colonia española en México durante la Revolución maderista, 1911-1913». *Revista de la Universidad Complutense*, Madrid, enero-marzo de 1977, Vol. 26, n.º 107, págs. 341-365.
- «Bases para el análisis socioeconómico de la colonia española de México en 1910». *Revista de Indias*, Enero-diciembre de 1979, n.º 155-158, págs. 267-295.
- GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés: *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero. 1821-1970*. El Colegio de México, México, 1994.
- GUERRA, François Xavier: *México: del antiguo régimen a la Revolución*. 2. vols. Fondo de Cultura Económica, México, 1991.
- GUZMÁN ESPARZA, Alfonso: *Memorias de don Adolfo de la Huerta según su propio dictado. Transcripción y comentarios del Licenciado Roberto Guzmán Esparza*. Ed. Guzmán, México, 1957.
- GRUENING, Ernest: *Mexico and its heritage*. The Century Co., Nueva York y Londres, 1928.
- HACKETT CHARLES, W.: *Mexican Revolution and the United States*. World Peace Foundation, Boston, 1926.
- HALL, Linda B.: *Álvaro Obregón: Poder y Revolución en México 1911-1920*. Fondo de Cultura Económica, México, 1985.
- HENDERSON, Paul: «Woodrow Wilson, Victoriano Huerta and the recognition issue in Mexico». *The Americas*, octubre 1984. XLI: 2, págs. 151-176.



- ILLADES, Carlos (comp.): *México y España durante la Revolución Mexicana*. Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1985.
- *Presencia española en la Revolución Mexicana (1910-1915)*. Instituto de Investigaciones José M<sup>a</sup> L. Mora, México, 1991.
- KATZ, F.: *La guerra secreta en México*. 2 vols. Ed. Era, México, 1982.
- *Francisco Villa y la Revolución Mexicana en el norte de México*. Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Juárez del Estado de Durango, 1998.
- KNIGHT, Alan: *La Revolución Mexicana: del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*. 2 vols. Ed. Grijalbo, México, 1996.
- KRAUZE, Enrique: *Biografía del poder. Caudillos de la Revolución Mexicana. 1910-1940*. Ed. Tusquets, Barcelona, 1997.
- LIDA, Clara E. (coord.): *Tres aspectos de la presencia española en México durante el Porfiriato*. El Colegio de México, México, 1981.
- Comp.: *Una Inmigración Privilegiada. Comerciantes, Empresarios y Profesionales Españoles en México en los Siglos XIX y XX*. Alianza Editorial, Madrid, 1994.
- LUDLOW, Leonor y MARICHAL, Carlos (coords.): *La Banca en México, 1820-1920*. Instituto Mora, El Colegio de Michoacán, México, 1998.
- *Un siglo de Deuda Pública en México*. Instituto Mora, El Colegio de Michoacán, México, 1998.
- MAC GREGOR, Josefina: *México y España: del Porfiriato a la Revolución*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1992.
- MAGARIÑO, S. y PUIGDOLLERS, R.: *Panhispanismo: su trascendencia histórica*. Pról. De Rafael Altamira. Ed. Científico-Médica, Barcelona, 1926.
- MANERO, A.: *México y la solidaridad americana: la Doctrina Carranza*. Ed. América, Madrid, 1918.
- MARICHAL, Carlos: «Deuda Externa y Política en México, 1946-2000», en *Auditoria Cidadã da Dívida Pública*, Unafisco Sindical (página web). Sin números de páginas.
- MÁRQUEZ STERLING, Manuel: *Los últimos días del presidente Madero. (Mi gestión diplomática en México)*. Ed. Porrúa S.A., México, 1958. (Primera edición: Imp. El Siglo XX, la Habana, 1917).
- *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*. Comité Mexicano de Ciencias Históricas-Gobierno del Estado de Morelos-Instituto de Investigaciones Históricas. UNAM, México, 1990.
- MEYER, Jean: *La Revolución Mexicana, 1910-1940*. Ed. Dopesa, Barcelona, 1973.
- MEYER, Lorenzo: *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*. El Colegio de México, México, 1968.
- *Los grupos de presión extranjeros en el México revolucionario*. Secretaría de Relaciones Exteriores, Tlatelolco, 1973.
  - *Su Majestad Británica contra la Revolución Mexicana, 1900-1950*. El Colegio de México, México, 1991
  - *La segunda muerte de la Revolución Mexicana*. Cal y Arena, México, 1992.

- MIQUEL I VERGÉS, J. M.: *La Independencia Mexicana y la Prensa Insurgente*. El Colegio de México, México, 1941
- MUÑO, Rafael: *Pancho Villa: rayo y azote*. Populibros, La Prensa, México, 1955.
- OBREGÓN, Álvaro: *Ocho mil kilómetros en campaña*. Ed. La Vda. de C. Bouret, París-México, 1917
- PALACIOS, Alfredo: *Nuestra América y el imperialismo yanqui*. Ed. Historia Nueva, Madrid, 1930.
- PEÑA, Moisés DE LA: *El pueblo y su tierra: Mito y realidad de la reforma agraria en México*. Cuadernos Americanos, México, 1964.
- PEREYRA, Carlos: *El mito de Monroe*. Biblioteca de Ciencias Políticas y Morales, Vol. IV, Madrid, sin fecha.
- *El crimen de Woodrow Wilson, su contubernio con Villa, sus atentados en Santo Domingo, su régimen corruptor en Nicaragua; los dos polos de la diplomacia yanque: la hipocresía y el miedo*. Ed. América, Madrid, 1917.
- PÉREZ HERRERO, Pedro: *Porfirio Díaz*. Historia 16, Quórum, Madrid, 1987.
- PORTES GIL, Emilio: *Autobiografía de la Revolución Mexicana*. Instituto Mexicano de Cultura. México, 1964.
- POSADA NORIEGA, Juan: *Méjico ante el derecho internacional, (las reclamaciones españolas)*. Imprenta Manuel León Sánchez, México, 1930.
- POTASH, Robert. A.: «Historiografía del México independiente». *Historia Mexicana*, Vol. X, n.º 3, enero-marzo 1961, págs. 361-412.
- RAMA, Carlos M.: *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*. Fondo de Cultura Económica, México, 1982.
- RAMOS, Roberto (coord.): *Emiliano Zapata, el Plan de Ayala y su Política Agraria*. Comisión de Investigaciones Históricas de la Revolución Mexicana. Ed. Jus, México, 1970.
- (Comp.): *Carranza, Wilson y el ABC*. Comisión de Investigaciones Históricas de la Revolución Mexicana. Ed. Jus, México, 1974.
- RICHMOND, D. W.: *La lucha nacionalista de Venustiano Carranza. 1893-1920*. Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
- ROSAS Y REYES, Román: *Las imposturas de Vicente Blasco Ibáñez: verdades sobre México, refutación política de la obra intitulada «El militarismo mexicano»*. Librería Sintés, Barcelona, 1922.
- ROSS, Stanley: *Francisco Indalecio Madero, apóstol de la democracia mexicana*. Biografías Gandesa, México, 1959.
- «Aportación Norteamericana a la Historiografía de la revolución Mexicana». *Historia Mexicana*, Vol. X, n.º 2, octubre-diciembre 1960, págs. 282-308.
- *Imágenes de la revolución Mexicana*. Institute of Latin American Studies, Austin, 1968.
- *¿Ha muerto la Revolución Mexicana?*. SEP-Setentas, México, 1972.
- RUIZ ACOSTA, M.<sup>a</sup> José: *Sevilla e Hispanoamérica. Prensa y Opinión Pública tras el desastre del 98*. Escuela de Estudios Hispano Americanos, CSIC, Sevilla, 1996.

- *Hispanoamérica en la Prensa sevillana. El reflejo público de una crisis. 1898-1914*. Área de Cultura del Ayuntamiento de Sevilla, Sevilla, 1997.
- RUIZ SÁNCHEZ, José Leonardo: *Los orígenes de la «buena prensa» en Sevilla. (1898-1904)*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Córdoba, 1996.
- SÁENZ, Aarón: *La Política Internacional de la Revolución*. Fondo de Cultura Económica, México, 1961.
- SAIZ, M.<sup>a</sup> Dolores y SEOANE, María Cruz: *Historia del periodismo en España*. Alianza Universidad Textos, Madrid, 1983.
- SILVA HERZOG, Jesús: *El agrarismo mexicano y la reforma agraria: Exposición y crítica*. Fondo de Cultura Económica, México, 1959.
- *Breve Historia de la Revolución Mexicana*. Fondo de Cultura Económica, México, 1960.
- SIMPSON, Lesley B.: *Muchos Méxicos*. Fondo de Cultura Económica, México, 1977.
- SMITH, Peter H.: *Los laberintos del poder. El reclutamiento de las élites políticas en México, 1900-1970*. El Colegio de México, México, 1981.
- SMITH, Robert Freeman: *The United States and revolutionary nationalism in Mexico, 1916-1932*. The University Chicago Press, 1972.
- TANNENBAUM, Frank: *The Mexican Agrarian Revolution*. The Brooking Institution. Washington DC, 1930.
- *Peace and Revolution. An interpretation of Mexico By Frank Tannenbaum. Drawings by Miguel Covarrubias*. Columbia University Press, Nueva York, 1933.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel (director): *La prensa de los siglos XIX y XX: metodología, ideología, información, aspectos económicos y tecnológicos*. Universidad del País Vasco, Bilbao, 1986.
- TRUJILLO, Rafael: *Adolfo de la Huerta y los tratados de Bucareli*. 2.<sup>a</sup>. edición. Librería de Manuel Porrúa S.A., México, 1966.
- TURNER, John Kenneth: *Barbarous Mexico*. C.H. Kew & company, Chicago, 1911.
- ULLOA, Berta: *La revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos 1910-1914*. El Colegio de México, México, 1976.
- *Historia de la revolución Mexicana*. Vol. IV: *La revolución escindida*, y Vol. 5: *La encrucijada de 1915*. El Colegio de México, México, 1979-
- VALENZUELA, Clodoveo y CHAVERRI, Amado: *Sonora y Carranza: obra de la más amplia información periodística del último movimiento libertario, respaldada por gran número de valiosos documentos hasta hoy desconocidos, que entregamos a la historia*. Casa Editorial Renacimiento, México, 1921.
- VASCONCELOS, José: *Ulises criollo: la vida del autor escrita por él mismo*. Tercera edición. Ed. Botas, México, 1935.
- VÁZQUEZ, J. y MEYER, Lorenzo: *México frente a los Estados Unidos. Un ensayo histórico 1776-1980*. El Colegio de México, México, 1982.
- VERA ESTAÑOL, Jorge: *La Revolución Mexicana: orígenes y resultados*. Editorial Porrúa. México, 1957.
- WOMACK, J.: *Zapata y la Revolución Mexicana*. Siglo XXI, México, 1969.



Este libro se terminó  
de imprimir  
en el mes de noviembre de 2005







